

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

VIAJES
A ITALIA Y A AMERICA,

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND,

TRADUCIDOS

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND.

MADRID.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

calle del Principe, núm. 4.

1854.

BIBLIOTHECA HISTORICA DE CASPAR Y ROIG.

VIAJES

A ITALIA Y A AMERICA.

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

PARIS.

PAR DOZ MANUEL M. FLAMANT.



UCA

Universidad
de Cádiz

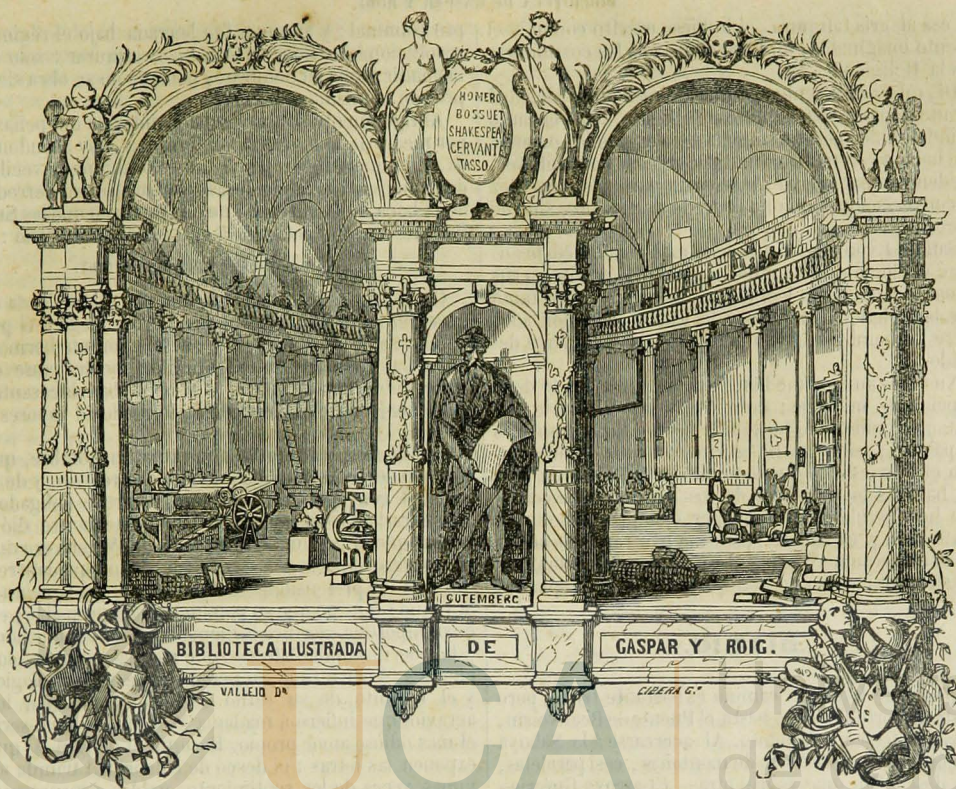
CHATEAUBRIAND

MADRID

IMPRESA DE CASPAR Y ROIG, EDITORES

EN LA PLAZA DE SAN FERNANDO, 10.

1802



VIAJES A ITALIA Y AMÉRICA.

POR

F. A. DE CHATEAUBRIAND.

A MR. JOUBERT.

PRIMERA CARTA.

Turin, 17 de junio de 1803.

Mi querido amigo : no me ha sido posible escribirte desde Lyon, como te había prometido. Ya sabes cuanto amo esta hermosa ciudad, en que tan bien recibido fui el año anterior, habiéndolo sido aun mejor en el actual ; he vuelto á ver sus antiguas murallas romanas, defendidas por los valientes lioneses de nuestros días, cuando las bombas de los convencionales obligaban á nuestro amigo Fontanes á trasladar á otra parte la cuna de su hija, y he visitado de nuevo la abadía de los *Dos Amantes* y la fuente de J. J. Rousseau. Las colinas que rodean el Saone se muestran risueñas y pintorescas cual nunca, y las barcas que atraviesan este manso río, *mitis Arar*, sombreadas por una vela, alumbradas con un farol durante la noche, y dirigidas por mujeres, ofrecen un agradable espectáculo. Supuesto que te gustan las campanas, ven á Lyon, pues todos estos conventos esparcidos por las colinas, han vuelto á ser poblados por sus solitarios.

No ignoras que la academia de Lyon me ha dispensado el honor de admitirme en su seno. Te lo confieso francamente : si el espíritu maligno tiene alguna parte en las cosas humanas, no busques en mi orgullo sino la parte buena, aunque tú te obstinas en ver el infierno por el buen lado. El placer mas vivo que en mi vida he experimentado, es haber sido honrado en Francia y en el extranjero con muestras de inesperado interés, pues mas de una vez me ha ocurrido, mientras descansaba en una miserable posada de aldea, ver entrar á un padre y á una madre con su hijo, que me presentaban para darme gracias. ¿Era el amor propio el que me inspiraba ese placer tan intenso de que hablo? Mas, ¿en qué podia interesarse mi vanidad por que unas gentes oscuras, aunque honradas, me manifestasen su gratitud en un camino real, donde nadie era testigo de ella? Lo que me complacia era (á lo menos me atrevo á creerlo así), haber practicado algun bien, haber consolado algunos corazones afligidos, y hecho renacer en el pecho de una madre la esperanza de criar un hijo cristiano, lo que equivale á un hijo sumiso, respetuoso y amante de sus padres. Ignoro lo que vale mi obra (1) : pero ¿hubiera disfrutado

(1) *El Genio del Cristianismo.*

de esa alegría tan pura, si hubiese escrito con todo el talento imaginable, un libro ofensivo á las costumbres y á la Religion?

Dí, mi querido amigo, á nuestra mezquina sociedad cuánto deploro la falta de esa Religion, cuyo encanto es indefinible, porque se echa de ver que los mismos que hablan con tanta naturalidad de asuntos familiares, pueden razonar acerca de los mas elevados; sencillez de conversaciones que no procede de escasez, sino de eleccion.

Salí de Lyon á las cinco de la madrugada. No te enviaré el elogio de esta ciudad, pues está escrito en sus ruinas, y en ellas lo leerá la posteridad; que en tanto que la Religion, el valor y la lealtad sean honrados entre los hombres, Lyon permanecerá á cubierto del olvido.

Nuestros amigos me han exigido les escriba la descripcion de mi viaje; pero como he caminado con bastante rapidez, no he tenido tiempo para cumplirles mi palabra; así es que he escrito con lápiz en una cartera el breve diario que te remito. En el libro de postas hallarás los nombres de los países desconocidos que he descubierto, como por ejemplo, Puente de Beauvoisin y Chambéry; pero me has repetido tantas veces que eran necesarias notas, y siempre notas, que nuestros amigos no podrán quejarse si te complazco.

DIARIO.

Al salir de Lyon, el camino es bastante triste; pero desde la Torre del Pino hasta el Puente de Beauvoisin, el país es fresco y frondoso. Al acercarse á la Saboya descúbranse tres órdenes de montañas, casi paralelas, que descuellan unas sobre otras. El arroyo Gué riega la llanura situada al pié de estas montañas, y aun que vista desde lejos parece plana; al entrar en ella se advierte que está entrecortada por desiguales colinas; crecen allí algunas hayas, el trigo y la vid. Las montañas que forman el fondo del paisaje, son verdosas y aparecen cubiertas de musgos, ó bien terminan en enormes peñascos que afectan la forma de gigantescas cristalizaciones. El Gué serpentea por un cauce tan profundo, que puede considerarse como un valle, porque los bordes interiores están cubiertos de espesos arbolados; solo en algunos rios de América, y especialmente en el Niagara, habia visto esta circunstancia.

En cierto lugar se pasa á muy corta distancia del Gué, cuya opuesta márgen está formada de piedras semejantes á unas altas murallas romanas, de arquitectura semejante á la del circo de Nîmes. (1)

Cuando se llega á las Escalas, se advierte que el país se muestra mas agreste, siendo preciso seguir para hallar una salida, tortuosos desfiladeros abiertos en unos peñascos mas ó menos horizontales, inclinados ó perpendiculares, y sobre cuyas cimas vagan unas nubes incoloras, parecidas á las nieblas matutinas que se desprenden de las tierras bajas. Aquellas nubes se levantan ó descienden al pié de las moles de granito, de manera que dejan al descubierto las crestas de los montes, ó llenan el espacio comprendido entre ellos y el cielo. El conjunto formaba un cuadro cuyos vagos límites parecían no pertenecer á ningun determinado elemento.

La mas enhiesta cumbre de las montañas á que me refiero, está ocupada por la Gran-Cartuja, y á su pié se halla el camino de Manuel; la Religion ha colocado sus beneficios cerca de aquel que mora en los cielos, pero el príncipe colocó los suyos en la morada de los hombres.

Leíase en otro tiempo una inscripción que anunciaba que Manuel habia hecho taladrar la montaña, en

pro comunal; y aunque fue borrada bajo el régimen revolucionario, Bonaparte la hizo restaurar: solo falta añadir á ella su nombre; ¿por qué no se obra siempre con la misma nobleza?

Antiguamente se atravesaba el interior del peñasco por medio de una galería subterránea, hoy abandonada. En aquellos parajes vi tan solo algunas avecillas de montaña, que silenciosas revoloteaban en derredor de la boca de la caverna, no de otro modo que los Sueños que Virgilio coloca á la entrada de su infierno:

..... Foliisque sub omnibus hærent.

Chambéry está situado en una planicie rodeada de unas colinas bastante desnudas, pero se llega á él por un agradable desfiladero, y se sale por un hermoso valle. Las montañas que lo limitan mostrábanse en parte cubiertas de nieve, y se ocultaban incesantemente bajo un cielo movedizo, formado de vapores y nubes.

En Chambéry acogió una mujer á un hombre, que en pago de la hospitalidad que de ella recibió, y de la amistad con que le favoreciera, se creyó obligado á deshonrarla filosóficamente. O Juan Jacobo se dió á pensar que la conducta de madama de Warens era una cosa extraordinaria, en cuyo caso ¿á qué quedan reducidas las pretensiones del ciudadano de Ginebra á la virtud? ó juzgó que su conducta era reprehensible, en cuya hipótesis sacrificó la memoria de su bienhechora á la pueril vanidad de escribir algunas páginas elocuentes; ó por último, se persuadió de que sus elogios y el encanto de su estilo bastaban á subsanar los agravios que infiere á madama Warens, lo cual sería el mas odioso amor propio. Hé aquí el peligro á que exponen las letras: el deseo de celebridad triunfa algunas veces de los sentimientos nobles y generosos. Si Rousseau no hubiese adquirido una reputacion literaria, hubiera sepultado en los valles de la Saboya las debilidades de la mujer que proveyó á su manutencion, y sacrificándose hasta á sus mismos defectos, hubiera consolado en su vejez, en vez de contentarse con darla una tabaquera de oro y abandonarla. Ahora, que todo ha terminado para Rousseau, ¿qué le importa que su polvo sea ignorado ó famoso? ¡Ah! ¡Nunca se levante contra nuestro sepulcro la voz de la amistad defraudada!

Los recuerdos históricos contribuyen no poco al placer ó al tedio del viajero. Los príncipes de la casa de Saboya, aventureros y caballerescos, enlazan bien su memoria con las montañas que cubren sus reducidos dominios.

Después de pasar por Chambéry, el curso del Isere es digno de atencion en el puente de Montmelian. Los saboyanos son ágiles, bastante bien formados, de complexion débil y de agradable fisonomía, participando á la vez de los tipos francés é italiano; su aspecto es pobre pero sin indigencia, como sus valles. Es muy comun hallar cruces en los caminos de la Saboya, é imágenes de la Virgen en los troncos de los pinos y nogales: indicio del carácter religioso de aquellos naturales, cuyas pequeñas iglesias rodeadas de árboles seculares, forman un hermoso contraste con sus gigantescas montañas. Cuando los torbellinos del invierno se desatan en las cumbres cubiertas de nieves eternas, el saboyano acude á colocarse al abrigo de su templo campestre, y á implorar la misericordia del Árbitro de los elementos.

Los valles en que se entra después de pasar el puente de Montmelian, están rodeados de montañas de muy diferente aspecto, pues ya se muestran casi desnudas, ya cubiertos de bosques, y su fondo es bastante parecido á Marly, en cuanto al cultivo y las sinuosidades del terreno, aunque este es mas abundante en agua y tiene además la ventaja de ser regado por un rio. El camino se asemeja mas á una alameda de jardín que á una carretera; y los nogales que le prestan sombra

(1) Cuando esto escribia, no habia visto aun el Coliseo.

han traído á mi memoria los que tanto admirábamos en nuestros paseos de Savigny. Estos árboles nos reunirán de nuevo bajo su sombra. (1) El poeta exclamó en un momento de melancolía :

Beaux arbres qui m'avez vu naître,
Bientôt vous me verrez mourir!

¿Los que mueren á la sombra de los árboles que les han visto nacer, son acaso dignos de compasión?

Los valles de que hablo terminan en la aldea que ostenta el grato nombre de Agua-Bella. Cuando la atravesé, la altura que la domina estaba coronada de nieve, que al derretirse á los rayos del sol, bajaba en tortuosos arroyuelos por las negras y verdes concavidades de los peñascos, remedando multitud de blancas serpientes que se lanzasen al valle desde las vecinas cumbres.

Es tal la topografía de Agua-Bella, que parece cercar los Alpes; pero rodeando á escasa distancia un enorme peñasco aislado, derrumbado sobre el camino, descúbranse nuevos valles que se pierden en la cadena de montes que siguen la corriente del Arche; el aspecto de estos valles es mas imponente, y por decirlo así, mas salvaje.

Los montes de entrambos lados se levantan, sus laderas se muestran perpendiculares, y sus estériles cimas empiezan á presentar algunos ventisqueros, en tanto que los torrentes que por donde quiera se despeñan, van á engrosar la turbulenta corriente del Arche. En medio del tumulto de las aguas, advertí una ligera y silenciosa cascada que se precipita con suma gracia sobre una cortina de sauces, que levemente agitada por el viento, hubiera podido representar á los poetas la ondulosa túnica de una náyade, sentada en un erguido peñasco. Los antiguos no hubieran dejado de consagrar allí un altar á las Ninfas.

Poco despues, el paisaje despliega toda su grandeza: los bosques de pinos, hasta entonces jóvenes, se muestran decrepitos; el camino, erizado de fragosidades, se plega y replega sobre los abismos; los puentes de madera sirven para atravesar anchos precipicios, donde se ve serpentear ó se escucha mugir las cenagosas aguas.

Habiendo pasado San Juan de Maurienne, y entrando al ponerse el sol en San Andrés, no encontré caballos, lo que me obligó á detenerme; esta circunstancia me movió á ir á dar un paseo por aquellas inmediaciones. La atmósfera era transparente en las crestas de los montes, cuyos dentellados contornos se destacaban con extraordinaria pureza sobre el cielo, mientras una inmensa nube subiendo lentamente del pié de la cordillera, se elevaba hácia sus cumbres.

La voz melodiosa del ruiseñor y el agudo grito del águila llegaban á mis oídos; veía los almezos cubiertos de flores en el valle, y la nieve en la montaña, al paso que un castillo, obra de los cartagineses, segun la popular tradicion, dejaba ver sus ruinas en la escarpada punta de una roca. Todo lo que procede del hombre en aquellos lugares, es mezquino é inseguro: apriscos de ovejas, formados de juncos entrelazados, y casas de tierra construidas en dos dias; parece que el cabrero saboyano, asombrado al aspecto de las moles eternas que le rodean, cree no debe molestarse en satisfacer las pasajeras necesidades de su breve existencia; iparece que la derribada Torre de Anibal le enseña sin cesar la escasa duracion y la fragilidad de los monumentos con que el orgullo humano intenta señalar su paso sobre la tierra!

Al tender mi vista por aquellos desiertos, no podia dejar de admirar con asombro el rencor de un hombre mas poderoso que todos los obstáculos; de un hombre que desde el Estrecho Gaditano se trazó un fácil camino á través de los Pirineos y los Alpes, para precipi-

tarse sobre Roma. Muy poco importa que las antiguas historias no nos indiquen con exactitud los lugares por donde pasó Anibal, pues es indudable que este gran capitán atravesó estos montes, é entonces sin caminos, y mas salvajes aun por sus habitantes, que por sus torrentes, sus peñascos y sus bosques. Dícese que en Roma se comprende mejor ese odio terrible que no lograron aplacar las batallas del Trebia, de Trasimeno y de Cannas; me han asegurado que en los baños de Caracalla, las paredes están acribilladas á golpes de pica, hasta la altura de un hombre. ¿Fue el germano, el gallo, el cántabro, el godo, el vándalo ó el lombardo, quien así se encarnizó contra aquellas paredes? La venganza de la especie humana debía pesar sobre aquel pueblo libre, que no podia cimentar su grandeza sino sobre la esclavitud y la destruccion del resto del mundo.

Al amanecer salí de San Andrés, y llegué á las dos de la tarde á Lans le Bourg, situado al pié del monte Cenís; al entrar en este pueblo ví á un campesino que tenia asido por las patas á un aguilucho, mientras una caterva desapiadada maltrataba al jóven rey, insultando la tierna edad y la magestad caída; el padre y la madre del noble huérfano habían recibido muerte. Me propusieron vendérmelo, pero murió á consecuencia de los malos tratamientos de que había sido víctima, antes que me hubiese sido posible restituírle la libertad.

En el lugar citado se empieza á subir el Cenís, abandonando el Arche, cuya corriente conduce hasta el pié de la montaña; al opuesto lado del Cenís, el Doria abre la entrada de Italia. Muchas veces he tenido ocasion de observar en mis viajes la utilidad de los rios. No son únicamente unos grandes caminos que *marchan*, como los denomina Pascal, sino que trazan además la ruta á los hombres, y les facilitan el paso de las montañas. Siguiendo su curso, se hallaron entre sí las naciones, y los primeros habitantes de la tierra penetraron en sus mas recónditas soledades. Así es que los griegos y los romanos ofrecian sacrificios á los rios; y la Fábula los suponía hijos de Neptuno, porque lo son en efecto de los vapores del Océano, y guían al descubrimiento de lagos y mares; hijos viajeros, que al fin vuelven al seno y al sepulgro de su padre.

El monte Cenís nada tiene de particular por la parte de Francia; el lago que ocupa su meseta, solo me pareció un mezquino estanque, y me ví tristemente desencantado al empezar á bajar hácia el Novalesado, pues esperaba, no sé por qué, descubrir las feraces llanuras de Italia; pero solo ví un negro y profundo abismo, y un caos de torrentes y precipicios.

En general, los Alpes, si bien mas altos que las montañas de la América Septentrional, no han presentado á mi vista ese carácter original, esa virginidad que se advierte en los Apalaches y aun en las tierras altas del Canadá: la barraca de un siminol debajo de un magñolia, ó la de un chipowés debajo de un pino, presentan un aspecto mucho mas grave que la cabaña de un saboyano á la sombra de un nogal.

A MR. JOUBERT.

SEGUNDA CARTA.

Milan, 21 de junio de 1805;

Mi querido amigo: voy á continuar mi carta, aunque ignoro cuando podré concluirla.

Debo á la Italia una completa reparacion. Habrás visto en mi breve diario fechado en Turin, que habia quedado poco complacido al primer aspecto de este país. El efecto de las inmediaciones de Turin es hermoso, pero se resiente de la proximidad á la Galia, pu-

(4) ¡ No nos reunieron !

diendo creerse que se vive en la Normandía, exceptuando las montañas. Turin es una ciudad nueva, aseada, de regular construcción, y muy adornada de palacios, pero su aspecto es algo triste.

Mis juicios se han rectificado al atravesar la Lombardía, pero esta impresión no se produce en el ánimo del viajero sino después de algún tiempo. Desde luego se descubre un país rico en su conjunto, pero la admiración no se despierta sino al observar detalladamente los objetos. Unas praderas cuyo verdor excede a la frescura y delicado tejido de los céspedes ingleses, se confunden con dilatados campos de maíz, arroz y trigo, sombreados por viñas que pasan de una estaca a otra, formando sobre las doradas mieses graciosas guirnaldas; el conjunto es una vasta plantación de moreras, nogales, olmos, sauces, y álamos, regada por numerosos canales y arroyos. Los campesinos y las campesinas, dispersos aquí y acullá, desnudo el pie y cubierta la cabeza con un gran sombrero de paja, siegan los prados, y los cereales, cantan, conducen yuntas de bueyes, ó hacen subir y bajar sus barcas á lo largo de los ríos. Esta escena abraza una extensión de cuarenta leguas, aumentando en riqueza hasta Milan, centro de tan soberbio cuadro. El Apenino descuelga á la derecha, y los Alpes á la izquierda.

Los medios de transporte son muy rápidos; y las posadas, mas cómodas que las de Francia, lo son casi tanto como las de Inglaterra. Empiezo á creer que la Francia, tan culta, es no obstante, algo bárbara (1).

No me admira ya el desprecio con que los italianos miran aun á los pueblos transalpinos, como los visigodos, galos, germanos, escandinavos, eslavos y anglo-normandos, pues es indudable que deben causarles horror nuestro cielo de plomo, nuestras ahumadas aldeas y nuestras ciudades cubiertas de lodo. Muy otro es aquí el aspecto de las ciudades y aldeas: las casas son espaciosas, y sus fachadas, de blancura deslumbradora; las calles son anchas, y es muy comun que las atraviesen arroyos, en cuyas aguas lavan las mujeres la ropa blanca ó bañan á sus hijos. Turin y Milan presentan la regularidad, la limpieza y las aceras de Londres, y la arquitectura de sus edificios compete con la de los barrios mas hermosos de París; tienen además comodidades particulares, pues en el centro de las calles hay dos filas de piedras muy lisas para que el movimiento de los coches sea mas suave, y por este medio se evitan las desigualdades del piso.

La temperatura es deliciosa; y aun así, me dicen que no hallaré el verdadero cielo de Italia hasta mas allá de los Apeninos; la capacidad y el desahogo de los aposentos neutralizan los efectos del calor.

He visto al general Murat, quien me ha recibido con la mayor afabilidad y cortesania, y le entregué la carta de la bondadosa madama Bacchiocchi (1). He pasado el día entre edecanes y militares; no es posible hallar mas finura; el ejército francés es siempre el mismo: su divisa es el honor.

He comido de riguroso uniforme en casa de Mr. Melzi, pues se celebraba el bautismo del hijo del general Murat. Mr. Melzi conocia á mi desgraciado hermano, de quien hemos hablado largo rato. El vice-presidente, hombre de modales muy nobles, y cuya casa se parece á la de un príncipe de sangre real, me ha tratado con cortesía y frialdad, habiéndole yo correspondido en iguales términos.

No te hablo de los monumentos de Milan, y especialmente de la catedral á que se está dando fin; mas, yo creo que el género gótico, aunque sea de mármol, está en contradicción con el cielo y las costumbres de Italia. Voy á partir: ya te escribiré desde Florencia y Roma.

(1) No se olvide que esta carta se escribió en 1803.

(1) Esta señora, en adelante princesa de Luca, era hermana mayor de Bonaparte, á la sazón primer cónsul.

A MR. JOUBERT.

CARTA TERCERA (1).

Roma, 27 de junio de 1803.

¡Al fin he llegado! Toda mi frialdad se ha desvanecido, y me siento abrumado, perseguido por lo que he visto; he visto, á mi parecer, lo que nadie, lo que ningun viajero ha pintado; ¡necios! ¡almas de hielo! ¡bárbaros! ¿No han atravesado, antes de llegar aquí, la Toscana, jardín inglés, en cuyo centro hay un templo, es decir, Florencia? ¿No han pasado en caravana con las águilas y jabalies, las soledades de esta segunda Italia, llamada el *Estado Romano*? ¿Por qué viajan esas gentes? Habiendo llegado á la hora del ocaso, he hallado á toda la población que salía á pasear á la Arabia Desierta, á la puerta de Roma; ¡qué ciudad! ¡qué recuerdos!

28 de junio.

He recorrido, todo hoy, víspera de San Pedro. He visto ya el Coliseo, el Panteon, la columna Trajana, el castillo de San Angelo, San Pedro y... ¿qué se yo? He visto la iluminación y los fuegos artificiales, que anuncian la gran ceremonia con que se celebrará mañana la fiesta del príncipe de los Apóstoles; pero mientras se intentaba hacerme admirar los fuegos que brillaban en la cúpula del Vaticano, mi vista se detenía en el mágico efecto de la luna sobre el Tiber, sobre estas casas romanas, y sobre estas ruinas suspendidas por todas partes.

29 de junio.

Salgo de los Oficios divinos, celebrados en San Pedro: el papa tiene un semblante pálido, triste y religioso, en que parece se pintan todas las tribulaciones de la Iglesia. La solemnidad ha sido soberbia, y especialmente durante algunos momentos, magnífica; pero la orquesta ha sido mediana, y el templo estaba desierto.

3 de julio de 1803.

Ignoro si estas líneas terminarán en una carta. Me avergonzaria, mi querido amigo, de ser tan escaso de noticias, sino me propusiese ver los objetos con mas detenimiento, antes de pintarlos. Por desgracia, entreveo ya que la segunda Roma cae á su vez: ¡todo pasa y muere!

Su Santidad me recibió ayer, y me hizo sentar á su lado con la mayor cordialidad. Hizome luego ver que leia el *Genio del Cristianismo*, y en efecto tenia uno de sus tomos abiertos sobre la mesa. No puede hallarse un hombre mas bondadoso, un prelado mas digno, un príncipe mas modesto: no me tomes por madama de Sevigné. El secretario de Estado, cardenal Gonsalvi, es un hombre dotado de penetración y de carácter templado. Adios; es preciso enviar al correo estos diminutos papeles.

TIVOLI Y LA QUINTA ADRIANA.

10 de diciembre de 1803.

Soy quizá el primer extranjero que ha recorrido el Tivoli en una disposición de alma, no pintada en viaje alguno. Hoy he llegado solo á las siete de la noche á la posada del *Templo de la Sibila*, y ocupo en ella un reducido aposento, en frente de la cascada, que escucho mugir; pero aunque he intentado verla, solo he

(1) Las cartas escritas en Florencia se han perdido.

descubierto en la profundidad de las tinieblas unas luces blancas, producidas por el movimiento de las aguas. Me ha parecido vislumbrar á lo lejos un recinto formado de árboles y casas, y en derredor un círculo de montañas. No sé qué mudanzas introducirá la luz del sol en este paisaje nocturno.

Este lugar es á propósito para entregarse á reflexiones y á ideas fantásticas: recuerdo mi vida pasada, siento el peso del presente, y procuro penetrar mi porvenir. ¿Dónde me hallaré, qué haré, qué será dentro de veinte años? Siempre que el hombre se reconcentra en sí mismo, siempre que sondea todos los vagos proyectos que forma, tropieza en un obstáculo invencible, y en una incertidumbre producida por una certidumbre; este obstáculo y esta certidumbre son la muerte, esa terrible muerte que detiene y destruye todo.

¿Habeis perdido un amigo? En vano tendreis mil cosas que decirle: sin fortuna, aislados errantes, sobre la tierra, y no pudiendo confiar á nadie vuestros dolores y placeres, llamaréis á vuestro amigo, que no acudiré ya á consolar vuestros males, ni á tomar parte en vuestras alegrías; ya no os dirá: «Has obrado desahortadamente,» ó «has tenido razon en obrar así.» Ahora es forzoso ya marchar solo. Si llegais á ser ricos, poderosos y célebres, ¿qué hareis de esas prosperidades sin vuestro amigo? ¿La muerte ha destruido todo! Torrentes que os despenhan turbulentos en la caliginosa noche en que os escucho rebramar, ¿acaso desapareceis mas rápidos que los dias del hombre, ó podeis decirme qué es el hombre, vosotros que habeis visto pasar y abismarse en estos lugares tantas generaciones, no menos estrepitosas que vuestras aguas?

11 de diciembre.

No bien ha despuntado el dia, he abierto mis ventanas. Mi primera vista de Tívoli en las sombras, era bastante exacta, pero la cascada me ha parecido pequeña, y los árboles con que mi fantasia la habia engalanado, no existen. Un miserable grupo de casas se deja ver al opuesto lado del rio, y el conjunto está rodeado de montañas descarnadas; pero me consolé al ver la vivísima luz de la aurora que rayaba á espaldas de las montañas, y el templo de Vesta que á muy escasa distancia de mí, dominaba la gruta de Neptuno. Algunos bueyes, asnos y caballos se colocaron en la parte superior de la cascada á lo largo de un banco de arena, y habiéndose acercado al Teverone, bajaron sus cuellos y bebieron lentamente en las aguas, que pasaban á su vista cual un relámpago, para precipitarse en el espumoso fondo. Un pastor sabino, vestido con una piel de cabra, y con una especie de clámide arrollada en el brazo izquierdo, se apoyó en su cayado para mirar beber á su rebaño: esta escena formaba un agradable contraste, por su inmovilidad y silencio, con el movimiento y el estruendo de las aguas.

Terminado mi desayuno, me trajeron un guia, con el que fui á situarme en el puente de la cascada; pero como habia visto la catarata de Niagara, no me causó admiracion. Desde el puente bajamos á la gruta de Neptuno, así denominada, á mi parecer, por Vernet. El Anio, despues de su primera caída debajo del puente, se pierde entre los peñascos, y vuelve á mostrarse en la citada gruta, para despeñarse otra vez en la de las Sirenas.

El fondo de la gruta de Neptuno tiene la figura de una copa, á la cual acuden las palomas á satisfacer su sed. Un palomar practicado en la roca, y mas parecido al nido de un águila que al abrigo de ave tan tímida, ofrece á las pobres palomas mi asilo falaz, pues se juzgan seguras en aquel lugar, inaccesible en apariencia, y en él constituyen sus nidos; pero un camino oculto conduce á él, y á favor de las tinieblas un desapiadado raptor arrebató los pichones que sin temor

dormian al estruendo de las aguas, bajo las alas maternas: *Observans nido, implumes detraxit.*

Subiendo á Tívoli desde la gruta de Neptuno, y saliendo por la puerta Angelo ó del Abruzzo, mi cicerone me condujo al país de los sabinos, *pubemque sabellum*. Siguiendo la corriente del Anio, llegué á un olivar donde se abre una vista pintoresca en una célebre soledad. Allí se descubren á la vez el templo de Vesta, las grutas de Neptuno y las Sirenas, y las pequeñas cascadas que salen de uno de los pórticos de la quinta de Mecenas; y el azulado vapor que se extiende por todo el paisaje, atenúa la rudeza de sus contornos.

Gran idea es preciso formarse de la arquitectura romana, cuando se recapacita que aquellas moles construidas há tantos siglos, han pasado del servicio de los hombres al de los elementos, y cuando se ve que sostienen en la actualidad el peso y el movimiento de las aguas, habiéndose convertido en incontrastables peñascos sobre que ruedan aquellas tumultuosas cascadas.

Mi paseo duró seis horas; al volver á mi posada entré en un patio ruinoso, en cuyas paredes vi algunas lápidas sepulcrales, atestadas de inscripciones maltratadas, de las que copié las siguientes:

DIS. MAN.
ULIÆ PAULIN.
VIXIT ANN. X
MENSIBUS DIE. 3

SEI. DEUS.
SEI. DEA.

D. M.
VICTORIÆ.
FILIÆ QUÆ
VIXIT. AN. XV
PEREGRINA
MATER. B. M. F.

D. M.
LICINIA
ASELER/O
TENIS.

¿Puede haber algo mas vano que todo esto? Leo en una piedra los recuerdos que un vivo consagraba á un difunto; el vivo dejó á su vez de existir, y despues de dos mil años, yo, bárbaro de las Galias, vengo á visitar las ruinas de Roma, y á estudiar estos epitafios en un retiro abandonado; ¡yo, tan indiferente al que lloró como al que fue llorado; yo, que mañana me alejaré para siempre de estos lugares, y que desapareceré en breve de la tierra!

Todos los poetas de Roma que pasaron á Tibur se complacieron en pintar la celeridad de nuestra existencia: *Carpe diem!* decia Horacio; *Te spectem, suprema mihi cum venerit hora!* exclamaba Tibulo; Virgilio pintaba esta hora suprema, diciendo: *Invalidasque tibi tendens, heu! non tua, palmas.* ¿Quién no ha perdido algun objeto de su cariño? ¿Quién no ha visto dirigírsele unas manos inutilizadas por la proximidad de la muerte? ¿Cuántas veces un amigo moribundo intentó que su amigo le estrechase la mano, para detenerle en la vida, mientras se sentia arrastrado por la muerte! *Heu! non tua!* Este verso del vate de Mántua es admirable por la ternura y el dolor que respira. Desgraciado aquel que no ama los poetas! Yo diria de ellos casi lo mismo que dice Shakespeare de los hombres insensibles á la armonia.

Al volver á mi casa, cuya azotea conduce al templo de Vesta, hallé la misma soledad que habia dejado en aquellas cercanías. Los pintores conocen ese color de los siglos, peculiar de los monumentos antiguos, y que varia segun los climas: tal es el color de ese templo,

cuya área es de sesenta pasos. El verdadero templo de la Sibila forma notable contraste con este por la forma cuadrada y el estilo severo de su arquitectura. Cuando la cascada del Anio estaba situada á la derecha de este rio, como se supone, el templo debía hallarse suspendido sobre el declive de aquella; aquel lugar era muy propio para la inspiracion de la sacerdotisa y la emocion religiosa de la multitud.

He dirigido mi última mirada á las montañas del Norte, cubiertas de un blanco velo por las nieblas vespertinas, al valle del Mediodia, y al conjunto del paisaje, y he vuelto á mi solitario aposento. A la una de la madrugada el viento soplaba con violencia, y habiéndome levantado, pasé el resto de la noche en la azotea. El cielo estaba encapotado, y la tempestad mezclaba sus sordos gemidos en las columnas del templo con el ronco estruendo de la cascada: parecíame oír melancólicas voces en los respiraderos del antro de la Sibila. Los vapores de la cascada subían hasta mí desde el fondo del abismo como una sombra blanca, semejante á una aparicion. Creíame trasladado á las playas ó á las malezas de mi querida Armórica, en una noche de otoño: los recuerdos del techo paterno borran para mí la memoria de los hogares de César, pues cada hombre lleva dentro de sí un mundo compuesto de todo lo que ha visto y amado, y en el que entra á cada paso, en los momentos mismos en que recorre y parece habitar un mundo extranjero.

Dentro de algunas horas visitaré la quinta Adriana.

12 de diciembre.

La entrada principal de la quinta Adriana estaba en el Hipódromo, en la antigua via Tiburtina, á muy corta distancia del sepulcro de Plauto. Ningun vestigio de antigüedad queda en el Hipódromo, hoy transformado en viñedos.

Al salir de un atajo muy estrecho, una alameda de cipreses, cortados por las copas, me ha conducido á una miserable quinta, cuya ruinoso escalera estaba obstruida por trozos de pórfido, de granito, de rosestones de mármol blanco y de diferentes adornos arquitectónicos. A espaldas de esta quinta, se ve el teatro romano, en regular estado de conservacion: es un semicírculo de tres órdenes, y cerrado por una pared recta que le sirve como de diámetro; la orquesta y el escenario estaban en frente del palco imperial.

El hijo de la arrendataria, casi desnudo y como de doce años de edad, me enseñó este palco y los cuartos destinados á los actores. Debajo de las localidades que ocupaban los espectadores, y en un lugar donde se guardan los aperos de la labranza, ví el tronco de un Hércules de colosales dimensiones, en medio de los bieldos y rastrillos: los imperios nacen del arado, y bajo él desaparecen.

El interior del teatro sirve de patio y de jardín á la quinta, pues está plantado de ciruelos y perales. El pozo que ocupa su centro tiene dos pilares que sostienen los cubos; uno de ellos es de barro seco y de piedras agrupadas al acaso, y el otro es un hermoso trozo de columna estriada; pero la naturaleza, deseando sin duda ocultar la magnificencia de este pilar, y ponerlo en armonia con la rusticidad del primero, hále cubierto con un manto de yedra. Una piara de cerdos hozaba y destruía el musgo que cubre las graderías del teatro, pues la Providencia solo habia necesitado hacer brotar algunas raíces de hinojo entre las juntas de aquellos asientos, y entregar el antiguo emporio de la elegancia romana á los inmundos animales del fiel Eumeo, para destruir los soberbios asientos de los señores de la tierra.

Subiendo desde el teatro por la escalera de la quinta, llegué á la *Paestrina*, cubierta de escombros; la bóveda de una de sus salas conserva adornos de esquisito dibujo.

Allí empieza el valle denominado por Adriano el *Valle de Tempé*.

Est nemus Æmonia, prerrupta quod undique claudit Sylva.

En Stowe (Inglaterra), he visto la copia de este capricho imperial, pero Adriano habia trazado su jardín inglés, como dueño que era del mundo.

A la extremidad de un bosquecillo de olmos y encinas, descúbrense unas ruinas que se dilatan á lo largo del *Valle de Tempé*; dobles y triples pórticos que servían para sostener las azoteas de las fábricas de Adriano. El valle se extiende hácia el Mediodia hasta perderse de vista, y está plantado de cañas, olivos y cipreses. La colina occidental del valle, parecida á la cadena del Olimpo, está adornada con la mole del Palacio, de la Biblioteca, de los Hospicios, de los templos de Hércules y de Júpiter, y con las largas arcadas con festones de yedra, que sustentaban estos edificios. Una colina paralela, aunque de menor altura, rodea el valle hácia el Oriente, y á su espalda descuellan en anfiteatro las montañas de Tívoli, destinadas á representar el *Osa*.

Un ángulo de la quinta de Bruto, se enlaza con las ruinas de la quinta de César, en medio de un olivar. Allí la libertad duerme en paz con el despotismo: el puñal de aquella y el hacha de este no son ya sino unos hierros destruidos por el orin, y sepultados debajo de los mismos escombros.

Desde el inmenso edificio que, segun la tradicion, estaba consagrado á recibir los extranjeros, se llega, atravesando unas salas destruidas por todas partes, al local de la Biblioteca. Aquí empieza un laberinto de ruinas entrecortadas por bosquecillos de pinos, por olivares y diferentes plantaciones, que si halagan la vista, entristecen el corazón.

Un trozo, súbitamente desprendido de la bóveda de la Biblioteca, ha rodado á mis piés, destruyendo y arrastrando en su caída algunas plantas. Estas retoñarán mañana; pero si el ruido y el polvo han desaparecido al momento, la nueva ruina permanecerá muchos siglos al lado de las que parecían esperarla. Así se abisman los imperios en la eternidad, donde yacen en silencio. Los hombres se asemejan á esas ruinas que de tiempo en tiempo vienen á cubrir la tierra: toda la diferencia se reduce (y esto ocurre tambien respecto de las ruinas), á que unos se precipitan en presencia de algunas personas, mientras otros caen sin testigos.

Desde la Biblioteca pasé al circo del Liceo, donde se habian cortado algunas malezas para encender fuego; este circo se apoya en el templo de los Estóicos. En el pasadizo que conduce á este, descubrí las altas y abigarradas paredes de la Biblioteca, que dominaban las del Circo. Sobre aquellas paredes, medio ocultas entre las copas de los olivos silvestres, descollaba un corpulento pino aparasolado, sobre el cual se levantaba el último pico del monte Calva, que servía de asiento á una nube. Nunca el cielo y la tierra, las obras de la naturaleza y las de los hombres, se han enlazado mejor en cuadro alguno.

El templo de los Estóicos dista un poco de la plaza de Armas, y por la abertura de uno de sus pórticos se descubre como en un aparato óptico, al fin de una alameda de olivos y cipreses, la montaña Palomba, coronada con la primera aldea de la Sabina. A la izquierda y al pié del Pecilo, se baja á las *Cento-Cella* de los guardias pretorianos: están formadas de unos aposentos abovedados, como de unos ocho piés cuadrados, de dos, tres y cuatro pisos, sin comunicacion alguna entre sí, y reciben la luz por la puerta. Un foso rodea estas habitaciones militares, en que es probable se entrase por un puente levadizo. Cuando los cien puentes estaban bajos y los pretorianos los pasaban una y otra vez, esto debia presentar un extraño espectá-

culo en medio de los jardines del emperador filósofo que colocó un nuevo dios en el Olimpo. ¡El labrador del patrimonio de San Pedro expone hoy al sol sus mieses en el cuartel del legionario romano! Cuando el pueblo-rey y sus señores levantaban tan fastuosos monumentos, muy lejos estaban de imaginar que construían las bodegas y graneros de un cabrero sabino y de un colono de Albano.

Después de recorrer parte de las *Cento-Cellæ*, invertí bastante tiempo en volver á la parte del jardín dependiente de las Termas de las mujeres, donde me sorprendió la lluvia.

Muchas veces me dirigí dos preguntas, en medio de las ruinas romanas: las casas particulares estaban compuestas de multitud de pórticos, de aposentos abovedados, de capillas, de salas, de galerías subterráneas y de pasadizos oscuros y secretos: ¿de qué podían servir tantas habitaciones á un solo dueño? Las de los esclavos, huéspedes y clientes, estaban casi siempre construidas aparte.

Para resolver esta pregunta, me figuré al ciudadano romano en su casa como una especie de religioso que se había construido un claustro. Esta vida interior, indicada por la mera forma de las habitaciones, ¿no será una de las causas de esa calma que se advierte en los escritos de los antiguos? Cicerón hallaba en las largas galerías de sus domicilios y en sus templos domésticos, la paz que había perdido en el comercio de los hombres. Hasta la luz que en aquellas habitaciones penetraba, parecía mensajera de reposo, pues bajaba casi siempre de la bóveda ó de ventanas muy altas; esta luz perpendicular, tan igual y tranquila, con que iluminamos actualmente nuestros salones de pintura, servía al romano para contemplar, digámoslo así, el cuadro de su vida. Nosotros necesitamos ventanas que den á las calles, á las plazas y á los mercados. Todo lo que se agita y produce ruido nos complace, y el recogimiento, la gravedad y el silencio nos hastían.

La segunda pregunta que me dirijo es la siguiente: ¿Para qué tantos monumentos destinados á unos mismos usos? pues abundan las salas para bibliotecas, siendo así que los antiguos tenían pocos libros; abundan asimismo las termas, pues las hay de Neron, de Tito, de Caracalla, de Diocleciano, etc. Aun cuando Roma hubiese tenido triple población de la que llegó á contar, la décima parte de estos baños hubiera bastado para hacer frente á las necesidades públicas.

A esto me respondo que es probable que semejantes monumentos fuesen desde su creación verdaderas ruinas y lugares abandonados, pues un emperador demolía ó despojaba las obras de su antecesor, para emprender por su cuenta otros edificios, que su sucesor se apresuraba á abandonar. Así se emplearon la sangre y los sudores del pueblo en los inútiles trabajos de la vanidad de un hombre, hasta el día terrible en que los vengadores del mundo, saliendo de sus bosques, enarbolaron el estandarte de la cruz sobre aquellos monumentos del orgullo.

Habiendo cesado la lluvia, visité el Estadio, adquirí noticias del templo de Diana, en frente del cual se elevaba el de Venus, y penetré en los escombros del Palacio del Emperador. Lo que mejor se conserva en aquella informe destrucción, es una especie de subterráneo ó cisterna de planta cuadrada, bajo la misma torre del palacio, y cuyas paredes eran dobles; cada una tiene dos pies y medio de espesor, y el espacio que las separa es de dos pulgadas.

Al salir del palacio, lo dejé á la izquierda y á mi espalda, adelantándome sobre la derecha hacia la campiña romana. Al través de un campo de trigo, sembrado sobre unas cuevas, me acerqué á las termas conocidas aun con el nombre de *Aposentos de los filósofos*, ó de *Salas pretorianas*, pues son unas de las ruinas mas imponentes de toda la quinta. La her-

mosura, la elevación, el atrevimiento y la ligereza de las bóvedas, los diferentes enlaces de los pórticos que se cruzan, se cortan ó se siguen paralelamente, y el paisaje que se extiende á espaldas de este grandioso monumento, producen un efecto sorprendente. La quinta *Adriana* ha suministrado algunos restos preciosos de pintura. Los pocos arabescos que en ella he visto revelan gran sabiduría de composición, y un dibujo tan delicado como correcto.

La Naumaquia se muestra á espaldas de las Termas, y es una laguna artificial, en la que los enormes tubos que aun se conservan, hacían desaguar los ríos. Esta laguna, seca en la actualidad, servía para los simulacros de combates navales; nadie ignora que en estas fiestas se degollaban algunas veces uno ó dos mil hombres, para divertir al populacho romano.

En derredor de la Naumaquia se elevaban unos vastos terraplenes destinados á los espectadores, y se apoyaban sobre unos pórticos que servían de almacenes ó de abrigo á sus galeras.

Un templo de construcción igual á la del de Serapis en Egipto, servía de agradable decoración á esta escena; la mitad de su gran cúpula ha venido á tierra. A la vista de aquellos sombríos pilares, de aquellas bóvedas concéntricas, y de aquella especie de embudo donde mugía el oráculo, se advierte que no se habita ya la Italia y la Grecia, y que el genio de otro pueblo ha presidido á aquel monumento. Un antiguo santuario presenta en sus verdosas y húmedas paredes algunos indicios de pintura: cierto indefinible lamento parecía vagar en torno de aquel abandonado asilo.

Desde allí me trasladé al templo de Pluton y Proserpina, llamado vulgarmente la *Entrada del Infierno*. Este templo es actualmente el albergue de un viñador, pero no pude entrar en él, porque su dueño se había alejado, á semejanza del dios.

Mas abajo de la *Entrada del Infierno* extiéndese un valle llamado el *Valle del Palacio*, y pudiera tomarse por el Eliseo. Adelantando hacia el Mediodía, y siguiendo una pared que sostenía las azoteas contiguas al templo de Pluton, descubrí las últimas ruinas de la quinta, situadas á una legua de distancia.

Desandando lo andado, quise ver la Academia, formada de un jardín, de un templo de Apolo y de diferentes departamentos destinados á los filósofos. Un paisano me abrió una puerta para pasar al campo de otro propietario, y me encontré en el Odeon, y en el teatro griego, bastante bien conservado. Algun genio melodioso había sin duda permanecido en aquel lugar consagrado á la armonía, porque oí silbar allí un mirlo el 12 de diciembre, mientras una caterva de niños, ocupados en recoger aceitunas, hacía resonar con sus cantos los mismos ecos que acaso habían repetido los versos de Sófocles y la música de Timoteo.

Ahí terminó mi excursión, mucho mas larga de lo que suele hacerse: obsequio de que soy deudor á un príncipe viajero. Mas allá se encuentra el gran pórtico, de que queda muy poco; algo mas lejos se ven los restos de algunos edificios desconocidos; y por último, los *Colle di San Estephano*, donde termina la quinta, sostienen las ruinas del Pritaneo.

Desde el Hipódromo hasta el Pritaneo, la quinta *Adriana* ocupaba los lugares conocidos hoy con los nombres de *Roca-Bruna*, *Palazza*, *Aqua-Fera* y los *Colle di San Stephano*.

Fue Adriano un príncipe notable, mas no uno de los grandes emperadores romanos; no obstante, es uno de los que mas recuerdos despiertan en nuestros dias. En todas partes dejó restos de su reinado. Una muralla célebre en la Gran Bretaña, tal vez el circo de Nimes y el puente del Gard en las Galias, algunos templos en Egipto, algunos acueductos en Troyes, una nueva ciudad en Jerusalén y en Atenas, un puente en uso actual y otros muchos monumentos en

Roma, patentizan el gusto, la actividad y el poder de Adriano, que además era poeta, pintor y arquitecto. Su siglo fue el restaurador de las artes.

El destino del *Mole Adriani*, es en verdad harto singular: los adornos de este sepulcro sirvieron de armas contra los godos; pero aunque la civilización arrojó columnas y estatuas á la cabeza de hierro de la barbarie, no evitó que esta entrase en Roma. El mausoleo se transformó, andando el tiempo, en fortaleza papal, y también en cárcel, lo que no desmiente su primitivo destino. Los fastuosos edificios levantados sobre las cenizas del hombre, no ensanchan las proporciones del ataúd: los muertos se asemejan en su sepulcro á la estatua sentada en un templo muy reducido de Adriano: si intentasen levantarse, romperían su frente en la bóveda.

Cuando Adriano subió al trono, dijo en alta voz á uno de sus enemigos: «¡Estás en salvo!» Magnánimas son estas palabras. Pero como es más fácil perdonar á la política que al genio, el envidioso Adriano donó en su interior, al ver las obras maestras de Apolo: «¡Está perdido!» y el artista pereció.

No me alejé de aquellos famosos lugares sin llenar mis bolsillos de fragmentos de pórfido, de alabastro, de estuco pintado y de mosaicos; pero luego los arrojé.

Estas ruinas no existen ya para mí, pues es probable que no tornaré á recorrerlas. A cada paso dejamos de existir para un tiempo, para una cosa, para una persona que no hemos de volver á ver, pues la vida es una muerte sucesiva. Muchos viajeros, anteriores á mí, escribieron sus nombres en los rotos mármoles de la quinta Adriana, prometiéndose prolongar su existencia estampando en unos lugares célebres el sello de su paso: ¡cuánto se han equivocado! Mientras me esforzaba en leer uno de aquellos nombres, recién escritos con lápiz, y que creía reconocer, un ave emprendió su vuelo desde una enramada de yedra, y sacudiendo algunas gotas de la pasada lluvia, borró el orgulloso nombre.

Mañana visitaré la quinta de Este.

EL VATICANO.

He visitado el Vaticano á la una. El día era hermoso, brillante el sol, y la temperatura en extremo benigna.

¿Qué he visto? Solitarias y espaciosas escaleras, ó por mejor decir, rampas que pueden subirse á caballo; solitarias galerías adornadas de las obras maestras del genio, por donde los antiguos pasaban con todas sus pompas; solitarios salones, celebrados ó estudiados por tantos grandes artistas, admirados por tantos ilustres varones: el Taso, Ariosto, Montaigne, Milton, Montesquieu, reyes y reinas, poderosos ó caídos, y todos los peregrinos de todas las partes del mundo.

Pinturas: Dios desenmarañando el Caos.

El ángel que seguía á Loth y su mujer.

Una hermosa vista de Frascati, tomada desde una altura de Roma, en un ángulo de la galería.

En la entrada de las habitaciones: una batalla de Constantino, en la que se anegan el tirano y su caballo.

San Leon deteniendo á Atila. ¿Por qué dió Rafael un aire altivo y no religioso al grupo cristiano? Para expresar el sentimiento de la asistencia divina.

El Santísimo Sacramento, primera obra de Rafael: es un cuadro frío, sin piedad, pero su disposición y sus figuras son admirables.

Apolo, las Musas y los poetas. El carácter de estos está bien expresado.

Heliodoro expulsado del templo.—Un ángel digno

de atención, y una figura de mujer celestial, imitada por Girodet en su Osian.

El incendio del barrio.—La mujer que lleva un vaso: copiado sin cesar. Contraste del hombre ahorcado y de otro que intenta alcanzar un niño: el arte se deja ver demasiado. La mujer y el niño han sido pintados mil veces, y siempre con maestría, por Rafael.

La escuela de Atenas.—Efecto de las tres luces, citado en todas partes.

Biblioteca. Su puerta es de hierro, y está erizada de puntas: ¡tal es la puerta de la ciencia! Por armas de un papa, tres abejas: símbolo ingenioso.

Un magnífico baje y unos libros sellados. Si se franquease su lectura, pudiera escribirse aquí toda la historia moderna.

Museo cristiano. Instrumentos de martirio: garfios de hierro para desgarrar las carnes, rascadores para arrancarlas, martinetes de hierro y tenazas: ¡hermosas antigüedades cristianas! ¿Cómo se padecía en otro tiempo? Como hoy, pues así lo atestiguan estos instrumentos. En punto á dolores, la especie humana permanece estacionaria.

Diferentes lámparas encontradas en las catacumbas. El Cristianismo empezó en un sepulcro; de la lámpara de la muerte brotó la luz que ha iluminado el mundo.—Antiguos cálices, cruces, y cucharillas para administrar la Comunión.—Algunos cuadros traídos de Grecia, para salvarlos del encono de los Iconoclastas.

Antigua imagen de Jesucristo, copiada después para los pintores, y cuya fecha no puede ser anterior al siglo viii. ¿Era Jesucristo el más hermoso de los hombres, ó era feo? Los Padres griegos y los latinos abriga diferente opinión; mas yo me inclino á creer que era hermoso.

Donativo hecho á la Iglesia en papiro: el mundo vuelve á empezar aquí.

Museo antiguo. Una cabellera de mujer hallada en un sepulcro. ¿Era la de la madre de los Gracos, ó la de Delia, Cintia, Lálage ó Licinia, de la cual, Meceñas, si hemos de dar crédito á Horacio, no hubiera cambiado un solo cabello por toda la opulencia de un rey de Frigia?

Aut pinguis Phrygiæ Mygdonias opes
Permutare velis criæ Lyciniæ?

Si hay algo que envuelva la idea de la fragilidad son los cabellos de una jóven, que fueron tal vez objeto de la idolatría de la más versátil pasión, y no obstante han sobrevivido al imperio romano. La muerte, que rompe todas las cadenas, no ha podido romper el leve tejido de un cabello.

Una hermosa columna de alabastro.—Un sudario de amianto sacado de un sarcófago; la muerte no ha dejado de devorar su presa en este sudario.—Un vaso etrusco. ¿Quién ha bebido en esta copa? Un muerto. Todo, en este museo, es tesoro del sepulcro, bien haya servido á los ritos fúnebres, bien haya pertenecido á las funciones de la vida.

EL MUSEO CAPITOLINO.

2 de diciembre de 1805.

La Columna Miliaria. En el patio se ven los piés y la cabeza de un coloso.

En el Senado: algunos nombres de modernos senadores. Una loba herida por el rayo; ánades del Capitolio.

Antiguas medidas de trigo, de aceite y vino, en forma de altar, con cabezas de león.

Varias pinturas que representan los principales acontecimientos de la república romana.

Una estatua de Virgilio : su aspecto es rústico y melancólico ; su frente grave, sus ojos inspirados, y las arrugas circulares que parten de las ventanas de la nariz, terminan en la barba, comprendiendo las mejillas.

Ciceron : brillan en su rostro cierta regularidad y expresion de ligereza, menos fuerza de carácter que de filosofía, y tanto talento como elocuencia.

El Alcibiades no ha excitado mi atencion por su hermosura, pues tiene cierto aire de necedad y estolidez.

Un jóven Mitridates que se parece á un Alejandro. Fastos consulares, antiguos y modernos.

Un sarcófago de Alejandro Severo y su madre.

Un bajo-relieve de Júpiter, niño aun, en la isla de Creta. Es una obra admirable.

Una columna de alabastro oriental ; la mas hermosa que se conoce.

Un plano antiguo de Roma sobre mármol, que revela la perpetuidad de la Ciudad eterna.

Bustos : el de Aristóteles : adviértese en él un sello de inteligencia y fuerza.

El de Caracalla ; sus ojos contraídos ; nariz y boca puntiagudos ; aire feroz y como de locura.

El de Domiciano : labios apretados.

El de Neron : semblante redondo y ojos hundidos, de manera que la frente y la barba son prominentes ; aspecto de un esclavo griego disoluto.

Los de Agripina y Germánico : el rostro de este es largo y enjuto ; el de aquella, grave.

El de Juliano : frente pequeña y estrecha.

El de Marco Aurelio : frente espaciosa, y ademan de mirar al cielo.

El de Vitelio : nariz gruesa ; labios delgados ; mejillas abultadas ; ojos pequeños y cabeza un tanto deprimida.

El de César : rostro delgado ; todas las arrugas profundas ; aire de privilegiada inteligencia ; frente prominente entre los ojos, como si la piel estuviese agrupada y cortada por una arruga perpendicular ; cejas bajas y casi en contacto con los ojos ; boca grande y muy expresiva ; créese que va á hablar, y casi sonríe ; nariz saliente, pero no tan aguileña como se le pinta ordinariamente ; mejillas aplastadas como las de Bonaparte ; casi no tiene occipucio ; barba redonda y doble ; ventanas de la nariz un poco cerradas ; aire de imaginacion y genio.

Un bajo-relieve, que representa á Endimion que duerme sentado en un peñasco ; cabeza inclinada sobre el pecho, y un poco sobre el asta de su lanza, que descansa en su hombro izquierdo ; la mano de este lado, indolentemente tendida sobre la lanza, sostiene apenas la correa de un perro, que sentado sobre sus patas traseras, extiende su vista mas allá del peñasco (1). Este es uno de los mas hermosos relieves conocidos.

Desde las ventanas del Capitolio se descubren el Foro, los templos de la Fortuna y la Concordia, las dos columnas de Júpiter Estator, los Rostros, el templo de Faustino, el del Sol, el de la Paz, las ruinas del palacio dorado de Neron, las del Coliseo, los arcos de triunfo de Tito, de Séptimo Severo y de Constantino ; vasto cementerio, en que están escritas las fechas de la muerte de los siglos, en sus respectivos monumentos fúnebres!

LA GALERIA DORIA.

Un gran paisaje ; diferentes vistas de Nápoles, y la fachada de un templo ruinoso en un campo : de Gaspar Pusin.

(1) Tal es la actitud en que pintó á Eudoro en los *Mártires*.

La cascada de Tívoli y el templo de la Sibila.

Un paisaje de Claudio de Lorena y una fuga á Egipto, del mismo : la Virgen, detenida á la entrada de un bosque, tiene al Niño en sus rodillas ; un ángel presenta viandas al Niño, y San José quita la albarda al jumentillo ; descúbrense en último término un puente por el cual pasan algunos camellos y sus guías, y un horizonte en que apenas se diseñan los edificios de una gran ciudad ; la calma y la luz de este cuadro son admirables.

Otros dos pequeños paisajes de Claudio de Lorena, uno de los cuales representa una especie de matrimonio patriarcal en un bosque ; es acaso la obra mas acabada de este gran pintor.

Una fuga á Egipto, de Nicolás Pusin : la Virgen y el Niño, montando un asno guiado por un ángel, bajan de una colina á un bosque, y San José sigue la humilde cabalgadura ; el movimiento del viento está indicado en las ropas y los árboles.

Muchos paisajes del Dominiquino : los coloridos son vivos y brillantes, y los asuntos risueños ; pero en lo general su tono es duro, y su luz poco vaporosa, poco ideal. Cosa extraña es que los ojos franceses sean los que mejor han visto la luz de Italia.

Un paisaje de Anibal Carraccio : está lleno de verdad, pero carece de elevacion de estilo.

Diana y Endimion, de Rubens : la idea es feliz. Endimion duerme casi en la misma actitud del bajo-relieve del Capitolio, mientras Diana, suspensa en los aires, apoya ligeramente una mano en un hombro del cazador, para darle un beso sin interrumpir su sueño ; la mano de la diosa de la noche es de la blancura de la luna, y su cabeza se distingue poco del azul del firmamento. El conjunto está dibujado con suma correccion ; pero cuando Rubens dibuja bien, pinta mal ; este gran colorista perdía su paleta cuando encontraba su lápiz.

Dos cabezas, por Rafael ; los cuatro Avaros, por Alberto Durier ; el Tiempo arrancando las plumas de las alas del Amor ; es del Ticiano ó del Albano : la alegoría es feliz, pero la ejecucion es fria y amanerada, si bien las carnes tienen todo el colorido de la vida.

Unas bodas aldobrandinas, copia de Nicolás Pusin ; véñse en ellas diez figuras, que forman en un mismo término dos grupos de tres y otro de cuatro figuras. El fondo representa una especie de biombo de color oscuro hasta la altura del pecho ; los ademanes y el dibujo participan de la sencillez de la escultura ; parece un bajo-relieve. En este cuadro no hay riqueza de fondo, ni detalles, ni ropas, ni muebles, ni árboles, ni accesorio alguno ; solo figuran en él los personajes, naturalmente agrupados.

PASEO POR ROMA AL RESPLANDOR

DE LA LUNA.

24 de diciembre de 1805.

Los campanarios y los edificios lejanos parecen desde lo alto de la Trinidad del Monte los bosquejos borrados de un pintor, ó unas costas desiguales vistas desde el mar á bordo de un bajel.

Sombra del Obelisco : ¿ cuántos hombres han visto tu sombra en Egipto y Roma?

La Trinidad del Monte está desierta ; un perro ladra en este retiro francés, y se divisa una luz en el piso mas alto de la quinta de Médicis.

Los edificios del Estadio se muestran blancos y en calma, y sus sombras transversales se destacan con fuerza. En la plaza de la Columna, la de Antonino se muestra medio iluminada.

El Panteon ostenta su hermosura, y el Coliseo su grandeza y silencio á la luz de la luna.

El efecto de este astro es magnifico en San Pedro, en el Vaticano, en el Obelisco, en las dos fuentes, y en la columnata circular.

Una jóven mendiga me pide limosna con la cabeza envuelta en su saya; la *poverina*, hermosa como una

madona, ha sabido elegir el tiempo y el lugar; si yo fuese Rafael, la pintaria en un cuadro. El romano pide cuando desfallece de hambre, mas no importuna si se le despide; y á semejanza de sus antepasados, nada hace para ganarse el sustento, siendo preciso que le alimente su senado ó su principe.

Roma duerme en medio de estas ruinas. El astro de



CARRETA DE LA LOMBARDIA.

la noche, que algunos suponen ser un mundo infinito y despoblado, pasea sus pálidas soledades sobre las de Roma, alumbrando calles sin habitantes, cercas, plazas y jardines por donde nadie pasa, monasterios donde ya no se escucha la voz de los ce-

nobitas, y claustros tan desiertos como los pórticos del Coliseo.

¿Qué pasaba há diez y ocho siglos á estas horas, en estos mismos lugares? No solo ha dejadode existir la antigua Italia, sino que la de la edad media ha desa-

parecido tambien. No obstante, la huella de estas dos Italias está aun bien marcada en Roma: si la Roma moderna ostenta su San Pedro y todas sus obras maestras, la Roma antigua le opone su Panteon y todos sus despojos; si una hace bajar del Capitolio sus cónsules y sus emperadores, la otra hace salir del Vaticano la

dilatada serie de sus pontífices. El Tiber separa en ambas glorias: sentadas sobre un mismo polvo, Roma pagana se abisma por momentos en sus sepulcros, al paso que la Roma cristiana vuelve á bajar lentamente á las catacumbas de que saliera.

Tengo en mi cabeza el asunto de una veintena de



PESCADORES NAPOLITANOS.

cartas acerca de la Italia, que quizá verian la luz si consiguiese expresar mis ideas tales como las concibo; pero los dias huyen y me falta el descanso. Me asemejo al viajero que precisado á partir mañana, ha enviado delante de sí sus equipajes. Los equipajes del hombre son sus ilusiones y sus años: y entrega á cada mi-

nuto una parte de ellos al que la Escritura apellida *rápido correo*: el Tiempo (1).

(1) De esta veintena de cartas solo he escrito una, la relativa á Roma, á Mr. de Fontanes. Los varios fragmentos que acababan de leerse, y los que vendrán despues, debian constituir el texto de otras cartas; pero descritas Roma y Nápoles

NAPOLÉS.

Terracina, 31 de diciembre.

Ved aquí los equipajes, las cosas y los objetos que se encuentran en tropel en las calles de Italia: ingleses y rusos que viajan con gran gasto en cómodas berlinas, con todas las costumbres y preocupaciones nacionales; muchas familias italianas que transitan en vetustas caleas, para trasladarse económicamente á las vendimias; muchos frailes á pié, que llevan de la brida á una mula reacia cargada de reliquias; labradores que conducen carretas tiradas por grandes bueyes, y llevan una efigie de la Virgen colocada en el timon á la extremidad de un palo; aldeanas veladas ó con los cabellos diestramente trenzados y adornadas con airosos guardapiés de vivos colores, justillos abiertos por el pecho y atacados con cintas, y collares y brazaletes de mariscos; carros tirados por mulas engalanadas con campanillas, plumas y mantillas encarnadas; barcas, puentes y molinos; multitud de asnos, cabras y carneros; alquiladores de coches y caballos para los viajeros; correos con la cabeza cubierta con una red, como los españoles; muchachos completamente desnudos; peregrinos, mendigos, penitentes blancos y negros; militares dando vaivenes en malos carricoches; escuadras de gendarmes, y ancianos mezclados con las mujeres. Todo este conjunto respiraba un aire de alegría y benevolencia suma, pero era mayor aun la curiosidad que en él se descubría: todos se seguían con la vista, como queriendo hablarse, mas nadie se decía una palabra.

A las diez de la noche.

He abierto la ventana de mi habitación: las olas vienen á estrellarse al pié de las paredes del albergue. Nunca examino el mar sin un movimiento de júbilo, y casi de ternura.

Gaeta, 1.º de enero de 1804.

¡ Otro año ha trascurrido !

Al salir de Fondi saludé al primer vergel cubierto de naranjos que encontré: aquellos hermosos árboles estaban tan cargados de maduros frutos, como pudieran estarlo los manzanos mas fecundos de la Normandía. Trazo estas pocas palabras en Gaeta, en un balcon á las cuatro de la tarde, con un sol soberbio y en presencia del mismo mar. Aquí murió Cicerón, en aquella patria, como él mismo dice, que habia salvado: *Moriar in patria sepe servata*. Cicerón fue muerto por un hombre á quien habia defendido en otro tiempo; ingratitud en que abunda la historia. Antonio recibió en el *Foro* la cabeza y las manos de Cicerón, y dió una corona de oro y una suma de 200,000 libras al asesino; pero esto no bastaba al hecho, y la cabeza fue elevada en la tribuna pública entre las dos manos del orador. En tiempo de Neron se elogiaba mucho á Cicerón, pero en el de Augusto nada se hablaba de él. La causa de esta anomalía aparente era, que en tiempo de Neron el crimen se habia perfeccionado, y los antiguos asesinatos del divino Augusto eran vagatelas, ensayos, y casi el tiempo de la inocencia comparado con las nuevas infamias. Además de esto, se estaba ya muy lejos de los tiempos de libertad; se ignoraba ya lo que habia sido: ¿ los esclavos que asistían á los juegos del Circo, iban á entusiasmarse con los ensueños de los Catones y los Brutos? Los retóricos podían muy bien, en el lleno de la servidumbre, alabar al aldeano de Arpinum. Neron mismo hubiera

en el cuarto y quinto libro de los *Mártires*, solo resta de cuanto pensaba decir acerca de Italia, la parte histórica y política.

sido hombre capaz de propagar arengas acerca de la excelencia de la libertad, y si el pueblo romano se hubiese dormido, como era de esperar, durante sus peroratas, su señor, autorizado por la costumbre, le hubiera hecho despertar á fuerza de palos para obligarle á aplaudir.

Nápoles, 2 de enero.

El duque de Anjou, rey de Nápoles y hermano de San Luis, hizo matar á Coradino, legítimo heredero de la corona de Sicilia. Coradino desde lo alto del caldoso arrojó su guante á la multitud: ¿ quién le recogió? Luis XVI, descendiente de S. Luis.

El reino de las Dos Sicilias tiene alguna cosa de extraño para la Italia; griego bajo los antiguos romanos, ha sido sarraceno, normando, aleman, francés y español en los tiempos modernos.

La Italia de la edad media, era la Italia de las dos grandes facciones de Guelfos y Gibelinos, la Italia de las rivalidades republicanas y de las pequeñas tiranías, época en que solo se oye hablar de crímenes y libertad; entonces todo se ejecutaba con la punta del puñal. Las aventuras de aquella Italia participan del carácter romanesco: ¿ quién no ha oído hablar de Ugolino, Francesca de Rimini, Romeo y Julieta, y Otelo? Los duxes de Génova y de Venecia, los príncipes de Verona, de Ferrara y de Milan, los guerreros, los navegantes, los escritores, los artistas, los mercaderes de aquella Italia, eran hombres de genio: Grimaldi, Frigoso, Adorni, Dandolo, Marin, Zeno, Morosini, Gradenigo, Scaligieri, Visconti, Doria, Trivulce, Spinola, Zenó, Pisani, Cristóbal Colon, Américo Vesputio, Gabato, el Dante, Petrarca, Bocacho, Ariosto, Maquiavelo, Cardan, Pomponace, Achillini, Erasmo, Policiano, Miguel-Angel, Perugino, Rafael, Julio Romano, Dominiquino, Ticiano, Caragio y los Medicis; pero á pesar de esto, no se ve ni un caballero, ni nada de la Europa Transalpina.

En Nápoles, al contrario, la caballería se une al carácter italiano, y las proezas á las conmociones populares; Tancredo y el Taso, Juan de Nápoles y el buen rey René, que no reinó, las Visperas Sicilianas, Masanielo y el último duque de Guisa: hé aquí las Dos-Sicilias. El soplo de la Grecia viene así á espirar en Nápoles; Atenas ha prolongado sus fronteras hasta Præstum: sus templos y sus tumbas forman una faja crepuscular al extremo del horizonte de un cielo encantador.

No he admirado á Nápoles sino cuando estuve en él: desde Cápua y sus deliciosos campos hasta aquí, el país es fértil, pero poco pintoresco, y se entra en Nápoles, casi sin verlo, por un camino quebrado. (1)

8 de enero de 1804.

He visitado el Museo.

Por toda riqueza existe una estatua de Hércules, de que hay dos copias, y representa al dios en reposo, apoyado en el tronco de un árbol: hay ligereza en la clava; una Venus, en la que se admira la belleza de las formas, y el busto de Escipion el Africano.

¿ Por qué la escultura antigua es superior (2) á la

(1) Puédese si se quiere, abandonar la antigua ruta, pues desde la última dominación francesa se ha practicado otra entrada trazando un hermoso camino al rededor de la colina del Pausilipo.

(2) Esta asercion, cierta en general, admite sin embargo, bastantes excepciones. La estatuaría antigua en nada supera á las cariatides de Louvre de Juan Goujon. Diariamente tenemos á la vista aquellas obras maestras y sin embargo no fijamos la atención en ellas. El Apolo ha sido mucho mas elogiado: los méropes del Partenon son los únicos que representan en toda su perfección la escultura griega. Lo que he dicho de las artes en el *Genio del Cristianismo* está desmentido con frecuencia. En aquella época no habia visitado aun la Italia, la Grecia, ni el Egipto.

moderna, al paso que la pintura moderna es verosímelmente superior ó por lo menos igual á la antigua?

En cuanto á la escultura, pienso :

Que los hábitos y costumbres de los antiguos eran mas graves que los nuestros, y sus pasiones menos turbulentas. Ahora bien : la escultura que rechaza los matices débiles y los movimientos inapreciables, se acomodaba mejor al continente tranquilo y seria fisonomía de los griegos y romanos.

Además, los ropajes antiguos descubrían en parte la desnudez, y esta desnudez estaba siempre á los ojos de los artistas, al paso que hoy solo ocasionalmente se ofrece á las miradas del escultor moderno: en una palabra las formas humanas eran mas bellas.

Respecto á la pintura, diré :

Que admite mucho movimiento en las actitudes; y por consecuencia, cuando la *maneras* desgraciadamente son sensibles, perjudican menos á los grandes efectos del pincel.

Las reglas de la perspectiva, que apenas tienen aplicacion á la escultura, son mucho mejor entendidas por los modernos que lo eran por los antiguos; además, en la actualidad se conocen mas colores, restando solo saber si son mas vivos y puros.

En mi revista al Museo, he admirado la madre de Rafael pintada por su hijo : bella y sencilla, se asemeja un poco al mismo Rafael, como las Vírgenes de aquel genio divino se parecen á los ángeles.

Miguel-Angel pintado por él mismo, llamó tambien mi atencion, así como Armida y Reinaldo, escena propia de un espejo mágico.

POUZOLO Y LA SOLFATARA.

4 de enero.

En Pouzolo he examinado el templo de las Ninfas y la casa de Ciceron, que llamaba la *Puteolane*, y en la que escribió muchas veces á Atico y compuso tal vez su segunda Filípica. Esta quinta, edificada segun el plano de la Academia de Atenas, y embellecida despues por Vetus, se convirtió mas tarde en palacio en tiempo del emperador Adriano, que murió en ella pronunciando aquellas célebres palabras de despedida á su alma :

Animula vagula, blandula,
Hospes comesque corporis, etc.

Tambien quiso se pusiese en su tumba que habia sido asesinado por los médicos :

Turba medicorum regem interfecit.

La ciencia ha progresado.

En aquella época, todos los hombres de mérito eran filósofos, aunque no cristianos.

Desde el Pórtico se gozaba del espectáculo mas bello : un pequeño vergel que ocupa hoy la casa de Ciceron ; mas allá el templo de Neptuno y unas tumbas, despues la Solfatara, inmenso campo cubierto de azufre ; el ruido de las fuentes de agua hirviendo, pudiera representar para los poetas el rumor del Tártaro, y cerrando el círculo, la vista del golfo de Nápoles, cabo dibujado por la luz del crepúsculo vespertino, de que parecían ser un reflejo el Vesuvio y el Apenino, acordes armónicos de aquellos fuegos celestes. El vapor diáfano que se extendía por la superficie de las aguas y una parte de la montaña ; la blancura de las velas de los barcos que entraban en el puerto ; la isla de Caprea en lontananza ; la montaña de las Camáldulas con su convento y su bosque coronando á Nápoles, contrastaban admirablemente con la Solfatara. Un francés habita la isla donde se retiró

Bruto. Gruta de Esculapio. Tumba de Virgilio, desde donde se divisa la cuna del Taso.

EL VESUVIO.

5 de enero de 1804.

Hoy 5 de enero he salido de Nápoles á las siete de la mañana, y me encaminé á Portici. El sol se habia desembarazado de las nubes que ocultaban su aparicion, pero la frente del Vesuvio permanecía velada por una densa niebla. Escogí un *cicerone* que me condujera al cráter del volcan, y cabalgando cada uno, en su mula, nos pusimos en marcha.

Comencé á subir por un camino bastante ancho practicado entre dos viñedos plantados de álamos. Marchaba directamente á las regiones del naciente invierno. Un poco mas arriba de los vapores suspendidos en la region media del aire, descubrí la copa de algunos árboles : eran los pequeños olmos de la ermita. Descubríanse á derecha é izquierda algunas miserables habitaciones de viñadores, campeando en medio de las ricas cepas del *Lacryma-Christi*, pero el resto solo ofrecía á la vista del observador una tierra abrasada, vides despojadas entrelazándose con los pinos en forma de parasol, algunos aloes cercando las propiedades, é innumerables piedras rodadas, pero ni un ave.

Llegado á la primera esplanada de la montaña, una llanura árida y desprovista de vegetacion se desplegó á mi vista. A través de aquella desnudez se creen descubrir las dos cabezas del Vesuvio, á la izquierda la *Somma* y á la derecha la boca actual del volcan, perdidas ambas entre pálidas nubes. Avancé mas, y por un lado ví la *Somma* que se perdía entre las simas, y por otro empecé á distinguir las sinuosidades practicadas en el cono del volcan que iba á hollar muy pronto. La lava de 1766 y 1769 cubría el plano sobre que marchaba, desierto humeante, donde las lavas arrojadas como escorias de forjador, destacan sobre un fondo negro el color blanquecino de su espuma semejante á las heces desecadas.

Siguiendo el camino por la izquierda y dejando á la derecha el cono del volcan, llegué á la falda de una colina ó mas bien muro formado por la lava que ha hecho desaparecer de la vista el Herculano. Esta especie de muralla, plantada de viñas en la faja que la une al llano, ofrece á su espalda un vallado profundo en el que crece un monte taller, en el cual se deja sentir un frio intenso.

Subí aquella colina para ir á la ermita que se descubre al lado opuesto. Allí el cielo disminuye su elevacion y las nubes vuelan sobre la tierra á manera de una humareda gris, ó como se esparcen y huyen las cenizas arrojadas al viento, uniéndose á este espectáculo melancólico el sordo murmullo de los arbolillos de la ermita.

El eremita se adelantó á mi encuentro y tomándola brida de mi mula eché pié á tierra. Este solitario, hombre de buen aspecto y de una fisonomía franca, me hizo entrar en su celda, y disponiendo una refraccion, me sirvió pan, manzanas y huevos. Sentóse en frente de mí, y con los codos apoyados en la mesa departió tranquilamente durante mi desayuno. Las nubes se habian cerrado de tal suerte por todo el horizonte, que circundándonos densamente, nos imposibilitaban distinguir ningun objeto desde la ventana de la ermita. Oíase solo en aquel vaporoso abismo el ronco silbido del viento y el rumor lejano de la mar azotando las costas de Herculano ; ¡ escena pacífica de la hospitalidad cristiana, representada en una reducida celda, al pié de un volcan y en medio de una tempestad !

El ermitaño me presentó el libro donde los extranjeros acostumbran anotar algun pasaje de su vida,

pero ningun pensamiento hallé en aquel libro que mereciese retenerlo en la memoria; los franceses, con el buen gusto peculiar de su nacion, se han contentado solo con estampar en él la fecha de su mansion, ó elogiar al ermitaño. Aquel volcan nada digno de consideracion ha inspirado á los viajeros, y esto me confirma en una idea que há mucho tiempo me domina, y es que así los grandes asuntos como los objetos grandiosos, no son á propósito para inspirar elevados pensamientos; porque estando, por decirlo así, evidente su grandeza, todo lo que se añada al hecho lo rebaja. El *nascitur ridiculus mus* es una verdad de todas las montañas.

Pasadas dos horas y media, partí de la ermita, y volviendo á subir la colina de lava que ya habia recorrido, descubrí á mi izquierda el valle que me separaba de la Somma, y á mi derecha la llanura del cono. Seguí mi camino elevándome por la orilla del cerro, y no hallé en aquel horrible lugar otra criatura viviente que una pobre jóven, delgada, amarillenta y medio desnuda, sucumbiendo al peso de una carga de leña cortada en la montaña.

La densidad de las nubes no me dejaba descubrir nada, y el viento silbando de bajo á alto, las arrojaba del plano negro que dominaba haciéndolas pasar sobre el dique de lava que recorría: no escuchaba otro ruido que el paso de mi mula.

Abandoné la colina; volví á la derecha y descendí á la llanura cubierta de lava que desemboca en el cono del volcan, y que atravesé por la parte baja al subir á la ermita. Aun en presencia de aquellas ruinas calcinadas, la imaginacion apenas acierta á representarse aquellos campos de fuego y de metales fundidos en el momento de las erupciones del Vesuvio. El Dante los habia visto quizá en este momento solemne cuando pintó en su *Infierno* aquellas arenas abrasadas donde las llamas eternas descienden lentamente en medio de un pavoroso silencio, *Come di neve in Alpe sanza vento*:

Arrivammo ad una landa,
Che dal suo letto ogni pianta rimuove.
Lo spazzo er' un' arena arida e spessa

Sovra tutto 'l sabbion d' un cader lento
Pioven di fouco dilatata, e falde,
Come di neve in Alpe sanza vento.

Las nubes empero, se entreabren por aquellos picos y descubren repentinamente y á intervalos, á Portici, Caprea, Ischia, el Pausilipo, la mar sembrada con las blancas velas de los pescadores, y la costa del golfo de Nápoles, bordada de naranjos: es el paraíso visto desde el infierno.

Hemos llegado al pié del cono: dejamos nuestras mulas, y apoyado en un largo baston que me da mi guía, comenzamos á hollar la enorme masa de cenizas que le precede. Las nubes se vuelven á cerrar de nuevo, la niebla se espesa y la oscuridad redobla.

Héme aquí en lo alto del Vesuvio, escribiendo sentado á la boca del volcan y proximo á descender al fondo de su cráter. El sol se muestra de cuando en cuando á través del velo de vapores que rodea toda la montaña. Este accidente, que me oculta uno de los mas bellos paisajes de la tierra, contribuye á hacer mas formidable el horror de aquel sitio. El Vesuvio, separado por las nubes que le rodean, de los paisajes encantados que le sirven de pedestal, parece situado en el mas profundo de los desiertos, y la especie de terror que inspira no basta á debilitar el espectáculo de una ciudad floreciente que mora á sus piés.

Propongo á mi guía el descenso al crater, mas él manifiesta alguna dificultad con objeto de sacar mas partido de su posicion, y convenidos en la suma que ha de recibir en el acto, se la entrego. Despójase de su vestido, y despues de andar algun tiempo por el borde

del abismo para hallar una línea menos perpendicular y hacer mas fácil la bajada, el guía se detiene y me advierte me prepare. Vamos á precipitarnos.

Hénos ya en el fondo del abismo cuyo caos desconfio poder pintar.

Imagínese una sima de una milla de circunferencia y de trescientos piés de elevacion, que va alargándose en forma de embudo. Sus bordes ó paredes interiores están surcadas por el fluido ardiente que aquel abismo ha contenido y derramado hacia fuera. Las partes salientes de aquellos surcos se asemejan á las jambas de ladrillo en que los romanos apoyaban sus mamposterías. Algunas rocas suspendidas en varias partes del contorno han cubierto el abismo con sus restos, y una espesa masa de cenizas.

Este fondo del abismo está labrado de diferentes maneras: cerca de su centro hay formados tres pozos ó pequeñas bocas recientemente abiertas y que vomitaron llamas durante la mansion de los franceses en Nápoles en 1798.

Densas humaredas traspasan á través de los poros del abismo, sobre todo al lado de la *Torre del Griego*. En el flanco opuesto, hacia Caserta descubrí una llama, y cuando se mete la mano en las cenizas quemadas aun á algunas pulgadas de profundidad de la superficie.

El color general de la sima, es el del carbon apagado. Pero la naturaleza siempre bella, prodiga sus gracias aun á los objetos mas horribles: la lava, pintada de azul en unas partes, ofrece en otras los matices del verdemar, del amarillo subido y del anaranjado. Trozos de granito, violentados y torcidos por la accion del fuego, se han encorvado por sus extremidades, imitando las palmas y las hojas del acanto. La materia volcánica enfriada sobre la roca viva por la cual ha corrido, forma en todas direcciones, rosetones, guirnaldas y cintas, y afectando tambien las figuras de las plantas y de los animales, forma mil grupos caprichosos é imita los variados dibujos que se admiran en las ágatas. En una roca azulada he descubierto un cisne de lava blanca perfectamente modelado, siendo tan completo el efecto, que se hubiera jurado dormía aquella hermosa ave sobre una agua tranquila, con la cabeza oculta bajo su ala y su largo cuello extendido sobre su espalda como un rollo de seda:

Ad vada Meandri concinit albus color.

El mismo silencio absoluto que habia observado ya en las selvas americanas, en la mitad del día, encontré aquí, y conteniendo el aliento solo escuchaba los latidos del corazón y la pulsacion de las sienes, producida por el movimiento de las arterias. Algunas veces el viento penetrando por la parte superior del cono, bajaba hasta el fondo del cráter mugiendo al chocar con mis vestidos ó silbando al quebrarse en mi baston; tambien escuché rodar algunas piedras que mi guía hacia desprender al pisar sobre las cenizas. Un eco confuso, parecido á la vibracion del metal ó del vidrio, prolongaba el ruido de su caída y despues todo enmudecía. Compárese este silencio mortal con las detonaciones espantosas que turban aquellos mismos lugares cuando el volcan vomita el fuego de sus entrañas y cubre la tierra de tinieblas,

Este contraste puede dar lugar á muchas reflexiones filosóficas que nos hagan mirar con lástima las cosas humanas. ¿Qué son en efecto esas famosas revoluciones de los imperios, al lado de estos accidentes de la naturaleza, que tan fácilmente cambian la paz de la tierra y de los mares? ¿Felices al menos los hombres, si no empleasen en atormentarse mutuamente los pocos dias que han de pasar reunidos! El Vesuvio no ha abierto una sola voz sus abismos para devorar las ciudades, sin que sus furoros no hayan sorprendido á los pueblos sumidos en sangre y lágrimas. ¿Cuáles han sido los primeros indicios de civilizacion,

las primeras huellas del paso de los hombres que se han hallado en los apagados senos del volcan? Instrumentos de suplicio, y esqueletos encadenados (1).

Los tiempos varían, y los destinos humanos ofrecen la misma inconstancia: La vida dice una canción griega, *huye como la rueda de un carro*:

Τροχός ἄρματος γάρ οἷα
βίος τρέχει κλισίῃς.

Plinio perdió la vida por haber querido contemplar á larga distancia el volcan en cuyo cráter estoy yo tranquilamente sentado. Yo miro humear el abismo en torno mio, y medito que á algunas toesas de profundidad hay una sima de fuego bajo mis piés; pienso que el volcan podría abrirse y lanzarme en el aire entre pedazos de mármol destrozado.

¿Qué providencia me ha conducido á este sitio? ¿Por qué casualidad las tormentas del Océano americano me han arrojado á los campos de Lavinia: *Laviniaque venit littora*? No puedo menos de dirigir una mirada retrospectiva á las agitaciones de esta vida, «donde las cosas, dice San Agustín, no son mas que miseria y la esperanza no puede dar un momento de felicidad: *Rem plenam miserie, spem beatitudinis inanem.*» Nacido en las rocas de la Armórica el primer rumor que hirió mi oído al venir al mundo fue el del mar; ¿y en cuántas playas no he visto quebrarse despues aquellas mismas olas que vuelvo á encontrar aqui?

¿Quién me hubiese dicho, hace algunos años, que oíría gemir en las tumbas de Escipion y de Virgilio aquellas ondas que se desarrollaban á mis piés en las costas de Inglaterra ó en las playas del Maryland? Mi nombre está escrito en la cabaña del salvaje de la Florida, y acabo de estamparle en el libro del ermitaño del Vesuvio. ¿Cuándo depositaré á la puerta de mis padres el báculo y la capa del viajero?

O patria! o divum domus Num!

PATRIA, Ó LITERNA.

6 de enero de 1804.

Saliendo de Nápoles para la gruta de Pausilipo, he rodado una hora en calea por la campiña; despues de haber atravesado cortos caminos cubiertos de enramadas, he bajado del carruaje para buscar á pié á Patria ó sea la antigua Literna. Lo primero que se me ha presentado ha sido un bosquecillo de álamos, y en seguida unas viñas y una llanura sembrada de trigo. La naturaleza era bella pero triste. En Nápoles como en el Estado Romano, los cultivadores no se dejan ver en los campos sino en el tiempo de la sementera y de la recoleccion, porque retirados despues á los arrabales de las villas ó á las aldeas, las campiñas carecen de poblaciones, ganados y habitantes y no ofrecen por lo tanto el movimiento rústico de la Toscana, del Milanésado y de las comarcas transalpinas. Sin embargo, en las cercanías de Patria he hallado algunas posesiones bastante bien edificadas y agradables: tenían por ejemplo en el patio un pozo adornado de flores y ornamentado con dos pilstras que coronaban frondosos aloes en forma de canastillo, descubriéndose en el país un gusto particular para la arquitectura, que revela la antigua patria de la civilizacion y de las artes.

Los terrenos húmedos sembrados de helechos, contiguos á fondos cubiertos de madera, me han recordado el aspecto de la Bretaña. ¡Cuánto tiempo há que he dejado mis brezos natales! Acábase de cortar un antiguo monte de encinas y olmos entre los cuales me he criado, y al recordar tamaña devastacion me siento

inclinado á prorumpir en quejas, como aquellos seres cuya vida era inseparable de la mágica selva del Taso.

A lo lejos he descubierto en las orillas del mar la torre llamada de *Escipion*. A la extremidad de una manzana de casas formada por una capilla y una especie de meson, se dilata un campo de pescadores en el cual he entrado. Hallábanse ocupados en acomodar sus redes al borde de un estanque; dos de ellos me han acercado un barchichuelo y me han conducido cerca de un puente donde he desembarcado en el punto que ocupa la torre. He pasado varias dunas donde crecian laureles, mirtos y olivos enanos, y subido, aunque no sin trabajo, á lo alto de la torre, vigia que sirve para el reconocimiento de las embarcaciones; mis miradas han vagado por aquel mar que Escipion habia contemplado tantas veces. Algunos restos de las bóvedas llamadas *Grutas de Escipion*, se han ofrecido á mis pesquisas religiosas: pisaba poseido de respeto, la tierra que cubria los huesos de aquel, que en medio de su gloria buscaba la soledad. Yo no tendré de comun con aquel gran ciudadano mas que el último destierro que á ningun hombre se levanta.

BAYAS.

9 de enero.

Desde lo alto del Monte-Nuevo, se descubre una vasta plantacion de mirtos, y elegantes brezos.

El lago Averno: es de forma circular y está confundido entre un recinto de montañas; sus orillas están adornadas de viñas de altas cepas; el antro de la Sibila está colocado hácia el Sur en el flanco de los peñascos, cerca de un bosque. He oído cantar á las aves, y las he visto volar al rededor del antro, á pesar de los versos de Virgilio:

Quam super haud ullæ poterant impune volantes
Tendere iter pennis.

En cuanto al *ramo de oro*, aunque todas las palomas del mundo me lo hubiesen mostrado, no hubiera salvado cogerlo.

El lago Averno comunicaba con el lago Lucrino: restos de este último lago en el mar; restos del puente Julia.

Se embarca y se sigue el dique hasta los baños de Neron. He hecho cocer huevos en el Flegeton. Reembarcándose al salir de los baños de Neron, y doblando el promontorio, en una costa abandonada, gimenbatidas por las olas, las ruinas de multitud de baños y de quintas romanas. Templos de Venus, de Mercurio, de Diana; tumbas de Agripina, etc. Bayas fue el Eliseo de Virgilio y el infierno de Tácito.

HERCULANO, PORTICI, POMPEYA.

11 de enero.

La lava ha llenado el Herculano, como el plomo fundido llena las cavidades de un molde.

Portici es un almacén de antigüedades.

Hay cuatro partes descubiertas en Pompeya: 1.^a el templo; el cuartel de los soldados; los teatros; 2.^a una casa recientemente desembarazada por los franceses; 3.^a un cuartel de la ciudad; 4.^a la casa fuera de la ciudad.

La torre de Pompeya tiene cerca de cuatro millas. El cuartel de los soldados, es una especie de claustro alrededor del cual habia cuarenta y dos cuartos: algunas palabras latinas estropeadas y con pésima ortografía emborronan las paredes. Cerca de allí estaban los esqueletos encadenados: «Aquellos que un tiempo

(1) En Pompeya.

fueron encadenados, dice Job, no sufrirán ya, ni oirán la voz del exactor.»

Un pequeño teatro; veinte y una gradas en semicírculo y corredores detrás. Un gran teatro: tres puertas en el fondo para salir á la escena, comunicándose con los cuartos de los actores; tres filas marcadas para las gradas: la inferior mas ancha y de mármol. Los corredores de la espalda anchos y abovedados.

Entrábase por el corredor á lo alto del teatro y se bajaba á la platea por salidas especiales. Seis puertas se abrian en aquel corredor. No lejos de allí hay un pórtico cuadrado de sesenta columnas, y además otras columnas en línea recta, en dirección Sur á Norte; disposición que no he podido comprender.

Hay también dos templos, uno de los cuales tiene tres altares y un santuario elevado.

La casa descubierta por los franceses es curiosa: los dormitorios, extremadamente exigüos, están pintados de azul ó de amarillo y adornados con pequeños cuadros al fresco. Vese en aquellos cuadros un personaje romano, un Apolo tocando la lira, paisajes, perspectivas de jardines y ciudades. En la habitación mayor de aquella casa, hay una pintura que representa á Ulises huyendo de las Sirenas: el hijo de Laertes, atado al mástil de su bajel, escucha á tres Sirenas situadas en las rocas: la primera toca la lira, la segunda una especie de trompeta, y la tercera canta.

Para llegar á la parte de Pompeya descubierta de mas antiguo, se entra por una calle de cerca de quince piés de ancho: á uno y otro lado hay aceras elevadas del pavimento que conservan la huella de las ruedas en diversos puntos. La calle está formada por tiendas y casas, cuyo primer piso está derribado. En dos de aquellas casas se ven los objetos siguientes:

Un gabinete quirúrgico y un tocador, ambos con pinturas análogas.

Llamáronme la atención hácia un molino de trigo, y las señales de un instrumento cortante, marcadas aun en la piedra de la tienda de un tocinerio ó panadero, porque no sé lo que era.

La calle conduce á una puerta de la ciudad, donde ha quedado al aire un trozo de muro de circunvalación. En esta puerta comenzaba la línea de sepulcros que marcaban la vía pública.

Después de pasar la puerta, se encuentra la casa de campo tan conocida. El pórtico que rodea el jardín de aquella casa, está compuesto de pilares cuadrados, agrupados de tres en tres. Bajo el primer pórtico, existe otro, y allí fue ahogada la jóven, cuyo seno está impreso en el trozo de tierra que he visto en Pórtici: la muerte, haciendo las veces de estatuaria, ha modelado su víctima.

Para pasar de una parte descubierta de la ciudad á otra descubierta tambien, se atraviesa un rico suelo cultivado ó plantado de vides. El calor era escesivo, pero la tierra presentaba un aspecto risueño, cubierta de verdor y esmaltada de flores (1).

Al recorrer aquella ciudad de muertos, una idea fija me perseguía. No se cavaba en ningún edificio de Pompeya sin que se descubriesen utensilios domésticos, instrumentos de diferentes oficios, muebles, estátuas, manuscritos, etc., y con estos restos de los tiempos que fueron, se llena el Museo de Pórtici. Esto no obstante, otra cosa mejor podría hacerse, y sería dejar las cosas en el sitio en que están y como están; reponer los techos, cielos rasos, entarimados y ventanas para impedir el deterioro de las pinturas de las paredes; levantar el antiguo recinto de la ciudad, cerrar sus puertas, y por último establecer allí una guardia y dotar algunos sabios versados en las artes. ¿No sería este el museo mas maravilloso de la tierra? ¡Una ciudad romana conservada por completo, como si sus

habitantes acabaran de salir un cuarto de hora antes!

Se aprendería mejor la historia doméstica del pueblo romano, y el estado de aquella civilización, dando algunos paseos por la Pompeya restaurada, que leyendo las obras de la antigüedad. La Europa entera se apresuraria á trasladarse á aquella ciudad representante de los antiguos tiempos, y los gastos que exigiere la ejecución de este proyecto, serian ampliamente compensados por la afluencia de extranjeros en Nápoles. Además, fácilmente se comprende que no era indispensable emprender á la vez estos trabajos; podian continuarse lentamente pero con regularidad las excavaciones, y solo serian necesarios un poco de ladrillo, pizarra, yeso, piedra, maderas de carpintería y de construcción para emplearlas á proporcion que las ruinas se fueran desembarazando de la tierra que las obstruye; y un arquitecto hábil seguiria, en cuanto á las restauraciones, el estilo local, de que hallaria modelos en los paisajes pintados en las paredes mismas de las casas de Pompeya.

La práctica actual me parece perjudicial: arrebatadas á sus sitios naturales, las curiosidades mas raras se sepultan en gabinetes, donde no están en relacion con los objetos que las rodean, además de que, descubiertos los edificios de Pompeya, no tardarán en venir al suelo, pues si hasta ahora se han conservado, ha sido porque han estado ahogados entre escombros, pero expuestos al aire libre, se pulverizarán sino selos conserva ó repara.

En todos los paises, los monumentos públicos elevados á toda costa con granito ó mármol, son los únicos que han resistido á la acción de los tiempos; pero las habitaciones domésticas, las ciudades propiamente dichas, han caído, porque la fortuna de los simples particulares no les permitía edificar para siglos.

A MR. DE FONTANES.

Roma, 10 de enero de 1804.

Llego de Nápoles, querido amigo, y te remito un fruto de mi viaje, al que tienes derecho: algunas hojas del laurel que cubre la tumba de Virgilio. «*Tenet nunc Parthenope.*» Hace tiempo que debiera haberte hablado de aquella tierra clásica, creada para interesar á un genio como el tuyo; pero varias razones me han impedido lo cumplierse. Pero no quiero dejar á Roma sin decirte al menos algunas palabras de esta ciudad famosa. Hemos convenido en que te escribiría al azar, y sin decir metódicamente cuanto pensaba de Italia, como te dije en otro tiempo, la impresion que hacian en mi corazón las vastas soledades del Nuevo-Mundo. Sin mas preámbulo voy á procurar pintarte el exterior de Roma, sus campiñas y sus ruinas.

Ya has leído cuanto se ha escrito sobre este asunto; pero no sé si los viajeros te han dado una idea exacta del cuadro que presenta la campiña de Roma. Imagínate una cosa parecida á la desolacion de Tyro y Babilonia, de que habla la Escritura; un silencio y una soledad tan profundos como era inmenso el ruido y el tumulto de los hombres que se agrupaban en otro tiempo en este suelo. Creese escuchar aun aquí retumbar aquella maldicion del Profeta: *Veniens tibi duo hæc subito in die una: sterilitas et viduitas*. Descúbrese acá y allá algunas extremidades solitarias de vias romanas, algunos rastros desecados de los torrentes del invierno: restos que vistos de lejos, tienen la apariencia de unos grandes caminos frecuentados, y que no son otra cosa que el cauce desierto de unas aguas borrascosas que han pasado como el pueblo romano. Pocos árboles se ofrecen á la vista, pero en cambio por todas partes se ven ruinas de acueductos y de tumbas: ruinas que parecen ser las selvas y plantas indígenas de una tierra compuesta del polvo de los

(1) Al fin de este Viaje doy noticias curiosas acerca de Pompeya, que completan esta sucinta descripcion.

muertos y de las ruinas de los imperios. Con frecuencia he creído ver ricas mieses, extendiéndose por una gran llanura; pero me aproximaba y solo hallaba yerbas marchitas que habían engañado mi vista. Otras veces, bajo aquellas mieses estériles se distinguen huellas de un cultivo antiguo. Ni un ave, ni un labrador; absoluta carencia de movimiento campestre; ni el menor mugido de ganado, ni la mas pobre aldea alteran aquella monótona perspectiva, viéndose solo un corto número de granjas incultas en medio de aquella desnudez de los campos: propiedades que aumentan lo sombrío del paisaje con sus puertas y ventanas herméticamente cerradas, y de las cuales no sale humo, ruido, ni habitante alguno. Una especie de salvaje, casi desnudo, pálido y consumido por la fiebre, guarda aquellas tristes chozas, como los espectros que en las historias góticas defendían la entrada de los castillos abandonados. En una palabra, diríase que ninguna nación habia osado suceder á los señores del mundo en su tierra natal, y que aquellos campos están tales como los ha dejado la reja de Cincinato ó el último arado romano.

Un monumento que domina y entristece mas aun aquel terreno inculto, y que la voz popular caracteriza con el nombre de *Tumba de Neron* (1), se eleva en medio de ella como la gran sombra de la Ciudad Eterna. Decaída de su poder terrestre, parece haberse querido aislar del mundo, no pudiendo su orgullo soportar su decadencia; y para separarse de las demás ciudades de la tierra, ha ocultado noblemente sus desgracias en la soledad como reina caída de la elevación de su trono.

Paréceme imposible describirte la sensación que se experimenta al ver aparecer repentinamente á Roma en medio de aquellos reinos vacíos, *inania regna*, y que parece querer levantarse de la tumba en que descansa. Imagina la turbación y asombro que embargaría á los profetas cuando Dios les enviaba la visión de alguna ciudad á la que había unido los destinos de su pueblo: *Quasi aspectus splendoris*. La multitud de recuerdos y la abundancia de sentimientos anonadan; el alma se abisma al aspecto de aquella Roma que ha recogido dos veces la sucesión del mundo, como heredera de Saturno y Jacob.

Acaso creerás, amigo mío, despues de haber leído esta descripción que es imposible haya cosa mas espantosa que las campiñas romanas; pero te engañarías mucho si así pensaras porque á pesar de todo poseen una inconcebible grandeza y siempre que se las contemple se exclamará con Virgilio:

Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus,
Magna virum!

Si las miras como economista, tu alma se llenará de desaliento; pero si las contemplas como artista, como poeta, y aun como filósofo no querrías quizá, que fuesen diferentes de lo que son. El aspecto de los campos de pan llevar, ó de una loma cubierta de viñas no te causarían tan fuertes emociones como la vista de esta tierra que no he podido rejuvenecer el cultivo moderno, y que conserva el carácter antiguo como las ruinas que la cubren.

Nada puede compararse bajo el aspecto de la belleza, á las líneas del horizonte romano, á la suave inclinación de los planos y á los contornos vagos y ligeros de las montañas que lo terminan. Unas veces los valles toman la forma de un estadio, un circo ó un hipódromo invadiendo la campiña, y otras los collados aparecen cortados en forma de terraplenes, como si la mano poderosa de los romanos hubiera removido aquella inmensa mole de tierra. Un vapor particular

ocupando la parte lejana del horizonte, redondea los objetos y disimula la dureza y fealdad que pudieran tener sus formas. Las sombras nunca son pesadas y negras, y no hay grandes masas de rocas ó de follaje por oscuras que sean, en que no se insinúe siempre un poco de luz. Una tinta de singular y armónico colorido, une la tierra, el cielo y las aguas; y todas las superficies, por una gradación insensible de colores, vienen á unirse por sus extremidades, sin que pueda determinarse el punto donde termina una nube y comienza otra. ¿No has admirado en los paisajes de Claudio Lorena aquella luz que parece ideal y mas hermosa aun que natural? pues bien: ¡esa es la luz de Roma! No he querido privarme del placer de ver ocultarse el sol en la quinta Borghese entre los cipreses del monte Mario y los pinos de la quinta Pamphili, plantados por Lenôtre, y muchas veces tambien he subido el Tiber en Ponte-Mole para gozar de la grandiosa escena que ofrece el paisaje al despedirse el día. Las cimas de las montañas de la Sabina parecían entonces de lapislázuli ó de ópalo, mientras sus basas y flancos se ofrecían á la vista como inundados en un vapor ligeramente teñido de violeta y purpurina. Unas veces las nubes, llevadas con gracia inimitable en alas del viento vespertino, á manera de carros vaporosos, parecían representar la aparición de los habitantes del Olimpo en aquel cielo mitológico; y otras la antigua Roma parecia haber extendido en el Occidente toda la púrpura de sus cónsules y Césares para que por ella dirigiera sus últimos pasos el dios de la luz. Esta rica decoración no desaparece con tanta prontitud como en nuestros climas, y así es que cuando se cree van á borrarse aquellos tintes, reaparecen en algun otro punto del horizonte: un crepúsculo sucede á otro, y se ve con placer prolongarse la magia de la caída del sol. Verdad es que á la hora del reposo de las campiñas, el aire no repite ya cantos bucólicos; los pastores no están allí ya, ¡*Dulcia linquimus arva*! pero vense aun las grandes víctimas del *Clytumno*, bueyes blancos ó rebanos de yeguas medio salvajes que descenden á las orillas del Tiber para abreviar en sus aguas. Te creerías transportado á los tiempos de los antiguos sabinos ó al siglo del arcadio Evandro, cuando el Tiber se llamaba Albula, y cuando el piadoso Eneas surcó sus aguas desconocidas.

Convendré sin embargo en que las perspectivas de Nápoles son mas deslumbradoras que las de Roma: ya el sol inflamado ó la luna llena y roja se elevan sobre el Vesuvio como un globo lanzado por el volcan: la bahía de Nápoles con sus riberas bordadas de naranjos, las montañas de la Apulia, la isla de Caprea, la costa del Pausilipo, Bayas, Misena, Cumas, el Averno, los Campos Eliseos y toda aquella tierra virgiliana ofrecen un espectáculo mágico, pero carecen á mi juicio de la grandiosidad de la campiña romana. Por lo menos hay una cosa positiva, y es que se conaturaliza uno prodigiosamente con aquel suelo famoso. Dos mil años hace que Ciceron se creía desterrado bajo el cielo del Asia, y decia á sus amigos: *Urbem, mi Rufi, cole; in ista luce vive*. El atractivo de la bella Ausonia es aun el mismo, y se citan muchos ejemplos de viajeros que habiendo venido á Roma con el designio de pasar algunos días, moraron en ella durante su vida. Necesario fue que viniese á morir el Pusin á esta tierra de soberbios paisajes.

El que se ocupe exclusivamente del estudio de la antigüedad y de las artes, y el que no tiene ya lazos que le ligan á otros países, debe venir á morar en Roma. Aquí hallará para su sociedad una tierra que le nutrirá de útiles reflexiones y llenará su corazón, y paseos que le dirán siempre alguna cosa. La piedra que huelle con sus plantas le evocará recuerdos, el polvo que el viento eleva al cruzar este suelo, encerrará alguna grandeza humana. Si es desgraciado, si ha unido las cenizas de los que amó tantas cenizas ilustres,

(1) La verdadera tumba de Neron estaba en la *Puerta de Pueblo*, en el sitio donde se ha edificado despues la iglesia de Santa Maria del Pópulo.

¿con qué encanto no pasará del sepulcro de los Escipiones al último asilo de un amigo virtuoso, de la encantadora tumba de *Cecilia Metella* al modesto ataúd de una mujer infortunada! Podrá creer que aquellos manes queridos se complacen en vagar en torno de aquellos monumentos, con la sombra de Cicerón que llora aun á su querida Julia, ó la de Agripina, ocupada aun de la urna de Germánico. Si es cristiano ¡ah! ¿cómo podrá sustraerse á aquella tierra que se ha hecho su patria, de aquella tierra que ha visto nacer un segundo imperio, santo ya en su cuna, y mas grande en poder que el que le ha precedido; de aquella tierra donde los amigos que hemos perdido duermen con los mártires en las catacumbas, y vigilados por el ojo del padre de los fieles, parecen deben ser los primeros en levantarse de su polvo, y parecen tambien mas cercanos á los cielos!

Aunque Roma, vista interiormente ofrece el aspecto de la mayor parte de las ciudades europeas, no obstante conserva aun un carácter peculiar: ninguna otra ciudad ofrece á la vista y á la consideracion del filósofo semejante mezcla de arquitectura y ruínas, desde el Panteon de Agripina á las murallas de Belisario, y desde los monumentos traídos de Alejandría hasta el cimborrio elevado por Miguel-Angel. La belleza de las mujeres es otro rasgo distintivo de Roma: recuerdan por su porte y continente las Clelias y Cornelias, y se juzga ver las estatuas de Juno y Palas descendidas de sus pedestales, paseando al rededor de sus templos. Por otra parte se halla en los romanos ese *tono de carnes* al que han dado los pintores el nombre de *color histórico* y emplean en sus cuadros. Natural es que hombres, cuyos abuelos han representado tan gran papel en la tierra, hayan servido de modelo ó tipo á los Rafaeles y Dominiquinos, para representar sus personajes históricos.

Otra singularidad de la ciudad de Roma, son los baños de cabras, y sobre todo aquellas yuntas de grandes buyes con enormes cuernos, recostados al pié de los obeliscos egipcios, entre los restos del Foro y bajo los arcos por donde pasaban en otro tiempo para conducir al triunfador romano á aquel Capitolio que Ciceron llamaba el *Consejo público del universo*:

Romanos ad templum Deum duxere triumphos.

A todos los rumores comunes á las grandes ciudades, se une aquí el ruido de las aguas que se escucha por do quiera, como si se estuviera al lado de las fuentes de Blandusia ó de Egeria. De lo alto de las colinas encerradas en el recinto de Roma, ó de la extremidad de muchas de sus calles, se descubre la campiña en perspectiva, confundiendo la ciudad y los campos de una manera altamente pintoresca. En invierno, los techos de las casas están cubiertos de yerbas como las cabañas de nuestros aldeanos; y todas estas diversas circunstancias contribuyen á dar á Roma cierto aire rústico perfectamente de acuerdo con su historia: sus primeros dictadores manejaban el arado: debió el imperio del mundo á labradores, y la mayor parte de sus poetas no se desdijeron de enseñar el arte de Hesiodo á los hijos de Rómulo:

Aseræumque cano romana per oppida carmen.

Respecto al Tiber, que baña con sus aguas esta gran ciudad y que comparte la gloria con ella, su destino es altamente singular. Pasa por un ángulo de Roma como si no existiese; nadie se digna dirigirle una mirada, nadie habla de él, nadie bebe de sus aguas, sirviéndose solo de ellas las mujeres para lavar; piérdese entre las mezquinas casas que le ocultan, y corre á precipitarse en el mar avergonzado de llamarse *el Tevere*.

Entro ahora, querido amigo, á decirte algunas palabras de aquellas ruínas de que tanto me has recomendado te hable, y que constituyen una gran parte

de las afueras de Roma: las he visto en detalle, ora en Roma, ora en Nápoles, á excepcion de los templos de Paestum, que no he tenido tiempo de visitar. Sin duda sentirás que estas ruínas presenten diversos caracteres, según los recuerdos que á ellas están anejos.

En una tarde apacible del mes de julio último, me senté en el Coliseo en la grada de uno de los altares consagrados á los dolores de la Pasión. El sol, próximo á su ocaso, derramaba corrientes de oro por todas aquellas galerías donde en otro tiempo pululaba el torrente de los pueblos; fuertes sombras salían al mismo tiempo del fondo de los palcos y de los corredores, ó caían en la tierra en anchas fajas negras. Desde lo alto de los macizos de la arquitectura, descubrí entre las ruínas del lado derecho del edificio, el jardín del palacio de los Césares, con una palmera, al parecer colocada de ex-profeso, en aquellos restos para los pintores y poetas. En lugar de los gritos de júbilo que exhalaban en otros días unos espectadores feroces al ver desgarrar á los cristianos por los leones, se escuchaban solo los ladridos de los perros del eremita que custodia aquellas ruínas. Pero tan pronto como el sol desapareció del horizonte, la campana de la cúpula de San Pedro resonó bajo los pórticos del Coliseo. Aquella correspondencia establecida por los sonidos religiosos en los dos monumentos mas grandes de la Roma pagana y de la Roma cristiana, me causó una viva emoción: yo pensaba en que el edificio moderno se desplomaría como el antiguo; juzgaba que los monumentos se suceden como los hombres que los han elevado; recordaba en mi memoria, que aquellos mismos judíos que en su primera cautividad trabajaban en las pirámides de Egipto y en las murallas de Babilonia, habían edificado aquel enorme anfiteatro en su última dispersion. Las bóvedas que repetían los sonidos de la campana, eran la obra de un emperador pagano, señalado en las profecías como destructor final de Jerusalén. Estos son asuntos de meditacion bastante elevados; ¿y crearás que una ciudad donde semejantes efectos se reproducen á cada paso, no sea digna de verse?

He vuelto ayer, 9 de enero, al Coliseo, con intento de examinarlo en distinta estacion y bajo diferente aspecto; y me ha sorprendido no escuchar el ladrido de los perros á mi llegada, y no verlos aparecer en los corredores superiores del anfiteatro entre las secas yerbas que allí vejetaban, como tenían de costumbre. He llamado á la puerta de la ermita practicada en el arco de un palco, y nadie me ha respondido: el ermitaño ha pasado como el edificio en que moraba. La inclemencia de la estacion, la ausencia del buen solitario y pesares recientes, me han hecho mas terrible la tristeza de aquel lugar: he creído ver los escombros de un edificio que habia admirado algunos dias antes en toda su integridad y lozanía. Así, amigo mio, somos advertidos á cada paso de nuestra nada: el hombre busca fuera de sí razones para convenirse de ello: va á meditar sobre las ruínas de los imperios, y olvida que él mismo es un resto aun mas frágil, y que caerá antes que aquellas ruínas que contempla (1). Lo que acaba de completar la idea de que la vida es el *sueño de una sombra* (2), es que no podemos tener ni aun la esperanza de vivir por mucho tiempo en la memoria de nuestros amigos, puesto que su corazon, donde está grabada nuestra imagen, es como el objeto, cuyos rasgos refleja, una arcilla sujeta á disolverse. Háseme mostrado en Pórtici un trozo de las cenizas del Vesuvio, deleznable, y que conserva la marca, diariamente debilitada por el estrago del tiempo, del seno y brazo de una jóven enterrada bajo las ruínas de Pompeya; esta es una imagen bastante exacta, si bien ineficaz para el orgullo humano, de la

(1) El hombre á quien se dirigia esta carta no existe ya. (Nota de la edicion de 1827).

(2) Píndaro.

huella que deja nuestra memoria en el corazón de los hombres: ceniza y polvo (1).

Antes de partir para Nápoles, fui á pasar solo algunos días en Tivoli: recorri las ruinas de los alrededores, y sobre todo las de la quinta Adriana. Sorprendido por la lluvia en medio de mi camino, me refugié en los salones de las Termas cercanas al Pœcilo (2), bajo una higuera que habia derribado un lienzo de pared al desarrollarse. En un pequeño salon octógono, una viña virgen horadaba la bóveda del edificio, y su gruesa cepa, lisa, roja y tortuosa, se elevaba á lo largo del muro como una serpiente. En torno mio, y á través de las arcadas de las ruinas, se abrían puntos de vista de la campiña romana. Espesos matorrales de saúco llenaban aquellas salas desiertas, donde venian á refugiarse algunos mirlos. Los fragmentos de mampostería estaban tapizados de hojas de escolopendra, cuya verdura satinada se destacaba como un bello mosaico sobre la blancura del mármol. Altos cipreses reemplazaban á las columnas caídas en aquel palacio de la muerte; el acanto silvestre se arrastraba á mis piés sobre las ruinas, como si la naturaleza se complaciera en reproducir en aquellas mutiladas obras maestras de arquitectura, el ornamento de su pasada belleza. Todos aquellos diversos salones y la parte mas elevada de las ruinas parecían canastillos y ramos de verdor, y agitando el viento las húmedas guirnaldas, las plantas todas se inclinaban bajo la lluvia del cielo.

Mientras contemplaba aquel cuadro, mil ideas confusas se chocaban en mi espíritu: tan pronto admiraba como detestaba la grandeza romana, y ya pensaba en las virtudes como en los vicios de aquella propietaria del mundo, que habia querido asimilar una imagen de su imperio en su jardín. Recordaba los acontecimientos que habian destruido aquella quinta soberbia: veíala despojada de sus mas bellos ornamentos por el sucesor de Adriano; veía á los bárbaros pasar sobre ella como un torbellino que todo lo asola; y veía tambien que si alguna vez se acantonaron en ella para defenderse en aquellos mismos monumentos que casi habian destruido, coronaban el órden griego y toscano con la almena gótica; y por último, veía á los religiosos cristianos, que, llevando la civilización á aquellos sitios, plantaban la viña y conducian el arado en el Templo de los estóicos y en las salas de la Academia. El siglo de las artes renace y nuevos s.beranos acaban de trastornar lo que restaba de las ruinas de aquellos palacios, para buscar en ellos algunas obras artísticas. A estos distintos pensamientos uníase una voz interior que me repetía lo que cien veces he escrito ya acerca de la vanidad de las cosas humanas. En los monumentos de la quinta Adriana hay vanidad de vanidad, pues como todo el mundo sabe, estos no eran otra cosa que imitación de otros monumentos esparcidos en las provincias del imperio romano: el verdadero templo de Serapis en Alejandría, la verdadera Academia en Atenas, no existen ya, y así es que en las copias de Adriano no se ven sino ruinas de ruinas.

Dicho esto, amigo mio, convendría te describiese el templo de la Sibila, en Tivoli, y el elegante templo de Vesta, suspendido sobre la cascada; pero me falta el tiempo. Siento no poder pintarte aquella cascada celebrada por Horacio; pero estaba en tus dominios, tú el heredero de la *áurelia* de los griegos, ó del *simplex munditiis* de cantor del *Arte poetica*; pero los he visto en una estacion muy triste, y además estaba de mal humor. Mas te diré: me importunaba el ruido de aquellas aguas que tanto me habian encantado en las selvas americanas. Frecuentemente recuerdo el placer que experimentaba cuando por la noche, en

medio del desierto, con mi hoguera medio apagada, mi guía durmiendo, y paciendo mis caballos á alguna distancia, escuchaba la melodía de las aguas y de los vientos en lo profundo de los bosques. Aquellos murmullos, tan pronto fuertes como débiles, aumentando y decreciendo á cada instante, me hacian estremecer: cada árbol era para mí una especie de lira armoniosa, de la cual sacaban los vientos acordes inefables.

Hoy alcanzo á descubrir soy mucho menos sensible á los encantos de la naturaleza, y dudo que la catarata del Niagara me causase la misma admiración que en otros días. Cuando uno es jóven, la naturaleza, por muda que parezca, habla elocuentemente: todo su porvenir está ante él (si nie perinite esta expresion mi Aristarco); espera comunicar sus sensaciones al mundo, y se alimenta con mil quimeras. Pero en una edad avanzada, cuando la perspectiva que teníamos á la vista viene á colocarse á nuestra espalda, y se desvanece una multitud de ilusiones, entonces la naturaleza aislada se hace fria y apenas nos dice nada: *Los jardines hablan poco*. (3)

Para que aquella naturaleza nos interese ya, es preciso que se una á los recuerdos de la sociedad: pues nosotros nos bastamos menos á nosotros mismos; la soledad absoluta nos pesa, y necesitamos de aquellas conversaciones que *setienen á media voz por la tarde entre los amigos*. (4)

No dejé á Tivoli sin visitar la casa del poeta que acabo de citar: estaba en frente de la quinta de Mecenas, y allí era donde ofrecia *floribus et vino genium memorem brevis ævi*. La ermita no podia ser muy grande porque está situada en la cima misma de la colina; pero se comprende deberá estarse allí bien al abrigo de la intemperie, y que todo era cómodo aunque pequeño. El pastor colocado delante de la casa abrazaba con la vista un país inmenso: retiro á propósito para el poeta á quien basta poco, y que goza de todo lo que no le es propio: *Spacio brevi spens longam reseces*. Prescindiendo de todo, es muy fácil ser filósofo como Horacio. Poseía una casa en Roma, y dos quintas en la campiña, una en Utica y otra en Tivoli. Bebia con sus amigos un vino especial del consulado de Tulo; su bufete estaba cubierto de plata, y decia familiarmente al primer ministro del señor del mundo: «No siento las necesidades de la pobreza, y si quisiese alguna cosa mas, Mecenas, tú no me la rehusarias.» Con esto se puede cantar á *Lálage*, coronarse de lirios, que viven poco, hablar de la muerte bebiendo el falerno, y dar al viento los pesares.

Observo que Horacio, Virgilio, Tibulo y Tito Livio murieron todos antes que Augusto, que en esto tuvo la suerte de Luis XIV: este gran príncipe sobrevivió poco á su siglo y se durmió el último en la tumba, como para asegurarse que no quedaba ya nada tras él.

Sin duda alguna te será indiferente saber que la casa de Cátulo está situada en Tivoli, mas arriba de la de Horacio, y que en la actualidad está habitada por algunos religiosos cristianos; pero tal vez te llame la atención que Ariosto haya venido á componer sus *fábulas cómicas* al mismo lugar en que Horacio gozó de todas las cosas de la vida. Pregúntase uno con sorpresa cómo es que el cantor de Roldán, retirado en casa del cardenal de Este, en Tivoli, ha consagrado sus *divinas* locuras á la Francia, y á la Francia semi-bárbara, teniendo á la vista los severos monumentos y los graves recuerdos del pueblo mas serio y civilizado de la tierra. Por lo demás, la quinta de Este es la única moderna que me ha interesado en medio de las ruinas de las quintas de tantos emperadores y cónsules. La casa de Ferrara ha tenido el honor poco comun de ha-

(1) Job.

(2) Monumentos de la quinta. Véanse mas arriba la descripción de Tivoli y de la quinta Adriana.

(3) La Fontaine.

(4) Horacio.

ber sido cantada por los dos grandes poetas de su tiempo, y los dos genios mas brillantes de la Italia moderna.

Piacciavi, generose Ercolea prole,
Ornamento e splendor del secol nostro,
Ippolito, etc.

Esta es la voz de un hombre dichoso que da gracias á la casa poderosa, cuyos favores ha merecido y cuyas delicias constituye. El Taso, mas sensible, hace oír en su invocacion los acentos del reconocimiento de un gran hombre infortunado :

Tu magnanimo Alfonso, il qual ritogli, etc.

Indudablemente es usar con nobleza del poder, servirse de él para proteger los talentos proscriptos, y acoger al mérito fugitivo. Ariosto é Hipólito de Este, han dejado un recuerdo en los vallecillos de Tivoli, que no cede en encanto al de Horacio y Mecenas. ¿ Pero qué se han hecho los protectores y los protegidos ? En el momento en que escribo, la casa de Este acaba de extinguirse; la quinta del cardenal de Este se ha convertido en ruinas como la del ministro de Augusto: historia de todas las cosas y de todos los hombres :

Linquenda tellus, et domus, et placens
Uxor.

Un dia entero pasé en esta soberbia quinta y no me cansé de admirar la perspectiva que se descubria desde lo alto de sus terrados ; á mis piés se dilataban los jardines con sus plátanos y cipreses ; despues de los jardines se descubrian los restos de la casa de Mecenas, situada á la orilla del Anio (1) ; al otro lado de la ribera y coronando la colina del frente, se veia descollar un frondoso olivar de corpulentos troncos, y envueltas entre su follaje las ruinas de la quinta de Varo ; un poco mas lejos, hácia la izquierda, en el llano se elevan los tres montes *Monticelli*, *San Francesco* y *San Angelo*, y entre las cimas de aquellos tres montes vecinos campeaba la lejana y azulada cumbre del antiguo Soracto ; en el horizonte y á la extremidad de las campiñas romanas, describiendo un círculo por el Poniente y Mediodia, se divisaban las alturas de Montefiescone, Roma, Civita-Vecchia, Ostia, el mar y Frascati, dominado por los picos de Tusculum ; y por último, viniendo á buscar á Tivoli hácia el Levante, la circunferencia entera de aquella inmensa perspectiva, terminaba en el monte Ripoli ocupado en otro tiempo por las casas de Bruto y Atico, y á cuyo pié se halla la quinta Adriana con sus ruinas.

En medio de este cuadro sorprendente, puede muy bien seguirse el curso del Teverone que descendiendo hácia el Tiber corre hasta el puente donde se eleva el mausoleo de la familia *Plautia*, edificado en forma de torre. Descúbrese tambien el gran camino de Roma en la campiña ; es la antigua via Tiburtina, en otro tiempo adornada de sepulcros, y en cuya larga extension se elevan montones piramidales de heno imitando aquellas tumbas.

Difícil seria hallar en el mundo un golpe de vista mas admirable y mas á propósito para despertar poderosas reflexiones. No quiero hablar de Roma, cuyas cúpulas se descubren, sino solamente de los lugares y monumentos encerrados en aquella vasta extension. Allí está la casa en que Mecenas, bastiado de los bienes terrenales, murió de consuncion ; Varo dejó su collado para ir á verter su sangre en los pantanos de la Germania ; Casio y Bruto abandonaron sus retiros para trastornar su patria. Bajo aquellos altos pinos de Frascati, Ciceron dictaba sus *Tusculanas* ; Adriano hizo correr un nuevo Peneo al pié de aquella colina, y transportó á aquellos sitios los encantos y recuerdos del valle de Tempé. Junto á aquella fuente de la Solfatará,

la reina cautiva de Palmira acabó sus dias en la oscuridad y su quinta momentánea desapareció en el desierto. Aquí fue donde el rey Latino consultó al dios Fauno en la selva de la Albunea ; allí fue donde Hércules tenia su templo, y donde la sibila Tiburtina dictaba sus oráculos ; allá están las montañas de los antiguos sabinos, las llanuras de la vetusta Lacio ; tierra de Saturno y de Rhea, cuna de la edad de oro, cantada por todos los poetas ; colinas risueñas de Tibur y de Lucretio, donde solo el genio francés ha podido recordar las gracias que esperaban el pincel del Pusin y de Claudio de Lorena.

Bajé de la quinta de Este (1), cerca de las tres de la tarde, y pasé el Teverone por el puente de Lupus para entrar en Tivoli por la puerta Sabina. Al atravesar los seculares olivos de que acabo de hablar, descubrí una capillita blanca dedicada á la madona Quintilanea y edificada sobre las ruinas de la quinta de Varo. Era un domingo, la puerta de aquella capilla estaba abierta, y entré en ella. Descubrí tres altares pequeños dispuestos en forma de cruz, y en el del centro se elevaba un gran crucifijo de plata ante el cual ardia una lámpara suspendida en la bóveda. Un solo hombre de aspecto desgraciado estaba posternado cerca de un banco, y oraba con tanto fervor que no levantó la vista para mirarme, á pesar del ruido producido por mis pisadas. Yo sentí entonces lo que he experimentado mil veces al entrar en una iglesia, una especie de *tregua* de los combates del corazon (como dicen nuestras antiguas Biblias), y cierto disgusto de la tierra. Arrodiéme á alguna distancia de aquel hombre, é, inspirado por el sitio pronuncié esta oracion: « Dios del viajero, que habeis querido que el peregrino os adorase en este humilde asilo, edificado sobre las ruinas del palacio de un grande de la tierra ! ¡ Madre de dolor, que habeis establecido vuestro culto misericordioso en la herencia de aquel romano infortunado, muerto lejos de su país en las selvas de la Germania ! No estamos aquí mas que dos fieles postrados al pié de vuestro altar solitario : conceded á ese desconocido, tan profundamente humillado ante vuestra grandeza, todo lo que os pida ; haced que las súplicas de ese hombre sirvan á su vez para curar todas mis enfermedades, á fin de que estos dos cristianos que son extraños el uno al otro, que no se han encontrado mas que por un instante en la vida, y que van á separarse para no volverse á ver acá abajo, se admiren al encontrarse al pié de vuestro trono, y de deberse mutuamente una parte de su felicidad, por los milagros de su caridad ! »

Cuando observo, amigo querido, las hojas esparcidas sobre mi mesa, me espanto de mi enorme conjunto de vagatelas y vacilo en enviártelas. Siento por lo tanto que no te haya dicho nada en sustancia, y haya olvidado mil cosas que hubiera debido decirte, como por ejemplo, el no haberte hablado de Tusculum, ni de Ciceron, que segun Séneca, « fue el único genio que tuvo el pueblo romano igual á su imperio. » *Illud ingenium quod solum populus romanus par imperio suo habuit*. Mi viaje á Nápoles, mi descenso al cráter del Vesuvio, mis escursiones á Pompeya, á Caserta, á la Solfatará, al lago Averno, y á la gruta de la Sibila, hubieran podido interesarte, etc. Bayas, donde han pasado tantas escenas memorables, merecia solo un volumen. Me parece ver aun la torre de Bola, situada donde estuvo la casa de Agripina, y en la que estaba dijo aquella palabra sublime á los asesinos enviados por su hijo: *Ventrem ferit* La isla Nisida, que sirvió de retiro á Bruto, cerca del matador de César ; el puente de Calígula, la Piscina admirable, todos aquellos palacios edi-

(1) Al fin de mi descripcion de la quinta Adriana anuncié para el siguiente dia un paseo á la quinta de Este y no di entonces detalles de este paseo, porque se hallaba en mi *carta acerca de Roma*, á Mr. de Fontanes.

(1) Hoy el Teverone.

ficados en el mar y de que habla Horacio, bien valdrian la pena de que uno se detuviese un poco. Virgilio ha logrado y hallado en estos lugares las bellísimas ficciones del libro sexto de su Eneida, y desde aquí escribía á Augusto aquellas modestas palabras, las únicas que conocemos en prosa de aquel gran poeta: *Ego vero frequentes á te litteras accipio..... De Aenea quidem meo si me hercule jam dignum auribus haberem tuis, libenter mitterem; sed tanta inchoata, res est ut pene vitio mentis tantum opus ingresses mihi videar: cum praesertim, ut scis, alia quoque studia ad id opus multoque potiora impertiar.*

Mi peregrinacion á la tumba de Escipion el Africano es una de las que mas han satisfecho mi corazon, aunque haya faltado el objeto de mi viaje. Habíase me dicho existia aun el mausoleo y que en él se leia aun la palabra *patria*, único resto de aquella inscripcion que se pretende haber sido grabada en él: *Ingrata patria! no poseerás mis huesos.* Pasé pues á Patria, llamada antiguamente Litterna, y aun cuando no encontré la tumba, recorrí las ruinas de la casa que habitó en su destierro el mas grande y el mas amable de los hombres: me parecia ver pasearse al vencedor de Anibal, por la orilla del mar en la costa opuesta á la de Cartago, consolándose de la injusticia de Roma con los encantos de la amistad y la conciencia de sus virtudes. (1)

En cuanto á los modernos romanos, querido amigo, creo que Duclos estaba de buen humor cuando los lla-

(1) No solamente se me habia dicho que existia aquella tumba, sino que hasta habia leído circunstanciadamente lo que relato aquí, en un viajero cuyo nombre he olvidado. Empero las razones siguientes me hacen dudar de la verdad de los hechos.

1.º Me parece que Escipion, á pesar de las justas razones de queja que tenia contra Roma, amaba demasiado su patria para consentir se grabase aquella inscripcion en su tumba: esto parece contrariar cuanto sabemos del genio de los antiguos.

2.º La inscripcion referida y concebida casi literalmente en los términos imprecatorios que Tito Livio pone en boca de Escipion al salir de Roma, ¿no será tal vez el origen de este error?

3.º Plutarco cuenta que se ha hallado cerca de Gaeta una urna de bronce en una tumba de mármol, donde debian haber sido encerradas las cenizas de Escipion, y que tenia una inscripcion muy diferente de la de que aqui se trata.

4.º Habiendo tomado el nombre de Patria la antigua Litterna, esto ha podido muy bien ocasionar cuanto se ha dicho de la palabra *patria*, único resto de la inscripcion de la tumba. ¿No seria en efecto una coincidencia singular el que se llamase *Patria* el lugar de su residencia, y se hallase tambien la palabra *patria* en el monumento de Escipion? á menos que no se suponga que el uno ha tomado su nombre de la otra.

Puede creerse asi toda vez que autores que no conozco han hablado de esta inscripcion con tanta seguridad que no há lugar á la menor duda: en Plutarco se halla una frase que parece favorecer la opinion que combato. Un hombre de gran mérito, y que me es tanto mas querido cuanto que es muy desgraciado, á ha hecho al mismo tiempo que yo el viaje á Patria. Muchas veces hemos hablado de este célebre sitio; pero no recuerdo me haya dicho haber visto él mismo la tumba y la palabra (lo que destruiria toda clase de duda), ó si me ha contado sencillamente la tradicion popular. En cuanto á mí, no he podido hallar el monumento, y solo he visto las ruinas de la quinta, que valen poco.

Plutarco refiere la opinion de los que colocaban la tumba de Escipion cerca de Roma; pero confundian evidentemente la tumba de los Escipiones con la tumba de Escipion. Tito Livio afirma que esta se hallaba en Litterna, que estaba coronada por una estatua que fue derribada por una tempestad, y que él habia visto aquella estatua. Sábese además por Séneca, Ciceron y Plinio, que la otra tumba, es decir la de los Escipiones, habia existido en efecto en una de las puertas de Roma. Descubierta en tiempo de Pio VI, se han transportado las inscripciones al museo del Vaticano, y entre los nombres de los miembros de la familia de los Escipiones, hallados en el monumento, falta el del Africano.

* Mr. Bertin el mayor, desterrado y perseguido entonces por Bonaparte, por su adhesión á la casa de Borbon.

mó los *Italianos de Roma*, pues creo subsiste aun en ellos el fondo de una nacion que tiene poco de comun con las demás. En aquel pueblo puede descubrirse un juicio severísimo, buen sentido, valor, paciencia, genio, huellas profundas de sus antiguas costumbres, y cierto aire de soberanía que unido á algunos hábitos dignos, revelan su superioridad. Antes de condenar esta opinion, que tal vez te parezca atrevida, seria preciso oír las razones en que la apoyo; pero no tengo tiempo para dárte las.

¡Cuántas cosas tendria que decirte acerca de la literatura italiana! Solo he visto una vez al conde Alfieri; ¿adivinarías cómo? ¡en su féretro! Dijose me que apenas habia sufrido alteracion, y su fisonomía me pareció noble y grave; la muerte aumentaba sin duda su severidad, y habiéndose hecho muy corto el ataúd, se vieron en la necesidad de inclinarle la cabeza hácia el pecho, violencia que le imprimió un aspecto formidable. Debo á la bondad de una persona que le fue muy querida (2), y á la finura de un amigo del conde, notas curiosas sobre las obras póstumas, las opiniones y la vida de este hombre célebre. La mayor parte de los papeles públicos de Francia solo han insertado reseñas truncadas é inciertas, y mientras puedo comunicarte mis notas te envío el epitafio que el conde Alfieri habia hecho para su noble amiga en union con el suyo:

HIC. SITA. EST.
AL.... E... ST....
ALB.... COM....
GENERE. FORMA. MORIBUS.
INCOMPARABILI. ANIMI. CANDORE.
PRÆCLARISSIMA
A. VICTORIO. ALFIERIO.
JUXTA. QUEM. SARCOPHAGO. UNO (3).
TUMULATA. EST.
ANNORUM. 26. SPATIO.
ULTRA. RES. OMNES. DILECTA.
ET. QUASI. MORTALE. NUMEN.
AB. IPSO. CONSTANTER HABITA.
ET. OBSERVATA.
VIXIT. ANNOS.... MENSES... DIES....
HANNONIE. MONTIBUS. NATA.
OBIIIT.... DIE.... MENSIS....
ANNO. DOMINI. M. D.CCC. (4)

La sencillez de este epitafio, y sobre todo la nota que le acompaña, me parecen en extremo tiernas.

(2) La persona para la cual habia sido compuesto de antemano el epitafio que traslado á continuacion, no dejó mentir por mucho tiempo el *Hic sita est*, yendo á unirse al conde Alfieri. Nada mas triste que leer próximo ya el fin de nuestros dias lo que hemos escrito en la juventud: todo lo que era presente cuando se tenia la pluma en la mano es ya pasado: se hablaba de vivientes, y no hay ya mas que muertos. El hombre que envejece en el camino de la vida, vuelve atrás la vista para mirar á sus compañeros de viaje, y han desaparecido! El es el único que ha quedado en un camino ya de sierto.

(3) *Sic inscribendum, me, ut opinor et opto, præmoriens; sed aliter jubente Deo, aliter inscribendum:*

Qui. juxta. eam. sarcophago. uno.
Conditus. erit. quam primum.

(4) «Aquí reposa Eloisa E. St., condesa de M., ilustre por sus abuelos, célebre por sus gracias personales, por la apaciabilidad de su genio y por el candor incomparable de su alma. Enterrada cerca de Victor Alfieri, en una misma tumba; prefirióla veinte y seis años á todas las cosas de la tierra. Aunque mortal, fue constantemente servida y honrada por él, como si hubiera sido una divinidad.

* Así lo he escrito, esperando y deseando morir el primero; pero si pluguiese á Dios ordenarlo de otro modo, entonces se diria: *Enterrada por el conde Victor Alfieri, que bien pronto será sepultado á su lado en una misma tumba.*

Por estavez he terminado mis noticias, y te envío estos trozos de ruinas, en las que creohallaráscuanto pueda agradarte, pues en la descripción de los diversos objetos de que te hablo, me imagino no haber

omitido nada digno de notarse, á excepcion del Tiber, que es siempre el *flavus Tiberinus* de Virgilio. El color cenagoso que le distingue preténdese es debido á las lluvias que caen en las montañas de donde descien-



RUINAS DEL INTERIOR DE ROMA.

de; y cuando en tiempo de calma y serenidad he mirado correr aquellas ondas incoloras, he creído descubrir en él la viva imagen de una vida comenzada en medio de turbulentas borrascas: el resto de su curso pasa sin accidentes bajo un cielo límpido y puro, permaneciendo teñido con las aguas de la tempestad que han enturbiado su corriente.

NOTICIA SOBRE LAS EXCAVACIONES

DE POMPEYA.

En la nota de la página 18 dije: «Al fin de este volumen daré noticias curiosas acerca de Pompeya, que completarán mi breve descripción.»

Primero se descubrieron los dos teatros, después el

templo de Isis y el de Esculapio, la casa de campo de Arrio Diomedes, y muchas tumbas. En la época en que Nápoles fue gobernado por un rey hijo de las filas del ejército francés, fueron descubiertos los muros de la ciudad, la calle de las tumbas, muchas del interior de la misma, la basilica, el anfiteatro y el foro. El rey de Nápoles ha continuado los trabajos, y como las exca-

vaciones están dirigidas con inteligencia, y se hacen con el laudable designio de descubrir la ciudad destruida, mas bien que con el de buscar enterrados tesoros, diariamente se añaden nuevos conocimientos y descubrimientos á los ya adquiridos en un asunto tan interesante y casi inagotable.

La ciudad de Pompeya, situada próximamente á



PUNTE DEL SANTO ANGEL EN ROMA.

catorce millas al Sud-Este de Nápoles, está edificada, en parte sobre una eminencia que domina la fértil llanura, considerablemente enriquecida con la misma cantidad de materias volcánicas con que la cubre el Vesuvio. Las murallas de la ciudad y las paredes de sus edificios han retenido en su recinto todas las ma-

terias que el volcan ha vomitado sobre ellas y las lluvias han petrificado; de suerte que la extension de aquellas construcciones está marcada distintamente por las montañuelas que ha formado la piedra pómez y la acumulacion gradual de la tierra vegetal que las cubre.

La eminencia sobre que fue edificada Pompeya debe haber sido formada en una época muy remota, y está compuesta de productos volcánicos vomitados por el Vesuvio.

Háse creído que la mar había bañado en otro tiempo los muros de Pompeya, y que había dilatado sus aguas hasta el punto por donde pasa hoy el camino de Salerno; y Strabon dice en efecto que aquella ciudad servía de arsenal marítimo á muchas ciudades de la Campania, añadiendo estaba cerca de Sarno, rio que podían bajar y subir los mercaderes.

Muchos hechos que he observado en Pompeya, parecerían incomprensibles sino se tuviera presente que la destruccion de esta ciudad ha sido producida por dos catástrofes distintas: la una en el año 63 de Jesucristo por un terremoto, y la otra seis años despues por una erupcion del Vesuvio. Sus habitantes empezaban apenas á reparar los destrozos causados por la primera, cuando los signos precursores de la segunda los obligaron á abandonar un lugar que no tardó en ser enterrado bajo un diluvio de cenizas y materias volcánicas.

No obstante varios restos de construcciones de ladrillo indican su posicion. Conservóse sin duda por algun tiempo en sus cercanías una parte de la poblacion, puesto que Pompeya está indicada en el *Itinerario* de Antonino y en la carta de Peutinger. En el siglo III los condes de Sarno abrieron un canal tributario del rio de este nombre: sábese que pasaba por debajo de Pompeya, pero se ignora la verdadera posicion de esta ciudad en los tiempos antiguos, habiendo sido el origen de las excavaciones mandadas practicar por el gobierno napolitano, el hallazgo de una estatua en 1748, en el campo de un labrador al tiempo que araba sus tierras.

En la época de los primeros trabajos, los escombros que se sacaban de la parte que se trataba de descubrir, se vertian en la que ya lo habia sido, y á manera que se iban extrayendo las pinturas al fresco, los mosaicos y otros objetos curiosos, la cavidad desembarazada se volvía á llenar de nuevo; hoy se sigue un sistema diferente.

Aun cuando las obras de excavacion no han ofrecido grandes dificultades por los pocos esfuerzos que exige el terreno para ser excavado, solo hay desenterrada una séptima parte de la ciudad. Algunas calles están al nivel del gran camino que pasa á lo largo de los muros, cuyo circuito es de cerca de seiscientos toesas.

Viniendo de Herculano, el primer objeto que llama la atencion, es la quinta de Arrio Diomedes, situada en los arrabales. Ofrece desde luego á la simple vista una construccion lindisima, y está tan bien conservada aunque le falta un piso, que puede dar una idea exacta de la distribucion interior que los antiguos daban á sus viviendas. Bastaria poner puertas y ventanas á aquella abandonada morada para hacerla habitable, y aunque muchos cuartos son extremadamente pequeños, el propietario era un hombre opulento, observándose que en las casas de las gentes menos acomodadas los cuartos son aun mas reducidos.

El pavimento de la de Arrio Diomedes es de mosaico y los cuartos solo tienen ventanas, no recibiendo muchas la luz sino por la puerta. Las necesidades de nuestra sociedad y sus costumbres nos hacen ignorar el uso de muchos pasadizos y recodos que se echan de ver en ella. Las ánforas que contenian el vino están aun por descubrir por completo, y permanecen con el pié enterrado en la arena y apoyadas contra la pared.

La calle de las Tumbas ofrece á derecha é izquierda los sepulchros de las principales familias de la ciudad, y aun cuando la mayor parte son de cortas dimensiones, su construccion es de mucho gusto.

Las calles de Pompeya no son anchas, pues solo cuentan quince piés de un lado á otro, haciéndolas

aun mas estrechas las aceras: están pavimentadas con piedra de lava gris y de formas irregulares como las antiguas vias romanas, distinguiéndose aun claramente la huella de las ruedas. Solo ha quedado en pié en las casas la planta baja; pero las ruinas manifiestan tenian mas de un piso: casi todas tienen un patio interior, en cuyo centro está un *impluvium* ó depósito para conservar el agua llovediza, y del que pasaba á una cisterna contigua. La mayor parte de las casas estaban adornadas con pavimentos de mosaico y de paredes generalmente pintadas de amarillo, azul ó encarnado. Sobre este fondo habia pintados lindos arabescos y cuadros de diversas dimensiones. Las casas tienen generalmente una sala de baño sumamente cómoda, que con frecuencia está construida con paredes dobles, y cuyo espacio intermedio estaba vacío con el objeto de que la habitacion se preservase de la humedad.

Las tiendas de los mercaderes de productos, líquidos y sólidos, ofrecian á la vista gruesos macizos de piedra con frecuencia revestidos de mármol, y en los que estaban empotradas las vasijas que contenian los efectos.

Háse creído que el género de comercio que se hacia en algunas casas estaba designado por figuras que aun permanecen esculpidas en el muro exterior; pero estos emblemas parecian indicar mas bien el genio á cuya proteccion estaba acogida la familia.

Las odres y las máquinas de moler el grano indican los despachos de los panaderos. Estas máquinas consisten en una piedra de base redonda, cuya extremidad superior es cónica y se adapta al hueco ó cavidad de otra que como ella está labrada en forma de embudo en su parte superior: haciendo dar vueltas á la piedra de arriba por medio de dos asas laterales que atravesaban unos maderos, el grano vertido en el embudo superior caía por un agujero entre el embudo invertido y la piedra cónica reduciéndolo á harina el movimiento de rotacion.

Los edificios públicos, como los templos y los teatros, son en general los que están mejor conservados, y por consecuencia lo mas interesante de Pompeya.

El pequeño teatro, que segun las inscripciones, servia para las representaciones cómicas, está en buen estado: puede contener 1,500 espectadores al paso que en el grande hay local para mas de 6,000 personas.

De todos los anfiteatros antiguos, el de Pompeya es uno de los menos deteriorados. Removidos los escombros, se han encontrado en los corredores que rodean la arena, excelentes pinturas que brillaban con los colores mas vivos; pero puestas en contacto con el aire exterior, se han alterado notablemente. Esto no obstante, se descubren aun vestigios de un leon y un clarinero vestido de un modo extraño. Las inscripciones que tienen relacion con los diferentes espectáculos que se representaban, son un monumento muy curioso.

Para formar idea exacta de la forma y extension de las maravillas de la ciudad, el medio mas á propósito es examinar el plano de ellas.

«Estas fortificaciones, de catorce piés de ancho, dice Mr. Mazois, se componian de un terraplen y un contra-muro, y se subía á ellas por escaleras suficientemente espaciosas para dar paso á dos soldados de frente. Las murallas están sostenidas, así por la parte de la ciudad como por la de la campiña, por una pared de piedra sillería, y segun las leyes de construccion militar, la exterior debia tener cerca de veinte piés de elevacion, y la interior debia elevarse sobre el terraplen lo menos ocho piés. Una y otra están construidas con la especie de lava llamada *piperina*; exceptuando los cuatro ó cinco primeros sillares del muro exterior, que son de pedernal ó canto grosero. Todas las piedras están perfectamente uni-

das, siendo efectivamente casi innecesario el mortero en construcciones como estas hechas con materiales de gran dimension. Este muro exterior está mas ó menos inclinado hácia la fortificacion, mientras que los primeros sillares por el contrario van escalonándose á medida que se elevan.

»Algunas de las piedras, y sobre todo las de los primeros sillares están entalladas y encajadas unas en otras de modo que se sostengan mutuamente. Como este modo de construir se eleva á una remota antigüedad, parece haber imitado las pelásgicas ó ciclopias, de que conserva rasgos, y puede conjeturarse que la parte de los muros de Pompeya, de este modo edificadas, es obra de los Oscos ó al menos de las primeras colonias griegas que fueron á establecerse en la Campania :

»Ambos muros están almenados de manera que vistos por la parte de la campaña figuran un doble recinto de fortificaciones.

»Estas murallas se presentan á la vista desordenadas, cosa que solo puede atribuirse á los terremotos que precedieron á la erupcion de 79. Pienso, añade Mr. Mazois, que Pompeya ha debido ser desmantelada muchas veces, y lo prueban las brechas y reparaciones que se observan en sus murallas. Parece tambien que estas fortificaciones debian haber sido consideradas hace ya tiempo como innecesarias, puesto que por la parte donde estaba el puerto se han edificado viviendas sobre los muros, que en muchas partes se han derribado con este objeto.

»Estos muros están coronados de torres que no corresponden á la gran antigüedad de aquellos, pues su construccion indica que pertenecen á los tiempos en que se repararon las murallas; las torres son de forma cuadrangular, sirven de poterna, y están colocadas á igual distancia unas de otras.

»Parece que la ciudad carecia completamente de fosos, al menos por la parte en que se ha escavado, porque los muros están asentados en un terreno escarpado.»

Vése pues que las fortificaciones, por su género especial de construccion, han sido los monumentos que mas han resistido á la accion del tiempo, pues á pesar de la esquisita atencion con que se ha procurado conservar los que se han descubierto, la exposicion al aire libre de que habian estado preservados hacia largo tiempo, los ha desmoronado. Las lluvias de invierno, en extremo abundantes en la Europa meridional, hacen que la humedad penetre gradualmente por las grietas y los revestimientos. Esta accion destructora hace crecer en ellas el musgo y otras plantas que desuniendo los restos que constituyen las ruinas, concluyen por convertir las en escombros. Para evitar esta destruccion se han cubierto los muros con tejas, y para evitar el mismo resultado en los edificios, se han rehabilitado los techos.

El plano indica cinco puertas, designada cada una de ellas con un nombre peculiar que han tomado despues del descubrimiento de la ciudad, pero que no se apoya en monumento alguno. La puerta de Nola que es la mas pequeña de todas, es la única que conserva sus arcos; la mas proxima al Forum ó cuartel de los soldados, que es por la que se entra, ha sido construida cerca de la antigua.

Algunos han pensado que en lugar de extraer de Pompeya los diferentes objetos que en ella se han encontrado, y formar con ellos el museo de Portici, hubiera sido mejor dejarlas en el lugar que ocupaban, y de este modo se tendria una ciudad antigua y todo lo en ella contenido. Esta idea es especiosa, y los que la proponian no han reflexionado que muchas cosas se hubieran deteriorado por el contacto del aire, y que independientemente de esta inconveniencia, se hubiera corrido el riesgo de ver robados muchos objetos por viajeros poco delicados, cosa por desgracia con

frecuencia observada. Además, seria necesario para pensar en amueblar algunas casas, que el recinto de la ciudad estuviese enteramente reparado, de tal suerte, que apareciese aislada, y no ofreciese por lo tanto la facilidad de bajar á ella desde los terrenos circunvecinos; entonces se cerrarian las puertas, y Pompeya no estaria expuesta á ser saqueada de nuevo por los piratas terrestres.

No he tenido otro designio al escribir esta *Noticia* que dar una idea sucinta del estado de las excavaciones de Pompeya en 1817. Para conocer bien este lugar importante, conviene consultar la erudita obra de Mr. Mazois, titulada *Ruinas de Pompeya*. Hallanse tambien descripciones preciosas en un libro que publicó durante su residencia en Nápoles el señor conde de Clarac, conservador de antigüedades. Este libro titulado *Pompeya*, no ha sido puesto en venta en atencion al escaso número de ejemplares que de él se tiraron, pero Mr. Clarac da en él cuenta exacta é instructiva de muchas excavaciones que dirigió.

Es tan necesario consultar, en este objeto interesante, solo obras á las que haya presidido el cuidado mas escrupuloso, que frecuentemente se ven viajeros y escritores que por no haber visto jamás á Pompeya, repiten con sobrada confianza los cuentos absurdos debidos á los *ciceroni*. Algunos periódicos diarios de Paris han transcrito últimamente un artículo del *Correo de Londres*, en que Mr. W... abusaba extrañamente del privilegio de contar cosas extraordinarias. Mencionaba en su relato el dinero hallado en el cajon de un mostrador, una lanza apoyada todavía contra una pared, epigramas trazados en las columnas del cuartel de los soldados, y calles adornadas de edificios públicos.

Estas necesidades han impellido á Mr. M... que ha examinado durante doce años las excavaciones de Pompeya, á comunicar al *Diario de los Debates* de 18 de febrero de 1821, observaciones en extremo sensatas.

»Sin duda es permitido, dice Mr. M..., á los que visitan á Pompeya, escuchar los cuentos que les relatan los *ciceroni* ignorantes é interesados, á fin de obtener de los extranjeros que conducen, algunas monedas mas; es tambien muy corriente darles fe, pero hay algo mas que candidez en contarlos sencillamente como verdades, é ingerirlas en los diarios de mas circulacion.

»La relacion de Mr. W... me hace recordar que habiendo visto el caballero Coghill en el museo de la reina de Nápoles unas *Artoplas* ó tarteras para cocer el pan, las tomó por sombreros, y escribió á Londres que habia hallado en Pompeya sombreros de bronce de extraordinaria ligereza.

»Las excavaciones de Pompeya tienen un interés demasiado general, los descubrimientos que proporcionan son demasiado preciosos bajo el aspecto histórico, artístico y de la vida privada de las naciones, para que sea lícito publicar relaciones absurdas y erróneas, sin advertir al público la ninguna fe que merecen.»

CARTA DE MR. TAYLOR A MR. CH. NODIER.

SOBRE LAS CIUDADES

DE POMPEYA Y HERCULANO.

»Importan tanto para la historia de la antigüedad Herculano y Pompeya, que para estudiarlas bien, es preciso vivir y morar en ellas.

»Establecíme en la casa de Diomedes, situada á la puerta de la ciudad, cerca de la vía de las Tumbas,

con objeto de seguir paso á paso todas las circunstancias de una excavación curiosísima bajo todos aspectos, y hallé tan cómoda aquella morada, colocada al lado de la casa de Salustio, que la preferí á los palacios inmediatos al Foro.

«Mucho se ha escrito sobre Pompeya; pero tambien se ha desvariado notablemente. Por ejemplo, un sabio llamado Matorelli se ocupó durante dos años enteros en redactar una enorme memoria para probar que los antiguos no habian conocido las vidrieras, y quince dias despues de la publicacion de su in-folio, se descubrió una casa cuyas ventanas estaban cerradas con vidrios. Necesario es convenir, no obstante, que los antiguos no eran muy amigos de esta clase de huecos, pues comunmente la luz entraba por la puerta; pero en las casas de los patricios se veian hermosos cristales, tan transparentes como nuestros vidrios de Bohemia, y que se ajustaban con listones de bronce, de mucho mejor gusto que los nuestros, de madera.

«Un viajero de mucho genio y talento, que ha publicado algunas cartas sobre la Morea, y con él otros muchos, han extrañado que las modernas construcciones de Oriente sean absolutamente semejantes á las de Pompeya; pero reflexionando un poco, nada mas natural que esta semejanza. Las artes en general han nacido en Oriente, y esto no debian nunca olvidarlo cuantos se dedican al estudio y desean ilustrar la opinion.

«Continuáanse las excavaciones con mucha perseverancia, orden y cuidado, intentando descubrir un nuevo cuartel y soberbias termas, y en una de las salas que he visto, he observado con sorpresa tres sillas de bronce, de forma enteramente desconocida y de una construccion bellísima. En una de ellas estaba colocado el esqueleto de una mujer, cuyos brazos se hallaban cubiertos de alhajas; y en la otra habia brazaletes de oro, de forma ya conocida: examiné un collar, de trabajo ciertamente maravilloso, y puedo asegurar seria imposible que nuestros mas hábiles diamantistas hicieran cosa mas preciosa, ni de mejor gusto.

«Difícil es pintar el placer que se experimenta al tocar aquellos objetos en los mismos sitios en que han reposado tantos siglos, y antes que la ilusion desaparezca. Una de las ventanas estaba cerrada con hermosos vidrios, que se han trasladado al museo de Nápoles.

«Las alhajas fueron transportadas al palacio real, siendo á pocos dias objeto de una exposicion pública.

«Pompeya ha permanecido veinte siglos oculta en las entrañas de la tierra, y aun cuando las naciones han pasado sobre su suelo, sus monumentos han permanecido en pié y sus adornos intactos. Si reviviera un contemporáneo de Augusto, podria decir: «Salud, oh patria mia, mi morada es la única que ha conservado su forma sobre la tierra, y con ella hasta los mas triviales objetos de mi afecto. Hé aqui mi lecho; hé aquí mis autores favoritos. Mis pinturas están aun tan frescas como el día en que la mano ingeniosa del artista adornó con ellas mi vivienda. Recorramos la ciudad, vamos al teatro y en él reconoceré el sitio donde aplaudí por primera vez las bellas escenas de Terencio y Eurípides.»

«Roma es un vasto museo: Pompeya es una antigüedad viva.»

ADVERTENCIA DE LA EDICION DE 1827.

Nada de particular tengo que decir acerca del *Viaje á América* que va á leerse; la narracion, así como el asunto de los *Natchez*, está sacada del manuscrito original de los mismos *Natchez*, y por lo tanto, este Viaje encierra su comentario y su historia.

Todas mis obras mencionan con frecuencia mi paso por América, y aun cuando habia pensado recoger y colocar por orden de fechas en mi relato, todas esas reminiscencias, he renunciado á este propósito para evitarme un doble trabajo, y solo me he circunscrito á recordar aquellos pasajes, citando algunos que me han parecido necesarios para la inteligencia del texto, y son de corta extension.

En la *Introduccion* he insertado un fragmento de las *Memorias de mi vida*, para que el lector se familiarice con el jóven viajero á quien va á seguir á Ultramar; y en cuanto á la redaccion, diré que he corregido con esmero la parte escrita anteriormente, siendo del todo nueva la que describe los hechos posteriores á 1794, que nos conducen hasta nuestros dias.

Al hablar de las repúblicas españolas, digo (hasta donde me es permitido decir) lo que hubiera deseado hacer en pro de aquellos Estados nacientes, cuando mi posicion política me daba influencia en los destinos de los pueblos; pero debo, no obstante advertir que, no he tratado este gran negocio sin tener presente cuanto necesitaba para ilustrarme en él, habiendo hojeado muchos volúmenes impresos y *Memorias inéditas* para componer una docena de páginas. He consultado además á personas que han viajado y residido en las repúblicas españolas, y soy deudor á la atencion del caballero Esmerard, de datos preciosos sobre los empréstitos americanos.

El prefacio que precede al *Viaje á América* es una especie de historia de los viajes, y presenta al lector el cuadro general de la ciencia geográfica, ó mejor dicho, el itinerario del hombre por el globo.

Respecto á mis *Viajes por Italia*, solo era conocida del público mi carta dirigida desde Roma á Mr. de Fontanes, y algunas páginas acerca del Vesuvio: las cartas y notas que se han unido á estos opúsculos, no habian visto aun la luz pública.

Los *Cinco dias en Auvernia*, trozo inédito, siguen, en el orden cronológico á las Cartas y Notas sobre Italia.

El *Viaje al Monte Blanc* vió la luz en 1800, pocos meses antes de mi partida para Grecia.

PREFACIO.

Los viajes son una de las fuentes de la historia, pues por medio de las narraciones de los viajeros se hermana la historia particular de cada país con la de las naciones extrañas.

Los viajes se remontan hasta la cuna de la sociedad, y los libros de Moisés nos cuentan, las primeras emigraciones de los hombres. En estos libros vemos al patriarca conducir sus ganados en las llanuras de Canán, al árabe vagar por sus solitarias arenas, y al fenicio explorar las mares.

Moisés hace salir la segunda familia de los hombres, de las montañas de Armenia, punto central de las tres grandes razas, cobriza, negra y blanca: indios, negros y celtas ú otros pueblos del Norte.

Los pueblos pastores reconocen por padre á Sem, los comerciantes á Cam, y los militares á Jafet. Moisés puebla la Europa con los descendientes de Jafet, y los griegos y romanos consideran á Japeto como el padre de la especie humana.

Homero, bien haya existido un poeta de este nombre, bien sean las obras que se le atribuyen una coleccion de las tradiciones griegas, nos ha dejado en la Odisea, el relato de un viaje, transmitiéndonos por su conducto las ideas que en la primera antigüedad existian acerca de la configuracion de la tierra, cosmografía conforme con la de Hesiodo: segun aque-

las ideas, la tierra representaba un disco circundado por el rio Océano.

Herodoto, padre de la historia, como Homero lo es de la poesia, fue como este un viajero; recorrió el mundo conocido en su tiempo, y ¿con qué encanto no ha descrito las costumbres de los pueblos? En aquella época no existian aun mas que algunas cartas de las costas, trazadas por los navegantes fenicios, y el mapamundi de Anaximandro, corregido por Hecateo, que escribió tambien un itinerario del mundo, citado por Estrabon.

Herodoto es el único que distingue bien dos partes de la tierra, la Europa y el Asia, pues la Libia ó el Africa, segun él, no eran otra cosa que una vasta península de esta última region. Marca tambien los caminos de algunas caravanas en el interior de la Libia, y da una sucinta relacion de un viaje al rededor de Africa. Necos rey de Egipto, protegió la navegacion de unos fenicios del golfo arábigo, quienes volviendo á este país por las columnas de Hércules, despues de haber invertido tres años en llevar á efecto su navegacion, contaron á los admirados pueblos que habian visto al sol á su derecha. Tal es el hecho contado por Herodoto.

Los antiguos, como nosotros, tuvieron dos especies de viajeros; unos que recorrian la tierra, y otros que visitaban los mares. Próximo á la época en que escribió Herodoto, el cartaginés Hannon realizó su *Periplo*, quedándonos asimismo algunos restos de la compilacion de las excursiones maritimas de su tiempo, hechas por Scylax.

Platon nos ha dejado la novela de aquella Atlantida, en la que se ha querido descubrir la América, y Eudoxio, compañero de viaje del filósofo, compuso un itinerario universal, en el cual unió la geografia á las observaciones astronómicas.

Hipócrates visitó los pueblos de la Escitia, y aplicó los resultados de su experiencia al alivio de la especie humana.

Jenofonte ocupa un lugar ilustre entre aquellos viajeros armados, que contribuyeron á hacernos conocer la morada que habitamos.

Aristóteles, que se adelantó á su siglo, creia que la tierra era esférica, y calculaba su circunferencia en 400,000 estadios, pensando como Cristóbal Colon, que las costas de la Hesperia estaban en frente de las de la India. Tenia una idea vaga de Inglaterra ó Irlanda, á las que denominaba Albion y Jerna, y aun cuando no le eran desconocidos los Alpes, los confundia con los Pirineos.

Dicearco, uno de sus discípulos, hizo una descripcion encantadora de la Grecia, de la cual solo poseemos algunos fragmentos, en tanto que otro discípulo de Aristóteles, Alejandro el Grande, llevaba el nombre de la misma Grecia hasta las fronteras de la India. Las conquistas de Alejandro obraron una revolucion en las ciencias como en los pueblos.

Androstenes, Nearco y Onesicrito, reconocieron las costas meridionales del Asia, y despues de la muerte de Filipo, Seleuco Nicanor penetró hasta el Ganges; Patroclo, uno de sus almirantes, navegó en el Océano Indio. Los reyes griegos de Egipto abrieron un comercio directo con la India y la Trapobania; Tolomeo Filadelfo envió á la India geógrafos y flotas; Timostenes publicó una descripcion de todos los puertos conocidos, y Eratóstenes cimentó sobre bases matemáticas un sistema completo de geografia. Las caravanas que hacian el comercio, penetraban en la India por dos caminos diferentes, uno de los cuales terminaba en Palibotra, descendiendo por el Ganges, y el otro circunja los montes Imaüs.

El astrónomo Hiparco anunció una dilatada tierra que debia unir la India al Africa, profetizando ya el universo de Colon.

La rivalidad de Roma y Cartago hizo viajero á Po-

libio, y le condujo á visitar las costas del Africa hasta el monte Atlas, con el fin de conocer á fondo el pueblo, cuya historia queria escribir. Eudoxio de Cirica intentó dar la vuelta al Africa por el Oeste, en los reinados de Tolomeo Fisco y Tolomeo Latur, y buscó una ruta mas directa para pasar desde los puertos del Golfo Arábigo á los puertos de la India.

Emperlo los romanos, extendiendo sus conquistas hacia el Norte, arbolaron nuevas velas: Pitheas de Marsella, que anteriormente habia tocado en las riberas de donde debian venir un dia los destructores del imperio de los Césares, navegó hasta los mares de la Escandinavia; fijó la posicion del Cabo Sagrado y del Cabo Calbium (Finisterre) en España, reconoció la isla Uxisama (Ouessant), la de Albion, una de las Casitéridas de los cartagineses, y surgió á la famosa Thulé, que la antigüedad creyó fuese la Islandia, pero que segun todas las apariencias, es la costa del Jutland.

Julio César esclareció la geografia de los galos, comenzó el descubrimiento de la Germania y de las costas de la isla de los Bretones, y Germánico llevó las águilas romanas hasta las márgenes del Elba.

Estrabon, en el reinado de Augusto, comprendió en una obra, así los conocimientos de los viajeros que le habian precedido, como los que él mismo habia adquirido; pero si su geografia ofrece alguna novedad relativamente á algunas partes del globo, hace tambien retrogradar la ciencia en algunos puntos: Estrabon distingue las islas Casitéridas de la Gran Bretaña, y presume que las primeras (que segun esta hipótesis deben ser las Sorlingas), producen estaño: este metal se extraia de las minas de Cornouailles, y cuando el geógrafo griego escribia, hacia ya tiempo conocia el mundo romano el estaño de Albion, que llegaba á aquellos países atravesando las Galias.

En la Galia ó la Céltica suprime este geógrafo casi toda la península armoricana, y no conocia el Báltico aun cuando pasase ya por un gran lago salado, en cuya extension se hallaba la *Costa del ámbar amarillo*, que es la Prusia actual.

En la época en que florecia Estrabon, Hipalo fijó la navegacion de la India por el Golfo Arábigo, experimentando los vientos regulares que llamamos *monzones*, tomando uno de estos vientos, el de Sud-Oeste que conducia á la India, el nombre de *Hipalo* de aquel intrépido navegante. Las flotas romanas partian por lo regular del puerto de Berenice, cuando el estío llevaba corrida la mitad de su carrera, y llegaban en treinta dias al de Ocelis ó Caná en la Arabia; de allí se dirigian al de Muziris, primera escala de la India, en cuarenta dias, invirtiendo por lo tanto setenta en la navegacion. El retorno, que se hacia en invierno, se verificaba en el mismo espacio de tiempo, de lo que resulta que los antiguos empleaban menos de cinco meses para ir y volver de las Indias. Plinio y el Periplo del mar Eritreo suministran estos curiosos detalles.

Despues de Estrabon, Dionisio el Periegeta, Pomponio Mela, Isidoro de Charax, Tácito y Plinio vienen á aumentar los conocimientos ya adquiridos acerca de las naciones antiguas. Plinio, sobre todo, es interesante por el número de viajes y relaciones que cita. Al leerle vemos con sentimiento se ha perdido una descripcion completa del imperio romano, hecha de orden de Agripa, yerno de Augusto, así como los Comentarios sobre el Africa escritos por el rey Juba, comentarios extractados de los libros cartagineses; tambien carecemos de una relacion de las islas Afortunadas de Stacio Seboso, las Memorias de la India por Séneca, y un Periplo del historiador Polibio, tesoros que con dolor llorará perdidos la posteridad. Plinio tuvo alguna noticia del Thibet; fijó el punto oriental del mundo en la embocadura del Ganges; al Norte entrevió las Orcades; conoció la Escandinavia, y dió el nombre de *Golfo Codan* al Mar Báltico.

Los antiguos tenían cartas itinerarias, y una especie de libros de postas. Vegesio distingue las primeras con el nombre de *picta*, y las segundas con el de *annotata*. De todos estos trabajos solo han llegado hasta nosotros: el *Itinerario de Antonino*; el de *Burdeos á Jerusalem*, y la *Tabla de Peutinger*. La parte superior de esta Tabla, que comenzaba en el Oeste, está desgarrada, y faltan la Península Española y el Africa Occidental: esta especie de carta se extiende al Este hasta la embocadura del Ganges, y marca rutas en el interior de la India; tiene veinte y un pies de largo por uno de ancho, y puede considerarse como una zona ó gran camino del mundo antiguo.

Hé aquí á lo que se reducian los trabajos y conocimientos de los viajeros, antes de la aparición de la obra de Tolomeo. El mundo de Homero era una isla completamente redonda, rodeada, como hemos dicho, por el rio Océano: Herodoto presentó aquel mundo como una llanura sin límites precisos: Eudoxio de Gnido le transformó en un globo de trece mil estadios de diámetro, próximamente; é Hiparco y Estrabon le dieron doscientos cincuenta y dos mil de circunferencia, de ochocientos treinta y tres estadios al grado. Sobre este globo se trazó un cuadrado cuyo costado mas largo corria de Occidente á Oriente, y dividido por dos líneas que se cortaban en ángulo recto, tomaban, la una el nombre de *diaphragma* marcando de Oeste á Este el largo ó *longitud* de la tierra, de setenta y siete mil ochocientos estadios; y la otra, una mitad mas corta, indicaba de Norte á Sur el ancho ó *latitud* de la tierra, comenzando los cómputos en el meridiano de Alejandria. Por esta geografia, segun la cual, la tierra era mucho mas ancha que larga, se alcanza el origen de esas expresiones impropias de *longitud* y *latitud*.

En esta carta del mundo habitado, se hallaban la Europa, el Asia y el Africa. Estas dos últimas se unian á las regiones australes, ó se separaban por un mar que reducía extraordinariamente el Africa. Los continentes terminaban, por la parte septentrional en la embocadura del Elba; por la meridional cerca de las orillas del Niger; por la occidental en el Cabo Sacro, en España, y por la oriental en las bocas del Ganges: la zona tórrida en el Ecuador, y las zonas glaciales en los polos, se consideraban incapaces de habitarse.

Curioso será observar que casi todos aquellos pueblos llamados *Bárbaros*, que conquistaron el imperio romano, y á los que deben su origen las naciones modernas, habitaban en la parte allende de los límites del mundo conocido por Plinio y Estrabon, es decir, en los países cuya existencia ni aun se sospechaba.

Tolomeo, que á pesar de su ciencia, cayó en gravísimos errores, fijó sobre bases matemáticas la posición de los lugares, y se vió aparecer en su trabajo un gran número de naciones sármatas. Indicó con exactitud el Volga, y bajó hasta el Vistula.

En Africa confirmó la existencia del Niger, y tal vez señaló á Tombouctou en Tucabath: citó tambien un gran rio que llamó *Gyr*.

En Asia, su país de los Sines no es seguramente la China, pero si parece probable sea el reino de Siam. Supuso este geógrafo que el Asia, prolongándose hacia el Mediodía, se unia á una tierra desconocida, que se enlazaba á su vez, al Africa por el Oeste. En la Sérica de Tolomeo se descubre el moderno Thibet, que proveyó á Roma de la primera seda hasta con que elaboró sus ricos trajes.

Si con Tolomeo acaba la historia de los viajes de los antiguos, con Pausanias terminan tambien las descripciones de la vetusta Grecia, cuyo genio ha respondido noblemente en nuestros dias á la voz de la nueva civilización. Las naciones bárbaras aparecen; el imperio romano se desmorona, y de la raza de los godos, francos y eslavos, salen otro mundo y otros viajeros.

Aquellos pueblos no eran otra cosa que grandes caravanas armadas que, desde las rocas de la Escandinavia y desde las fronteras de la China, marchaban al descubrimiento del imperio romano. Iban á enseñar á aquellos pretendidos señores del mundo, que habia otros hombres que los esclavos sometidos al yugo de los Tiberios y Nerones; venian á enseñar su país á los geógrafos del Tiber, y desde entonces fue una necesidad situar aquellas naciones en la carta, y creer en la existencia de los godos y de los vándalos, cuando Alarico y Genserico escribieron sus nombres en las paredes del Capitolio. No pretendo contar aquí las emigraciones y establecimientos de los bárbaros; solo buscaré en las ruinas que amontonaron, los anillos de la cadena que une los viajeros antiguos á los modernos.

Un trastorno notable se opera en las investigaciones geográficas, producido por el trastorno de los pueblos. Lo que los antiguos nos dan mejor á conocer es el país que ellos habitaban, pues mas allá de las fronteras del imperio romano, todo es para ellos desierto y tenebroso. Acaecida la invasion de los bárbaros, casi nada sabemos ya de la Grecia y de la Italia, pero en cambio empezamos á penetrar en las comarcas que vieron la infancia de los destructores de la antigua civilización.

Tres manantiales fecundos reprodujeron los viajes en los pueblos establecidos sobre las ruinas del mundo romano: el celo de la religion, el ardor de los combates, y el espíritu de aventuras y empresas, mezclado á la avidez del comercio.

El celo de la religion condujo, así á los primeros, como á los últimos misioneros, á los países mas lejanos. Antes del cuarto siglo, ó por mejor decir, en tiempo de los Apóstoles, que no fueron otra cosa que peregrinos, los sacerdotes del verdadero Dios llevaron á todas partes la antorcha de la fe, y mientras que la sangre de los mártires corria en los anfiteatros, unos ministros de paz predicaban la misericordia á los vengadores de la sangre cristiana: los conquistadores estaban ya en parte conquistados por el Evangelio, cuando se presentaron ante los muros de Roma.

Las obras de los Padres de la Iglesia hacen mención de una multitud de piadosos viajeros, mina prodigiosa que jamás será bastante explotada, y que encierra inmensos tesoros, aun considerada solo bajo el aspecto geográfico é histórico.

Ya en el siglo quinto de nuestra era, un monge egipcio recorrió la Etiopia, y aprovechó tan bien sus observaciones, que le debe la ciencia una topografía del mundo cristiano; un armenio llamado Chloreneniz, escribió tambien una obra geográfica, y el historiador de los godos, Jornandés, obispo de Rávena, consigna ya en el siglo sexto, así en su historia como en su libro *De Origine mundi*, hechos importantísimos sobre los países del Norte y del Este de Europa. El diácono Varnefrid publicó una historia de los lombardos, y otro godo, el Anónimo de Rávena, dió un siglo despues la descripción general del mundo. El apóstol de Alemania, San Bonifacio, envió al papa unas especies de memorias sobre los pueblos de la Esclavonia, y los polacos aparecen por primera vez en el reinado de Othon II en los ocho libros de la preciosa Crónica de Diltmar. San Otton, obispo de Bemberg, á invitación de un cronista español llamado *Bernardo*, predica la fe recorriendo la Persia, y Otton vió el Báltico y quedó admirado de la extension de este mar. Desgraciadamente ha desaparecido el diario del viaje que hizo el monge de Corbie, Auscaire, por Suecia y Dinamarca en tiempo de Luis el Benigno, á menos que no exista en la biblioteca del Vaticano, pues sabido es fue enviado á Roma en 1260. Adam de Bremen ha tomado de esta obra una parte de su propia relacion de los reinos del Norte, y menciona además la Rusia que tenia por capital á Kiow á pesar de que en Les Sagas el imperio ruso sea llamado *Gardvike*, y que Holmgard, hoy

Novogorod, sea designada como la principal ciudad de aquel imperio naciente.

Giraud Barry y Dicuil trazan, el uno, el cuadro del principado de Gales y de la Irlanda en el reinado de Enrique II; y el otro retrocede á examinar las medidas del imperio romano en tiempo de Teodosio.

De la edad media tenemos mapas: un cuadro topográfico de todas las provincias de Dinamarca, hácia el año 1231, siete cartas del reino de Inglaterra, y de las islas cercanas, en el segundo siglo; y el famoso libro conocido con el nombre de *Doomsdaybook*, empezado por órden de Guillermo el Conquistador. Hállase en aquella estadística el catastro de las tierras cultivadas, habitadas ó desiertas de Inglaterra, el número de habitantes, así libres como siervos, y hasta el de los ganados y el de las colmenas. En estas cartas están groseramente dibujadas las ciudades y abadías, y si bien es cierto que estos dibujos perjudican á los detalles geográficos, dan por otra parte una idea de las artes de aquel tiempo.

Las peregrinaciones de la Tierra Santa, comenzadas desde el siglo IV, forman una parte considerable de los monumentos gráficos de la edad media, pues San Gerónimo asegura iban peregrinos á Jerusalén desde la India, y la Etiopia, la Bretaña y la Hibernia; y el *Itinerario de Burdeos á Jerusalén* parece haber sido compuesto hácia el año 333 para uso de los peregrinos de las Galias.

Los primeros años del siglo sexto nos proporcionan el *Itinerario* de Antonino de Placencia, y después de él viene en el siglo séptimo, San Arculfo, cuya relacion escribió Adamanno; en el siglo octavo tenemos dos viajes á Jerusalén de San Guilbaldo, y una relacion de los Santos Lugares por el venerable Beda; en el noveno, á Bernardo el Monge; y en los siglos décimo y undécimo á Olderico, obispo de Orleans, el griego Eugisio, y en fin Pedro el Ermitaño.

Aquí empiezan las Cruzadas; Jerusalén permanece en manos de los príncipes franceses por espacio de ochenta y ocho años, y aun después de la toma de esta ciudad por Saladino, los fieles continuaron visitando la Palestina, sucediéndose sin interrupción las peregrinaciones desde Focas, en el siglo trece, hasta Pococke, en el diez y ocho.

Con las Cruzadas se vieron renacer aquellos historiadores viajeros de que ofrece tantos modelos la antigüedad. Raimundo de Agiles, canónigo de la catedral de Puy en Velay, acompañó al célebre obispo Adhemar en la primera cruzada; y nombrado capellan del conde de Tolosa, escribió con Pons de Balazun, bravo caballero, todos los hechos de que fue testigo en el camino y toma de Jerusalén. Raoul de Caen, leal servidor de Tancredo, nos pinta la vida de aquel caballero, y Roberto el Monge presencié el sitio de Jerusalén.

Sesenta años después, Foulcher, de Chartres y Odon de Deuil, van también á la Palestina; el primero con Balduino, rey de Jerusalén, y el segundo con Luis VII, rey de Francia. Jacobo de Vitry se convierte en obispo de San Juan de Acre.

Guillermo de Tyro, que se muestra hácia el fin del reino de Jerusalén, pasó su vida en los caminos de Europa y Asia; muchos historiadores de nuestras antiguas crónicas fueron, ó monges ó prelados errantes, como Raoul, Glaber, y Flodoard, ó guerreros como Nithard, nieto de Carlomagno, Guillermo de Poitiers, Ville-Hardouin, Joinville, y tantos otros que cuentan sus lejanas expediciones. Pedro Devaulx Cernay era una especie de ermitaño en los espantosos campos de Simon de Montfort.

Invasadas las crónicas por la lengua vulgar, Froissard aparece en primer término; este escritor trazaba su historia sobre su corcel de batalla, y mas que una historia escribió sus viajes. Paseábase desde la corte de Inglaterra á la del rey de Francia, y desde esta á

la pequeña corte de los condes de Foix. «El tercer día de mi estancia en la ciudad de Paumiers, se me presentó por casualidad un caballero del conde de Foix que volvía de Aviñon, llamado el señor Espaing de Lyon, hombre valiente, entendido y apuesto caballero, que podría tener entonces veinte y cinco años. Le acompañé, y estuvimos seis dias en camino. Cabalgando, el dicho caballero (después de rezar sus oraciones de la mañana), conversaba la mayor parte del día conmigo, demandándome noticias; y cuando yo le preguntaba él me respondía también, etc.» Vese pues á Froissard llegar á los grandes palacios, comer poco mas ó menos á las horas en que comemos, ir al baño, etc. El exámen de los viajes de esta época me induce á creer que la civilizacion doméstica del siglo catorce estaba infinitamente mas avanzada de lo que imaginamos.

Retrocediendo al momento en que la Europa civilizada fue invadida por los pueblos del Norte, hallamos á los viajeros y geógrafos árabes, que marcan cortas desconocidas de los antiguos, en los mares de las Indias, siendo también muy importantes sus descubrimientos en la parte de Africa. Massudi, Ibn-Haukal, Al-Edrisi, Ibn-Alonardi, Abulfeda y El-Bakoni, dan descripciones extensas, así de su propia patria como de las comarcas sometidas á las armas árabes. Viajaban además por el Norte de Asia, por un país espantoso rodeado de una enorme muralla y un castillo de Gog y de Magog. Hácia el año 715, en tiempo del califa Walid, los árabes conocieron la China, á donde enviaban por tierra mercaderes y embajadores, penetrando después por mar en el siglo nueve; Wahab y Abuzaid abordaron á Canton, y desde el año 850 los árabes sostuvieron un agente comercial en la provincia de este nombre; manteniendo su tráfico con algunas ciudades del interior; y ¡cosa singular! en aquellas remotas tierras hallaron comunidades cristianas.

Los árabes daban muchos nombres á la China: el Cathai comprendia las provincias del Norte, el Tchín ó el Sin, y las provincias del Mediodía. Introducidos en la India por la proteccion de sus armas, los discípulos de Mahomet hablan en sus narraciones de los hermosos valles de Cachemira con tanta precision, como de los voluptuosos valles de Granada. Su dominacion empero no se limitó solo á tierra firme, sino que colonizó muchas de las islas del mar Indico, entre los que figuran Madagascar y las Molucas, donde los hallaron los portugueses cuando doblaron el cabo de Buena-Esperanza.

Mientras que los mercaderes militares del Asia hacian en Oriente y Mediodía descubrimientos desconocidos á la Europa, subyugada por los Bárbaros, los septentrionales que quedaron en su primitiva patria, suecos, noruegos y dinamarqueses, emprendian por el Norte y Occidente otros descubrimientos, igualmente ignorados de la Europa franca y germánica. Other, el noruego, adelantaba por el mar Blanco, y Wufstan el dinamarqués describía el Báltico, que Eginard habia ya descrito, y que los escandinavos llamaban *el Lago salado del Este*. Wufstan cuenta que los Estienses, ó pueblos que habitaban al Oriente del Vistula, bebían la leche de sus yeguas como los tártaros, y dejaban por herederos á los mejores caballeros de su tribu.

El rey Alfredo, que ha sido el que ha conservado el compendio de estas relaciones, fue el primero que dividió la Escandinavia en las provincias ó reinos, que actualmente la dividen, país que en las lenguas góticas se llamó *Mannheim*, que quiere decir *país de los hombres*, y que el latino del siglo sexto tradujo enérgicamente por el equivalente de estas palabras: *fábrica del género humano*.

Los piratas normandos que colonizaron á Dublin, Ulster y Connaught en Irlanda, exploraron y sometieron las islas de Shetland, las Orcades y las Hébridas, arribando á las islas Feroer y á la Islandia, archivos

de la historia del Norte, á la Groenlandia, desde entonces habitada y habitable, y por último, tal vez á la América de cuyo descubrimiento hablaremos mas adelante, así como del viaje y de la carta de los hermanos Zeni.

Pero el imperio de los califas cayó, y de sus ruinas brotaron muchas monarquías: el reino de los Aglabitas y despues los Fatimitas en Egipto, y los despotados de Argel, de Fez, de Tripoli y de Marruecos, en la costa africana. Los Turcomanos convertidos al islamismo, sometieron el Asia occidental desde la Siria hasta el Mont-Casbhar, y pasando á Egipto el poder otomano, borró las últimas huellas del imperio romano, dilatando sus conquistas hasta la parte allende del Danubio.

Gengis-Kan aparece, y el Asia es trastornada y subyugada de nuevo; Oktai-Kan destruye el reino de los Cumanos y de los Niutechis; Mangu se apodera del califato de Bagdad; Kublai-Kan invade la China y una parte de la India; y de aquel imperio mogol, que consiguió reunir bajo un mismo yugo casi el Asia entera, nacieron los kanats que encontraron los europeos en la India.

Los príncipes europeos, espantados de aquellos tártaros que habian extendido la devastacion hasta la Polonia, la Silesia y la Hungria, trataron de conocer las tierras de donde partia aquel prodigioso movimiento; y los papas y los reyes enviaron embajadores á aquellos nuevos instrumentos del azote de Dios. Ascelin, Carpin y Rubruquis penetraron en el país de los Mogoles, y este último encontró que Caracorum, ciudad capital de aquel kan, señor del Asia, tenia poco mas ó menos la extension del villorrio de San Dionisio, y estaba rodeada de una muralla de tierra en que se veian dos mezquitas y una iglesia cristiana.

Hiciéronse dos itinerarios de la Gran-Tartaria para uso de los misioneros, y Andrés Lusimel consiguió predicar el Cristianismo á los Mogoles, mientras Ricold de Monte-Crucis penetraba tambien en la Tartaria.

El rabino Benjamin de Tudela, ha dejado una relacion de lo que ha visto ó de lo que ha oido decir de las tres partes del mundo (1160).

Y por último, Marco Polo, noble veneciano, no cesó de recorrer el Asia por espacio de veinte y seis años, siendo el primer europeo que penetró en la China, en la India allende el Ganges, y en algunas islas del Océano Indio (1271-95). Su obra llegó á ser el manual de los comerciantes en Asia, y de los geógrafos en Europa.

Marco Polo cita á Pekin y Nankin, y nombra además una ciudad de Quinsai, que dice ser la mas grande del mundo: contábanse en ella doce mil puentes sobre otros tantos canales que la atravesaban, y añade, se consumian diariamente noventa y cuatro quintales de pimienta. El viajero veneciano hace mencion en sus narraciones de la porcelana; pero nada absolutamente habla del té, y á su diligencia exquisita se debe el conocimiento de Bengala, Japon, isla de Borneo y mar de la China, en el que cuenta siete mil cuatrocientas cuarenta islas, abundantes en especería.

Los príncipes tártaros ó mogoles, que dominando el Asia pasaron á algunas provincias de Europa, tenian su mérito especial, pues no solo no sacrificaban, sino que ni aun reducian á esclavitud á sus prisioneros. Sus campos estaban llenos de obreros, de misioneros y de viajeros que ocuparon empleos importantes, aun en tiempo de su dominacion, y se penetraba con mas facilidad en su imperio que en aquellas regiones feudales, donde un abad de Cluni tenia las cercanías de Paris por una comarca tan lejana y desconocida, que no osaba penetrar en ella.

Despues de Marco Polo vinieron Pegoletti, Oderico, Mandeville, Clavijo, Josafat y Bárbaro, que acabaron de descubrir el Asia, no contribuyendo poco á este

adelanto los frecuentes viajes por tierra que ya en esta época se hacian á Pekin, y cuyos gastos se elevaban á trescientos ó cuatrocientos ducados. Además de este medio de cambio, habia papel-moneda que se llamaba *babisci ó balis*.

Los genoveses y venecianos hicieron el comercio de India y China en caravanas, y por dos rutas diferentes: Pegoletti marca circunstanciadamente las estaciones de una de ellas (1353). En 1312 se encontró en Pekin un obispo llamado *Juan de Monte Corvino*.

Empero el tiempo marchaba: la civilizacion hacia rápidos progresos, y los descubrimientos debidos á la casualidad ó al genio del hombre, separaban para siempre los siglos modernos de los antiguos, é imprimian un sello nuevo á generaciones nuevas tambien. La brújula, la pólvora de cañon y la imprenta, eran llamadas á guiar al navegante, á defenderle y á recordarle las expediciones peligrosas.

Los griegos y romanos se habian criado á las orillas de aquella extension de agua interior, que mas bien parece un gran lago que un océano; pero habiendo pasado el imperio á los bárbaros, el centro del poder político se situó principalmente en España, Francia é Inglaterra, en la proximidad de aquel mar Atlántico, bañado en su parte occidental por riberas desconocidas. Fue necesario habituarse á arrostrar largas noches y horrendas tempestades, á prescindir completamente de las estaciones, á abandonar los puertos, así en los dias caliginosos del invierno como en los tranquilos del estío, y á construir navíos cuya fuerza estuviere en proporcion con las del nuevo Neptuno con quien tenian que luchar.

Ya hemos insinuado las atrevidas empresas de aquellos piratas del Norte, que segun la expresion de uno de sus panegiristas, parecian haber visto en todo su horror el fondo del abismo; pero debemos tambien tener en cuenta que las repúblicas formadas en Italia de los restos de Roma y de los reinos de los godos, vándalos y lombardos, continuaron y perfeccionaron la antigua navegacion del Mediterráneo. Las flotas venecianas y genovesas habian conducido los cruzados á Egipto, Palestina, Constantinopla y Grecia, y habian ido á buscar en Alejandria y el Mar Negro, las ricas producciones de la India.

En fin, los portugueses perseguian en Africa á los moros expulsados de las riberas del Tajo, y por lo tanto se necesitaban naves que siguiesen y alimentasen á los combatientes en aquellas dilatadas costas. El cabo Nuñez detuvo largo tiempo á los pilotos; pero doblado por Jilanez en 1433 se descubrió, ó mejor dicho, se volvió á encontrar la isla de la Madera: las Azores surgieron del seno de las olas, y como desde el tiempo de Tolomeo se estaba en la persuasion de que el Asia se aproximaba al Africa, se creyó que estas eran las islas que, segun Marco Polo, limitaban el Asia en el mar de las Indias. Háse pretendido que en las playas de la isla de Corvo se elevaba una estatua ecuestre en actitud de señalar con el dedo el Occidente; opinion que parece justificarse por las monedas fenicias halladas en aquella isla.

Del cabo Nuñez viraron los portugueses al Senegal, pasando sucesivamente á las islas de Cabo Verde, costa de Guinea, cabo Mesurado, Sur de Sierra-Leona, Benin y el Congo; y Bartolomé Diaz llegó en 1486 al famoso cabo de las Tormentas, cuyo nombre se cambió en otro mas propicio.

Tambien fue reconocida aquella extremidad meridional del Africa, que segun los geógrafos griegos y romanos debia reunirse al Asia, y en la que se encontraban las regiones misteriosas en que no se habia penetrado aun sino por aquel mar prodigioso que vió á Dios, y huyó: *Mare vidit et fugit*.

«Un espectro inmenso, espantoso, se levanta á nuestra vista: su actitud es amenazadora, su aire, feroz, su color pálido, su barba espesa y fangosa, su ca-

«bellera está sobrecargada con el peso de la tierra cenagosa que á ella está asida; sus labios son negros; sus dientes lívidos, y oprimidos por sus espesas cejas, se mueven incesantemente sus centellantes ojos.

«Habla, y su voz formidable parece salir de las simas de Neptuno.

«Soy el genio de las tempestades, dice; yo revisto con todo el pavoroso aspecto del terror ese vasto promontorio que ni los Tolomeos, los Estrabones, los Plinius y los Pomponios, ni ninguno de vuestros sabios ha conocido. Yo pongo aquí un límite á la tierra africana en la cima que mira al polo Antártico, y que hasta hoy, velada á las miradas de los mortales, se indigna en este momento de vuestra audacia.

«De mi carne desecada, de mis huesos convertidos en rocas, los dioses, los inflexibles dioses, han formado el gigantesco promontorio que domina estas vastas ondas.

«Al terminar estas palabras, vertió un torrente de lágrimas y desapareció. A su huida se dispó la nube tenebrosa, y el mar pareció exhalar un prolongado gemido (1).»

Vasco de Gama terminando una navegacion de eterna memoria, abordó en 1418 á Calicut en la costa de Malabar.

Todo varia entonces en la superficie del globo: el mundo de los antiguos está destruido. El mar de las Indias no es ya un mar interior, un recinto rodeado por las costas asiáticas y africanas; es un océano que por un lado se une con el Atlántico, y por otra con los mares de la China y con un mar de Levante mas vasto aun. Cien reinos civilizados, ya árabes ó ya indios, mahometanos ó idólatras, y voluptuosas islas embalsamadas con delicados aromas, se revelan á los pueblos de Occidente. Una nueva naturaleza aparece, y el velo que ocultó por millares de siglos una parte del mundo, se descubre: descúbrese la patria del sol, mansion encantadora de donde sale todas las mañanas para dispensar la luz; desplégase á la vista sin obstáculos que se opongan, aquel sabio y brillante Oriente, cuya historia se relaciona tanto con los viajes de Pitágoras, las conquistas de Alejandro y los recuerdos de las Cruzadas, y cuyos perfumes han llegado hasta nuestros pais, atravesando los campos de la Arabia y los mares de la Grecia. La Europa la envió un poeta para saludarla, cantarla y pintarla, noble embajador, cuya fortuna y genio parecian simpatizar con las regiones y destinos de los pueblos de la India. El poeta del Tajo hizo escuchar su triste y armoniosa voz en las orillas del Ganges; las arrebató sus encantos, su renombre y sus desgracias, dejándolas sus riquezas.

Un reducido pueblo, encerrado en un círculo de montañas á la extremidad occidental de la Europa, se abre un camino á la parte mas pomposa de la vivienda del hombre.

Tambien otro pueblo de esa misma península, pueblo no restablecido aun á su antigua grandezza, se une á un pobre piloto genovés repudiado de todas las cortes, y ambos descubren un nuevo universo á las puertas del Ocaso, en el momento mismo en que los portugueses abordaban á los campos de la Aurora.

¿Los antiguos han conocido la América?

Homero colocaba el Eliseo en el mar occidental, al lado allende de las tinieblas cimmericas: ¿era esta la tierra de Colon?

La tradicion de las Hespérides, y mas tarde la de las islas Afortunadas, sucedieron á la del Eliseo, y aun cuando los romanos creyeron ver las islas Afortunadas en las Canarias, no destruyeron la creencia popular de la existencia de una tierra mas lejana aun en la parte occidental.

Nadie hay que ignore cuanto se ha dicho de la Atlántida de Platon, continente que al parecer debia ser

mayor que el Asia y el Africa reunidas, y que estaba situado en el Océano Occidental en frente del Estrecho de Gades; posicion exacta de la América. En cuanto á las ciudades florecientes, á los diez reinos gobernados por los reyes, hijos del Neptuno, etc., la imaginacion ardiente de Platon ha añadido estos detalles á las tradiciones egipcias. La Atlántida fue sumergida, se dice, en un dia en el fondo de las aguas; esta opinion equivale á desembarazarse á la vez de las narraciones de los navegantes fenicios, y de las consejas del filósofo griego.

Aristóteles habla de una isla tan llena de encantos, que el senado de Cartago prohibió á sus marinos frecuentasen aquellos parajes bajo pena de muerte; y Diodoro nos cuenta la historia de una isla considerable y lejana, donde los cartagineses habian resuelto trasladar la metrópoli de su imperio, si en Africa experimentasen algun desastre.

¿Qué se hizo de aquella Panchæa de Evhemero, negada por Estrabon y Plutarco y descrita por Diodoro y Pomponio Mela, inmensa isla situada en el Océano al Sur de la Arabia, isla encantada donde el fénix construia su nido sobre el altar del sol?

Segun Tolomeo, las extremidades del Asia se reunian en una tierra desconocida que se unia al Africa por el Occidente.

Casi todos los monumentos de la antigüedad indican un continente austral, y yo no puedo conformarme con la opinion de los sabios que no ven en este continente mas que un contrapeso sistemático, imaginado para equilibrar las tierras boreales: este continente, ciertamente se prestaba maravillosamente á ocupar los espacios vacios de las cartas; pero tambien es muy posible fuese el recuerdo confuso de una tradicion, y su situacion al Sur de la rosa náutica mas bien que al Oeste, seria tal vez un error insignificante entre las enormes trasposiciones de los geógrafos de la antigüedad.

Quedan como últimos indicios, las estatuas y medallas fenicias de las Azores, si no son ya aquellas estatuas adornos de grabado aplicados á los antiguos portulanos de este archipiélago.

¿Desde la caída del imperio romano y la reconstruccion de la sociedad por los bárbaros, no habrá tocado en las costas de América alguna otra nave anterior á las de Cristobal Colon?

Respecto á este punto parece indudable que los rudos exploradores de los puertos de la Noruega y del Báltico, encontraron la América Septentrional en el primer año del siglo xi. Descubiertas por ellos las islas Feroer hácia el 861, la Islandia de 860 á 872, y la Groenlandia en 982 ó tal vez cincuenta años despues, en 1001 un islandés llamado *Biorn* fue arrojado por una tempestad al Sud-Oeste cuando pasaba á la Groenlandia, y cayó en una tierra baja cubierta de bosques. Vuelto á la Groenlandia, contó su aventura, y Leif, hijo de Erico Randa, fundador de la colonia noruega de Groenlandia, se embarcó con *Biorn*: á fuerza de trabajos encontraron la isla, vista por este, y del aspecto agreste que presentaba la intitularon *Helleland*, isla rocallosa, y *Mareland*, ribera arenosa. Arrastrados á una segunda costa, siguieron mar arriba una ribera, é invernaron en la orilla de un lago. En aquel sitio el sol permanece ocho horas en el horizonte en el dia mas corto, y un marinero aleman al servicio de los dos gefes, les mostró algunas vides silvestres: *Biorn* y Leif, al abandonar aquella tierra la bautizaron con el nombre de *Vinland*.

Desde esta época, el *Vinland* ha sido frecuentado por los groenlandeses que mantienen con los salvajes, el comercio de peletería, y en 1121 pasó de Groenlandia á este pais, el obispo Erico, para predicar el Evangelio á los naturales.

Imposible es desconocer que estos detalles se refieren á alguna parte de la América Septentrional, situada

(1) Las Luisiadas.

hacia los 49° de latitud, puesto que allí en el día mas corto, segun las observaciones de los viajeros, el sol permanece ocho horas en el horizonte. Los 49° de latitud caerian próximamente hacia la embocadura del San Lorenzo y la parte septentrional de la isla de Terranova, donde corren rios de escaso alveo que se comunican con los infinitos lagos en que abunda el interior de la isla.

Esto es lo único que se sabe de Leif, Biorn y Erico; y la autoridad mas antigua, respecto á los hechos á ellos relativos, es la recopilacion de los Anales de Islandia por Hauk, escrita en 1300, ó sean trescientos años despues del verdadero ó supuesto descubrimiento del Vinland.

Los hermanos Zeni, venecianos de nacion, y ocupados al servicio de un caudillo de las islas Feroer y Shetland, se cree visitaron tambien hacia el año 138, el Vinland de los antiguos Groenlandeses, de cuyo viaje existen una relacion y un mapa. Este incluye al Sur de la Islandia y al Nord-Este de Escocia, entre los 61° y 65° de latitud Norte, una isla llamada Frislandia: al Oeste de esta isla y al Sur de Groenlandia, indica tambien dos costas como á mas cuatrocienas leguas de distancia, con corta diferencia, y las distingue con los nombres de *Estotiland* y *Droceo*. Algunos pescadores de Frislandia arrojados al Estotiland, segun el texto, hallaron en él una ciudad populosa y bien edificada, añadiendo, que en ella habia un rey, y un intérprete que hablaba latin.

Los frislandeses naufragos, fueron enviados por el rey de Estotiland á un país situado al Mediodia, que llamaban Droceo, y allí fueron devorados por los antropófagos, de cuya carniceria solo se salvó uno. Restituido este á Estotiland, despues de haber sufrido por mucho tiempo la esclavitud en el Droceo, representó aquella comarca como teniendo una extension inmensa, cual un *nuevo mundo*.

Este Estotiland parece referirse al antiguo Vinland de los noruegos, tal vez Terranova; la ciudad de Estotiland seria el resto de la colonia noruega, y la comarca de Droceo ó Drogeo, se convertiria despues en la Nueva-Inglaterra.

Cierto es que la Groenlandia fue descubierta á mediados del siglo x, y no lo es menos que la punta meridional de este país está muy próxima á la costa del Labrador; cierto es, que los esquimales, colocados entre los pueblos de Europa y América, parecen participar mas del carácter de los primeros que del de los segundos; y cierto es, que hubieran podido mostrar á los primeros noruegos, establecidos en Groenlandia, el camino del nuevo continente; pero se mezclan demasiadas fábulas é incertidumbres á las aventuras de los noruegos y de los hermanos Zeni, para que se pueda arrebatar á Colon la gloria de haber sido el primero que abordó á las tierras americanas.

La carta de navegacion de los dos Zeni y la relacion de su viaje de 1380, no fueron publicadas hasta 1558 por un descendiente de Nicolás Zeni, y en esta época los prodigios de Colon se habian ya realizado: ciertas rivalidades nacionales podian muy bien inducir á ciertos hombres á reclamar un honor digno indudablemente de envidia, y venecianos y noruegos pidieron, los unos á Estotiland para unirlos á Venecia, y los otros á Vinland para agregarla á Berghen.

Muchas cartas geográficas de los siglos xiv y xv, indican tierras descubiertas ó vírgenes aun, en el gran mar al Sud-Oeste y Oeste de la Europa. Segun los historiadores genoveses, Doria y Vivaldi se dieron á la vela con el designio de pasar á las Indias por el Occidente; pero las costas que los habian visto perderse en medio de las aguas, no los vieron volver. La isla de la Madera se encuentra citada en un portulano español del año 1384 con el nombre de *isla de Leguame*, así como las islas Azores aparecen tambien en las obras de geografia desde 1380. Por último, una carta traza-

da en 1436 por el veneciano Andrés Bianco, designa al Occidente de las islas Canarias una tierra de Antillas, y al Norte de estas otra llamada *Isla de la Man Satanaxio*.

Háse pretendido que aquellas islas fuesen las Antillas y Terranova; pero sabido es que Marco Polo prolongaba el Asia hasta el Sud-Este, y situaba á su frente un archipiélago, que aproximándose á nuestro continente por el Oeste, debia encontrarse respecto á nosotros poco mas ó menos en la posicion que ocupa la América: buscando aquellas Antillas Indias, ó sean Indias Occidentales, fue conducido Colon al descubrimiento de la América, resultando de un prodigioso error la concepcion de una milagrosa verdad.

Los árabes tambien han pretendido honrarse con el descubrimiento de América, y al paso que cuentan que los hermanos Almagrurinos, de Lisboa, penetraron en las tierras mas lejanas de Occidente, un manuscrito árabe refiere una tentativa infructuosa en aquellas regiones, donde solo se descubria cielo y agua.

No disputemos á un gran hombre la obra de su genio. ¡Quién pudiera descubrir la sensacion que experimentaria Cristóbal Colon, cuando franqueado el Atlántico, en medio de una tripulacion indisciplinada, y dispuesto á volver á Europa sin haber alcanzado el objeto de su viaje, descubrió una pequeña luz en una tierra desconocida, que le ocultaban las tinieblas de la noche mas angustiosa! El vuelo de las aves le habia guiado hacia la América, y la luz del hogar de un salvaje le descubrió un nuevo universo. Colon debió experimentar un sentimiento parecido al que la Escritura pinta en el Criador, cuando despues de haber sacado la tierra de la nada, vió que su obra era buena: *Vidit Deus quod esset bonum*. Colon creaba un mundo. Lo que siguió de nadie es ignorado: el inmortal genovés que ni aun habia querido que la América llevase su nombre, fue el primer europeo que atravesó cargado de cadenas aquel mismo Océano, cuyas aguas habia sido tambien el primero en medir. Es tal la injusticia humana, que cuando la gloria es de tal naturaleza que redunde en pro de los hombres, estos casi siempre la castigan.

Mientras los portugueses costeaban los reinos del Quiteve, de Sedanda, de Mozambique y de Melinda, imponian tributos á los reyes moros, penetraban en el mar Rojo, terminaban la vuelta del Africa, visitaban el Golfo Pérsico y las dos penínsulas de la India, surcaban los mares de la China, tocaban en Canton, reconocian el Japon, las islas de las Especies y penetraban hasta las costas de la Nueva-Holanda, una multitud de navegantes siguió el camino trazado por las velas de Colon. Cortés destruye el imperio de Méjico, y Pizarro el del Perú, y estos conquistadores, marchando de sorpresa en sorpresa, eran tan admirables como sus mismas aventuras. Al contemplar las últimas olas del Atlántico, creian haber explorado todos los abismos; pero desde lo alto de las montañas de Panamá descubrieron un segundo Océano que cubria la mitad del globo. Nuñez de Balboa descendió á la playa, penetró en las ondas hasta un sitio en que le llegaba el agua á la cintura, y sacando su espada, tomó posesion de aquel mar en nombre del rey de España.

Los portugueses exploraban entonces las costas de la India y de la China, y los compañeros de Vasco de Gama y de Cristóbal Colon se saludaron desde las orillas del mar desconocido que los separaba: unos habian hallado un mundo antiguo, y otros descubierto uno nuevo; desde las costas de América á las de Asia, los cantos de Camoens respondian á los de Ercilla, á través de las soledades del Océano Pacífico.

Juan y Sebastian Cabot dan á Inglaterra la América Septentrional; Cortereal rehabilita á Terranova, dá nombre al Labrador, examina la entrada de la bahía de Hudson, que toma el nombre de *Estrecho de Anian*, y por ella espera encontrar paso á las Indias Orientales.

Jacobo Cartier, Verazzani, Ponce de Leon, Walter Raleigh, y Fernando de Soto, examinaron y colonizaron el Canadá la Acadia, la Virginia y las Floridas, y los holandeses, tomando tierra en el Spizberg, salvaron los límites fijados á la problemática Thulé; Hudson y Baffin penetraron en las bahías que llevan sus nombres.

Las islas del golfo Mejicano fueron situadas matemáticamente, y Americo Vesputio delineó las costas de la Guyana, Tierra-Firme y Brasil; Solís halló el río de la Plata; Magallanes, entrando en el Estrecho á que dió su nombre, penetró en el Océano, y fue muerto en las Filipinas. Su nave, que arribó á las Indias por el Occidente, volvió á Europa por el cabo de Buena-Esperanza, terminando así por primera vez aquel viaje peligroso de la vuelta del mundo. Mil ciento ochenta y cuatro dias se invirtieron en él, cuando hoy solo se emplean ocho meses.

Creíase también que el Estrecho de Magallanes era el único desagüadero que daba paso al Océano Pacífico, y que las tierras americanas volvieran á unirse á un continente austral por la parte meridional del Estrecho; pero Francisco Drake primero, y después Shouten y Lemaire doblaron la punta meridional de la América. Con estos nuevos viajes quedó fijada definitivamente la geografía del globo por esta parte, y por ella se supo, que la América y el Africa terminaban en los cabos de Hornos y Buena-Esperanza, dirigiendo sus extremidades hácia el polo Antártico, y penetrando en un mar austral sembrado de islas.

En el Gran Océano reconoció Cortés la California, su golfo y el mar Bermejo, mientras Cabrillo se remontó á lo largo de las costas de la Nueva-California, hasta los 43° de latitud Norte; Galli llegó hasta los 57°, y en medio de tantos periplos reales, Maldonado, Juan de Fuca y el almirante Fonte, colocaron sus viajes quiméricos. Behring fijó por la parte del Norte los límites de la América Septentrional, como Lemaire había determinado por la parte Sur los de la América Meridional, y la América cerró el camino de la India á manera de un ancho dique entre dos mares.

Una quinta parte del mundo había sido dividida por los primeros navegantes portugueses hácia el polo Austral: esta nueva parte del mundo está designada con bastante correccion en una carta del siglo xvi, conservada en el Museo británico; pero aumentados los descubrimientos por los holandeses, sucesores de los portugueses en las Molucas, la dieron el nombre de *Tierra de Diemen*, que cambió después en el de Nueva-Holanda, cuando en 1642, Abel Tasman concluyó de darle la vuelta: Tasman en este viaje tuvo también conocimiento de la Nueva-Zelandia.

Los intereses mercantiles y las guerras políticas impidieron á españoles y portugueses gozar pacíficamente de sus conquistas. En vano trazó el papa la famosa línea que dividía el mundo entre los herederos del genio de Gama y de Colon, pues el barco de Magallanes había probado físicamente á los mas incrédulos, que la tierra era redonda y que existían antípodas. Por lo tanto, la línea recta del sumo pontífice era ya inútil en una superficie circular, y se perdía en el cielo; además de que las pretensiones y los derechos se mezclaron y confundieron.

Establecidos los portugueses en América, y los españoles en las Indias, los ingleses, los franceses, los daneses y los holandeses corrieron presurosos á repartirse la presa. Entonces se desembarcaba en tumultuosa confusión sobre las riberas; se plantaba una empalizada, se enarbolaba un pabellon, se tomaba posesion de un mar, de una isla ó de un continente en nombre de un soberano europeo, sin preguntar si eran legítimos señores de aquellos lugares, pueblos, reyes, hombres civilizados ó salvajes. Los misioneros pensaban que el mundo pertenecía á la Cruz, en el sentido de que Jesucristo, conquistador pacífico, debía someter á todas las naciones al Evangelio; pero los aventureros

de los siglos xv y xvi miraban las cosas bajo un punto de vista mas material, y creían santificar su avaricia insaciable desplegando el estandarte de la salvacion en una tierra idólatra: así pues, el emblema de un poder eminentemente caritativo y pacífico, se convirtió en la enseña de la persecucion, la discordia y la muerte.

Los europeos se combatian unos á otros por todas partes; un puñado de extranjeros distribuido en inmensos continentes, parecia no tener terreno donde situarse. Aquellos hombres, no solo se disputaban unas tierras y unos mares donde esperaban hallar oro, diamantes, y perlas; aquellas comarcas que producian el marfil, el incienso, el aloe, el té, el café, la seda, las ricas telas; aquellas islas donde crecian el árbol de la canela, el de la nuez moscada, el pimentero, la caña de azúcar, la palmera y el sagú; sino que se degollaban mutuamente por la posesion de una roca esterilizada por las nieves de los polos, ó por una mezquina morada en un rincon de aquel vasto desierto. Aquellas guerras que no ensangrentaron al principio mas que los lugares que las vieron nacer, se extendieron con las colonias europeas á toda la superficie del globo, envolviendo en sus horrores á los pueblos que ignoraban hasta el nombre de los países y de los reyes á quienes eran inmolados. Un cañonazo disparado en España, Portugal, Francia, Holanda, Inglaterra ó en el fondo del Báltico, destrozaba una tribu salvaje en el Canadá, ahrojaba una familia negra de la costa de Guinea ó derrocaba un reino en la India. Segun los diversos tratados de paz, los chinos, indios, africanos y americanos se hacian franceses, ingleses, portugueses, españoles, holandeses ó daneses; y algunas partes de Africa, Asia y América cambiaban de dueños segun el color de la bandera europea que se enarbolaba en sus países. Pero no eran solo los gobiernos de nuestro continente los que se arrogaban tan brutal supremacia, pues simples compañías de mercaderes ó hordas de piratas, hacian la guerra en provecho propio y gobernaban reinos tributarios é islas fecundas, por medio de una factoria, de un agente de comercio, ó un capitán de corsarios.

Las primeras relaciones de aquellos descubrimientos tienen en general una sencillez encantadora, y aun cuando se mezclaba á ellas infinidad de fábulas, estas no oscurecian la verdad. Los autores de aquellas relaciones son demasiado crédulos sin duda, pero hablan en conciencia; cristianos poco ilustrados y frecuentemente apasionados, pero sinceros, engañan seguramente, pero ellos se engañaban también á sí mismos. Monges, marinos y soldados, empleados todos en aquellas expediciones, refieren sus peligros y aventuras con una piedad y un calor que se comunican al que las lee. Aquella especie de modernos cruzados, que van en busca de nuevos mundos, cuentan lo que han visto ó aprendido, y sin dudar de ello lo exageran al pintarlo; porque reflejan fielmente la imagen del objeto colocado ante sus ojos. Descúbrese en sus relatos el asombro y la admiracion que experimentarían á la vista de aquellos mares vírgenes, de aquellas tierras primitivas que se desplegaban á su vista, de aquella naturaleza hermosada por la sombra de árboles gigantescos, regada por rios inmensos, y poblada por animales desconocidos; naturaleza, en fin, que Buffon ha divinizado en su descripcion del kamitchi, que ha cantado, por decirlo así, al hablar de aquellas *aves uncidas al carro del sol en la zona ardiente que limitan los trópicos; aves que vuelan incesantemente bajo un cielo de fuego, sin apartarse de los dos límites extremos de la ruta del gran astro.*

Entre los viajeros que escribieron el diario de sus escursiones, figuran algunos de los grandes hombres de aquellos tiempos prodigiosos. Poseemos las cuatro *Cartas de Cortés á Carlos V*; una *Carta de Cristóbal Colon á Fernando é Isabel*, fechada en las Indias Occidentales á 7 de julio de 1503, y el señor Navarrete ha publicado otra, dirigida al papa, en la cual, el piloto

genóvès promete al sumo pontífice darle el pormenor de sus descubrimientos, y dejarle comentarios como César. ¡Qué tesoro si esas cartas y esos comentarios se hallasen en la biblioteca del Vaticano! Colon, como César, era también poeta, pues ha legado á la posteridad algunos versos latinos. Que aquel hombre

fue inspirado del cielo, nada mas natural sin duda, y así es que Giustiniani, al publicar un Salterio hebreo, árabe, griego y caldeo, coloca por nota la vida de Colon en el salmo *Cæli enarrant gloriam Dei*, como una reciente maravilla que revela la gloria de Dios.



RUINAS DE POMPEYA.—FRAGMENTO DE ESTATUA DESCUBIERTO POR UN LABRADOR.

Probable es que los portugueses y españoles, aquellos en Africa y estos en América, recogiesen hechos ocultos entonces por gobiernos envidiosos; pero el nuevo estado político de Portugal y la emancipación de la América española, favorecieron pesquisas interesantes. Ya el joven é infortunado viajero Bowdich pu-

blicó la relación de los descubrimientos de los portugueses en el interior de Africa, entre Angola y Mozambique, tomada de manuscritos originales. Consérvase respecto á este asunto una narración secreta y en alto grado curiosa del estado del Perú, durante el viaje de La Condamine, y el señor Navarrete ha da-

do á luz la coleccion de viajes de los españoles, con otras Memorias inéditas concernientes á la historia de la navegacion.

En fin, viniendo á nuestra edad, comienzan esos viajes modernos donde brilla la civilizacion con todos sus recursos, y la ciencia con todos sus medios. Por

tierra los Chardin, Tavernier, Bernier, Tournefort, Niebuhr, Pallas, Norden, Shaw y Hornemann, reunen sus preciosos trabajos á los de los escritores de las *Cartas edificantes*. Grecia y Egipto ven llegar á sus playas exploradores, que para descubrir un mundo pasado, arrostran tantos peligros como los marineros



VISITA AL GENERAL WASHINGTON.

que buscaron un nuevo mundo; y Bonaparte y sus cuarenta mil viajeros baten palmas de júbilo al ver las ruinas de Tebas.

Por mar, Drake, Sarmiento, Candish, Sebaldo de Weert, Spilberg, Noort, Woodrogers, Dampier, Gemelli-Carreri, La Barbinais, Byron, Wallis, Anson,

Bougainville, Cook, Carteret, La Perouse, Entrecasteaux, Vancouver, Freycinet y Duperré, no han dejado ni un escollo por reconocer.

El Océano Pacífico, perdida ya su inmensa soledad, se ha convertido en un risueño archipiélago, que recuerda la hermosura y los encantos de la Grecia,

La India, tan misteriosa poco há, carece ya de secretos, y conocidas sus tres lenguas sagradas, sus libros mas reservados han sido traducidos: el mundo se ha iniciado en las creencias filosóficas que dividieron las opiniones de aquel vetusto suelo, y la sucesion de los patriarcas de Boudhdah es ya tan conocida como la genealogía de nuestras familias. La sociedad de Calcuta publica con regularidad las noticias científicas de la India; y se lee el sanscrito, se habla el chino, el javanés, el tártaro el turco, el árabe y el persa, en París, Bolonia, Roma, Viena, Berlin, San Petersburgo, Copenhague, Estocolmo y Londres. Se ha encontrado hasta la lengua de los muertos, aquella lengua perdida con la raza que la habia inventado; el obelisco del desierto ha presentado sus caracteres misteriosos, y se han descifrado; las momias han descubierto los cerrojos de la tumba, y se las ha examinado á la luz del sol; y por último; se ha restituido la palabra al pensamiento mudo, que ningún vivo podia ya expresar.

Webb, Raper, Hearsay y Hodgson, han buscado las fuentes del Ganges; Moorcroft, ha penetrado en el Tibet; se han medido los picos del Himalaya; y en fin, citar con el mayor Renell la multitud de viajeros á quienes la ciencia será siempre deudora de muchos adelantos y noticias, es punto menos que imposible.

En Africa, al sacrificio de Mungo-Parka, han seguido otros muchos: Bowdich, Toole, Belzoni, Beaufort, Peddie y Woodney, han perecido; pero esto no obstante, este continente formidable concluirá por ser hollado por la planta de los europeos.

En el quinto continente, despues de atravesar las montañas Azules, se va penetrando poco á poco en aquella singular parte del mundo, donde los rios parecen correr en sentido contrario, ó sea del mar al interior; donde los animales apenas se parecen á los ya conocidos; donde los cisnes son negros; donde el canguro se lanza como una langosta; donde una naturaleza anómala, como Lucrecio la describió á las orillas del Nilo, alimenta una especie de monstruo que participa de las cualidades del ave, del pez y de la serpiente, pues nada debajo del agua, pone un huevo, y hicie con un aguijon mortal.

En América, el ilustre Humboldt ha pintado y descrito todo.

El resultado de tantos esfuerzos, los conocimientos positivos adquiridos acerca de tantos lugares, el movimiento de la política, la renovacion de las generaciones y el progreso de la civilizacion, han cambiado el cuadro primitivo del globo.

En las ciudades de la India se ve hoy mezclada la arquitectura de los Bramas, con palacios italianos y monumentos góticos; los elegantes carruajes de Londres se cruzan con los palanquines y las caravanas, en los caminos del tigre y del elefante. Navios de alto bordo remontan el Ganges y el Indo: Calcuta, Bombay y Benarés tienen espectáculos, asambleas científicas é imprentas. El país de las *Mil y una noches*, el reino de Cachemira, el imperio del Mogol, las minas de diamantes de Golconda, los mares que enriquecen las perlas orientales, ciento veinte millones de hombres que Baco, Sesostris, Darío, Alejandro, Tamerlan y Gengis-Kan habian conquistado ó intentado conquistar, reconocen por propietarios y amos una docena de comerciantes ingleses, cuyo nombre se ignora, y que moran á cuatro mil leguas del Indostan, en una oscura calle de la ciudad de Londres. Estos comerciantes se cuidan muy poco de aquella vieja China, vecina á sus ciento veinte millones de vasallos; y tanto es así, que lord Hastings les ha propuesto conquistarla con veinte mil hombres. ¡Mas cómo! ¿el té bajaría de precio en las orillas del Tamesis! hé aquí lo que salva al imperio de Tobí, fundado dos mil seiscientos treinta y siete años an-

tes de la era cristiana, segun su cronología; de aquel Tobí, contemporáneo de Rebu, tatarabuelo de Abraham.

En Africa comienza un mundo europeo en el cabo de Buena-Esperanza. El reverendo John Campbell, embarcado en este cabo, penetró en el Africa Austral hasta la distancia de once mil millas, y encontró ciudades populosas, tales como Machéou y Kurrechane, tierras bien cultivadas, y fundiciones de hierro. Al Norte del Africa el reino Bornou y el de Soudan, propiamente dicho, han ofrecido á los señores Clapperton y Denham treinta y seis ciudades mas ó menos considerables, una civilizacion avanzada, y una caballería negra armada como los antiguos caballeros.

La antigua capital de un reino negro-mahometano, conserva ruinas de palacios que sirven de guarida á elefantes, leones, serpientes y avestruces, pudiéndose creer desde luego que el mayor Laing penetró en aquel Tombouctou tan conocido como ignorado.

Otros ingleses, invadiendo el Africa por la costa de Benin, se dirigieron hacia donde iban los primeros pesquisidores, y se reunieron por fin, navegando rio arriba, á sus valerosos compatriotas, llegados por el Mediterráneo. El Nilo y el Niger nos descubrirán bien pronto sus fuentes y sus corrientes. En aquellas regiones abrasadoras, el lago Stad refresca el aire con sus benéficas emanaciones; pero en los desiertos arenosos de la Zona Tórrida, el agua se hiela en el fondo de las odres, y un viajero célebre, el doctor Oudney, pereció allí al rigor del frio.

En el polo Antártico el capitán Smith ha descubierto la Nueva-Sethland, único resto de la inmensa tierra austral de Tolomeo, en cuyas aguas hay una cantidad innumerable de ballenas de corpulencia enorme, y de tal poder que una de ellas atacó en 1820 al navio americano *L'Essex* y lo echó á pique.

El Gran Océano no es ya un triste desierto, porque los malhechores ingleses, unidos á los colonos voluntarios, han edificado algunas ciudades en aquel pester mundo abierto á la audacia de los hombres. En aquella tierra que por fin se ha domado á los esfuerzos de la industria, se ha hallado hierro, hulla, sal, pizarra, cal, lápiz, arcilla de alfarería, alumbre, y en una palabra, cuanto es útil para el establecimiento de la sociedad. La Nueva-Gales del Sur, tiene por capital á Sidney en el puerto Jackson, y Paramatta está situada en el fondo de la bahía; la ciudad de Windsor prospera en la confluencia del South-Creek y del Hawkesburi, y el gran pueblo de Liverpool ha fecundado las orillas del Georges-River, que desemboca en la bahía Botánica (Botany-Bay), situada á catorce millas al Sur del puerto Jackson. La isla Van-Diemen está bastante poblada, y tiene puertos soberbios y montañas enteras de hierro; su capital se llama *Hobart*.

Los deportados á la Nueva-Holanda, sufren diversos castigos segun la naturaleza de sus crímenes; y así permanecen en prision, son ocupados en los trabajos públicos, ó obligados á fijarse en el país por medio de concesiones territoriales, hechas en su favor, pudiendo conseguir la libertad ó permanecer en la colonia, mediante un permiso superior, los que se hayan corregido.

La colonia ha progresado tanto, que sus rentas, cuyas cuotas ascendieron en 1819 á 21,179 libras esterlinas, sirvieron para disminuir en una cuarta parte los gastos del gobierno.

La Nueva-Holanda tiene imprentas, periódicos políticos y literarios, escuelas públicas, teatros, carreras de caballos, grandes caminos, puentes de piedra, edificios religiosos y civiles, máquinas de vapor, manufacturas de paño, de sombreros y de loza; habiéndose construido naves en sus astilleros. Los frutos de todos los climas, desde el banano hasta la manzana,

y desde el olivo á la vid, prosperan en aquella tierra que fue de maldicion; y los carneros, cruzados con los moruecos de Inglaterra y del Cabo de Buena-Esperanza, y especialmente con los merinos, han adquirido gran estimacion.

La Oceánica transporta sus trigos á los mercados del Cabo, sus cueros á las Indias, y sus salazones á la isla de Francia. Aquel país, que hace veinte años no enviaba á Europa mas que canguros y algunas plantas, expone hoy las lanas de sus merinos en los mercados de Liverpool é Inglaterra, donde ha llegado á venderse la libra á 14 sueldos, 6 dineros, precio que superaba en 4 sueldos al alcanzado por las lanas finas de España en los mismos mercados.

En el mar Pacifico se observa la misma revolucion; y las islas Sandwich, un tiempo inhabitadas, forman ya un reino civilizado por Tameama, que cuenta con una marina compuesta de veinte goletas y varias fragatas. Algunos marineros ingleses desertores, se han convertido en príncipes y han levantado ciudadelas que defiende una buena artillería, sosteniendo además un comercio activo con América y Asia. La muerte de Tameama entregó ciertamente el poder á los pequeños señores feudales de las islas Sandwich, pero no pudo destruir los gérmenes de la civilizacion. Ultimamente se han visto en la Opera de Londres un rey y una reina de aquellos insulares que habian comido con el capitán Cook, cuyos huesos veneraban en el templo consagrado á los dioses Rono. Estos personajes sucumbieron al influjo del clima húmedo de Inglaterra, y lord Byron, heredero de la dignidad de par que habia gozado el gran poeta, muerto en Missolonghi, fue encargado de transportar á las islas Sandwich los féretros de los reyes difuntos: basta ya, á mi juicio, de contrastes y recuerdos acerca de este punto.

Otaíti ha perdido sus danzas, coros y costumbres voluptuosas. Las bellas habitantes de la nueva Citeres, demasiado alabadas tal vez por Bougainville, son hoy bajo sus árboles del pan, y sus elegantes palmeras, puritanas que van al sermón, leen la Escritura con misioneros metodistas, controvierten desde la mañana á la tarde, y expian en el tédio la extremada alegría de sus madres. En Otaíti se imprimen Biblias y obras ascéticas.

Un rey de aquella isla, el rey Pomario, se ha hecho legislador, y ha publicado un código criminal dividido en diez y nueve títulos, nombrando cuatrocientos jueces para ejecutar las leyes en él consignadas: el asesinato es el único castigado con pena de muerte; porque la calumnia calificada de *primer grado* tiene asignada una pena especial: el calumniador está obligado á construir con sus propias manos un gran camino, de dos á cuatro millas de largo por doce piés de ancho. «El camino debe ser convexo, dice la ordenanza real, con el objeto de que las aguas llovedizas corran por los costados.» Si existiera una ley semejante en Francia, tendríamos los caminos mas hermosos de la Europa.

Los salvajes de aquellas islas encantadas, admiradas por Juan Fernandez, Anson, Dampier y otros viajeros, se han transformado en marineros ingleses. Un anuncio de la *Gaceta de Sidney*, en la Nueva-Gales, avisa que los insulares de Otaíti y de Nueva-Zelandia, Roni, Paoutou, Popoti, Tiapoa, Moai, Topa, Ficou, Aiyong y Haouho, van á partir del puerto de Jackson en navios de la colonia.

En fin, en aquellos hielos de nuestro polo, regiones fatales de donde á fuerza de trabajos y peligros salieron Gmelin, Ellis, Federico Martens, Philipp, Davis, Gilbert, Hudson, Tomás Button, Baffin, Fox, James, Munk, Jacob May, Owin y Koscheley: entre aquellos hielos donde pasaron el invierno los infortunados holandeses, medio muertos de frio y de hambre, en el fondo de una caverna sitiada por los osos; en aquellas mismas regiones polares, rodeados de una noche

de muchos meses, el capitán Parry, sus oficiales y tripulacion, en completa salud, cómo damente encerrados en su barco, y con víveres en abundancia, representaban comedias y daban bailes y mascaradas: ¡no de otro modo, refinada la civilizacion, ha hecho que el hombre surque con seguridad los mares, y disminuyendo toda clase de peligros, le ha dado los medios de arrostrar la intemperie de los climas!

En el viaje que sigue inmediatamente á este prefacio hablaré de los cambios ocurridos en América, debiendo solo observar de paso los diferentes resultados que han producido los descubrimientos de Colon y Vasco de Gama.

La especie humana ha sacado escasa utilidad de los trabajos del navegante portugués; pero la ciencia por el contrario les es deudora de algunos adelantos, porque con ellos no solo se han destruido ciertos errores de geografía y física, sino que los pensamientos del hombre se han engrandecido á medida que la tierra se iba dilatando á su presencia. Por medio de estos descubrimientos ha podido hacer mas comparaciones, visitando mas pueblos, y se ha sentido superior á lo que era viendo lo que podia hacer; ha comprendido que la especie humana crecia y que las generaciones pasadas habian perecido en su infancia; y estos conocimientos, estos pensamientos, esta experiencia, esta estimacion de sí mismo han entrado como elementos generales de la civilizacion. Empero, ninguna mejora política se ha obrado en las vastas regiones en que Gama fué á desplegar sus velas. Los indios no han hecho mas que cambiar de señores. El consumo de los productos de su país se ha disminuido en Europa por la inconstancia del gusto y de la moda, y por lo tanto no es ya un objeto de lucro: hoy no se va ya hasta el fin del mundo para buscar ó apoderarse de una isla, que produjera la nuez moscada; además de que las producciones de la India han sido imitadas ó conaturalizadas en otras partes del globo. En resumen, los descubrimientos de Gama son una magnífica aventura, pero nada mas, habiendo tenido quizá el inconveniente de aumentar la preponderancia de un pueblo hasta el punto de ser peligrosa á la independencia de los demás.

Los descubrimientos de Colon, por las consecuencias que hoy se experimentan, han sido una verdadera revolucion, tanto para el mundo moral como para el físico, segun tendré ocasion de manifestar extensamente en la conclusion de mi viaje. No olvidemos sin embargo, que el continente hallado por Gama no ha perdido la esclavitud á ninguna otra parte de la tierra, y que el Africa debe sus cadenas á esa América, tan libre hoy. Nosotros admiramos la ruta que trazó Colon en las simas del Océano; pero para los pobres negros es el camino, que al decir de Milton, construyeron sobre el abismo la Muerte y el Mal.

Réstame solo referir las investigaciones con que se ha completado últimamente la historia geográfica de la América Septentrional.

En 1772, Hearne descubrió el mar á la embocadura del rio Mina de Cobre, y Mackenzie le vió en 1789 á la embocadura del rio que lleva su nombre. El capitán Ross, y en seguida el capitán Parry, fueron enviados, el uno en 1818 y el otro en 1819, á explorar de nuevo aquellas regiones glaciales. El capitán Parry penetró en el Estrecho de Lancastre, pasó verosimilmente por el polo magnético, é invercó en la rada de la isla Melville.

En 1831 verificó el reconocimiento de la bahía de Hudson, y volvió á Repulsebay. Guiado por las noticias de los esquimales, se presentó en la entrada de un estrecho que obstruían los hielos, y que llamó el *Estrecho de la Fury y de la Hecla*, del nombre de los barcos que montaba: desde allí divisó el último cabo de la América, al Nord-Este.

El capitán Francklin, enviado á América para secundar por tierra los esfuerzos del capitán Parry, bajó por el río Mina de Cobre y entró en el Mar Polar, avanzando por la parte Este hasta el golfo de la *Coronación de Jorge IV*, poco mas ó menos en la dirección y á la altura de Repulsebay.

En 1823, el mismo capitán Francklin, en una segunda expedición, bajó por el Makenzio, vió el Mar Artico, volvió á invernar al Lago de los Osos, y tornó á bajar el Makenzio en 1826. En la embocadura de aquel río se dividió la expedición inglesa, y una mitad, provista de dos canoas, fue á buscar por el Este el río Mina de Cobre, y la otra, á las órdenes del mismo Francklin y provista igualmente de dos canoas, se dirigió hacia el Oeste.

El 9 de julio, Francklin se vió precisado á detenerse por los hielos sin poder comenzar su navegación hasta el 4 de agosto. Apesar de todo, solo podia andar una milla por día, y la costa era tan baja, y el agua de tan poca profundidad, que costó mucho desembarcar. Las espesas brumas que allí reinaban y los golpes de viento que se sucedían sin intermision, eran otros tantos obstáculos que se oponían á los progresos de la expedición.

Llegó sin embargo el 18 de agosto á los 150° del meridiano y á los 70° 30' Norte, y por consecuencia habia recorrido mas de la mitad de la distancia que separa la embocadura del Makenzio del Cabo de Hielo, mas arriba del Estrecho de Behring: al intrépido viajero no le faltaban aun víveres; sus canoas no habian sufrido la menor avería; sus marineros gozaban de perfecta salud, y veía el mar abierto ante su vista; pero las instrucciones del almirante eran precisas, y prohibiéndole prolongar sus escusiones sino podia ganar la bahía de Kotzebue antes del principio de la mala estación, se vió obligado á volver al río Makenzio, y el 21 de setiembre entró en el Lago de los Osos, donde encontró la otra mitad de la expedición.

Esta, no solo habia terminado su exploración de las costas desde la embocadura del Makenzio hasta la del río Mina de Cobre, sino que habia prolongado su navegación hasta el golfo de la *Coronación de Jorge IV*, remontándose por Este hasta los 118° del meridiano: por todas partes se le habian presentado buenos puertos, y una costa mas abordable que la recorrida por el capitán Francklin.

El capitán ruso, Otto de Kotzebue, descubrió en 1816 al Nord-Este del Estrecho de Behring, un paso ó entrada que conserva su nombre; y á este paso, situado al Nord-Este de América, fué á esperar á Francklin el capitán inglés Beechey, con una fragata, cuando aquel venia á buscarle de la parte Nor-Oeste. La navegación del capitán Beechey se terminó felizmente: arribado en 1827 al sitio y época de la cita, los hielos no detuvieron su buque sino á los 72° 30' de latitud Norte. Obligado entonces á anclar en una costa, observó que todos los días pasaban y repasaban los *baidars* (nombre ruso de las embarcaciones indias en aquellas aguas), por unas aberturas practicadas entre el hielo y la tierra, y con una ansiedad indefinible creía ver llegar tambien á cada instante al capitán Francklin.

Ya hemos dicho que este habia llegado el 18 de agosto de 1826 á los 150° del meridiano de Greenwich, y á los 70° 30' de latitud Norte, hallándose por lo tanto apartado del Cabo de Hielo, 10° de longitud, grados que en aquella elevada latitud, dan poco mas de 81 leguas. El Cabo de Hielo está separado del paso de Kotzebue como unas 60 leguas, y es probable que si al capitán Francklin no le hubiera estado prohibido doblar el Cabo, hubiera hallado alguna corriente en comunicacion directa con las aguas de la entrada de Kotzebue; pero de todos modos, bastaba recorrer 125 leguas para encontrar la fragata del capitán Beechey.

Al final del mes de agosto, y durante todo el mes

de setiembre, es cuando los mares polares están mas descargados de hielo, y habiendo permanecido el capitán Beechey en el paso de Kotzebue, hasta el 14 de octubre, el capitán Francklin hubiera podido hacer aquella travesía de 125 leguas en poco menos de dos meses, y en la mejor estación del año, ó sea desde el 18 de agosto al 14 de octubre. Nunca se deplorará demasiado los obstáculos puramente humanos, que impidieron, segun las instrucciones que tenia, hacer aquella marcha el capitán Francklin. ¡Qué transportes de júbilo, mezclados de justo orgullo, no hubieran estallado en los marineros ingleses al realizar el descubrimiento del paso del Nord-Este, al encontrarse en medio de los hielos, al abrazarse en aquellos mares no surcados aun por ninguna nave, en aquella extremidad hasta entonces desconocida del Nuevo-Mundo! De cualquier modo que sea, el problema geográfico puede ya considerarse como resuelto: el paso del Nord-Este existe, y la configuracion exterior de la América está ya trazada.

El continente americano termina al Nord-Oeste en la bahía de Hudson por una península llamada *Melville*, cuya punta postrera ó último cabo, se sitúa á los 69° 48' de latitud Norte, y á los 82° 50' de longitud Oeste de Greenwich. Allí se abre un estrecho entre este cabo y la tierra de Cockburn, cuyo estrecho, llamado el *Estrecho de la Fury y de la Hecla*, no ofreció al capitán Parry otra cosa que una masa sólida de hielo.

La península Nor-Oeste se une al continente cerca de la bahía de Repulsa, y no puede ser muy ancha en su raiz, puesto que el golfo de la *Coronación de Jorge IV*, descubierto por el capitán Francklin en su primer viaje, descende al Sur hasta los 66° y medio, y su extremidad meridional no se aparta mas que 67 leguas de la parte occidental de la bahía Wager. El capitán Lyon fue enviado á la bahía de Repulsa con el fin de pasar por tierra, del fondo de aquella bahía al golfo de la *Coronación de Jorge IV*; pero los hielos, las corrientes y las tempestades, detuvieron el navío de aquel aventurero marino.

Ahora, prosiguiendo nuestra investigación y colocándonos al otro lado de la península Melville, en aquel golfo de la *Coronación de Jorge IV*, hallaremos la embocadura del río Mina de Cobre á los 67° 42' 35" de latitud Norte, y á los 115° 49' 33" de longitud Oeste de Greenwich. Hearne habia indicado aquella embocadura cuatro grados y un cuarto mas al Nor-Oeste en latitud, y cuatro y un cuarto mas al Oeste en longitud.

De la embocadura del río Mina de Cobre, navegan do hácia la embocadura del Makenzio, se remonta en toda la longitud de la costa, hasta el 70° 37' de latitud Norte, se dobla un cabo y se vuelve á descender á la embocadura oriental del Makenzio por los 69° 29'. De aquí la costa se dirige al Oeste hácia el Estrecho de Behring, elevándose hasta los 70° 30' de latitud Norte, bajo los 150° del meridiano de Greenwich, punto donde el capitán Francklin se detuvo el 18 de agosto de 1826, no hallándose, como he dicho, mas que á 10° de longitud Oeste del Cabo de Hielo, situado próximamente á los 71° de latitud.

Reasumiendo todos estos diversos resultados, tenemos:

El último cabo Nord-Oeste del continente de la América Septentrional á los 69° 48' de latitud Norte, y á 82° 50' de longitud Oeste de Greenwich; el cabo *Turnagain* en el golfo de la *Coronación de Jorge IV*, á los 68° 30' de latitud Norte; la embocadura del río Mina de Cobre á los 60° 49' 35" de latitud Norte, y á los 115° 49' 33" de longitud Oeste de Greenwich; un cabo de la costa entre el río Mina de Cobre y el Makenzio á los 70° 37' de latitud Norte, y á los 126° 52' de longitud Oeste de Greenwich; la embocadura del Makenzio á los 69° 29' de latitud, y á los 133°

24' de longitud; el punto donde se detuvo el capitán Francklin á los 70° 30' de latitud Norte, y á los 15° al Oeste de Greenwich; y por último, el cabo del Hielo á los 10° de longitud mas al Oeste, y á los 61° de latitud Norte.

Resulta, pues, que desde el último cabo Nor-Oeste de la América Septentrional, en el *Estrecho de la Hecla y de la Fury*, hasta el cabo del Hielo, mas arriba del Estrecho de Behring, el mar forma un golfo espacioso pero de escasa profundidad, que termina en la costa Nor-Oeste de América: esta costa corre de Este á Oeste, ofreciendo en el golfo general tres ó cuatro bahías principales, cuyas puntas ó promontorios se aproximan en latitud al punto en que están colocados el último cabo Nor-Oeste de la América, en el *Estrecho de la Fury y de la Hecla*, y el cabo del Hielo, mas arriba del Estrecho de Behring.

Al frente de este lago, ó sea entre los 70° y 75° de latitud Norte, tuvieron lugar los descubrimientos resultantes de los tres viajes del capitán Parry, á saber: la presunta isla de *Cockburn*, las delineaciones del *Estrecho del Principe Regente*, las *islas del Principe Leopoldo*, de *Bathurst* y de *Melville*, y la tierra de *Banks*. Solo se trata ya de hallar á través de aquellos terrenos desunidos un paso libre al mar, que baña la costa Nor-Oeste de América, y que tal vez seria navegable en la estacion oportuna por los barcos balle-neros.

Mr. Macleod ha contado á Mr. Douglas en las grandes vertientes de la Colombia, que existe un rio que corre paralelamente al Mackenzio y que se precipita en el mar, cerca del cabo de Hielo. Al Norte de este cabo hay una isla, donde los barcos rusos acuden á comerciar con los naturales del país. Mr. Macleod ha visitado el mar polar, y ha pasado en el espacio de once meses, desde el Océano Pacifico á la bahía de Hudson, y declara que el mar polar está espedito despues del mes de julio.

Tal es el estado actual de las cosas en el exterior de la América Septentrional, relativamente á aquel famoso paso que me habia propuesto buscar, y que fue el objeto principal de mi escursion á Ultramar; veamos lo que han hecho los últimos viajeros en el interior de esa misma América.

En la parte Nord-Oeste de aquellos desiertos helados y sin árboles, circundados por el lago del Esclavo y el del Oso, nada queda ya por descubrir. Mackenzio partió el 3 de junio de 1789, del fuerte Chipiuyan, situado en el lago de las Montañas, y que se comunica con el del Esclavo por medio de una corriente, mezclando sus aguas con el rio que naciendo de este lago, va á perderse en el mar polar, y se llama hoy rio Mackenzio.

El 10 de octubre de 1792, Mackenzio volvió á salir por segunda vez del fuerte Chipiuyan, y dirigiendo su rumbo hácia el Oeste, atravesó el lago de las Montañas y navegó rio arriba por el Oungigah ó rio de la Paz, que nace en las montañas Rocallosas, conocidas ya por los misioneros franceses con el nombre de *Piedras brillantes*. Mackenzio atravesó estas montañas; encontró un rio caudaloso, el Tacoutché-Tessé, que tomó equivocadamente por el Colombia, y abandonando su corriente, pasó al Océano Pacifico por otro rio que tituló *rio del Salmon*.

Allí encontró multiplicadas señales del paso del capitán Vancouver, y después de haber observado y fijado la latitud de aquellos lugares, á los 52° 21' 33", escribió con bermellon en una roca: «Alejandro Mackenzio vino aquí por tierra desde el Canadá, el 22 de julio de 1793.» En esta época ¿que hacíamos en Europa?

Los viajeros americanos, por una mezquina envidia nacional, que ellos mismos no se explican, apenas hablan del segundo itinerario de Mackenzio, itinerario que prueba, que este inglés fue el primero que tuvo

el honor de atravesar el continente americano por la parte del Septentrion, desde el mar Atlántico al gran Océano.

El 7 de mayo de 1792, el capitán americano Roberto Gray, diviso en la costa Nor-Oeste de la América Septentrional la embocadura de un rio bajo los 46° 19' de latitud Norte y los 126° 14' 15" de longitud Oeste del meridiano de París: este marino entró en aquel rio el 11 del mismo mes, y le llamó el Colombia, del nombre del navío que mandaba.

Vancouver llegó al mismo lugar el 19 de octubre del mismo año, y Broughton con la conserva de Vancouver pasó la barra del Colombia, y surcando el rio, penetró hasta ochenta y cuatro millas mas allá de la barra.

Los capitanes Lewis y Clarke, llegados por el Misuri, desde las montañas Rocallosas, edificaron un fuerte en 1805, á la entrada del Colombia, que quedó abandonado á su partida.

En 1811, los americanos levantaron otro en la orilla izquierda del mismo rio, y tomó el nombre de *Astora* del de M. J.-J. Astor, negociante de Nueva-York y director de la Compañía de peleterías en el Océano Pacifico.

En 1810, se reunió en San Luis del Misisipí una parte de los asociados de la Compañía, y ejecutó una nueva escursion al Colombia, atravesando las montañas Rocallosas; mas tarde en 1812, algunos de aquellos asociados conducidos por Mr. R. Stuart, volvieron del Colombia á San Luis, y con estos viajes toda la costa quedó reconocida. Los caudalosos afluentes del Misuri, el rio de los Osagos, y el de la Roca-Amarilla, tan imponente como el Ohio, fueron cruzados, y las poblaciones americanas se comunicaron por medio de aquellos rios por la parte Nord-Oeste con las tribus indias mas ocultas, y por el Sud-Este con los habitantes de Nueva-Méjico.

En 1820, Mr. Cass, gobernador del territorio del Michigan partió de la ciudad del Estrecho edificada en el canal que une el lago Erié con el de Saint-Clair, y siguiendo la gran cadena de lagos buscó las fuentes del Misisipí; Mr. Schoolcraft ordenó el diario de esta viaje, lleno de hechos instructivos, y segun él, la expedicion entró en el Misisipí por el rio del lago de Arena, que por aquella parte tenia doscientos piés de ancho. Los viajeros hendieron sus aguas, y atravesaron con gran peligro cuarenta y tres puntos de una corriente rápida; el Misisipí se iba gradualmente angostando, y en el salto de Peckagoma solo tenia ochenta piés de ancho. «El aspecto del país cambia, dice Mr. Schoolcraft: la selva que prestaba su sombra á las orillas del rio, desaparece; este describia numerosas sinuosidades en una pradera de tres millas de ancho, donde se elevaban yerbas altísimas, la avena loca y los juncos, y que estaba limitada por colinas arenosas de una altura regular, donde crecian algunos pinos amarillos. Largo tiempo navegamos sin avanzar mucho, y parecia habíamos llegado al nivel superior de las aguas; la corriente del rio no era mas que de una milla por hora, y no descubrimos mas que el cielo; y las yerbas á través de las cuales se abrian paso nuestras canoas, ocultaban completamente todos los objetos lejanos. Las aves acuáticas abundaban extraordinariamente, pero no se veia ni un pluvial.»

La expedicion atravesó el pequeño y el gran lago Quinipeec, y cincuenta millas mas arriba, se detuvo en el lago superior del Cedro-Rojo, al cual dió el nombre de *Cassina* en honor de Mr. Cass.

Allí es donde se encuentra la fuente principal del Misisipí, contando el lago diez y ocho millas de largo por seis de ancho. Sus aguas transparentes están cubiertas con la sombra de los olmos, arces y pinos que se crien en sus orillas; y Mr. Pike, otro viajero que situa una de las principales fuentes del Misisipí en el

lago de la Sanguijuela, pone el lago Cassina en los 47° 42' 40" de latitud Norte.

El río Biche sale del lago del mismo nombre, y entra en el lago Cassina. «Calculando en sesenta millas, »dice Mr. Schoolcraft, la distancia del lago Cassina al »de Biche, la fuente mas lejana del Misisipí, se ten- »drá como ancho total del curso de este río tres mil »treinta y ocho millas. El año anterior bajé el Misisipí »desde San Luis en un barco de vapor, y el 10 de ju- »nio pasé su embocadura para ir á Nueva-York, re- »sultando que á poco mas de un año me hallé cerca de »su origen, sentado en una canoa india.»

Mr. Schoolcraft observó que á corta distancia del lago Biche las aguas corren hácia el Norte en el río Rojo, que se pierde en la bahía de Hudson.

Tres años después, en 1823, Mr. Beltrami recorrió las mismas regiones, y coloca las mismas fuentes septentrionales del Misisipí á cien millas mas arriba del lago Cassina ó del Cedro-Rojo, afirmando que anteriormente á él, ningún viajero habia pasado mas allá del Cedro-Rojo. Hé aquí cómo describe su descubrimiento de las fuentes del Misisipí:

«Nos hallamos en las tierras mas altas de la América Septentrional... Esto no obstante, el país es llano, y la colina en que estoy no es, por decirlo así, »mas que una eminencia formada en el centro para »servir de observatorio.

»Dirigiendo la vista alrededor de sí, se ven correr »las aguas al Sur hácia el golfo de Méjico, al Norte »hácia el mar Glacial, al Este hácia el Atlántico, y »al Oeste hácia el mar Pacífico.

»Una gran llanura corona aquel punto culminante; »pero lo mas admirable es, que del centro de el surja »un lago.

»¿Cómo se ha formado este lago? ¿de dónde vienen sus aguas? Forzoso es preguntarlo al gran Arquitecto del mundo.... Este lago no tiene salida alguna, y mi vista, que es bastante perspicaz, no ha »descubierto ni aun en la parte mas lejana de aquel »claro horizonte, ningún terreno que se eleve sobre »su nivel; todos por el contrario son mucho mas inferiores...

»Habeis visto las fuentes del río que he surcado »hasta aquí (el río Rojo), y habeis podido observar »que están precisamente al pié de la colina, y filtran »en linea recta de la orilla septentrional del lago: estas fuentes son las del río Rojo ó Sangriento, y otras »situadas al Sur, forman un hermoso estanque de »ochenta pasos de circunferencia próximamente; estas »aguas filtran tambien del lago, y... son las fuentes »del Misisipí.

»Este lago, de tres millas de periferia y de forma »acorazonada, habla al alma, y la mia se ha conmovido. »Justo era sacarlo del silencio en que lo ha dejado la »geografía á pesar de tantas expediciones, y darlo á »conocer al mundo de una manera distinguida. Yo le »he dado el nombre de aquella dama respetable, cuya »vida, como ha dicho su ilustre amiga la condesa de »Albani, ha sido un curso de moral en accion, y cuya »muerte ha sido una calamidad para todos los que temian la dicha de conocerla... Yo he llamado á aquel »lago el lago Julia, y á las fuentes de los dos rios, las »fuentes Julianas del río Sangriento y las fuentes »Julianas del Misisipí.

»He creído ver la sombra de Colon, de Américo »Vespucio, de Cabotto, y de Verazzani, asistir con »júbilo á aquella gran ceremonia, y felicitarse de que »uno de sus compatriotas viniese á despertar con nuevos descubrimientos el recuerdo de los servicios que »habian prestado al mundo entero, por sus talentos, »sus hazañas y sus virtudes.»

Aunque extranjero, escribe en francés, facilmente se reconocerán el gusto, los rasgos, el carácter y el justo orgullo del genio italiano.

La verdad es que la eminencia de donde mana el

Misisipí es una tierra llana pero culminante, cuyas vertientes derraman sus aguas por el Norte, el Este, el Mediodia y el Oeste, y que sobre aquella planicie se abre una multitud de lagos que vierten rios, cuyas corrientes se deslizan en direccion de los rumbos del viento. El suelo de esta plataforma superior es movedizo como si flotase sobre abismos, y en la estacion lluviosa, los rios y los lagos se desbordan; diríase que era un mar, si ese mar no ostentase selvas de avena-loca que se elevan á veinte y treinta piés de altura. Las canoas perdidas en aquel doble océano de aguas y yerbas, no pueden gobernarse sin el auxilio de las estrellas y la brújula; y cuando sobrevienen las tempestades, las mieses fluviales se plegan, se derrumban sobre las embarcaciones y millares de gansos, cercetas, garzas reales y gallinetas, vuelan formando una espesa nube sobre la cabeza de los viajeros.

Las aguas desbordadas permanecen algunos dias, como inciertas de la pendiente que han de tomar, y una piragua puede ser arrastrada mansamente ó á los mares polares, á los del Mediodia, á los grandes lagos del Canadá ó á los afluentes del Missouri, segun el punto de la circunferencia en que se halla, pasado el impetu de la inundacion. Nada hay mas admirable y magestuoso que ese movimiento y distribucion de aguas centrales de la América del Norte.

En el Misisipí inferior, el mayor Pike en 1806, y Mr. Nuttall en 1819, han recorrido el territorio de Arkansa, visitado los Osajes, y provisto de noticias útiles, así á la historia natural como á la topografía.

Tal es aquel Misisipí de que hablaré en mi *Viaje*, y que tantos recuerdos conserva de la Francia.

Colon descubrió la América en la noche del 11 al 12 de octubre de 1492, y el capitán Franklin completó el descubrimiento de aquel nuevo mundo el 18 de agosto de 1826. ¡Qué de generaciones arrebatadas, qué de revoluciones cumplidas, qué de cambios ocurridos en aquellos pueblos, en el espacio de trescientos treinta y tres años, nueve meses y veinte y cuatro dias!

Este mundo no se parece ya al mundo de Colon. En aquellos mares ignorados, en los que se veia elevarse una *mano negra, la mano de Satanás* (1), que se apoderaba de los navios en el silencio y oscuridad de la noche, y los enterraba en el fondo del abismo; en aquellas regiones antárticas, mansion de la noche, del espanto y de las fábulas; en aquellas aguas furiosas del cabo de Hornos y del cabo de las Tormentas, donde se llenaban de terror los pilotos; en aquel doble Océano que bate sus dobles riberas; en aquellos parajes en otro tiempo tan formidables, buques-correos hacen con regularidad sus trayectos para el servicio de la correspondencia y de los viajeros. Convidase á comer desde una ciudad floreciente de América á otra ciudad floreciente de Europa, y se llega á la hora convenida; y en lugar de aquellos barcos groseros, desaseados, infectos y húmedos, donde no se comian mas que viandas saladas, y donde el escorbuto devoraba á los navegantes, elegantes navíos ofrecen á los pasajeros, cámaras cubiertas de anacardo, adornadas con tapices, espejos, flores, bibliotecas, instrumentos de música y todo el refinamiento de la elegancia y buen tono; y por último, un viaje que exigia muchos años de estudios acerca de aquellas diversas latitudes, no ocasiona hoy la muerte de un solo marinero.

Burlámonos de las tempestades porque las distancias han desaparecido, y un simple ballenero hace vela al polo austral, y si la pesca no es buena vuelve al polo boreal; para apoderarse de un pez se atraviesan dos veces los trópicos, se recorre dos veces el diámetro de la tierra, y se tocan en algunos meses los dos cabos del universo. En las puertas de las tabernas de Londres se ve fijado el anuncio de la salida del *paquebot de la tierra de Diemen*, con todas las como-

(1) Véanse las antiguas cartas y los navegantes árabes.

didadas posibles para los pasajeros á los Antipodas, y esto al lado del anuncio de la salida del paquete de Douvres á Calais. Hay *itinerarios de bolsillo, guías y manuales* para uso de las personas que se proponen hacer un *viaje de recreo al rededor del mundo*, y este viaje dura nueve ó diez meses á lo sumo. Pártese en el invierno al salir de la Ópera, y despues de haber tocado en las islas Canarias, Rio-Janeiro, Filipinas, China, Indias y cabo de Buena-Esperanza, se vuelve al hogar doméstico en la época en que comienza la caza.

Los barcos de vapor no conocen ya vientos contrarios en el Oceano, ni corrientes opuestas en los rios, y desde lo alto de las galerias de los kioscos ó palacios flotantes de dos ó tres pisos de elevacion se admiran los mas bellos cuadros que ofrece la naturaleza en las selvas del Nuevo-Mundo. Cómodos caminos franquean la cima de las montañas, ó abren desiertos poco antes inaccesibles, viéndose reunidos cuarenta mil viajeros en partida de campo en la catarata del Niagara. Por los caminos de hierro se deslizan rápidamente los pesados carruajes de comercio, y si placiese á la Francia, la Alemania y la Rusia, establecer una línea telegráfica hasta la muralla de la China, podriamos escribir á nuestros amigos chinos y recibir la respuesta á las nueve ó diez horas. Un hombre que empezara su peregrinacion á los 18 años y la terminara á los 60, caminando solamente cuatro leguas por dia, hubiera completado siete veces la vuelta de nuestro mequino planeta en toda su vida. El genio del hombre es seguramente demasiado grande para la pequeña morada que habita, y de aquí es preciso concluir que está destinado á mansion mas elevada.

¿Conviene que las comunicaciones entre los hombres se hayan hecho tan fáciles? ¿Las naciones no conservarán mejor su caracter peculiar ignorándose las unas á las otras, y guardando una fidelidad religiosa á las costumbres y tradiciones de sus padres? Yo he oido en mi juventud murmurar á los viejos bretones contra los caminos que se queria abrir en sus bosques, cuando aquellos caminos debian elevar el valor de las propiedades riberiegas.

Sé que se puede emplear con cierto éxito este sistema de declamaciones apasionadas; sé que los tiempos antiguos tienen su mérito, pero es necesario recordar que un estado político no es mejor porque sea caduco y rutinario, pues á juzgar así seria preciso convenir que el despotismo de la China y la India, que nada han innovado desde hace tres mil años, es lo mas perfecto del mundo. Yo no veo por lo tanto que pueda haber felicidad en encerrarse durante una cuarentena de siglos con pueblos infantiles y tiranos decrepitos.

Los gustos y la admiracion del hombre estacionario emanan de juicios falsos sobre la verdad de los hechos y la naturaleza del hombre: sobre la verdad de los hechos, porque supone que las antiguas costumbres morales eran mas puras que las modernas, lo que es un completo error; y sobre la naturaleza del hombre, porque no quiere ver que el espíritu del hombre es susceptible de perfeccion.

Los gobiernos que detienen el vuelo del genio, se parecen á los pájareros que quiebran las alas del águila para impedir que se remonte.

En fin, no se puede clamar contra los progresos de la civilization, á no estar ofuscado por necias preocupaciones, y en este caso se ve á los pueblos como se les habia visto otras veces, aislados y como no teniendo nada de comun en sus destinos. Pero si se considera la especie humana como una gran familia que camina hácia el mismo objeto; si no imaginamos que las cosas están dispuestas en la tierra para que una pequeña provincia ó un reducido reino queden enteramente en su ignorancia y pobreza, y sus instituciones políticas tales como la barbarie, los tiempos y la casualidad las han abortado: entonces ese desarrollo de la industria, de

las ciencias y de las artes, parecerá lo que es en efecto, una cosa legítima y natural, y en este movimiento universal se reconocerá el de la sociedad, que terminando su historia particular, comienza su historia general.

En tiempos mas lejanos, cuando como otro Ulises, se abandonaba el hogar doméstico, el viajero excitaba la curiosidad pero hoy, excepto una media docena de personajes, que por su mérito individual salen de la regla general; ¿quién puede interesar con el relato de sus escursiones? Yo, pobre peregrino, vengo á colocarme entre esa multitud de viajeros oscuros que han visto lo que todo el mundo ve, que no han proporcionado ningun progreso á las ciencias, que nada han añadido al tesoro de los conocimientos humanos; pero me presento como el último historiador de los pueblos de la tierra de Colon, de aquellos pueblos cuya raza no tardará en desaparecer, y vengo á decir algunas palabras sobre los destinos futuros de la América, y sobre aquellos otros pueblos herederos de los infortunados indios, sin que me anime otra pretension que espresar lamentos y esperanzas.

INTRODUCCION.

En una nota del *Ensayo histórico*, escrita en 1794, manifesté con bastante extension, cuál habia sido mi desigño al pasar á América, y en algunas de mis obras, y especialmente en el prefacio de la *Atala*, he repetido muchas veces esto mismo. Prometiame nada menos que descubrir el paso al Nor-Oeste de la América, volviendo á buscar el mar polar visto por Hearne en 1772, dividido mas al Oeste en 1789 por Mackenzie, reconocido por el capitán Parry que se acercó á él en 1819 á través del Estrecho de Lancaster, y en 1821 á la extremidad del Estrecho de la *Hecla* y de la *Fury* (1), y cuyas costas exploró el capitán Franklyn, despues de haber bajado sucesivamente el rio de Hearne en 1821 y el de Mackenzie en 1826; costas que rodea una faja de hielos, y que hasta el presente han rechazado toda clase de embarcaciones.

Conviene observar una cosa peculiar á la Francia y es, que la mayor parte de sus viajeros han sido hombres aislados, abandonados á sus propias fuerzas y genio, habiéndoles empleado ó socorrido muy raras veces el gobierno ó las compañías particulares. De aquí ha resultado que los extranjeros, mas diestros, han realizado, mediante un concurso de voluntades nacionales lo que los individuos franceses no han podido acabar; pues si bien es cierto que en Francia hay valor, y que este merece recompensa, no basta siempre para obtenerla.

Hoy, que me acerco al fin de mi carrera, no puedo menos de pensar, dirigiendo la vista á lo pasado, cuánto la hubiera modificado si hubiera llenado el objeto de mi viaje. Perdido en aquellos mares salvajes, en aquellas playas hiperbóreas, donde ningun hombre ha impreso su huella, los años de discordia que con su espantoso rumor han destruido tantas generaciones, hubieran pasado silenciosos sobre mi cabeza, y el mundo hubiera cambiado mientras yo estaba ausente de él. Probable hubiera sido que no hubiera tenido la desgracia de escribir, y mi nombre, ó hubiera quedado sumido en el olvido, ó se habria confundido con una de esas reputaciones pacíficas que jamás sublevan contra sí la envidia, y que anuncian menos la gloria que la dicha. ¿Quién sabe si repasado el Atlántico, me hubiera fijado en las soledades por mí descubiertas, como un conquistador en medio de sus conquistas? Es verdad

(1) Este intrépido marino habia vuelto á partir para Spitzberg, con intencion de ir hasta el polo en trineo; pero permaneció 61 dias sobre el hielo sin poder pasar los 82° 45' de latitud Norte.

que no hubiera figurado en el congreso de Verona, y que no se me habría llamado *Monseñor* en la fonda de los Negocios extranjeros, calle de los Capuchinos, en París.

Todo esto es harto indiferente en el término del camino: cualquiera que sea la diversidad de las rutas, los viajeros llegan al sitio de la cita común: todos llegan á él igualmente fatigados, porque en la tierra, desde el principio hasta el fin del camino, el peregrino no se sienta ni una sola vez para reposar: como los judíos en el festín de la Pascua, asistimos al banquete de la vida, en pié, con los lomos ceñidos con una cuerda, los zapatos calzados, y el báculo en la mano.

Inútil es volver á decir cual era el objeto de mi empresa, puesto que le he manifestado repetidas veces en casi todos mis escritos; pero si creo deber advertir al lector, que este primer viaje podía muy fácilmente ser el último, si lograba procurarme desde luego los recursos necesarios á mi gran descubrimiento; pero en el caso de que fuera detenido por obstáculos imprevistos, este primer viaje no debía ser sino el preludio de otro, una especie de reconocimiento del desierto.

Para comprender la ruta que se me verá emprender, necesario es recordar también el plan que me había propuesto, plan que está rápidamente trazado en la nota del *Ensayo histórico* ya indicado, y á la que remito al lector. Por ella se verá que en lugar de dirigirme al Septentrion, quería encaminarme por el Oeste con objeto de alcanzar la costa occidental de América, un poco mas arriba del golfo de California. De allí, siguiendo el perfil del continente, y siempre á la vista del mar, intentaba dirigirme hacia el Norte hasta el Estrecho de Behring, doblar el último cabo de América, descender por el Este á lo largo de las costas del Mar Polar, y entrar en los Estados-Unidos por la bahía de Hudson, el Labrador y el Canadá.

Lo que me determinaba á recorrer la larga costa del Océano Pacífico, era el escaso conocimiento que se tenía de ella. Dudábase aun despues de los trabajos de Vancouver de la existencia de un paso entre los 40° y los 60° de latitud septentrional: el rio Colombia, la situacion del nuevo Cornouailles, el Estrecho de Chleekhoff, las regiones Aleutianas, el Golfo de Bristol ó de Cook, las tierras de los indios Tchoukotchies, nada de todo esto se había aun explorado por Kotzebue y demás navegantes rusos ó americanos. Hoy el capitán Francklin evitando muchos miles de leguas de circuito, se ahorró la pena de buscar por el Occidente lo que no se podía hallar sino por el Septentrion.

Esto no obstante, rogaré al lector recuerde los diversos pasajes del prefacio general de mis *Obras completas* y el del *Ensayo histórico*, donde refiero algunas particularidades de mi vida. Destinado por mi padre á la marina, y por mi madre al estado eclesiástico, yo elegí el servicio terrestre y fui presentado á Luis XVI. Para gozar de los honores de la corte y montar las carrozas, segun el lenguaje de la época, se necesitaba tener por lo menos el rango de capitán de caballería, y me encontraba capitán de caballería en derecho, y subteniente de infantería de hecho en el regimiento de Navarra. Habiéndose sublevado como los demás, los soldados de este regimiento, cuyo coronel era el marqués de Mortemart, á fines del año 1790, me hallaba libre de toda clase de lazos que me unieran á mi cuerpo. Cuando dejé la Francia á principios del año de 1791, la revolucion marchaba á pasos agigantados, y aun cuando los principios en que se fundaba eran los míos, detestaba las violencias que la habían deshonrado; así pues fui á buscar con júbilo una independencia mas conforme con mis gustos, y mas simpática con mi carácter.

En esta misma época la emigracion se acrecentaba;

pero como no había lucha, ningun sentimiento de honor me forzaba, contra la inclinacion de mi razon, á mezclarme en la locura de Coblenz. Una emigracion mas razonable se dirigia hacia las riberas del Ohio; una tierra de libertad ofrecia su asilo á los que huian la de su patria, probando el alto precio de las instituciones generosas, el destierro voluntario de los partidarios del poder absoluto, en un mundo republicano.

En la primavera de 1791 me despedí de mi respetable y digna madre, y me embarqué en Saint-Malo, llevando una carta de recomendacion del marqués de la Rouairie para el general Washington. El marqués había hecho la guerra de la independencia en América, y no tardó en hacerse célebre en Francia por la conspiracion realista á que dió su nombre. Tenia por compañeros de viaje dos jóvenes seminaristas de San Sulpicio, á quienes su superior, hombre de mérito, conducia á Baltimore. Dímonos á la vela, y al cabo de cuarenta y ocho horas perdimos de vista la tierra y entramos en el Atlántico.

Difícil es dar una idea á los que nunca han navegado, de las emociones que se experimentan, cuando desde el bordo de un navío no se descubre mas que cielo y agua; pero esto no obstante he procurado transmitir aquellos sentimientos en el capítulo titulado *Dos perspectivas de la naturaleza del Genio del Cristianismo*, y en los *Natchez*, poniendo mis propias emociones en boca de *Chactas*. El *Ensayo histórico* y el *Itinerario* están igualmente llenos de los recuerdos é imágenes de lo que se puede llamar el desierto del Océano. Hallarme en medio del mar era no haber dejado mi patria, pues por decirlo así, era ser transportado en mi primer viaje por mi nodriza, por la confidente de mis primeros placeres. Séame permitido, para que el lector comprenda mejor el espíritu de la narracion que va á leer, que cite algunas páginas de mis Memorias inéditas, porque casi siempre nuestro modo de ver y sentir se enlaza con las reminiscencias de nuestra juventud.

Podian aplicarse á mí los versos de Lucrecio:

Tum porro puer ut scavis projectus ab undis
Navita.

El cielo quiso colocar en mi cuna una imagen de mis destinos.

«Educado como compañero de los vientos y de las olas, aquellas olas, aquellos vientos y aquella soledad, que fueron mis primeros maestros, convenian tal vez mas á la naturaleza de mi genio y á la independencia de mi carácter. Quizá deba á esta educacion salvaje alguna virtud que hubiera ignorado; mas la verdad es, que ningun sistema de educacion es en sí mismo preferible á otro. Dios sabe bien lo que hace, y es indudablemente su providencia la que nos dirige cuando nos llama á representar un papel en la escena del mundo.»

Despues de los detalles de la infancia vienen los de mis estudios. Jóven aun cuando salí del techo paterno, demostré la impresion que hicieron en mí, París, la corte y el mundo; pinto la sociedad de entonces, los hombres que encontré, los primeros movimientos de la revolucion, y la cronología de las fechas me conduce á la época de mi partida para los Estados-Unidos. Al entrar en el puerto visité la tierra en que se había deslizado una parte de mi infancia; mas en este punto quiero dejar hablar á las *Memorias*.

«No he visto á Combours mas que tres veces: á la muerte de mi padre toda mi familia se reunió en el castillo para despedirse. Dos años despues acompañé á mi madre á Combours, que quiso amueblar la antigua morada que debian visitar mi hermano y mi cuñada; mi hermano no vino á Bretaña,

»y muy luego subió al cadalso con la jóven (1) para quien mi madre preparaba el lecho nupcial, y por último tomé el camino de Combourg al entrar en el puerto, cuando me decidí á pasar á América.

»Después de diez y seis años de ausencia, y próximo á trocar de nuevo el suelo natal por las ruinas de la Grecia, iba á abrazar en medio de las landas de mi pobre Bretaña, lo que me restaba de mi familia; pero no tuve valor para emprender la peregrinación de los campos paternos. En los matorrales de Combourg he adquirido lo poco que valgo, y allí he visto reunirse y desaparecer mi familia. De diez hermanos me quedamos mas que tres: mi madre ha muerto de dolor, y las cenizas de mi padre han sido arrojadas al viento.

»Si mis obras me sobreviven, si debo dejar al mundo un nombre, quizá un día, guiado por estas Memorias, se detenga el viajero un momento en los lugares que he descrito. Podrá reconocer el palacio, pero buscará en vano el *gran mallo* ó el gran bosque. Este ha sido talado, y la cuna de mis sueños ha desaparecido como los sueños mismos: solo ha quedado en pie sobre un peñasco el antiguo torreón, que parece lamentar la ausencia de las encinas que un tiempo le rodeaban y le protegían contra las tempestades. Aislado como él, he visto como él también caer en torno mio aquella familia que embellecía mis días y me prestaba un abrigo: gracias al cielo, mi vida no se ha cimentado sobre una tierra tan sólida como las torres en que he pasado mi juventud.»

Los lectores conocen ya al viajero con quien van á familiarizarse en la narración de sus primeras escursiones.

Me embarqué pues en Saint-Maló, como he dicho, y tomando el alta mar el día 6 de mayo de 1791, hacia las

ocho de la mañana, descubrimos la punta de la isla de Pico, una de las Azores, y anclamos algunas horas después en una mala rada de fondo roáceo al frente de la isla Graciosa. Puede verse en el *Ensayo histórico* la descripción de esta isla, cuyo descubrimiento se ignora en qué fecha se verificó.

Esta tierra extraña, primera á que abordaba, hizo en mí una impresión tan profunda, y su recuerdo, grabado en mi memoria con toda la fuerza y vivacidad de la juventud, ha permanecido tan indeleble, que no he olvidado conducir á Chactas á las Azores, para enseñarle la famosa estatua que pretendieron haber hallado en sus riberas los primeros navegantes.

De las Azores, arrojados por el viento al banco de Terranova, nos vimos precisados á hacer un segundo descanso en la isla de San Pedro. «T. y yo, digo en el *Ensayo histórico*, recorrimos las montañas de aquella isla espantosa; perdimonos entre las nieblas que la cubren continuamente, y errando entre las nubes oy los mugidos del viento, oímos el bramido de un mar que no pudimos descubrir; nos habíamos extraviado; nos hallábamos entre unos matorrales ásperos y secos y al borde de un torrente bermejo que corría entre dos rocas.»

Los valles están sembrados en diferentes puntos de una especie de pino, de cuyos renuevos preparan los indígenas una bebida amarga, y la isla se presenta rodeada de muchos escollos, entre los cuales descuella el del *Palomar*, llamado así porque las aves marítimas hacen en él su nido en la primavera. He dado la descripción de esta peña en el *Genio del Cristianismo*.

La isla de San Pedro está separada de la de Terranova por un estrecho peligrosísimo, y desde sus costas desoladas se descubren las mas desoladas aun de Ter-

ranova. En estío, las playas de aquellas islas aparecen cubiertas de peces que se secan al sol, y en invierno están pobladas de osos blancos que se alimentan de los restos olvidados por los pescadores.

Cuando abordé á San Pedro, la capital de la isla consistía, segun creo recordar, en una calle bastante larga construída á lo largo del mar. Sus habitantes, sumamente hospitalarios, se apresuraron á ofrecernos su mesa y su casa, y el gobernador se alojaba á la extremidad de la ciudad. Comí dos ó tres veces en su casa, y observé cultivaba en uno de los fosos del puente algunas legumbres de Europa. Me acuerdo que después de comer acostumbrábamos á pasear por su *jardín*, y después nos íbamos á sentar al pié del asta del pabellón enarbolado en la fortaleza. La bandera francesa flotaba sobre nuestras cabezas, y hablando de la patria mirábamos un mar salvaje, y las costas sombrías de la isla de Terranova.

Después de un descanso de quince días, dejamos la isla de San Pedro, y haciendo rumbo hacia el Mediodía, llegamos á la latitud de las costas de Mariland y de la Virginia, donde fuimos detenidos por la calma. Allí gozamos de un cielo bellísimo, y así las noches como los crepúsculos, ofrecían un espectáculo admirable. En el capítulo del ya citado *Genio del Cristianismo*, que lleva por título *Dos perspectivas de la naturaleza*, he descrito una de esas pompas nocturnas, y una de esas magnificencias del ocaso. «El globo ígneo del sol, próximo á sumergirse en las olas, se mostraba entre el cordaje del navio en medio de aquellos espacios infinitos, etc.»

Un accidente inesperado estuvo á punto de poner término á mis proyectos.

El calor nos abatía, y el navio en una calma inalterable, sin vela y sobrecargado de mástiles era atormentado por el balance. Abrasado sobre el puente, y fatigado del movimiento, quise bañarme, y aunque no teníamos chalupa ninguna, me arrojé desde el palo bauprés al mar. A mi ejemplo, muchos pasajeros se lanzaron á las aguas, y nadaba tan descuidadamente, que ni una vez siquiera volví la vista al navio que acababa de dejar: acordeme no obstante de él, y cuando torné á mirarle, ví que la corriente le había arrastrado muy lejos. La tripulación anhelosa, había acudido al puente deseando ver el resultado de los esfuerzos que se hacían para salvar á los nadadores, á quienes se había arrojado un cable, y cuya situación era peligrosa, por los tiburones que se presentaron en las aguas del navio y comprometían su existencia, habiendo sido necesario dispararles tiros para que se ahuyentaran. Las olas eran tan crecidas que retardaban mi vuelta, agotando mis fuerzas, y me veía con un abismo debajo de mí y con los tiburones que fácilmente podían llevarme un brazo ó una pierna. En el bastimento se hacían todos los esfuerzos imaginables para arrojar al mar una canoa; pero era forzoso establecer una palanca, lo que requiere un tiempo considerable.

Por fortuna se levantó una brisa casi insensible, y el navio, orzando un poco, se acercó á mí; pude apoderarme del cabo de la cuerda; pero habiéndose adelantado á ella mis compañeros de temeridad, cuando desde el costado del bastimento tiraron para sacarnos, como yo estaba á la extremidad del cable, cargaban sobre mí con todo su peso. Sacósenos del agua uno á uno, y durante esta operación, que como es de inferir, fue larga, sufrimos muchas alternativas, pues continuando el balance á cada movimiento ó nos abismábamos diez ó doce pies en las olas, ó éramos suspendidos en el aire á igual altura, como peces en anzuelo. En la última inmersión me sentí próximo á desmayarme; con un balance mas, todo hubiera concluido para mí; al fin me sacaron medio muerto, y si me hubiera ahogado, qué gran desembarazo para ellos y para mí!

Algunos días después de este accidente divisamos

(1) La señorita de Rosambo, nieta de Mr. Malesherbes, ejecutada con su marido el mismo día que su ilustre abuelo.

tierra, y se mostró á nuestra vista, por la copa de algunos árboles, que parecían salir del seno de las aguas; las palmeras de la embocadura del Nilo me descubrieron despues del mismo modo las costas de Egipto. Un piloto vino á nuestro bordo : entramos en la bahía de Chesapeake, y aquella misma tarde se envió una chalupa á buscar agua y víveres frescos. Uníme al partido de los que querían saltar á tierra, y media hora despues de haber dejado el barco, hollaba el suelo americano.

Permanecí algun tiempo con los brazos cruzados, dirigiendo mis miradas en torno mio y confundido en una mezcla de sentimientos é ideas que no podía distinguir entonces, y que ni aun hoy podría pintar. Este continente ignorado del resto del mundo, en toda la duracion de los tiempos antiguos y durante un gran número de los siglos modernos; los primeros destinos salvajes de aquel continente, y sus segundos destinos desde la llegada de Cristóbal Colón; la dominación de las monarquías de Europa debilitada en aquel Nuevo-Mundo; la vieja sociedad acabando en la joven América; una república de un género desconocido hasta entonces, anunciando un cambio en el espíritu humano y en el orden político; la parte que mi patria había tenido en aquellos acontecimientos; aquellos mares y aquellas playas debiendo en gran parte su independencia al pabellón y á la sangre francesa; un gran hombre saliendo á la vez de en medio de las discordias y de los desiertos; Washington habitando una ciudad floreciente en el mismo sitio en que un siglo antes, Guillermo Penn había comprado un pedazo de tierra á unos indios; los Estados Unidos devolviendo á Francia á través del Océano la revolucion y la libertad que Francia había sostenido con sus armas; en fin, mis propios designios, los descubrimientos que quería intentar en aquellas soledades naturales, que extendían aun sus vastos reinos tras el estrecho imperio de una civilización extranjera: hé aquí lo que ocupaba confusamente mi alma.

Dirigímonos á una habitación demasiado apartada, para comprar en ella lo que queríamos se nos vendiese, y fuimos atravesando algunos pequeños bosques de balsameros y cedros de Virginia que perfumaban el aire. Vi revolotear pájaros-burlones y cardenales, cuyos cantos y colores me anunciaron un nuevo clima; y una negrita de catorce á quince años y de una belleza extraordinaria vino á abrirnos la verja de una casa que tenía á la vez el aspecto de la propiedad de un inglés y de la habitación de un colono. Unos rebaños de vacas pacían en los prados artificiales, rodeados de empalizadas, en las cuales jugueteaban ardillas grises, negras y rayadas; unos negros serraban trozos de madera, mientras otros cultivaban las plantaciones de tabaco, y comprando tortas de maíz, pollas, huevos y leche, volvímos al bastimento, surto en la bahía.

Levóse ancla para ganar la rada y en seguida el puerto de Baltimore. El trayecto fue lento por falta de viento, y al acercarnos al puerto observamos que las aguas se angostaban y permanecían en una calma profunda, como si se tratara de remontar un río rodeado de anchas alamedas, razón por la cual Baltimore se ofreció á nuestra consideración como en el fondo de un lago. En frente de la ciudad se elevaba una colina cubierta de árboles, y á cuyo pié se comenzaban á edificar algunas casas. Amarrámos en el muelle del puerto, y acostado á bordo no bajé á tierra hasta el siguiente día. Entonces fui á alojarme al albergue á que se había trasladado mi equipaje, y los seminaristas se retiraron con su superior al establecimiento preparado para ellos, de donde se dispersaron por América.

Baltimore, como todas las demás metrópolis de los Estados-Unidos, no tenía la extensión de hoy; era una linda ciudad muy animada y propia á su objeto. Pagué mi travesía al capitán, y le di una comida de despedida en una taberna muy buena, cerca del puerto. Alquilé en seguida el carruaje que hacia tres veces á la

semana el viaje de Filadelfia, y á las cuatro de la mañana subí en el para rodar por los grandes caminos del Nuevo-Mundo, donde no conocía á nadie, ni nadie me conocía á mí: mis compañeros de viaje no me habían visto jamás, y yo tampoco debía volverlos á ver despues de nuestra llegada á la capital de Pensilvania. La ruta que recorriamos mas bien estaba trazada que concluida, y el paisaje era desnudo y llano; pocas aves, pocos árboles, algunas casas esparcidas, y ninguna aldea; hé aquí lo que ofrecía la campiña y lo que me impresionó desagradablemente.

Al acercarnos á Filadelfia encontramos aldeanos que iban al mercado, carruajes públicos y coches muy elegantes. Filadelfia me pareció una ciudad bonita; sus calles, bastante anchas, se cortan en ángulo recto en un orden regular de Norte á Sur y de Este á Oeste, hallándose plantadas de árboles algunas de ellas. El Delaware, que corre paralelamente á la calle que sigue la orilla occidental, sería un río considerable en Europa; pero del cual no se habla una palabra en América. Sus márgenes son bajas y poco pintorescas.

Filadelfia en la época de mi viaje (1794), no se extendía mas que hasta Schuylkill, y únicamente el terreno que se avanzaba hacia aquel afluente, estaba dividido por lotes en los cuales se construían algunas casas aisladas.

El aspecto de esta ciudad es frío y monótono, y en general lo que falta en los Estados-Unidos son monumentos, especialmente antiguos. El protestantismo, que no sacrifica nada á la imaginación y que en sí mismo es nuevo, no ha levantado esas torres y cúpulas con que la antigua religion católica ha coronado á la Europa. Casi nada se eleva sobre las masas de los muros y de los techos en Filadelfia, Nueva-York, y Boston, y la vista se entristece al extenderse sobre aquel monótono nivel.

Los Estados-Unidos parecen mas bien una colonia que una nacion-matriz, presentando mas bien usos que costumbres. Descúbrese desde luego que los habitantes no son hijos de aquel suelo, y que aquella sociedad, tan bella en el presente, carece de pasado; las ciudades son nuevas, los sepulcros son de ayer; esto me ha hecho decir en *los Natchez*: «Los europeos no tenían aun tumbas en América, cuando poseían ya calabozos. Estos eran los únicos monumentos del pasado para aquella sociedad sin ascendientes y sin recuerdos.»

Nada hay viejo en América sino los bosques, hijos de la tierra y la libertad, madre de toda sociedad humana: esto vale mas que monumentos y antepasados.

Un hombre desembarcado como yo en los Estados-Unidos, lleno de entusiasmo hacia los antiguos, un Catón que buscaba por todas partes la severidad de las primitivas costumbres romanas, debió escandalizarse mucho al hallar por do quiera la elegancia de los trajes, el lujo del ajuar, la frivolidad de las conversaciones, la desigualdad de las fortunas, la inmoralidad de las casas de banca y de juego, y el ruido de los salones de baile y de los espectáculos. En Filadelfia hubiera podido creerme en una ciudad inglesa, pues nada me anunciaba hubiese pasado de una monarquía á la república.

Puede observarse en el *Ensayo histórico* que en aquella época de mi vida admiraba mucho las repúblicas; solamente que no las creía posibles en la edad que había alcanzado el mundo, porque yo no conocía la libertad sino á la manera de los antiguos, es decir, á la libertad hija de una sociedad naciente; ignoraba que hubiese otra libertad hija de las luces y de una civilización civil, libertad cuya realidad ha demostrado la república representativa. Nadie está ya hoy obligado á labrar por sí mismo su pequeño campo, á repudiar las artes y las ciencias, á tener las uñas ganchosas y sucia la barba para ser libre.

Mi baja política me inspiró sin duda el mal humor que me hizo escribir la nota satírica contra los cuakeros, y en parte contra todos los americanos, nota que se halla en el *Ensayo histórico*. Por lo demás, el aspecto del pueblo en las calles de la capital de la Pensilvania era agradable; los hombres se mostraban decentemente vestidos; las mujeres, y sobre todo las cuakeras con sus sombreros iguales, parecían extremadamente lindas.

Allí encontré muchos colonos de Santo Domingo y algunos franceses emigrados. Impaciente por comenzar mi viaje al desierto, me aconsejaron pasase á Albany, donde, mas próximos á los desmontes y naciones indias, seria mas fácil encontrar guías y noticias referentes al país que buscaba.

Cuando llegué á Filadelfia, no estaba en ella el gran Washington, y me vi obligado á esperarle quince días, al cabo de los cuales volvió. Vile pasar en un coche que arrastraban con rapidez cuatro caballos vigorosos guiados por grandes riendas. Washington, segun mis ideas de entonces, debía ser necesariamente un Cincinato; pero Cincinato en carroza trastornaba un poco mi republica del año 296 de Roma. ¿El dictador Washington podia ser otra cosa que un labriego, que ocupado en las tareas de la labranza, pasaba su vida picando sus bueyes con el aguijón y conduciendo la timonera del arado? Cuando fui á llevar mi carta de recomendación á aquel gran hombre, hallé sin embargo en su casa la sencillez del viejo romano.

Una casa pequeña del género inglés, semejante en todo á las casas vecinas, era el palacio del presidente de los Estados-Unidos, y en él ni se veia guardia ni criados. Llamé, y abrió una jóven. La pregunté si estaba en casa el general, y me respondió que si. Añadió que tenia que entregarle una carta, y la criada me preguntó mi nombre, que extraordinariamente difícil de pronunciar en inglés, no pudo retener. Díjome entonces con afabilidad, *Walk in sir*. «Entre V., caballero,» y marchando delante de mí por uno de aquellos estrechos corredores que sirven de vestíbulo á las casas inglesas, me introdujo en un gabinete donde me suplicó aguardase al general.

Yo estaba sereno, porque la grandeza de alma ó de fortuna no me imponen: admiro la primera sin anonadarme, y la segunda me inspira mas lástima que respeto. El rostro del hombre jamás me turbará.

Al cabo de algunos minutos entró el general. Era un hombre de alta estatura, de aire tranquilo y frio mas bien que noble, y bastante parecido á los retratos que de él corren. Presentéle mi carta sin hablar una palabra; la abrió, miró la firma que leyó en alta voz, y exclamó admirado: «¡el coronel Armand!» pues así le llamaba él, y así se habia firmado el marqués de La Rouairie.

Tomamos asiento, y le expliqué como pude, el motivo de mi viaje. El general me respondia siempre por monosílabos franceses, ó ingleses, y parecia escucharme con una especie de asombro. Creí descubrirlo, y le dije con presteza: «Pero mas fácil es descubrir el paso del Nor-Oeste, que crear un pueblo como lo habeis hecho.» *Well, well, young man!* exclamó tendiéndome la mano; y despues de invitarme á comer para el día siguiente, nos separamos.

Fuí exacto á la cita, y allí me encontré con cinco ó seis individuos, entre los cuales rodó la conversacion casi completamente sobre la revolucion francesa. El general nos enseñó una llave de la Bastilla, pero conviene advertir, que aquellas llaves eran meros juguetes que se distribuian entonces en ambos mundos. Si Washington hubiera visto como yo en medio de los arroyos de París, á los *vencedores de la Bastilla*, hubiera tenido menos fe en su reliquia. Lo serio y fuerte de la revolucion no estaba en aquellas orgías sangrientas. Cuando la revocacion del edicto de Nantes, en 1685, el mismo populacho del arrabal de San Antonio, que demolió el templo protestante en Charenton,

devastó con igual ahinco la iglesia de San Dionisio en 1793.

Dejé á mi huésped á las diez de la noche y no le he vuelto á ver, pues partió al día siguiente para el campo, y yo continué mi viaje.

Tal fue mi encuentro con aquel hombre que ha emancipado todo un mundo. Washington descendió á la tumba cuando mi nombre era aun oscuro, y yo he pasado á sus ojos como el ser mas desconocido; él estaba en todo su esplendor, y yo en toda mi oscuridad. Tal vez mi nombre no haya quedado impreso en su memoria, ni un solo día; pero ¡dichoso al menos con que sus miradas se hayan fijado en mí! pues la virtud que encierran las miradas de un gran hombre se inculcó en mí, y me sentí inspirado por ellas el resto de mi vida.

Despues he visto á Bonaparte: la Providencia ha querido mostrarme los dos personajes á quienes plugo colocar á la cabeza de los destinos de sus siglos.

Si se comparan Washington y Bonaparte, aun considerándolos simplemente como hombres, se observará que el genio del primero se remonta á menos altura que el del segundo. Washington no pertenecia como Bonaparte á aquella raza de los Alejandros y los Césares, que sobrepuja á la estatura de la especie humana. Nada admirable realza su persona; no está colocado en un vasto teatro; no asiste á la toma de las ciudades con los capitanes mas hábiles, y los monarcas mas poderosos de su tiempo; no atraviesa los mares; no corre en triunfo de Mentis á Viena y de Cadiz á Moscú; pues se defiende con un puñado de ciudadanos en una tierra sin recuerdos y celebridad, en el estrecho círculo de los hogares domésticos. No da tampoco aquellos combates que renuevan los tiempos sangrientos de Arbelles y Farsalia; no derriba los tronos para recomponer otros con sus ruinas; *no pone el pié en el cuello de los reyes*, y no les hace decir en los vestíbulos de su palacio:

Qu' ils se font trop attendre, et qu' Attila s'ennuie.

Empero, indudablemente alguna cosa misteriosa encierran las acciones de Washington: obra con lentitud, y al ver su prudencia diríase que se creia el custodio del porvenir de la libertad y temia comprometerla. No son sus destinos los que rige aquel héroe de nueva especie, sino los de su país, y por eso no se permite aventurar lo que no le pertenece. Pero de qué profunda oscuridad va á surgir aquella luz? Buscad los bosques desconocidos donde brilló la espada de Washington, ¿que hallareis en ellos? ¿tumbas? no; ¡un mundo! Washington ha dejado los Estados-Unidos por trofeo, en su campo de batalla.

Bonaparte no tiene ningun rasgo de aquel grave americano: combate en una tierra vieja, rodeado de esplendor y de estrépito; no quiere crear mas que su reputacion; no se encarga mas que de su propia suerte. Parece conocer que su mision será corta, que el torrente que de tan alto descende se esparce prontamente en la llanura, y se apresura á gozar y abusar de aquella gloria, como de una juventud fugitiva. A ejemplo de los dioses de Homero, quiere llegar de un salto al confin del mundo; aparece en todas las regiones; inscribe precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos, y arroja de paso coronas á su familia y á sus soldados; se apresura en sus monumentos, sus leyes y sus victorias; é inclinado sobre el mundo, con una mano aplasta á los reyes, y con la otra abate al gigante revolucionario; pero haciéndose superior á la anarquía, sofoca la libertad, y acaba por perder la suya en su último campo de batalla.

Cada uno es recompensado segun sus obras: Washington eleva una nacion á la independenciam; magistrado humilde duerme tranquilamente bajo su techo paternal, en medio de los gratos recuerdos de sus compatriotas y de la veneracion de todos los pueblos.

Bonaparte arrebató á una nación su independencia: emperador caído, es precipitado en el destierro, donde el espanto de la tierra no le cree bastante seguro bajo la custodia del Océano; y en tanto que se debate contra la muerte, débil y encadenado en una roca, la Europa no se atreve á deponer las armas. Espira: y

aquella noticia, publicada á la puerta del palacio ante el cual había proclamado tantos funerales el temido conquistador, no detiene ni admira al viador: ¿qué tenían que llorar los ciudadanos?

La república de Washington subsiste, el imperio de Bonaparte está destruido: no ha vivido mas que el



EL MAESTRO DE BAILE DE LOS IROQUESES.

tiempo trascurrido el primero y segundo viaje de un francés que ha hallado una nación reconocida, allí donde había combatido por algunos colonos oprimidos.

Washington y Bonaparte salieron del seno de una república, y ambos fueron hijos de la libertad; pero el primero la ha sido fiel y el segundo la ha hecho traición. Su suerte, puesto que la elección está hecha, será diferente en el porvenir.

El nombre de Washington volará con la libertad, de edad en edad: marcará el principio de una nueva era para el género humano.

El nombre de Bonaparte será repetido también por las generaciones futuras; pero no irá unida á él ninguna bendición, y servirá frecuentemente de autoridad á todos los tiranos.

Washington ha sido el representante legítimo de las

necesidades, de las ideas, de las luces, de las opiniones de su época; ha secundado en lugar de contrariar el movimiento de los espíritus; ha querido lo que debía querer, la cosa á que era llamado, y de aquí la coherencia y perpetuidad de su obra. Este hombre que llamó poco la atención, porque fue sencillo y se mantuvo en las proporciones de lo justo, ha confundido su existencia con la de su país; su gloria es el patrimonio común de la creciente civilización; su renombre se eleva como uno de esos santuarios de donde mana una fuente inagotable para el pueblo.

Bonaparte podía también haber enriquecido el dominio público, porque trabajaba en la nación mas civilizada, inteligente, bizarra y brillante de la tierra. ¿Cuál sería hoy el rango que ocuparía en el universo si hubiese unido la magnanimidad á lo que tenía de heroico, si, Washington y Bonaparte á la vez, hubieran nombrado á la libertad por heredera de su gloria!

Pero aquel desmesurado gigante no enlazó sus destinos con los de sus contemporáneos: su genio pertenecía á la edad moderna, su ambición era de los antiguos días; no comprendió que los milagros de su vida superaban con mucho al valor de una diadema, y que aquel adorno gótico le sentaría mal. Ora adelantaba con el siglo, ora retrocedía hacia lo pasado; y ya se remontase ó siguiese el curso del tiempo, su fuerza prodigiosa arrastraba ó rechazaba sus olas. Los hombres no fueron á sus ojos mas que un medio de poder, y así es que ninguna simpatía estableció entre su felicidad y la suya. Había prometido librarlos, y los encadenó; aislose de ellos y se alejaron de él. Los reyes de Egipto colocaban sus fúnebres pirámides, no entre las campiñas florecientes, sino en medio de las arenas estériles: aquellas grandes tumbas se elevan como la eternidad en la soledad. Bonaparte ha edificado, á ejemplo suyo, el monumento de su reputación.



EL SAQUEM DE LOS ONONDAGAS.

Los que como yo han visto al conquistador de la Europa y al legislador de la América, desvia hoy sus ojos de la escena del mundo; porque unos cuantos histriones, que hacen llorar ó reír, no valen la pena de ser mirados.

Un carruaje, parecido al que me había llevado desde Baltimore, me condujo de Filadelfia á Nueva-York, ciudad alegre, populosa y comerciante, y que no obstante estaba muy distante de ser lo que es hoy. Una de mis primeras operaciones fue dirigirme en peregrinación á Boston para saludar el primer campo de batalla de la libertad americana. «He visto los campos de Lexington, y me he detenido ante ellos absorto en el silencio mas elocuente, como el viajero al frente de las Thermópilas, para contemplar la tumba de aquellos guerreros de ambos mundos, que fueron los primeros que murieron por obedecer las leyes de la patria. Hollando aquella tierra filosófica, que me decía con su muda elocuencia cómo se pierden y se elevan

los imperios, confesé mi ignorancia respecto á las miras de la Providencia, y humillé mi frente en el polvo.» (*Ensayos históricos.*)

Vuelto á Nueva-York me embarqué en el paquebot que navegaba con dirección á Albany, y surqué el río de Hudson, llamado también el Río del Norte.

En una nota del *Ensayo histórico* he descrito una parte de mi navegación por este río, en cuya orilla se confunde hoy con los republicanos de Washington, uno de los reyes de Bonaparte, y lo que es mas, uno de sus hermanos. En esa misma nota he hablado del mayor Andrés, de aquel infortunado jóven, acerca de cuya suerte pronunció un amigo, cuya pérdida nunca deploraré bastante, sentidas y enérgicas palabras cuando Bonaparte estaba próximo á subir al trono en que se había sentado Maria-Antonietta (1).

Llegado á Albany, fuí á buscar á Mr. Swift para

(1) Mr. de Fontanes, elogio de Washington.

quien me habían dado una carta en Filadelfia. Este americano se ocupaba en el trato de peleterías con las tribus indias enclavadas en el territorio cedido por Inglaterra á los Estados-Unidos; porque conviene observar que las potencias civilizadas se reparten á su capricho las tierras americanas como si les pertenecieran. Despues de haber hablado largo tiempo con Mr. Swift, este me hizo objeciones sumamente razonables acerca de mis proyectos, diciéndome entre otras cosas, que era imposible emprender de buenas á primeras un viaje de aquella importancia, solo, sin auxilios, apoyo ni recomendacion para los puestos ingleses, americanos y españoles, por donde me veria obligado á pasar; que aun cuando tuviera la dicha de atravesar tantas soledades sin accidente alguno, llegaría á regiones heladas donde perecería de frio ó de hambre. Aconsejéme despues, empezara por aclimatarme á aquel clima haciendo por via de aprendizaje alguna escursion al interior de América; que aprendiera el sioux, el iroqués y el esquimal; y por fin que viviese algun tiempo entre los que recorrian los bosques canadienses y los agentes de la compañía de la bahía de Hudson. Hechas estas experiencias preliminares, podria entonces, con ayuda del gobierno francés, proseguir mi atrevida empresa.

Estos consejos, cuya prudencia no podia menos de reconocer, me disgustaron sin embargo; pero si no me hubiera fiado de ellos, hubiera partido directamente al polo, como se va de París á Saint-Cloud. Oculté no obstante, á Mr. Swift mi desagrado, y le supliqué me procurase un guia y caballos, á fin de dirigirme á la catarata del Niagara y de allí á Pittsburg, desde donde podria bajar al Ohio. No podia desear de mi fantasia el primer plan que me habia trazado.

Mr. Swift puso á mi disposicion un holandés que hablaba muchos dialectos indios, y despues de haber comprado dos caballos, me apresuré á dejar á Albany.

Todo el país comprendido hoy entre el territorio de aquella ciudad y el de Niagara está habitado, cultivado y atravesado por el famoso canal de Nueva-York; pero entonces estaba desierta una gran parte de él.

Cuando despues de haber pasado el Mohawk, me hallé en aquellos bosques, en cuyas espesuras jamás se habia oido el hacha del leñador, experimentaba una especie de éxtasis que no he podido menos de referir en el *Ensayo histórico*: «Iba de árbol en árbol y de derecha á izquierda indistintamente, diciéndome á mí mismo: Aquí no hay ningun camino trazado, ninguna ciudad, ninguna de esas reducidas habitaciones, nada de presidentes, de repúblicas, de reyes... Y para probar si me habia restablecido en mis derechos primitivos, me entregaba á mil actos de mero capricho que hacian rabiár al corpulento holandés que me servía de guia, y que indudablemente me creía loco.»

Entramos en los cantones de las seis naciones iroquesas, y el primer salvaje que encontramos fue un jóven, que á guisa de correo marchaba delante de un caballo en el cual se veía sentada una india adornada á uso de su tribu. Mi guia les saludó dándoles los buenos dias al pasar.

No debe olvidarse que en la frontera de aquella soledad tuve el honor de ser recibido por uno de mis compatriotas, aquel Mr. Violet maestro de baile entre los salvajes, y cuyas lecciones pagaban en pieles de castor y pernils de oso. «En medio de una selva se descubria una especie de granja, y en ella hallé como una veintena de salvajes, entre hombres y mujeres, pintarrajeados como los brujos, con el cuerpo medio desnudo, las orejas recortadas, plumas de cuervo en la cabeza y anillos pasados por las narices. Un francés de escasa estatura, con el pelo empolvado y rizado á la usanza antigua, casaca verde-manzana, chupa de droguete, guirindolas y vuelos de muselina, tocaba

un violin de bolsillo y hacia bailar un *Madelon Friquet* á aquellos iroqueses. Mr. Violet, al hablarme de los indios, me decia siempre: *Estos señores salvajes y estas señoras salvajes*, y elogiaba mucho la ligereza de sus discípulos: en efecto, jamás he visto hacer semejantes cabriolas. Mr. Violet, con su pequeño violín entre la barba y el pecho, preludiaba el instrumento fatal, y exclamaba en iroqués: *¡A sus puestos!* y todos saltaban como una bandada de demonios» (1).

Ciertamente era una cosa bastante extraña para un discípulo de Rousseau, aquella introduccion á la vida salvaje por medio de un baile que daba á los iroqueses un antiguo marmiton del general Rochambeau. Continuamos nuestro camino, y desde este punto dejé hablar al manuscrito tal y cómo lo he encontrado, ora bajo la forma de *narracion*, ora bajo la de *diario*, y algunas veces en *cartas* ó simples *anotaciones*.

LOS ONONDAGAS.

Llegamos á la orilla del lago que ha tomado su nombre del pueblo iroqués de los Onondagas, y necesitando descanso nuestros caballos, elegí en union con mi holandés un lugar á propósito para establecer el campo. Nos hallábamos en la garganta de un valle, y en la parte en que un rio bullicioso salia del lago. Este rio corre apenas cien toesas al Norte en línea recta, cuando se replega al Este y se desliza paralelo á la orilla del lago por la parte exterior de las rocas que ciñen á este.

En la curva formada por este rio fue donde erigimos nuestro aposento nocturno: fijamos en tierra dos palos altos, colocamos horizontalmente en la horcajadura de estos una larga vara, y apoyando en esta y en el suelo cortezas de abedul, formamos un techo digno de nuestro palacio. La hoguera de viaje fue encendida para cocer nuestra cena y cazar los incómodos mosquitos que tanto abundan en aquellas regiones; y así nuestras sillas como nuestras capas nos sirvieron de almohadas y de mantas bajo el *ajupa*.

Atamos una campanilla al cuello de nuestros caballos y los soltamos en los bosques. Aquellos animales, dirigidos por un instinto admirable, nunca se apartaron tanto que pudieran perder de vista el fuego que encendieron sus amos durante la noche, para dar caza á los insectos y defenderse de las serpientes.

Desde el fondo de nuestra choza gozábamos de una vista pintoresca. A nuestro frente se extendía el lago sumamente estrecho y rodeado de selvas y rocas; y á nuestro derredor, el rio, envolviendo nuestra península con sus verdes y limpidas aguas, barria las orillas con impetuosidad.

No eran aun las cuatro de la tarde cuando terminamos nuestro albergue, y tomando mi escopeta fui á pasear por las cercanías. Primero seguí la corriente del rio, pero mis excusiones botánicas no dieron resultado satisfactorio, pues las plantas variaban poco, reduciéndose solo á las numerosas familias de las *plantago virginica*, y á algunas otras de las que adornan las praderas, todas bastante comunes. Dejé luego las orillas del rio por las del lago, y no fui mas afortunado, pues exceptuando una especie de rododendro, nada hallé que valiese la pena de detenerme en ellas: las flores de este arbusto, de un vivo color de rosa, produciendo un efecto encantador con el agua azul del lago donde se reflejaban, y el oscuro declive de la roca en que penetraban sus raíces.

Habia pocas aves, y solo descubrí una pareja solitaria que revoloteaba en frente de mí, pareciendo complacerse en dar movimiento y amor á la inmovilidad y rudeza de aquellos sitios. El color del macho me

hizo reconocer el ave blanca ó *passer nivalis* de los ornitólogos. Creí tambien oír la voz de esa especie de osífraga tan bien caracterizada por la definición *strix exclamator*; pero, ave tan inquieta como todos los tiranos, me fatigaba en vano en perseguirla.

El vuelo de esta ave me condujo á través de los bosques hasta un valle cerrado por unas colinas desnudas y pedregosas, y en aquel lugar extraordinariamente retirado se veía una mala cabaña de salvaje, medio construida entre las rocas, y una flaca y macilenta vaca, que pacía en un prado al pié de la Peña.

Siempre me han inspirado cariño estos pobres abrigos: el enfermizo animal se acomodó en un rincón, pues el desgraciado teme despertar con su vistesentimientos que los hombres rechazan. Fatigado de mi escursion me senté en lo alto del collado que recorría, teniendo á mi frente la choza india situada en la colina opuesta; tendí en tierra mi escopeta, la coloqué á mi lado, y me abandoné á esos ensueños cuyo encanto he experimentado con tanta frecuencia.

Habian pasado apenas algunos minutos cuando oí voces en el fondo del vallecillo, y descubrí tres hombres que conducian cinco ó seis vacas cebadas. Despues de haberlas dejado pacer en la pradera, se dirigieron hácia la flaca, que alejaron á palos.

La aparicion de aquellos europeos en un lugar tan desierto, me fue extraordinariamente desagradable, haciéndola aun mas importuna su violencia, pues echaron á la pobre bestia entre las rocas, riéndose á grandes carajadas, sin duda porque la exponian á romperse las piernas. Una mujer salvaje, al parecer tan miserable como su vaca, salió de la choza aislada, y avanzando hácia el espantado animal, la llamó con dulzura y la ofreció una cosa que comer. La vaca corrió hácia ella alargando el cuello con un débil mugido de alegría; pero los colonos amenazaron desde lejos á la india, y volvió á su cabaña. La vaca la siguió: detúvose á la puerta donde su amiga la alhagaba con la mano, y el animal reconoció lamia aquella mano protectora. Los colonos se habian retirado.

Yo me levante, bajé la colina, atravesé el vallecillo, y subiendo la colina opuesta, llegué á la choza resuelto á reparar en cuanto de mí dependiese la brutalidad de los hombres blancos. La vaca, al verme hizo un movimiento para huir; pero andando con precaucion, llegué, sin que se marchase, hasta la habitacion de su ama.

La india habia entrado en su casa, y al umbral de ella pronuncié la salutación que me habian enseñado: ¡*Sieyoh!* ¡*He llegado!* La india, en lugar de devolverme mi salutación por la repeticion acostumbrada ¡*Habeis llegado!* nada respondió. Yo juzgé que la visita de uno de sus tiranos la era importuna. Púseme entonces á mi vez á acariciar á la vaca, y la india pareció llena de admiracion, viéndose en su rostro amarillo y apesadumbrado señales de enternecimiento y casi de gratitud. Aquellas misteriosas relaciones del infortunio arrasaron en lágrimas mis ojos: hay cierta dulzura en llorar males que no lo han sido por nadie.

Mi huésped me miró aun por algun tiempo con una especie de duda, como si temiese que tratara de engañarla; pero despues dió algunos pasos, y pasó su mano por la frente de su compañera de miseria y soledad.

Animado por aquella muestra de confianza, dije en inglés, por haber ya agotado mi lenguaje indio: «¿Está muy flaca!» y la india me respondió tambien en mal inglés: «Come muy poco.» *She eats very little.* «La han echado brutalmente,» repliqué, y la mujer me respondió: «Estamos acostumbradas á eso las dos *boht.*» Yo contesté: «¿Esta pradera no es vuestra?» Ella respondió: «Era de mi marido, que ha muerto. No tengo ningún hijo, y los blancos traen sus vacas á mi pradera.»

Yo nada tenia que ofrecer á aquella indigente criatura: mi obligacion hubiera sido reclamar la justicia

en su favor; ¿pero á quién dirigirme en un país en que la mezcla de los europeos y de los indios habia confundido las autoridades; donde el derecho de la fuerza arrebatava la independencia al salvaje, y donde el hombre civilizado, casi convertido en salvaje, habia sacudido el yugo de la autoridad civil?

Nos separamos por fin, la india y yo, despues de habernos estrechado la mano, y mi huésped me dijo muchas cosas que no comprendí, y que serian sin duda deseos de prosperidad para el extranjero. Si no han sido oídos por el cielo, no es culpa de la que oró, sino de aquel por quien fue dirigida la súplica, pues todas las almas no tienen igual aptitud para la dicha, asi como todas las tierras no producen mieses.

Volví á mi *ajoupa*, donde tuve una comida bastante triste. La tarde fue magnífica: el lago, en un reposo profundo, no ofrecia la menor agitacion en sus aguas; el río bañaba murmurando nuestra península, que decoraban falsos ébanos en flor: el ave llamada *cucú de la Carolina*, repetia su canto monótono, y la escuchábamos ya á nuestro lado, ya á una distancia lejana, segun que el ave cambiaba el sitio de sus reclamos amorosos.

Al día siguiente me acompañó mi guía á la visita de cumplido al primer saquem de los Onondagas, cuya poblacion no estaba lejos. Llegamos allí á las diez de la mañana, é inmediatamente me ví rodeado de multitud de jóvenes salvajes, que me hablaban en su lengua, mezclando frases inglesas y algunas palabras francesas: hacian gran ruido, y parecian alegres. Estas tribus indias enclavadas en los desmontes de los blancos, han adoptado algo de sus costumbres: tienen caballos y ganados, sus cabañas están llenas de muebles y utensilios comprados en Quebec, Montreal, Niagara y el Estrecho, ó en las ciudades de los Estados- Unidos.

El saquem de los Onondagas era un viejo iroqués en todo el rigor de la palabra; su persona guardaba el recuerdo de los antiguos usos, y de los antiguos tiempos del desierto: grandes orejas recortadas, perlas pendientes de la nariz, rostro abigarrado de diversos colores, pequeño penacho de cabellos en la parte superior de la cabeza, túnica azul, manto de piel, cinturón de cuero con el cuchillo de escalpa y rompe- cabezas brazos con varios dibujos, *mocasinas* en los piés, y un collar de porcelana en la mano.

Me recibí bien y me hizo sentar en su estera: los jóvenes se apoderaron de mi escopeta, y desmontaron y montaron la chimenea con una destreza sorprendente: era una sencilla escopeta de caza, de dos cañones.

El saquem hablaba inglés y entendia el francés, y como mi intérprete sabia el iroqués, se estableció facilmente la conversacion. Entre otras cosas me dijo que aunque su nacion habia estado siempre en guerra con la mia, la estimaba. Me aseguró que los salvajes no cesaban de recordar con placer á los franceses, al paso que se lamentaban de los americanos, que bien pronto no dejarían á los pueblos que habian acogido á sus antepasados, ni aun tierra para cubrir sus huesos.

Hablé al saquem de la desdicha de la viuda india, y me dijo que en efecto aquella mujer era perseguida, pero que él habia solicitado muchas veces el auxilio de los comisarios americanos con objeto de protegerla, y que no habia podido obtener justicia, añadiendo que en otro tiempo los iroqueses lo hubieran hecho.

Las mujeres indias nos sirvieron una comida. La hospitalidad es la última virtud salvaje que la quedado á los indios, en medio de los vicios de la civilizacion europea. Sabido es lo que era en otro tiempo aquella hospitalidad: una vez recibido el viajero en una cabaña, era aneja la inviolabilidad: el hogar tenia la potestad del altar, y el hombre acogido á él era sagrado. El dueño de aquel hogar se baria matar antes que se tocara á un cabello de su cabeza.

Cuando una tribu expulsada de sus bosques, ó un hombre, acudían á pedir hospitalidad, el extranjero empezaba lo que se llamaba la danza del suplicante, que se ejecutaba así:

Este adelantaba algunos pasos, despues se detenía mirando al suplicado, y retrocedía en seguida hasta su primera posición. Entonces los huéspedes entonaban el canto del extranjero: «Hé aquí el extranjero, hé aquí el enviado del Gran Espíritu!» Despues del canto, un niño tomaba la mano del extraño para conducirlo á la cabaña, y cuando el niño tocaba en el dintel de la puerta, decía: «Hé aquí al extranjero!» y el jefe de la cabaña respondía: «Niño, introduce al hombre en mi cabaña.» El extranjero, entrando entonces bajo la protección del niño, iba, como entre los griegos, á sentarse en el centro del hogar. Presentábasele el calumet de paz y fumaba tres veces mientras las mujeres entonaban el himno del consuelo: «El extranjero ha hallado una madre y una mujer: el sol se ocultará y levantará para él como en otros días.»

Llenábase de agua de arce una copa consagrada, que era una calabaza ó un vaso de piedra, colocado generalmente en un rincón de la chimenea y adornado con una corona de flores; y el extranjero, despues de haber bebido la mitad del agua, pasaba la copa á su huésped, que la acababa de vaciar.

Al otro día de mi visita al jefe de los Onondagas, continué mi viaje. Aquel viejo jefe se había hallado en la toma de Quebec y había asistido á la muerte del general Wolf, y yo que salía de la choza de un salvaje, me había escapado recientemente del palacio de Versailles y acababa de sentarme á la mesa de Washington.

A medida que avanzamos hacia el Niagara, el camino, de suyo peligroso, apenas se veía trazado por entre unos árboles cortados. Los troncos de estos árboles servían de puentes para atravesar los riachuelos ó de puntales en los barrancos. La población americana se trasladaba entonces á las concesiones de Geneseo, y el gobierno de los Estados Unidos, vendía aquellas concesiones á mayor ó menor precio, segun la bondad del suelo, la calidad de los árboles, y el curso y abundancia de las aguas.

Los desmontes ofrecían una mezcla curiosa del estado natural y el salvaje: en el ángulo de un bosque en que jamás habían retumbado sino los gritos de los salvajes y de las fieras, se encontraba una tierra labrada; y desde el mismo punto de vista se descubría la cabaña del indio y la habitación de un plantador. Algunas de aquellas habitaciones, ya concluidas, recordaban las propiedades de los hacendados ingleses y holandeses; y otras á medio acabar no tenían por techo mas que la copa de un oquedal.

Yo era recibido en aquellas viviendas de un día, y hallaba en ellas frecuentemente una familia rodeada de todas las comodidades y elegancia de Europa; muebles de anacardo, pianos, tapices, espejos; todo esto á cuatro pasos de la choza del iroqués. Por la tarde, cuando los criados volvían de los bosques ó de los campos con el hacha y el arado, se abrían las ventanas; las hijas de mi huésped cantaban acompañándose al piano la música de Paesello y Cimarosa, á la vista del desierto, y algunas veces al murmullo lejano de una catarata.

En los terrenos mejores se establecían pequeñas ciudades, y no puede formarse idea de la placentera sensación que se experimenta al ver salir la veleta de un reciente campanario del seno de una antigua selva americana. Como las costumbres inglesas siguen por todas partes á los ingleses, despues de haber atravesado países en que no se descubría el menor indicio de habitantes, descubrí la muestra de una posada que pendía de la rama de un árbol á la orilla del camino, y que balanceaba el viento de la soledad. Cazadores, plantadores é indios se encontraban en aquellas hospederías;

pero la primera vez que reposé en ella juré sería la última.

Una tarde, al entrar en aquellas singulares hosterías quedé estupefacto al ver un lecho inmenso de forma circular al rededor de un poste: cada viajero que llegaba ocupaba un sitio en aquel lecho, apoyando los pies en el poyo del centro, y dirigiendo la cabeza á la circunferencia del círculo, de manera que los durmientes estaban colocados simétricamente como los rayos de una rueda ó las varillas de un abanico. Despues de un momento de vacilación, me introduje en aquella máquina, porque no veía á nadie. Empezaba á trasponerme, cuando sentí la pierna de un hombre que se deslizaba á lo largo de la mia; era la de mi endiablado holandés que se extendía á mi lado. En mi vida he experimentado mas horror. Salté fuera de aquel camastro hospitalario, maldije cordialmente los buenos usos de nuestros buenos antepasados, y me fuí á dormir envuelto en mi capa á la claridad de la luna: aquella compañera del sueño del viajero era por lo menos agradable, fresca y pura.

Aquí termina el manuscrito, ó mejor dicho, lo que contenía se ha insertado en las demás obras mías. Despues de muchos días de marcha; llegué al río Geneseo, y al otro lado de aquel río vi la maravilla de la serpiente de cascabel atraída por el sonido de una flauta (1). Mas lejos encontré una familia salvaje, y pasé la noche en su compañía á alguna distancia de la caída del Niagara. La historia de este encuentro y la descripción de aquella noche se hallan en el *Ensayo histórico* y en el *Genio del Cristianismo*.

Los salvajes del salto del Niagara, bajo la dependencia de los ingleses, estaban encargados por aquella parte de la custodia de la frontera del Alto-Canadá, por lo que salieron á nuestro encuentro armados de arcos y flechas, y nos impidieron el paso.

En tal situación me vi obligado á enviar al holandés al fuerte del Niagara á pedir permiso al comandante para entrar en tierras del dominio británico; esto me entristeció, pues recordé que la Francia había mandado siempre en aquellas comarcas. Mi guía volvió con el pase, que conservo aun, firmado por el capitán Gordon. Singular es que haya encontrado el mismo nombre inglés en la puerta de mi celda en Jerusalén (2).

Permanecí dos días en la aldea de los salvajes. El manuscrito ofrece en esta parte la minuta de una carta que escribía á uno de mis amigos en Francia: hela aquí:

Carta escrita entre los salvajes del Niagara.

Forzoso es que te cuente lo que ha pasado ayer mañana entre mis huéspedes. La yerba estaba aun cubierta de rocío; y el viento salía perfumado de las selvas; las hojas de la morera silvestre estaban cargadas de una especie de cocos parecida á los gusanos de seda, y las plantas algodoneras del país, invirtiendo sus dilatadas cápsulas, se asemejaban á los rosales blancos.

Las indias, ocupadas en diversos trabajos, se hallaban reunidas al pie de una corpulenta haya purpúrea, y sus niños de pecho, suspendidos en hamacas en las ramas de los árboles, se mecían en aquellas cunas aéreas á impulso de la brisa de los bosques, con un movimiento casi insensible. Las madres se levantaban de cuando en cuando para ver si dormían sus hijos, ó si habían sido despertados por la multitud de aves que cantan y revolotean en torno suyo. Esta escena era encantadora.

Nosotros estábamos sentados á parte, con siete guerreros, y cada uno ostentaba una gran pipa en la boca: dos ó tres de estos hablaban inglés.

(1) *Genio del Cristianismo*.

(2) *Itinerario*.

A escasa distancia de donde estábamos, los muchachos se entretenían; pero á pesar de sus juegos, saltos, carreras y pelotazos, no hablaban una palabra. Allí no se oía el aturdidor chillido de los muchachos europeos: aquellos jóvenes salvajes brincaban como los cabritillos, pero como ellos, permanecían silenciosos. Un zagalón de siete ú ocho años se separaba de vez en cuando de la turba, mamaba, y se volvía á jugar con sus camaradas.

Los niños jamás se destetan por fuerza, pues después de nutrirse de otros alimentos, agotan el seno de su madre como la copa que se apura al fin de un banquete. Aun cuando la nación enteramente de hambre, el niño halla en el seno maternal una fuente de vida. Esta costumbre es quizá una de las causas que impiden á las tribus americanas acrecentarse tanto como las familias europeas.

Los padres han hablado á los hijos y estos han respondido á aquellos: hice que medieran cuenta del colloquio por medio de mi holandés, y hé aquí lo que ha pasado:

Un salvaje de unos treinta años ha llamado á su hijo y le ha intimado saltase con menos violencia: el chico ha respondido: *eso es razonable*, y sin hacer lo que el padre le decia, ha vuelto al juego.

El abuelo del niño le ha llamado á su vez, y le ha dicho: *Haz eso*; y el mozito se ha sometido. Así el hijo ha desobedecido á su padre que le *suplicaba*, y ha obedecido á su abuelo que le *mandaba*. El padre no es casi nada para el hijo.

A este, que no reconoce otra autoridad que la de la edad y la de la madre, jamás se le impone castigo; y tanto es así, que entre los indios se reputa como un crimen espantoso y sin ejemplo el que un hijo sea rebelde á su madre. Cuando ésta es vieja, élla alimenta.

En cuanto al padre, mientras es joven, el hijo no hace el menor caso de él; pero cuando va avanzando en el camino de la vida, su hijo le honra, no como padre, sino como anciano, es decir como un hombre de buen consejo y experiencia.

Este modo de criar los hijos en completa independencia, debería conducirlos al vasallaje del mal humor y los caprichos; y sin embargo, los hijos de los salvajes no tienen ni caprichos, ni mal humor, porque no desean sino lo que saben que pueden obtener. Si un hijo llora por alguna cosa que necesita ó desea, su madre le dice vaya á tomarla donde la haya visto, y si no es bastante fuerte para alcanzarla ó se siente débil para conseguirla, olvida el objeto de su apetito. Si el hijo salvaje no obedece á nadie, nadie le obedece á él; este es todo el secreto de su alegría y de su razón.

Los muchachos indios no se querellan nunca, ni riñen tampoco; y no son alborotadores, chismosos, ni mohinos; y en su aire se descubren cierta seriedad propia de la tranquilidad del alma, y cierta nobleza hija de la independencia.

Nosotros no podríamos educar así á nuestra juventud, porque sería preciso empezar por desprendernos de nuestros vicios; y en lugar de hacerlo así, hallamos mas fácil enterrarlos en el corazón de nuestros hijos, cuidando solamente de impedir que aparezcan al exterior.

Cuando el joven indio siente despertarse en él la inclinación á la caza, la pesca, la guerra ó la política, estudia é imita las artes que ve practicar á su padre, y de este modo aprende á construir una canoa, trenzar una red, manejar un arco, un fusil, el rompe-cabezas, y el hacha; cortar un árbol, edificar una choza, y explicar los *collares*. Lo que es un entretenimiento para el hijo, se convierte en autoridad para el padre; el derecho de la fuerza y de la inteligencia de este, es reconocido, y este derecho le conduce poco á poco al poder de saquear.

Las hijas gozan de la misma libertad que los mancebos; y aun cuando permanecen mas tiempo al lado de

sus madres, encargadas de enseñarlas los quehaceres domésticos, hacen poco mas ó menos lo que quieren. Cuando una joven india ha obrado mal, su madre se contenta con echarla al rostro algunas gotas de agua y decirle: *Tú me deshonras*. Este reproche rara vez deja de producir efecto.

Hemos permanecido hasta la mitad del día á la puerta de la cabaña: el sol era abrasador. Uno de mis huéspedes se ha adelantado hácia los muchachos y les ha dicho: *Hijos, el sol os comerá la cabeza; id á dormir*, y todos han exclamado: *Es justo*. Y por toda muestra de obediencia han continuado jugando, después de haberse convencido de que el sol les *comería la cabeza*.

Pero las mujeres se han levantado, la una mostraba una bebida encerrada en un vaso de madera, la otra un fruto favorito, y una tercera desarrollaba una estera para acostarse: han llamado á la turba obstinada, uniendo á cada nombre una palabra de ternura, y los niños al instante han volado hácia sus madres como una nidada de pájaros. Las mujeres los han acogido risueñas y cargando cada una con su hijo, aunque con bastante trabajo, los niños comían en sus brazos lo que su mano cariñosa acababa de darles.

Adios, no sé si esta carta, escrita en medio de los bosques llegará á tus manos.

Del villorrio de los indios pasé á la catarata del Niagara. La descripción de esta catarata, colocada al fin de la *Atala*, es demasiado conocida para reproducirla, además de que forma tambien parte de una nota en el *Ensayo histórico*; pero hay en esta misma nota algunos detalles tan íntimamente unidos á la historia de mi viaje, que creo deber repetirla aquí.

Rota la escalera india que en otro tiempo se hallaba en la catarata del Niagara, quise, aunque á despecho de las observaciones de mi guía, bajar al fondo de la caída por una roca cortada á pico, que se elevaba á cerca de doscientos piés. Aventureme al descenso, y á pesar de los mugidos de la catarata, y del abismo espantoso que rugía á mis piés, conservé mi equilibrio y llegué á situarme á cuarenta piés del fondo. A esta altura, la roca lisa y vertical, no ofrecia ya raíces ni hendiduras donde poder asegurar los piés, y quedé suspendido por un brazo sin poder subir ni bajar; mis dedos cansados ya de sostener el peso de mi cuerpo, se abrian poco á poco y veia una muerte inevitable. Pocos hombres hay que hayan pasado en su vida dos minutos como los que yo pasé entonces suspendido sobre la sima del Niagara. Por último, abrieronse mis manos y caí; pero por una dicha inesperada me precipité sobre la roca viva, donde hubiera debido estrellarme cien veces, y sin embargo no me sentía tan mal como era de presumir, atendido el peligro: me habia quedado á media pulgada del abismo, y solo la Providencia pudo hacer no rodase á él; pero cuando el frio del agua comenzó á penetrarme, sentí que no estaba tan bien como habia creído al principio, pues me aquejaba un dolor insoportable en el brazo izquierdo, que me habia roto por la parte superior del codo. Mi guía, que me miraba desde lo alto, y al cual hice una seña, corrió á buscar algunos salvajes, que á fuerza de trabajo, me volvieron á subir con cuerdas de abedul, y me transportaron á su casa.

No fue este el único riesgo que corrí en el Niagara. Apenas llegué me dirigí, como era natural, á ver la caída de sus aguas: llevaba á mi caballo de la brida y esta arrollada al brazo. Mientras estaba inclinado sobre la sima para contemplarla, una serpiente de cascabel removió los matorrales que nos rodeaban; el caballo espantado, retrocedió, y encabritándose fué á parar al borde del abismo. Fuéme imposible desenredar mi brazo de las riendas, y el caballo, cada vez mas asustado, me arrastró tras sí. Ya sus patas delanteras habian perdido tierra, y encogido á la orilla del precipicio, se sostenia solo por la fuerza de la contracción

muscular. Fácil es presumir la suerte que me esperaba; mas el animal mismo, asombrado del nuevo peligro que le amenazaba, hizo un esfuerzo violento y dando un bote en direccion á la parte de tierra, se lanzó á diez piés del borde del abismo (1).

Reconocida la herida, se halló que solo tenia una fractura simple en el brazo, y con dos tabillitas, un vendaje y un cabestrillo completé mi curacion. Mi holandés no quiso pasar adelante, y recibí el precio de su trabajo, se volvió á su casa. En cuanto á mí, hice un nuevo trato con los canadienses del Niagara, que tenian parte de su familia en San Luis de los illeses en el Misisipi, y continué mi viaje.

El manuscrito presenta aquí una ojeada general de los lagos del Canadá.

LAGOS DEL CANADA.

La masa de las aguas del lago Erié descarga en el lago Ontario, despues de haber formado la catarata del Niagara, y en las orillas de él hallan los indios el bálsamo blanco producido por el balsamero; el azúcar que se extrae del arce, nogal y cerezo; el tinte rojo en la corteza de la *perrussi*; la techumbre de sus barracas en la corteza del árbol blanco; el vinagre en los racimos verdes del vinagrero; la miel y el algodón en las flores del hisopo silvestre; el aceite para el cabello en el girasol, y una panacea para las heridas en la *planta universal*. Los europeos han sustituido estos beneficios de la naturaleza por productos artificiales: los salvajes han desaparecido.

El lago Erié tiene mas de cien leguas de circunferencia, y las naciones que poblaban sus orillas han sido exterminadas por los iroqueses hace ya dos siglos. Algunas hordas errantes infestaron despues aquellos lugares, donde nadie osaba detenerse.

Espanta ver á los indios aventurarse en frágiles barquillas, formadas de corteza de árboles en un lago en donde son terribles las tempestades. Cuelgan sus manitús en la popa de las canoas, y lanzándose á través de los torbellinos de nieve, atraviesan por en medio de las ondas bramadoras, de aquellas ondas que ya al nivel del borde de las canoas ó sobreponiéndose á ellas, parece intentan tragarias. Los perros de los cazadores, apoyando las patas en los costados de ellas dan ladridos lastimeros, mientras que sus amos guardan un silencio profundo y hieren las olas mesuradamente con sus remos. Sus canoas avanzan todas en hilera, viéndose de pié en la proa de la primera uno de sus gefes que repite el monosilabo oah; la primera vocal dando una nota elevada y corta, y la segunda dando otra grave y larga. En la última canoa, otro gefe tambien en pié sobre ella, maneja un gran remo en forma de timon; y los demás guerreros, sentados en el fondo de las canoas con las piernas cruzadas, navegan impávidos á través de la niebla, de la nieve y de las ondas, distinguiéndose solo las plumas que adornan las cabezas de los indios, el estrado cuello de los dogos ahulladores, y las espaldas de dos saquems que hacen los oficios de piloto y augur, pudiendo creérseles los dioses de aquellas aguas.

El lago Erié es tambien famoso por sus serpientes. Al Oeste de este lago, desde las islas de las Culebras hasta las orillas del continente, y en un espacio de mas de veinte millas se extienden anchos nenúfares, cuyas hojas, en estío están cubiertas de serpientes entrelazadas unas á otras. Cuando los reptiles se mueven á los rayos del sol, se ven rodar sus anillos matizados de azul, púrpura, oro y yébano, no distinguiéndose en sus horribles nudos doble, ó triplemente

formados, mas que ojos chispeantes, lenguas de tres dardos, fauces de fuego y colas armadas de aguijones y campanillas que se agitan en el aire á manera de látigos. Un silbido continuo y un rumor parecido al que forman las hojas secas al rodar por el suelo de las selvas, salen de aquel impuro Cocito.

El estrecho que abre paso, desde el lago Huron al lago Erié, debe su renombre á sus bosques y praderas. El lago Huron abundante en pesca, lo es muy especialmente en *art kamegues* y truchas que suelen pesar hasta doscientas libras. La isla de Matemoulin, famosa en otro tiempo, la poblaba el resto de la nacion de los Ontawais, aquellos indios creian descendiente del gran Castor, habiéndose observado que el agua del lago Huron, asi como la del lago Michigan, crece durante siete meses y disminuye en la misma proporcion, durante otros siete. Todos estos lagos tienen un flujo y reflujo mas ó menos sensible.

El lago Superior ocupa un espacio de mas de cuatro grados, entre los 46° y los 50° de latitud Norte, y no menos de ocho, entre los 87° y los 93° de longitud Oeste del meridiano de París; es decir que este mar interior tiene cien leguas de ancho y cerca de doscientas de largo, con una circunferencia de seiscientas leguas, poco mas ó menos.

Cuarenta rios reunen sus aguas en este inmenso recinto, y entre ellos, el Allinipigon y el Michipicoton son considerables, tomando este último su origen en las cercanías de la bahía de Hudson.

Muchas islas adornan este lago inmenso, figurando en primera linea la isla Maurepas, en la costa septentrional; la isla Pontchartrain en la ribera oriental; la isla Minong, hacia la parte meridional, y la isla del Gran-Espiritu ó de las Almas, al Occidente, que podria constituir el territorio de un Estado europeo, pues tiene treinta y cinco leguas de largo y veinte de ancho.

Los cabos mas considerables del lago son: la punta Kioucouan, especie de istmo que entra dos leguas en las olas; el cabo Minabeaujou, semejante á un faro; el cabo Trueno, cerca de la bahía del mismo nombre, y el cabo Rochedebout, que se eleva perpendicularmente sobre las playas como un obelisco mutilado.

La ribera meridional del lago Superior es baja, arenosa y sin abrigo: las costas septentrionales y orientales son por el contrario montañosas, y presentan una serie de rocas cortadas á pico. El lago mismo está abierto en la roca. A través de sus ondas verdes y transparentes, se descubren á mas de 30 ó 40 piés de profundidad masas de granito de diferentes formas, algunas de las cuales parece han sido recientemente serradas por la mano del obrero. Cuando el viajero, sacando de rumbo su canoa, mira inclinado sobre un costado, la cresta de aquellas montañas submarinas, no puede gozar mucho tiempo de aquel espectáculo porque sus ojos se turban y experimenta vértigos.

Admirada de la gran extension de aquel depósito de aguas, la imaginacion se dilata con el espacio; y segun el instinto comun de todos los hombres, los indios han atribuido la formacion de aquel inmenso lago á la misma potestad que redondeó la bóveda del firmamento, uniendo de este modo á la admiracion que inspira la vista del lago Superior, la solemnidad de las ideas religiosas.

Aquellos salvajes se han sentido arrastrados á hacer de aquel lago el objeto principal de su culto, por el aspecto misterioso que la naturaleza plugo dar á una de sus mas grandes obras. El lago Superior tiene un flujo y reflujo irregulares, y las aguas, en los grandes calores del estío, están frias como la nieve á medio pié bajo su superficie, con la particularidad, de que esas mismas aguas se hielan muy rara vez en los inviernos rigurosos de aquellos climas, y en las épocas en que el mismo mar no resiste á la influencia de los hielos.

Las producciones naturales varian segun la dife-

(1) Ensayo histórico.

rencia de los terrenos, y así es que en la costa oriental no se ven mas que selvas de arces raquíticos y degenerados, que crecen casi horizontalmente en la arena, mientras que en la de Norte, allí donde la roca viva concede á la vejetacion alguna garganta ó alguna condicion de valle, se perciben matorrales de groselleras sin espinas, y guirnaladas de una especie de vid que da un fruto parecido al frambueso, aunque de un color de rosa mas pálido. En cuanto á árboles de mayor corpulencia, solo se descubren esparcidos sin órden algunos pinos aislados.

Entre la multitud de perspectivas que ofrecen estas soledades, dos son especialmente dignas de observacion.

Entrando en el lago Superior por el estrecho de Santa Maria, se descubren á la izquierda, algunas islas formadas en semicírculo, y que plantadas de árboles en flor, parecen ramilletes nacidos en el agua; y á la derecha, los cabos del continente se internan en las ondas, cubiertos unos con una menuda yerba, cuyo verdor se une al doble azul del cielo y de las aguas, formados otros de una arena roja y blanca que destacándose del fondo azulado del lago, parecen cortes de obra de marqueteria. Entre estos cabos largos y desnudos se entremezclan altos promontorios cubiertos de bosques, que se repiten invertidos en el líquido cristal sombreado por sus copas; y los árboles, unas veces reunidos, y otras diseminados, forman, ya una espesa cortina sobre la costa, ó bordan la tierra á manera de guirnaladas. En este caso sus troncos separados ofrecen puntos de óptica, maravillosos; y las plantas, las rocas, y los colores, ora disminuyen de proporcion, ora varían su tinte á medida que el paisaje se aleja ó se aproxima al observador.

Las islas al Mediodía y los promontorios al Oriente, inclinándose unos hácia otros por el Occidente, forman y abrazan una vasta y tranquila rada cuando la tempestad agita las otras regiones del lago. Millares de peces y aves acuáticas se crían en aquellas aguas, distinguiéndose el pato negro del Labrador, encaramado en las crestas de los escollos que rodean las aguas, y que aislado y solitario parece envidiar los festones de su blanca espuma: los somormujos se ocultan, aparecen y vuelven á desaparecer: el ave de los lagos resbala sobre la superficie de las olas, y el martin pescador agita rápidamente sus alas azules para fascinar su presa.

Por la otra parte, cerrando las islas y los promontorios aquella rada, en la desembocadura del estrecho de Santa Maria, la vista descubre el plano fluido é ilimitado del lago. Las superficies móviles de aquellas llanuras se elevan y se pierden gradualmente en la extension, pasando del verde de esmeralda al azul claro, despues al lapis-lázuli y por último al turquí. Cada matiz se confunde en el otro, y el último, ó se pierde en el horizonte, ó se une al cielo por una línea de sombra azul.

Esta preciosa perspectiva del lago, es propiamente un cuadro de estío; pero cuando debe gozarse de toda su hermosura es cuando la naturaleza está tranquila y risueña. El segundo paisaje, por el contrario, representa una escena del invierno y exige una estacion borrascosa y despojada de atractivos.

Cerca del rio Allinipigon se eleva una roca enorme y aislada que domina el lago. Al Occidente se despliega una cadena de rocas, echadas ó extendidas unas, y como plantadas otras en el suelo, estas hendiendo el aire con sus picos áridos, y aquellas con sus cimas redondeadas: sus flancos verdes, rojos ó negros, retienen la nieve en sus profundas grietas, uniendo al alabastro mas puro, el color de los granitos y de los pórfidos.

Allí crecen algunos de esos árboles de forma piramidal que la naturaleza enlaza á su gran arquitectura é imponentes ruinas, y son como las columnas

que adornan aquellos suntuosos edificios, ya permanezcan erguidos, ó yazcan confundidos entre el polvo: el pino se eleva sobre los plintos de las rocas; y las yerbas erizadas de cirámbaros, penden tristemente de sus cornisas, creyéndose ver las ruinas de una ciudad en los desiertos de Asia: pomposos monumentos que antes de su caída dominaban los bosques, y hoy ostentan frondosas selvas en sus restos derrumbados.

Detrás de la cadena de rocas que acabo de describir, se abre á manera de surco, un estrecho vallecillo atravesado por su centro por el rio Tumba. Este valle no ofrece en estío mas que un musgo débil y enrojecido, dibujando los intersticios de las rocas con unas especies de hongos de sombreretes de diversos colores. Durante el invierno, el cazador no puede descubrir en aquella soledad llena de nieve, á las aves y á los cuadrúpedos, cubiertos con la blancura de las escarchas, sino por los picos colorados de las primeras, y los negros hocicos y sanguinarios ojos de los segundos. Al fin del valle, y en una perspectiva lejana, se descubre la cima de las montañas hiperbóreas, donde Dios ha situado las fuentes de los cuatro rios mas grandes de la América Septentrional. Nacidos en la misma cuna, van á confundirse despues de un curso de mil doscientas leguas en cuatro Océanos distintos colocados en los cuatro puntos del horizonte: el Misisipi se pierde por el Sur en el golfo Mejicano; el Ontawais se precipita por el Norte en los mares del Polo; el San Lorenzo corre por el Oriente al Atlántico; y el rio del Oeste lleva por el Occidente el tributo de sus aguas al Océano de Noutouka (1).

A esta ojeada acerca de los lagos, sigue el principio de un diario que no contiene mas que la indicacion de las horas.

DIARIO.

SIN FECHA.

El cielo brilla en todo su pureza sobre mi frente, y las ondas se deslizan limpidas bajo mi canoa que huye impelida por una ligera brisa. A mi izquierda, veo colinas cortadas á pico, flanqueadas por rocas de donde penden convólulos de flores blancas y azules, festones de bignonias, largas gramíneas, y plantas saxátiles de todos colores, y á mi derecha se dilatan vastas praderas. A medida que avanza la canoa, se descubren nuevas escenas y nuevos puntos de vista; ora valles solitarios y risueños, ora colinas desnudas de vejetacion; veo allá un ligero bosque de arces, donde se muestra el sol como á través de un delicado encaje.

¡Libertad primitiva, te encuentro al fin! y paso ante tí como esa ave que vuela á mi vista y que sin direccion determinada duda solo cerca de la sombra que eligirá para reposar. Heme aquí tal como el Todopoderoso me ha criado, soberano de la naturaleza y llevado en triunfo por las aguas. Los habitantes de los rios acompañan mi carrera, los pueblos que moran en el aire regalan mi oído con sus himnos, las bestias de la tierra me saludan, las selvas inclinan sus flexibles copas á mi paso. ¿El sello inmortal de nuestro origen se ha grabado en la frente del hombre social ó en la mía? Corred á encerraros en vuestras ciudades, id á someteros á vuestras mezquinas leyes, ganad vuestro pan con el sudor de vuestra frente, ó devorad el pan del pobre, degollaos por una palabra, por un señor, dudad de la existencia de Dios, ó adoradle bajo formas superstitiosas; yo en tanto vagaré por mis soledades; no reprimiré el menor latido de mi corazon; ni uno solo de mis pensamientos será encadenado; será tan libre como la naturaleza, y no reconoceré otra soberanía

(1) Geografía errónea de aquel tiempo, modificada hoy.

que la del que encendió la lumbrera de los soles y que la solo impulso de su mano hizo girar todos los mundos.

A las siete de la tarde.

Hemos atravesado la horca del río y seguido el brazo del Sud-Este. Hemos buscado á lo largo del canal una playa donde desembarcar, y hemos entrado en una especie de fuente que se abre bajo un promontorio coronado da una arboleda de tulíperos. Sacada á tierra nuestra canoa, unos han reunido ramas secas para encender lumbré, otros han preparado el ajoupa, y yo he tomado mi escopeta y me he internado en el bosque vecino.

Apenas he andado cien pasos, he encontrado una manada de pavos, ocupados en comer bayas de helecho y frutos de almezo. Estas aves difieren bastante de las de su raza aclimatadas en Europa; son mas gruesas, y su plumaje es de color de pizarra bañado de un rojo cobrizo en el cuello, el lomo y la extremidad de las alas; segun los reflejos de la luz este plumaje brilla como el oro bruñido. Estos pavos silvestres se reunen frecuentemente en grandes manadas, y por la noche se suben á las copas de los árboles mas elevados. Al amanecer dan desde lo alto de estos árboles un grito repetido, y poco despues de salir el sol, sus clamores cesan, y bajan á las selvas.

Nos hemos levantado muy de mañana para partir con la fresca, y reembarcados los bagajes hemos desplegado nuestra vela. Por ambos lados teniamos tierras elevadas cubiertas de arboledas, y el follaje presentaba todos los matices imaginables: el escarlata huyendo sobre el rojo, el amarillo oscuro sobre el oro brillante, el moreno vivo sobre el moreno ligero, el verde, el blanco, el azul, lavados en mil tintas mas ó menos débiles, mas ó menos brillantes. A nuestra proximidad resplandecía toda la hermosa variedad de prisma, y lejos de nosotros en las revueltas del valle, los colores se mezclaban y perdian en fondos aterciopelados. Los árboles á pesar de sus diversas formas armonizaban entre sí; los unos se desplegaban á modo de abanico, los otros se elevaban en cono, estos se rodeaban en bola, y aquellos se cortaban en pirámide; pero es preciso contentarse con gozar de este espectáculo sin procurar describirlo.

A las diez de la mañana.

Adelantamos lentamente. La brisa ha cesado, y el canal empieza á estrecharse: la atmósfera se cubre de nubes.

Al medio día.

Es imposible remontar ya mas en nuestra canoa, y por lo tanto, se hace indispensable cambiar nuestro modo de viajar; vamos á sacar nuestra canoa á tierra, á tomar nuestras provisiones, nuestras armas y nuestros trajes de noche, y á penetrar en el bosque.

A las tres.

¿Quién describirá la sensacion que se experimenta al entrar en estas selvas tan antiguas como el mundo, y que son las únicas que dan un idea de la creacion, tal y como salió de las manos de Dios? El día, declinando á través de un velo de follaje, reparte en la profundidad del bosque una media luz vacilante y móvil, que imprime á los objetos una grandeza fantástica. No se fija la planta en un paraje donde no haya que saltar árboles caidos, sobre los que se elevan otras generaciones de árboles. Busco en vano una salida á aquellas soledades; engañado por una luz mas viva, avanzo á través de las yerbas, ortigas, musgos,

lianas y del espeso humus formado de los restos de los vegetales; pero solo llego á una claridad formada por algunos pinos caidos. Bien pronto la selva se hace mas sombría, y la vista no descubre sino troncos de encinas y nogales, que se suceden los unos á los otros, y parecen oprimirse á manera que se alejan: la idea del infinito está á mi vista.

A las seis.

He visto de nuevo otra claridad, y me he dirigido hácia donde se descubria. He llegado al punto donde brillaba, y he hallado solo un triste campo mas melancólico que las selvas que le rodean. Este campo es un antiguo cementerio indio. Permitaseme me detenga un instante en esta doble soledad de la muerte y de la naturaleza; ¿hay un asilo donde pudiese dormir mejor para siempre?

A las siete.

No pudiendo salir de aquellos bosques, hemos acampado. La reverberacion de nuestra hoguera se extiende á larga distancia: iluminada la hojarasca por su parte inferior con el resplandor escarlata que produce el fuego, parece ensangrentada: los troncos de los árboles mas cercanos se elevan á guisa de columnas de granito enrojecido, pero los mas distantes, á penas iluminados por la luz, se asemejan en la profundidad del bosque, á pálidos fantasmas reunidos en círculo en una noche profunda.

Media noche.

El fuego empieza á extinguirse, el círculo de su luz se disminuye. Escucho: una calma formidabile pesa sobre aquellas selvas; se diria que el silencio sucede al silencio. Procuro aunque en vano escuchar en aquella tumba universal algun ruido que revele la vida. ¿de dónde emana ese suspiro? de uno de mis compañeros: se queja aunque dormido. Tú vives, pero sufres: ¡hé aqui el hombre!

Las doce y media.

El reposo continua; pero el árbol decrepito se rompe y cae. Las selvas mugen, y mil voces se levantan. Muy pronto los rumores se debilitan, se extinguen en lejanías casi imaginarias, y el silencio invade de nuevo el desierto.

Una de la mañana.

El viento se levanta, y corriendo sobre la copa de los árboles, los sacude al pasar sobre su cabeza. Al presente es como la ola del mar que se quiebra tristemente sobre la ribera.

Unos sonidos han despertado otros sonidos. La selva es ya toda armonía. ¿Son los graves ecos del órgano los que escucho, mientras rumores mas ligeros vagan en las bóvedas de verdura? Un corto silencio interrumpe aquellos acordes, la música seria comienza, y por do quiera se escuchan dulces quejas, murmullos que encierran otros murmullos: cada hoja habla un lenguaje distinto; cada tallo de la yerba da una nota particular.

Una voz extraordinaria retumba en las selvas: es la de aquella rana que imita los mugidos del toro. El bosque todo resuena con los cantos monótonos de los murciélagos que permanecen asidos á las hojas, creyéndose oír clamores continuos, ó el fúnebre tañido de una campana. Todo en la naturaleza nos recuerda alguna idea de la muerte, porque esta idea está en el fondo de la vida.

A las diez de la mañana.

Hemos vuelto á emprender nuestra marcha: descendiendo á un vallecillo inundado, nos han servido de puente para atravesar el pantano las ramas de la encina-sauce, extendidas de una á otra raíz de junco. Preparamos nuestra comida al pié de una colina cubierta de árboles que escalamos bien pronto para descubrir el río que buscamos.

A la una.

Nos hemos vuelto á poner en marcha, y las gallinas nos prometen para esta tarde una buena comida.

El camino es escarpado, apenas hay árboles, y unos matorrales resbaladizos cubren el flanco de la montaña.

A las seis.

Hemos conseguido por fin llegar á la cima, y desde ella solo hemos divisado en el fondo del valle la copa de los árboles que lo cubren, descollando solo entre aquel mar de verdor algunas rocas aisladas á manera de escollos elevados sobre la superficie del agua. El esqueleto de un perro suspendido de la rama de un abeto, anuncia el sacrificio indio ofrecido al genio de aquel desierto. Un torrente se precipita á nuestros piés, y va á perderse en un río de escasa corriente.

A las cuatro de la mañana.

La noche ha sido pacífica y nos hemos decidido á volver á buscar nuestro bajel, en vista de que no tenemos esperanza de hallar camino en aquellos bosques.

A las nueve.

Nos hemos desayunado bajo un vetusto sauce cubierto de convólulos y debilitado por largos hongos. A no ser por los mosquitos en que abunda este sitio, sería muy agradable; pero nos hemos visto precisados á hacer una gran humareda de madera verde para cazar á nuestros enemigos. Los guías me han anunciado la visita de algunos viajeros que en dos horas de marcha, poco mas ó menos, estarían con nosotros. Esta finura de oído es tan prodigiosa, que hay indio que oye las pisadas de otro á cuatro ó cinco leguas de distancia, aplicando el oído á la tierra. Al cabo de las dos horas, hemos visto llegar efectivamente una familia salvaje: ha dado un grito de bienvenida, y hemos contestado con alegría.

Al medio día.

Nuestros huéspedes nos han dicho que hacia dos dias que nos habían oído, y que sabían que éramos de *carnes blancas*, porque el ruido que hacíamos al andar era mas fuerte que el que hacían los de las *carnes rojas*. He preguntado la causa de aquella diferencia, y me han contestado la advertían en el modo de romper las ramas y abrirse paso por las selvas. El blanco revela tambien su raza por lo pesado de su paso, además de que el ruido que produce no aumenta progresivamente: el europeo da vueltas por los bosques; el indio marcha en línea recta.

La familia india se componía de dos mujeres, un niño y tres hombres, y restituidos todos al bajel, encendimos un gran fuego en la orilla del río. Una benevolencia mútua reina entre nosotros: las mujeres han cuidado de nuestra comida, compuesta de salmónes y una arrogante pava, mientras nosotros con los *guerreros* fumábamos y conversábamos en compañía. Al otro día nuestros amables huéspedes nos ayudaron

á llevar la canoa á un río, á cinco leguas de distancia del en que estábamos.

Aquí termina el diario; pero una página separada y que se halla á su final, nos transporta al centro de los Apalaches. Hé aquí su contenido.

Estas montañas no son como los Alpes y los Apeninos; montes agrupados regularmente unos sobre otros, elevando sobre las nubes sus cimas cubiertas de nieve. Por el Oeste y el Norte, parecen muros perpendiculares de algunos miles de piés de elevación, y desde cuya altura se precipitan ríos que vierten sus aguas en el Ohio y el Misisipi. En aquella especie de gran fractura, se descubren senderos que se precipitan en medio de los precipicios, cruzándose con los torrentes; senderos y torrentes adornados en sus orillas por una especie de pino, cuya copa es de color de verde-mar, y cuyo tronco casi de arbusto, está salpicado de manchas oscuras producidas por un musgo raso y negro.

Pero por la parte del Sur y del Este, los Apalaches no merecen llamarse montañas, puesto que sus cimas bajando gradualmente hasta el suelo que limita el Atlántico, vierten en él ríos que fecundan las selvas de encinas, arces, nogales, moreras, castaños, pinos, abetos, copalmas, magnolias y mil otras especies de arbustos floridos.

Después de este corto fragmento hay un trozo bastante extenso sobre el curso del Ohio, y del Misisipi, desde Pittsboug hasta los Natchez. La narración empieza con la descripción de los monumentos del Ohio, y aun cuando en el *Genio del Cristianismo* hay un pasaje y una nota, relativos á estos monumentos, lo que allí he dicho difiere bastante en muchos puntos de lo que transcribo aquí (1).

Imaginémonos unos restos de fortificaciones ó monumentos ocupando una extensión inmensa, y observáremos desde luego cuatro especies de obras, á saber: bastiones cuadrados, lunas, medias lunas, y túmulos. Los bastiones, las lunas y medias lunas son regulares; los fosos anchos y profundos; las trincheras hechas de tierra con parapetos en plano inclinado; pero los ángulos de los glasis corresponden á los de los fosos, y no se inscriben como el paralelógramo en el polígono.

Los túmulos son sepulcros de forma circular, y abiertos algunos de ellos, se ha hallado en su fondo un ataúd formado de cuatro piedras en el cual hay osamentas humanas. Este féretro sostenía otro, que contenía otro esqueleto, y así sucesivamente hasta la cúspide de la pirámide, que podia tener veinte ó treinta piés de elevación.

Estas construcciones, desde luego se echa de ver no pueden ser obra de las actuales naciones de la América, y los pueblos que las han elevado han debido tener un conocimiento en las artes superior aun al de los mejicanos y peruanos.

(1) Desde la época en que escribí aquella Disertación, los sabios y las sociedades arqueológicas americanas, han publicado varias *Memorias sobre las ruinas del Ohio*, que son curiosas bajo dos aspectos:

1.º Porque recuerdan las tradiciones de las tribus indias, que dicen han venido de Oeste á las playas del Atlántico, un siglo ó dos (á lo que se puede juzgar), antes del descubrimiento de la América por los europeos, y que cuentan tuvieron que combatir muchos pueblos en sus largas marchas, y especialmente los que habitaban en las orillas de Ohio, etc.

2.º Las *Memorias* de los sabios americanos hacen mención del descubrimiento de algunos ídolos encontrados en las tumbas; ídolos que tienen un carácter puramente asiático. Parece cierto haber florecido en el valle del Ohio y del Misisipi un pueblo mucho mas civilizado que los salvajes actuales de la América. ¿Pero cuándo y cómo ha perecido? Esto es lo que quizá no se sabrá nunca. Estas *Memorias* de que me ocupo son poco conocidas, aunque injustamente, y puede

¿Se atribuirán estas obras á los europeos modernos? Respecto á esto no recuerdo que Fernando de Soto, que fue el que penetró antiguamente en las Floridas, haya avanzado mas allá de la ciudad de Chicassas, por uno de los brazos del Mobile; y por otra parte, ¿cómo un puñado de españoles hubiera podido remover toda aquella tierra, y con qué objeto?

¿Serán los cartagineses ó fenicios los que en otro tiempo hayan sido arrojados á aquellas regiones americanas en su comercio al redor de Africa y las islas Casiterides? Pero antes de penetrar tanto en el Oeste han debido establecerse en las costas del Atlántico: ¿por qué pues no se halla la menor huella de su paso en la Virginia, las Georgias y las Floridas? Además, ni los fenicios ni los cartagineses enterraban sus muertos del modo que lo están los de las fortificaciones del Ohio. Los egipcios practicaban una costumbre parecida; pero las momias estaban embalsamadas y las de las tumbas americanas no lo están; y no se diga que faltaban los ingredientes, pues las gomas, resinas, alcanfores y sales se encuentran por do quiera.

¿Habrá existido la Atlántida de Platon? ¿El Africa en los siglos desconocidos, se extendería á la América? Sea lo que quiera, es indudable que una nacion ignorada ha morado en aquellos desiertos, nacion superior á las generaciones indias del presente. ¿Cuál era esta nacion? ¿Qué revolucion la ha destruido? ¿Cuándo ha acaecido este acontecimiento? Cuestiones son estas que nos conducen á la inmensidad del pasado, donde los siglos, como los sueños, solo producen confusion.

Las obras de que me ocupo se encuentran á la embocadura del gran Miamis, en la del Muskingum, en la especie de *puerto de la Tumba*, y en uno de los brazos del Scioto: los que costean este rio ocupan un espacio de mas de dos horas de camino, bajando hacia el Ohio. En el Kentucky, á lo largo del Teneseo, y en el país de los Siminoles, no se puede dar un paso sin descubrir algunos vestigios de esos monumentos.

Los indios están acordes en que cuando sus padres vinieron del Oeste hallaron las obras del Ohio tal como hoy se encuentran, variando solo la fecha de esta emigracion india de Ocaso á Levante, segun la nacion que lo refiere. Los Chicassas, por ejemplo, llegaron á los fuertes que cubren las fortificaciones, hace dos siglos, y tardaron siete años en realizar su viaje, no marchando mas que una vez cada año, y llevando consigo los caballos robados á los españoles, de cuya presencia huian.

Otra tradicion pretende, que las obras del Ohio hayan sido hechas por los indios blancos. Estos, segun los indios rojos, debian haber venido de Oriente, y cuando dejaron el lago sin orillas (el mar), estaban vestidos como los de las carnes blancas de hoy.

Fundándose en esta débil tradicion, se ha dicho que hacia el año 1170, Ogan, principe del país de Gales, ó bien su hijo Madoc, se embarcó con una gran parte de sus súbditos (1), y abordó á unos países desconocidos, hacia el Occidente. ¿Pero es posible imaginar que los descendientes de aquel galo hayan podido construir las obras del Ohio, cuando se les supone perdidas todas las artes, y reducidos á un puñado de guerreros errantes, y vagando por los bosques como los demás indios?

Háse tambien pretendido que en las fuentes del Missouri viven numerosos pueblos civilizados, resguardados por recintos militares, semejantes á los de las orillas del Ohio; que estos pueblos se sirven de caballos y otros animales domésticos; que tienen

ciudades y caminos públicos, y que son gobernados por reyes (2).

La tradicion religiosa de los indios acerca de los monumentos de sus desiertos, no está conforme con su tradicion histórica. Hay, dicen ellos, en medio de aquellas obras una caverna que la atribuyen ser la del Grande Espiritu, de aquel Grande Espiritu que crió en ella los Chicassas. El país en aquel tiempo, estaba cubierto de agua, viendo lo cual el Grande Espiritu, fabricó muros de tierra para poner á secar sobre ellos á los Chicassas.

Pasemos á la descripcion del curso del Ohio. Este rio está formado por la reunion del Monongahela y del Alleghany: el primero nace al Sur en las montañas Azules ó Apalaches; y el segundo en otra cadena de aquellas montañas, situada al Norte entre los lagos Erié y Outario, comunicándose el Alleghany con el primero de estos por medio de una corta travesía. Ambos rios se unen mas abajo del fuerte, llamado antiguamente fuerte Duquesne, y hoy el fuerte Pitt ó Pittsburgh: su confluencia se verifica al pié de una alta colina de carbon de piedra, y mezclándose sus aguas pierden sus nombres, siendo solo conocidas con el de Ohio, que significa con razon *hermoso rio*.

Mas de sesenta rios enriquecen á este con su caudal, y aquellos cuyo curso viene del Este y Mediodia salen de las alturas que dividen las aguas tributarias del Atlántico, de las que bajan al Ohio y Missisipi: los que nacen al Oeste y al Norte manan de las colinas, cuya doble vertiente alimenta los lagos del Canadá, y provee al Misisipi y al Ohio.

El espacio que recorre este último rio ofrece en su conjunto un ancho valle, limitado por colinas de iguales alturas; pero á medida que se viaja por las aguas, desaparecen los detalles.

Imposible es hallar un suelo mas fecundo que las tierras regadas por el Ohio, pues en sus colinas se producen selvas de pinos rojos, bosques de laureles, mirtos, arces de azúcar y encinas de cuatro especies: los valles dan nogales, alisos, fresnos y tulíperos, y los pantanos producen el abedul, el álamo y el ciprés-calvo. Los indios hacen estofas con la corteza del álamo; comen la cutícula del abedul; emplean la sávia de la *bourgine* para curar la fiebre y cazar las serpientes; la encina les provee de flechas, y el fresno de canoas.

Las yerbas y las plantas son en extremo variadas, pero las que cubren las campiñas son: la yerba de búfalo, de siete á ocho pies de alto; la yerba trifolia, la avena-loca ó arroz silvestre, y el añil.

En un suelo fertilísimo se encuentra generalmente á cinco ó seis pies de profundidad, un lecho de piedra blanca, base de un excelente humus; pero á medida que el viajero se aproxima al Misisipi, halla primero una superficie de tierra fuerte y negra, despues una capa de greda de diversos colores, y por último bosques de cipreses-calvos, hundidos en el cieno.

Al borde del Chanon, y á doscientos pies de profundidad del agua, se pretende haber visto trazados caracteres en las paredes de un precipicio, y de aquí se ha inducido que el agua corria en otro tiempo á aquel nivel, y que sin duda naciones desconocidas escribieron aquellas letras misteriosas al pasar por el rio.

(2) Hoy son ya conocidas las fuentes del Missouri, y no se ha encontrado en aquellas regiones mas que saivajes. Tambien es necesario relegar á la fábula, por iguales razones, la historia de un templo en que se halló una Biblia, que no podia ser leida sino de los indios blancos, poseedores del templo, y que habian perdido el uso de la escritura. Por lo demás, la colonizacion de los rusos al Nor-Oeste de América, ha podido muy bien haber servido de fundamento á la creencia de haberse establecido un pueblo blanco en las fuentes del Missouri, que ha venido repitiéndose de boca en boca.

hallárselas en el diario titulado: *Nuevos anales de los viajes*.

(1) Esta es una alteracion de las tradiciones islándicas, y de las historias poéticas de los Saggas.

Una transición súbita de temperatura y de clima, se observa en el Ohio: en las cercanías de Canaway, el ciprés-calvo cesa de crecer; los sasafrás desaparecen, y las selvas de encinas y de olmos se multiplican. Todo toma un colorido diferente: los verdes se oscurecen, y los matices se hacen mas sombríos.

En el río puede decirse que no hay mas que dos estaciones: cayendo las hojas repentinamente en noviembre, las nieves se suceden inmediatamente, y apareciendo despues el viento Nor-Oeste, se establece por completo el reinado del invierno. Un frío seco que disipando toda clase de bruma, descubre el cielo en toda su pureza, continúa hasta el mes de marzo; entonces el viento torna al Nord-Este, y en menos de quince días, los árboles cargados de escarcha, aparecen cubiertos de flores. El estío se confunde con la primavera.

La caza es abundante. Los patos nadadores, las pardillas azules, los cardenales y los gilgueros purpúreos brillan entre el verdor de los árboles; el ave *whet-shaw* imita el ruido de la sierra; el ave-gato maulla, y los papagayos, que toman algunas palabras, revoloteando al rededor de las habitaciones, las repiten en los bosques. Un gran número de estas aves se alimentan de insectos: la oruga verde del tabaco, el gusano de una especie de morera blanca, las moscas de luz y la araña acuática les sirven principalmente de alimento; pero los papagayos, reuniéndose en grandes bandadas, devastan de tal modo las sementeras, que se concede una prima al que presente una cabeza de estas aves, así como al que consigue dar caza á las ardillas.

El Ohio ofrece poco mas ó menos los mismos peces que el Misisipí, siendo muy comun coger truchas de treinta y treinta y cinco libras, y una especie de esturion que tiene la cabeza en forma de paleta de remo.

Continuando el curso del Ohio, se pasa un pequeño río llamado el Lic de los grandes huesos. Llámase *lic* en América á los bancos formados de una tierra blanca un poco gredosa, que los búfalos se complacen en lamer, y en la cual abren surcos con la lengua. Los excrementos de estos animales están tan impregnados de la tierra del lic, que parecen trozos de cal. La causa de buscar los búfalos estos lics, es la mucha sal que contienen, sales que sirven para curar á los rumiantes de los torozones que les produce la crudeza de las yerbas. Esto no obstante, las tierras del valle del Ohio no son saladas al gusto, sino que por el contrario, son extraordinariamente insípidas.

El lecho río del Lic es uno de los mayores que se conocen, y los vastos caminos que los búfalos han trazado á través de las yerbas para llegar á él, serian espantosos, si no se supiese que estos toros salvajes son las criaturas mas pacíficas. En este lic se ha descubierto una parte del esqueleto de un elefante, fósil; el hueso de la pierna pesa 70 libras; las costillas cuentan en su curvatura siete piés, y la cabeza tres de largo; los dientes molares tienen cinco pulgadas de ancho por ocho de alto, y las defensas catorce pulgadas de la raíz á la punta.

Despojos semejantes han sido hallados en Chile y Rusia, y los tártaros pretenden que el elefante, fósil existe en su país en la embocadura de los ríos, asegurándose tambien que los cazadores lo han perseguido al Oeste del Misisipí. Si la raza de estos animales ha perecido, ¿cómo creer cuándo se ha verificado aquella destruccion en países tan diversos y en climas tan diferentes? Nada sabemos acerca de esto, y sin embargo, diariamente pedimos cuenta á Dios de sus obras.

El Lic de los grandes huesos está á cerca de treinta millas del río Kentucky, y á ciento ocho proximamente de las corrientes del Ohio. Las márgenes del río Kentucky están abiertas á pico á modo de muros, y se descubre en aquel lugar un camino hecho

por los búfalos que bajan de lo alto de una colina, de las fuentes de betun que se puede quemar á guisa de aceite, de las grutas embellecidas por columnas naturales, y de un lago subterráneo que se extiende á distancias desconocidas.

En la confluencia del Kentucky y del Ohio, el paisaje despliega una pompa extraordinaria: allí se ven rebaños de cabras, que desde la punta de una roca miran al hombre deslizarse sobre las aguas; allí se admiran bosquecillos de pinos que á manera de ramilletes se proyectan horizontalmente en las ondas, y por último risueñas praderas que se dilatan hasta perderse de vista, mientras que las selvas extendiéndose á manera de preciosos cortinajes, ocultan la base de algunas montañas, cuya cima aparece en lontananza.

Este país tan magnífico se llama sin embargo el Kentucky, del nombre de su río, que significa *río de sangre*, debiendo este funesto nombre á su belleza misma: por espacio de mas de dos siglos se disputaron la caza de aquel bello país, las naciones del partido de los queroqueses y las del de los iroqueses. En aquel campo de batalla ninguna tribu india osó fijar su residencia: los sawanoes, los miamis, los piankicawoes, los wayoes, los kaskasias, los delawarees y los illiuees, todos iban alternativamente á combatir-se allí; pero jamás se elevó en aquella extension una choza india. Solo hácia el año 1752 fue cuando los europeos empezaron á saber algo positivo acerca de los valles situados al Oeste de los montes Alleghany, llamados primero las *montañas Enedles* (sin fin), ó *Kittaniny* ó *montañas Azules*. Empero Charlevoix, en 1720, habia ya hablado del curso de Ohio, y el fuerte Duquesne, hoy fuerte Pitt (Pitt's-Burgh), fue construido por los franceses en la union de los dos ríos, fuentes del Ohio. En 1752, Luis Evant publicó un mapa del país situado en el Ohio y Kentucky; Jacobo Macbrive hizo una excursion á aquel desierto en 1754; Jones Finley penetró en él en 1757; y por último el coronel Boone lo descubrió por completo en 1769, y se estableció en él con su familia en 1775. Preténdese que el doctor Wood y Simon Kenton fueron los primeros europeos que bajaron el Ohio en 1773 desde el fuerte Pitt hasta el Misisipí; pero el orgullo nacional de los americanos les conduce á atribuirse el mérito de la mayor parte de los descubrimientos al Occidente de los Estados-Unidos: debe no obstante tenerse presente que los franceses del Canadá y de la Luisiana, que llegaron por el Norte y Mediodía, recorrieron aquellas regiones mucho tiempo antes que los americanos que vinieron de la parte de Oriente, y que incomodaron en su ruta á la confederacion de los Creeks, y á los españoles de las Floridas.

Esta tierra comenzó (1791) á poblarse por las colonias de la Pensilvania, de la Virginia y de la Carolina, y por algunos de mis desgraciados compatriotas, que huyeron de los primeros furiosos de la revolucion.

¿Las generaciones europeas serán mas virtuosas y mas libres en aquellas regiones que las generaciones americanas que han exterminado? ¿Los esclavos no labrarán ya la tierra bajo el látigo de su señor, en aquellos desiertos donde el hombre ostentaba su independencia? ¿Las prisiones y calabozos no reemplazarán á la cabaña abierta y la alta encina que no lleva mas que el nido de las aves? ¿La riqueza del suelo no hará nacer nuevas guerras? ¿El Kentucky cesará de ser la *tierra de sangre*, y los edificios humanos embellecerán las orillas del Ohio mejor que los monumentos de la naturaleza?

Del Kentucky á las corrientes del Ohio se cuentan cerca de 80 millas, y estas corrientes ó cascadas están formadas por una roca que se extiende bajo el agua en el lecho del río: su descenso no es ni peligroso, ni difícil, pues su caída media no es mas que de cuatro ó cinco piés en el espacio de un tercio de legua. El río

se divide en dos canales mediante unas islas agrupadas en medio de las cascadas, y cuando uno se abandona á la corriente, se puede pasar sin aligerar el bajel; pero es imposible cortarla sin disminuir su carga.

El rio por la parte de las corrientes, tiene una milla de ancho, y deslizándose la vista por el magnífico canal se detiene á alguna distancia, mas abajo de su cai-

da, en una isla cubierta de un bosque de olmos adornados con guirnaldas de lianas y vides virgenes.

Por el Norte se descubren las colinas que forman el *Puertecillo de plata*: la primera de ellas humedece su planta perpendicularmente en el Ohio, y su masa, labrada en grandes facetas rojas, está decorado con infinidad de plantas: otras colinas paralelas, coronadas



CHATEAUBRIAND EN LA CATARATA DEL NIAGARA.

de selvas se elevan por detrás de la primera, y van alejándose las miradas á medida que se van dirigiendo hacia el cielo, hasta que su cima, herida por la luz, se tiñe del color de aquel y desaparece.

Por el Mediodía se dilatan extensas sábanas sem-

bradas de bosquecillos y cubiertas de búfalos, los unos tendidos, los otros errantes, estos pasciendo la yerba, aquellos parados en grupos y oponiéndose unos á otros sus cabezas bajas. En medio de este cuadro, las cascadas, segun son heridas por los rayos del sol,

azotadas por los vientos ó sombreadas por las nubes, se elevan en borbotones de oro, blanquean como la espuma, ó ruedan á manera de olas brujadas.

Mas abajo de las cascadas le alza un islote donde los cuerpos se petrifican: este islote está cubierto de agua en las épocas de los desbordamientos, y se pre-

tende que la virtud petrificante concedida á este pequeño rincón de tierra, no se extiende á la ribera vecina.

Desde las cascadas á la embocadura del Wabash se cuentan trescientas diez y seis millas. Este rio comunica por medio de una travesía de nueve millas,



RIBO

EL BISONTE.

con el Miamis del lago que descarga sus aguas en el Erié. Las riberas del Wabash son elevadas y en ellas se ha descubierto una mina de plata.

A noventa y cuatro millas mas abajo de la embocadura del Wabash, comienza un bosque plantado de

cipreses, y desde este hasta los bancos Amarillos, bajando siempre por el Ohio, hay cincuenta y seis millas, dejando á la izquierda las embocaduras de ambos rios, que están á diez y ocho millas de distancia uno de otro.

El primero de estos rios se llama el Queroqués ó el Teneseo, que saliendo de los montes que separan las Carolinas y las Georgias de las tierras llamadas del Oeste, corre de Oriente á Occidente por su falda con una corriente rápida y tumultuosa en esta primera parte de su curso : en seguida se dirige súbitamente al Norte, y engrosado con muchos afluentes, derrama sus aguas por las tierras que le costean, deteniendo sus ondas como para descansar despues de una huida precipitada de cuatrocientas leguas. A su embocadura, tiene seiscientas toesas de ancho y en un estrecho llamado Gran-Rodeo, presenta una cascada de una legua de extension.

El segundo rio, conocido con el nombre de Shanawon ó el Cumberland, es el compañero de Queroqués ó del Teneseo, y despues de haber pasado con él su infancia en las mismas montañas, desciende tambien con él á las llanuras. Hacia la mitad de su carrera, obligado á abandonar el Teneseo, se apresura á correr lugares desiertos; y los dos gemelos, aproximándose hacia el final de su vida, espiran á alguna distancia uno de otro, en el Ohio que los reúne.

El país que riegan estos rios está generalmente entrecortado de colinas y valles, regados por una multitud de riachuelos; pero esto no obstante en el Cumberland se ven sembradas algunas llanuras de cañas, y grandes extensiones de terreno cubiertas de cipreses. Los búfalos y las cabras abundan en este país, habitado aun por naciones salvajes, y particularmente por los Queroqueses. Los cementerios indios son frecuentes: triste prueba de la antigüedad de estos desiertos.

Ya he dicho que el camino del gran bosque de cipreses del Ohio, á los bancos Amarillos, se calcula en cincuenta y seis millas proximamente; y ahora añadiré que los bancos Amarillos se llaman así del color que les es propio: colocados en la orilla septentrional del Ohio, continuamente se ven lamidos por la corriente, en extremo caudalosa en esta parte. El Ohio tiene en casi toda su extension dos riberas, una para la estacion de los desbordamientos, y otra para los tiempos de sequia.

De los bancos Amarillos hasta la embocadura del Ohio, en el Misisipi, por los 36° 51' de latitud, se cuentan proximamente treinta y cinco millas.

Para describir acertadamente la confluencia de los dos rios, es preciso suponer se parte de una pequeña isla situada bajo la ribera oriental del Misisipi y se entra en el Ohio: á la izquierda se descubre el Misisipi, que corre en este estrecho casi de Este á Oeste, y presenta una gran masa de agua turbia y tumultuosa; á la derecha, el Ohio, transparente como el cristal y pacífico como el aire, viene lentamente del Norte al Sur describiendo una curva graciosa, y ambos en las estaciones medias, tienen cerca de dos millas de ancho en el momento de su encuentro. El volumen de sus aguas es casi el mismo; y los dos rios, oponiéndose una resistencia igual, detienen su curso y parecen dormir juntos durante algunas horas en su lecho comun.

El punto donde confunden sus aguas está elevado como unos veinte piés sobre las aguas; y este cabo cenagoso, compuesto de limo y arena, se cubre de cáñamo silvestre y de una especie de vid que se arastra por el suelo ó trepa á lo largo de los tallos de la yerba de búfalo; las encinas-sauces crecen tambien en aquella lengua de tierra que desaparece en las grandes inundaciones; y los rios desbordados y confundidos, ofrecen á la vista un vasto lago.

La confluencia del Missuri y del Misisipi ofrece tal vez un espectáculo mas extraordinario. El Missuri, rio fangoso de aguas blancas y cenagosas, se precipita con violencia en el puro y tranquilo Misisipi, y arrancando de las riberas grandes trozos de arena en la estacion florida, forma islas flotantes que bajan por

su corriente con sus árboles cubiertos de hojas y de flores, y que ora en pié, ora medio caidos, presentan una escena maravillosa.

De la embocadura del Ohio á las minas de hierro de la costa oriental del Misisipi, se cuentan solo quince millas de distancia; y de las minas situadas á la embocadura del rio Chicassas, sesenta y siete, necesitándose andar ciento cuatro millas para llegar á las colinas del Margeta, que riegan el pequeño rio de su nombre: sitio en que abunda extraordinariamente la caza.

¿Qué causa extraña produce el encanto de la vida salvaje? ¿por qué el hombre mas acostumbrado á ejercitar su pensamiento, se olvida alegremente desí mismo en el tumulto de una cacería? Correr por los bosques, perseguir las bestias montaraces, construir la choza que ha servir de abrigo, encender la hoguera protectora, llevar uno mismo el alimento que ha de restaurar las fuerzas perdidas, y situarse al lado de una fuente, son ciertamente placeres indescriptibles; y tanto es así, que muchos europeos han reconocido la importancia de este goce y lo han preferido á otros mil, mientras que el indio muere de pesar si se le encierra en el reducido limite de nuestras ciudades. Esto prueba que el hombre es mas bien un ser activo que un ser contemplativo; que en su condicion natural abraza pocas necesidades, y que la sencillez del alma es una fuente inagotable de dicha.

Desde el rio Margeta al de San Francisco se recorren setenta millas; y este que debe su nombre á los franceses, es aun para ellos el sitio de reunion para la caza.

Desde el rio de San Francisco á las Akansas ó Arkansas se cuentan ciento ocho millas, y aun cuando los habitantes de este país son los que mas nos estiman, todos los indios, en general, aprecian mas á mis compatriotas que á ninguno de los demás europeos, debiéndose sin duda esta diferencia al genio alegre de los franceses, á su extraordinario valor, á su afición á la caza y aun á la vida salvaje, como si la civilizacion en su extension mas lata se aproximase al estado natural.

El rio Akansas es navegable en canoa en mas de cuatrocientas cincuenta millas, y corre á través de una hermosa comarca; el nacimiento de este rio parece ocultarse en las montañas del Nuevo-Méjico.

Del rio de los Akansas al de los Yazous, hay ciento cincuenta y ocho millas, contando este último cien toesas de ancho en su embocadura. En la estacion lluviosa puede el Yazou ser navegable por grandes bajeles en mas de ochenta millas de extension, obligádoles á tomar una travesía una pequeña catarata que en él se forma. En otro tiempo habitaban los diversos brazos de este rio los Yazous, los Chactas, los Chicassas, y los Natchez, que formaban un solo pueblo con los primeros.

La distancia que media entre los Yazous y los Natchez, cruzándola por el rio, se divide de este modo: desde las costas de los Yazous al Bayouk-Negro, treinta y nueve millas; del Bayouk-Negro al rio de las Piedras, treinta, y del rio de las Piedras á los Natchez, diez.

Desde las costas de los Yazous hasta el Bayouk-Negro, el Misisipi está sembrado de islas, y dando diversas vueltas y revueltas, ofrece en sus dimensiones dos millas de ancho próximamente, por ocho ó diez brazas de profundidad. Esta distancia se disminuiría, sin embargo muy fácilmente, cortando las puntas de tierra que hacen tan tortuoso su curso, pues la distancia de Nueva-Orleans á la embocadura del Ohio, que solo es de cuatrocientas sesenta millas en linea recta, es de ochocientos cincuenta y seis por el rio, trayecto que podría reducirse á menos de doscientas cincuenta millas.

El espacio que media entre el Bayouk-Negro y el

rio de las Piedras, está sembrado de canteras, las primeras que se encuentran desde la embocadura del Misisipi hasta este pequeño rio, que ha tomado de ellas su nombre.

El Misisipi está sujeto á dos inundaciones periódicas, una en primavera y otra en otoño, siendo la primera la mas considerable, pues empieza generalmente en mayo y acaba en junio; durante este período corre cinco millas por hora, velocidad que con corta diferencia llevan en su ascension las contra-corrientes; ; admirable prevision de la naturaleza! porque sin estas contra-corrientes á duras penas podria surcarse el rio (1). En aquella época el agua se eleva á gran altura, é inundando las riberas, no torna al seno del rio de donde ha salido, sino que á semejanza de las aguas del Nilo, permanece en el terreno que ha anegado, ó filtrándose penetra el suelo, que deja abonado con un fértil sedimento.

La segunda crecida tiene lugar á consecuencia de las lluvias de octubre, pero no es tan considerable como la de la primavera. Durante estas inundaciones el rio arrastra grandes trozos de madera y hace oír mugidos terribles. La velocidad ordinaria de la corriente de este rio es de cerca de dos millas por hora.

Las tierras de escasa elevacion que costean el Misisipi, desde Nueva-Orleans hasta el Ohio, están casi todas en la orilla izquierda; pero se acercan ó alejan á mayor ó menor distancia del canal, dejando algunas veces entre ellas y el rio grandes sábanas de muchas millas de anchura. Las colinas no siempre cubren paralelamente la orilla, pues tan pronto divergen en forma de rayos á largas distancias, y presentan en las perspectivas que ofrecen, valles plantados de mil clases de árboles, ó vienen á converger al rio y forman una multitud de cabos que se retratan en las ondas. La ribera derecha del Misisipi es plana, cenagosa y no ofrece el menor accidente, con cortas excepciones, viéndose solo brincar á los búfalos por entre las altas cañas verdes ó doradas que la decoran, ó brillar las aguas de una multitud de estanques llenas de aves acuáticas.

Los peces del Misisipi son la perca, el sollo, el esturion y otros, pescándose tambien langostas enormes.

Las tierras situadas alrededor del rio, producen el ruibarbo, el algodón, el añil, el azafran y el lino silvestre; un gusano del país hila una seda bastante fuerte; el azadon saca de algunos riachuelos ostras de perlas, nacidas en unas aguas que no ofrecen la menor belleza, y se conoce una mina de azogue, otra de lapis-lázuli y algunas de hierro.

El resto del manuscrito contiene la descripción del país de los Natchez, y la de la corriente del Misisipi hasta Nueva-Orleans, descripciones que se hallan completas en la *Atala* y los *Natchez*.

Inmediatamente despues de la descripción de la Luisiana, se hallan en el manuscrito algunos extractos de los viajes de Bartram, traducidos por mí con bastante cuidado, y á los que he intercalado reflexiones, rectificaciones, observaciones, adiciones y descripciones propias, poco mas ó menos como las notas puestas por Mr. Ramond á su traduccion del *Viaje de Coxe en Suiza*. Pero en mi trabajo, el todo está mucho mas enlazado; de modo, que no solo es casi imposible separar lo que es mio de lo que pertenece á Mr. Bartram, sino que es difficilísimo reconocerlo. Dejo, pues, este trozo tal y como está bajo el título de

DESCRIPCION DE ALGUNOS SITIOS EN EL

INTERIOR DE LAS FLORIDAS.

Éramos impelidos por un viento fresco. El rio iba á perderse en un lago que se abria á nuestra vista, y que formaba un recinto de cerca de nueve leguas de circunferencia. Tres islas se elevaban en medio de aquel lago, y haciendo vela hácia la mayor, llegamos á ella á las ocho de la mañana.

Desembarcamos en la orilla de un llano de forma circular, y pusimos al abrigo nuestra canoa bajo un grupo de castaños que crecian casi en el agua. Construimos nuestra choza en una pequeña eminencia, acomodándonos en nuestra faena la brisa, que silbando, refrescaba con su soplo el lago y las selvas. Nos desayunamos con galletas de maiz y nos dispersamos en la isla, unos para cazar y otros para pescar ó coger plantas.

Allí observamos una especie de hibiscos, yerba enorme que crece en los lugares bajos y húmedos, se eleva á mas de diez ó doce piés, y termina en un cono extremadamente agudo; las hojas lisas, ligeramente surcadas, están avivadas por bellas flores carmesies que se descubren á gran distancia.

El agave viviparo crecía aun á mayor altura en aquella puertos salados, y presentaba una selva herbácea de treinta piés de altura. La semilla madura de aquella planta germina muchas veces sobre la planta misma, de suerte que la nueva cae á tierra en todo su incremento. Como el agave viviparo crece frecuentemente á la orilla de las aguas corrientes, sus semillas desnudas arrebatadas por las ondas estarian expuestas á perecer; pero la naturaleza, siempre previsora, las ha hecho desarrollarse en la planta madre para prevenir estos casos particulares y para que con este objeto puedan fijarse en tierra por sus pequeñas raíces, escapándose, por decirlo así, del seno materno.

La pincia de América es comun en la isla, y su tallo, parecido al de un junco nudoso, está adornado de hojas como las del peral: los salvajes la llaman *apoyamasi*. Las jóvenes indias de mala vida machacan esta planta entre dos piedras y se frotan con ella el seno y los brazos.

Atravesamos una pradera sembrada de jacobas de flores amarillas de alceas, de penachos de color de rosa, y de obelias de zumo purpúreo; y los ligeros vientos que reinaban jugueteando con las copas de estas plantas, ya mecian aquellas masas formando oleadas doradas, rosadas ó purpúreas, ya trazaban en la verdura profundos surcos.

La polygala, tan abundante en los terrenos cenagosos, se asemejaba por su forma y color á los *senins* del mimbres rojo, y sus ramas, ya se arrastraban por la tierra ya se elevaban en el aire: esta planta tiene un cierto sabor amargo y aromático. Junto á ella crecía el convólulo de las Carolinas, con hojas lanceoladas, y ambas se encuentran allí donde hay serpientes de cascabel; la primera cura su mordedura, y la segunda es tan poderosa, que los salvajes, despues de haberse frotado bien las manos con ella, manejan impunemente estos formidables reptiles. Los indios cuentan que el Gran Espíritu ha tenido piedad de los guerreros de la carne roja y de las *piernas desnudas*, y él mismo ha sembrado aquellas yerbas saludables, á pesar de la reclamacion de las almas de las serpientes.

Reconocimos la serpentaria en las raíces de los árboles corpulentos; el árbol para el dolor de muelas, cuyo tronco y ramas espinosas abundan en protuberancias del grueso de un hueso de paloma; y la arctostá ó cañaleja, cuya cereza roja crece entre los musgos y cura los flujos hepáticos. El *rhamnus* que tiene la

(1) Esta dificultad está vencida con los barcos de vapor.

propiedad de cazar las culebras, brotaba vigorosamente en las aguas estancadas cubiertas de moho.

Un espectáculo inesperado hirió nuestras miradas: descubrimos una ruina india situada sobre una elevación á la orilla del lago: hácia la izquierda se levantaba un cono de tierra de cuarenta á cuarenta y cinco piés de alto, y de este cono partía un camino antiguo, trazado por entre un magnífico bosque de magnolias y encinas verdes, que iba á desembocar en una sábana. Algunos fragmentos de vasos y diferentes utensilios estaban dispersos en todas direcciones y aglomerados con fósiles, conchas, petrificaciones de plantas y osamentas de animales.

El contraste de aquellas ruinas con la juventud y lozanía de la naturaleza, aquellos monumentos humanos en un desierto donde creíamos ser los primeros que penetraban, nos causaron una sorpresa extraordinaria. ¿Qué pueblo había habitado aquella isla? Su nombre, su raza y el tiempo de su existencia todo era desconocido; vivió tal vez cuando el mundo que lo ocultaba en su seno era aun ignorado de las otras tres partes de la tierra. El silencio de aquel pueblo es quizá contemporáneo del ruido que hacían grandes naciones europeas, caídas á su vez en el silencio, y que no han podido legarnos sino ruinas.

Examinamos las del desierto: de las cavidades arenosas del túmulo salía una especie de adormidera de flor rosácea, al fin de un tallo inclinado de color verde pálido. Los indios sacaban de la raíz de aquella adormidera una bebida soporífera, y así el tallo como la flor, tenían un olor agradable que se comunicaba á la mano cuando se la tocaba. Esta planta había sido creada para adornar la tumba de un salvaje: sus raíces producen el sueño, y el perfume de su flor, sobreviviendo á la flor misma, es una imagen tierna del recuerdo que deja en la soledad una vida inocente.

Continuando nuestro camino y observando los musgos, las gramíneas inclinadas, los arbustos desmelenados y aquella multitud de plantas de aspecto melancólico, propias para decorar las ruinas, observamos una especie de *anethus* piramidal de siete á ocho piés de altura, con hojas oblongas y dentadas y de un verde negruzco y flor amarilla. Esta flor empieza á abrirse por la tarde, y permanece en este estado toda la noche; la aurora la encuentra en todo su brillo; pero hácia la mitad de la mañana se marchita, y cae al medio día: cierto es que no vive mas que algunas horas; pero las pasa bajo un cielo sereno. ¿Qué importa entonces la brevedad de su vida?

A algunos pasos de allí se extendía una faja de mimosas ó sensitivas, plantas que en las canciones de los salvajes, merecen el honor de ser el símbolo del alma de una joven. (1)

Al volver á nuestro campo atravesamos un riachuelo cuyas orillas estaban sembradas de dióneas, zumbando en torno nuestro una multitud de efímeras. Había también en aquel parterre tres especies de mariposas, una blanca como el alabastro, otra negra como la pez, con alas listadas de amarillo, y la tercera con cola hendida y cuatro alas barreadas de azul y sembradas de anillos purpúreos. Estos insectos atraídos, por las dióneas, se posaban sobre ellas; pero apenas habían tocado sus hojas se cerraban estas y envolvían su presa.

Vueltos á nuestro ajoupa fuimos á pescar para consolarnos del poco éxito de la caza. Embarcados en la canoa con las redes y la liga, costeamos la parte oriental de la isla rozando con las algas extendidas á lo largo de aquellos cabos sombreados por frondosas arboledas: la trucha era tan voraz que le poníamos anzuelos sin cebo; pero el pez que mas abundaba en aque-

llas aguas era el llamado *de oro*. Imposible es ver cosa mas bella que este pequeño rey de las ondas: tiene cerca de cinco pulgadas de largo; su cabeza es de color ultramar; sus costados y vientre brillan como el fuego; una faja longitudinal de color oscuro atraviesa sus costados, y el iris de sus anchos ojos resplandece como el oro bruñado. Este pez es carnívoro.

A alguna distancia de la ribera, y á la sombra de un ciprés-calvo, observamos unas pequeñas pirámides cenagosas, que elevándose debajo del agua, llegaban hasta su superficie. Una legión de peces de oro sitiaba en silencio aquella ciudadela. Repentinamente el agua se remueve y los peces de oro huyen. Varios cangrejos armados de tijeras salen de la plaza insultada y llenan de turbación á sus brillantes enemigos. Pero bien pronto las bandadas esparcidas vuelven á la carga, haciendo replegar á su vez á los sitiados, y la brava pero lenta guarnición, entra reculando en la fortaleza para reponerse del sobresalto.

El cocodrilo flotando como el tronco de un árbol, la trucha, la perca, y otros, entre ellos, el salgo, el pez-tambor y el pez de oro, todos enemigos mortales unos de otros, nadan en confusión en el lago, y parecen haber hecho tregua á fin de gozar en común de la hermosura de la tarde, pintándose el fluido azulado con sus cambiantes colores. Las ondas estaban tan puras, que se hubiera creído poder tocar con el dedo á los actores de aquella escena que se solazaban á veinte piés de profundidad en su gruta de cristal.

Para volver á ganar la bahía donde teníamos nuestro campamento, no tuvimos que hacer mas que dejarnos llevar por las aguas y las brisas: el sol se acercaba á su ocaso, y en el primer plano de la isla aparecían encinas verdes, cuyas ramas horizontales formaban una especie de parasol, y azaleas que brillaban como redes de coral.

Detrás de este primer término se elevaban los árboles mas encantadores de aquella region, entre los que descuellan los papayos con su tronco recto, gris y entretreído, que sostiene á la altura de veinte y cinco piés un grupo de largas hojas dobladas por su costilla, y que se dibujan como la S graciosa de un vaso antiguo. Los frutos, en forma de pera, están colocados alrededor del tallo, y fácilmente se los confundiría con el cristal, pareciendo el árbol entero una columna de plata ciselada, coronado por una urna corintia.

Y por último, en el tercer término se elevaban gradualmente en el aire las magnolias y los liquidámbares.

El sol se ocultaba por detrás de la cortina de árboles de la llanura, y á medida que descendía, los movimientos de la sombra y de la luz daban un carácter mágico á todo el cuadro: allí se deslizaba un rayo á través de la copa de una haya y brillaba como un carbunclo engastado en el follaje sombrío; aquí la luz divergía entre los troncos y las ramas, y proyectaba en los céspedes columnas prolongadas y enrejados móviles. En el cielo se veían nubes de todos colores, unas fijas, imitando gruesos promontorios ó antiguas torres cercanas á un torrente; otras flotando en forma de humaredas rosadas ó capullos de seda blanca. Un momento bastó para cambiar la escena aérea; y entonces se vieron bocas de fuego inflamadas, grandes montones de brasas, rios de lava, paisajes ardientes. Las mismas tintas se repetían sin confundirse: el fuego se destacaba del fuego, el amarillo pálido del amarillo pálido, el violeta del violeta: todo estaba resplandeciente, todo cubierto, penetrado, saturado de luz.

Pero la naturaleza se burla del pincel de los hombres, pues cuando se cree que ha agotado su mayor belleza, sonríe y se embellece de nuevo.

Á nuestra derecha estaban las ruinas indias; á nuestra izquierda nuestro campamento de cazadores. La isla desarrollaba ante nosotros sus paisajes grabados ó modelados en las ondas. Al Oriente, la luna,

(1) Todos estos diversos pasajes son míos; pero debo conceder á la verdad histórica que si viese hoy las ruinas indias de Alabama, rebajaría mucho su antigüedad.

tocando el horizonte parecia reposar inmóvil en las costas lejanas, y al Occidente, la bóveda celeste parecia fundida en un mar de diamantes y zafiros, en el cual el sol medio abismado, parecia disolverse.

Los animales de la Creacion, parecian como nosotros, admirados de aquel grandioso espectáculo: el cocodrilo vuelto hácia el astro del dia, lanzaba por su inmensa boca el agua del lago en borbotones, que al salir de aquella sima se teñian con la luz crepuscular; el pelícano, subido en una rama desecada, loaba á su manera al Señor de la naturaleza, mientras que la cigüeña se elevaba para bendecirle mas allá de las nubes!

Nosotros te cantaremos tambien, Dios del universo, ¡tú que prodigas tantas maravillas! La voz de un hombre se elevará con la voz del desierto; tú distinguirás los acentos del débil hijo de la mujer, en medio del rumor de las esferas que tu mano hace rodar, del mugido del abismo cuyas puertas has sellado.

A nuestra vuelta á la isla tuve una comida excelente: truchas frescas guisadas con cogollos de cañalijas, eran un bocado digno de la mesa de un rey, y por lo tanto era mas que un rey. Si la suerte me hubiera colocado en el trono, y una revolucion me hubiese precipitado de él, en lugar de arrastrar mi misera existencia en Europa, como Carlos y Jacobo, hubiera dicho á los ambiciosos: «Envidiais mi puesto, » pues bien, ensayad el oficio y vereis que no es tan » apetecible. Degollaos por mi vetusto manto; yo voy » á gozar en las selvas de la América de la libertad » que me habeis dado.»

Tuvimos un vecino convidado á comer: un agujero próximo á nosotros, y que se asemejaba bastante al cubil de un tejón, era la morada de una tortuga: el solitario salió de su gruta, y se puso á comer gravemente á la orilla del agua. Estas tortugas difieren poco de las de mar, pues solo tienen el cuello mas largo. Concedimos la vida á la reina de la isla.

Después de comer me senté solo en la ribera, y no se escuchaba otro ruido que el flujo y reflujo del lago prolongado á lo largo de las playas: las moscas de luz brillaban en la sombra, eclipsándose al pasar por los parajes alumbrados por la luz de la luna. Mi contemplacion nocturna me condujo á esa especie de éxtasis de los viajeros, que abstrayéndolos completamente, no conservan el menor recuerdo de sí mismos, y en aquel momento me sentia unido á la existencia del Gran Todo y vejetar con los árboles y las flores. Esta es sin duda, la disposicion de alma mas dulce para el hombre, porque entonces es feliz, pues hay en sus placeres cierto fondo de amargura, un no sé qué, que se pedria llamar la tristeza de la dicha. El éxtasis del viajero es una especie de plenitud de corazon y de vida intelectual que le deja gozar pacíficamente de la existencia: el pensamiento es el que turba la felicidad que Dios nos concede, porque el alma es pacifica, el espíritu inquieto.

Cuentan los salvajes de la Florida, que en una isla situada en el centro de un lago, viven las mujeres mas hermosas del mundo, y que los Muscogulos han querido intentar muchas veces la conquista de la isla mágica; pero huyendo ante sus canoas, las mansiones eliséicas, concluian por desaparecer: imagen natural del tiempo que perdemos en la prosecucion de nuestras quimeras. En este país habia tambien una fuente que daba la juventud: ¿quién querria rejuvenecerse?

Al dia siguiente abandonamos la isla antes de salir el sol, atravesamos el lago, y entramos en el rio que anteriormente habiamos bajado. Este rio estaba lleno de caimanes, animales peligrosos en el agua, sobre todo en el momento del desembarco. En tierra un niño puede adelantarse con solo andar al paso ordinario; pero para evitar sus celadas se prende fuego á las yerbas y matorrales, siendo un espectáculo curioso

ver grandes espacios de agua coronados de una cabellera de llamas.

Cuando el cocodrilo de aquellas regiones ha adquirido todo su incremento, tiene de veinte á veinte y cinco piés desde la cabeza á la cola, su cuerpo es grueso como el de un caballo, y el réptil tendria exactamente la forma del lagarto comun, si su cola no fuera comprimida por ambos lados como la de los peces. Su cuerpo está cubierto de escamas que resisten la accion de las balas exceptuando dos puntos vulnerables inmediatos á la cabeza y las patas. Su cabeza tiene cerca de tres piés de largo; sus narices son anchas, y la mandíbula superior es la única móvil, abriéndose en ángulo recto sobre la inferior: gruesos dientes semejantes á las defensas del jabalí que se ven salir por debajo de la primera, dan al monstruo un aspecto terrible.

La hembra del caiman pone en tierra huevos blancos, que cubre con yerbas y cieno, elevándose su número algunas veces hasta ciento. Estos huevos forman con el légamo de que están cubiertos, pequeños montoncillos de cuatro piés de altura por cinco de diámetro en su base, y el sol y la fermentacion de la arcilla hacen abrirse los huevos. Una hembra no distingue los suyos de los de otras, y una sola toma á su cuidado la custodia de las incubaciones del sol. ¿No es singular hallar entre los cocodrilos los hijos comunes de la república de Platon?

El calor nos sofocaba: navegábamos por entre las lagunas, y nuestras canoas hacian agua á causa de haber derretido el sol la paz del bordage. Frecuentes bocanadas abrasadoras venian con frecuencia de la parte del Norte, y nuestros corredores de bosques predecian una borrasca, porque la rata de las sábanas subia y bajaba incesantemente de las ramas de la encina-verde. Los mosquitos nos atormentaban de una manera espantosa, y en los sitios bajos y húmedos se distinguian fuegos fatuos.

Pasamos la noche muy mal á la intemperie, sin ajoupa, en una península formada por las lagunas, y en la que la luna y los demás objetos se veian confundidos en una niebla roja. Por la mañana cesó la brisa, y nos reembarcamos para tratar de ganar un lugar indio á algunas millas de distancia; pero nos fue imposible surcar por largo tiempo la corriente, y nos vimos obligados á desembarcar en la punta de un cabo cubierto de árboles, desde donde descubrimos una vista inmensa. Ligeras nubes aparecian alternativamente por debajo del horizonte hácia la parte Nord-Este, y se alzaban con lentitud por el cielo; preveíase una tormenta, y dispusimos un abrigo lo mejor que pudimos, con ramas de árboles.

El sol se nubla, y se escuchan los primeros retumbos del trueno: los cocodrilos responden á ellos con un sordo rugido como si un trueno respondiera á otro trueno. Una inmensa columna de nubes se extiende por la parte de Nord-Este y por la del Sud-Este; el resto del cielo se pinta con un color de cobre súcio y semitransparente, parecido al colorido del rayo. El desierto se ilumina con una luz falsa, y la tempestad suspendida sobre nuestras cabezas y próxima á estallar, ofrecen un cuadro lleno de grandeza.

La borrasca empieza, y para formarse una idea exacta de ella se puede imaginar un diluvio de fuego, sin viento ni agua; un olor de azufre llena la region del aire, y la naturaleza se ilumina como al resplandor de un incendio.

Inmediatamente se abren las catratas del abismo; las gotas de agua caen con tal precipitacion y tan espesas, que sus moléculas se unen, y un velo de agua confunde las nubes con la tierra.

Los indios dicen que el ruido del trueno es producido por aves de un tamaño desmesurado que se bañan en el aire, y por los esfuerzos que hace un viejo para vomitar una culebra de fuego; y en prueba de

esta asercion, muestran árboles donde el rayo ha trazado la imagen de una serpiente. Acontece con frecuencia que las tormentas incendian las selvas, y en este caso, el incendio no se extingue hasta que encuentra la corriente de algun río, convirtiéndose en lagos y pantanos estas selvas abrasadas.

El chorlito cuya voz se escucha en el cielo en medio de la lluvia y el trueno, nos anuncia el fin de la borrasca; y desgarrando el viento las nubes que vuelan quebradas á través del cielo, las siguen el trueno y los relámpagos íntimamente unidos á sus flancos: el aire se hace frio y sonoro, y solo quedan de aquel diluvio gotas de agua, que caen á manera de perlas de las hojas de los árboles. Nuestras redes y provisiones de viaje flotan en las canoas, llenas de agua hasta la escotadura de los remos.

El país habitado por los Creeks (confederacion de los Muscogulos, Siminoles y Queroqueses), es encantador. De distancia en distancia, la tierra está talarada por una multitud de recipientes que se llaman pozos, y que son mas ó menos anchos y mas ó menos profundos, segun el caudal que reciben por las comunicaciones subterráneas que tienen con los lagos, pantanos y rios. Todos estos pozos están colocados en el centro de una montaña plantada de los árboles mas bellos, y cuyos cóncavos senos, se asemejan á las paredes de un vaso lleno de un agua pura. Brillantes peces nadan en el fondo de sus aguas.

En la estacion de las lluvias, las sábanas se convierten en lagos sobre las cuales se elevan á manera de islas los montecillos de que acabamos de hablar.

Cuscowilla, aldea siminola, está situada sobre una cadena de colinas arcillosas, á cuatrocientas toesas de un lago: unos abetos separados unos de otros y tocándose solo por las copas, separan el pueblo y el lago, y entre sus troncos, á manera de columnatas, se distinguen varias cabañas, el lago y sus márgenes, unidas por un lado á las selvas, y por otro á las praderas. No de otro modo se muestran el mar, el llano y las ruinas de Atenas, á través de las columnas aisladas del templo de Júpiter Olímpico.

Difícil sería imaginar cosa mas hermosa que las cercanías de Apalachuela, la ciudad de la paz. Saliendo del río Chata-Uche, el terreno se eleva progresivamente apartándose del horizonte por el Occidente; pero no por medio de una pendiente uniforme, sino por una especie de plataformas sobrepuestas unas á otras.

A medida que se adelanta por aquellas especies de terrados, los árboles cambian segun la elevacion del suelo: al borde del río se crian encinas-sauces, laureles y magnolias; mas arriba saesafás y plátanos; despues pinos y nogales, y en el último terrado está plantado un bosque de encinas, entre las cuales se observa la especie que cria largos musgos blancos: esta selva está coronada por rocas desnudas y quebradas.

Multitud de riachuelos descendien serpenteando de aquellas rocas, y ora corren entre flores y verdadera, ora caen en cristalinascascadas. Cuando colocado al otro lado del río Chata-Uche se descubre aquella vasta escalinata, coronada por la arquitectura de las montañas, se creeria ver el templo de la naturaleza y las magníficas gradas que conducen á aquel monumento.

Al pié de este anfiteatro hay una llanura donde pacen rebaños de toros europeos, escuadrones de caballos de raza española, hordas de gamos y ciervos, batallones de grullas y pavos, que á manera de mármoles cubren de blanco y negro el fondo verde de aquella sámana. Aquella asociacion de animales domésticos y montaraces, y las chozas siminolas donde se descubren los progresos de la civilizacion á través de la ignorancia india, acaban de dar á aquel cuadro un carácter peculiar.

Aquí termina propiamente hablando el *Itinerario* ó

la Memoria de los sitios recorridos; pero quedando en las diversas partes del manuscrito una multitud de detalles acerca de las costumbres y usos de los indios, he reunido estos detalles en capítulos comunes, despues de haberlos revisado cuidadosamente, y unido á ellos mi narracion hasta la época actual. Despues de treinta y un años que han transcurrido desde mi viaje, las luces y las cosas se han modificado, así en el Antiguo como en el Nuevo-Mundo; y estos acontecimientos naturalmente habian de modificar las ideas y rectificar los juicios del escritor. Antes de pasar á las *Costumbres de los salvajes*, me será permitido trasladar algunos bosquejos de *Historia Natural* de la América Septentrional.

HISTORIA NATURAL.

CASTORES.

Cuando se observan por primera vez las obras de los castores, no se puede menos de admirar al que enseña á una pobre y pequeña bestia el arte de los arquitectos de Babilonia, y nada mas frecuente que envidiar el hombre, tan arrogante con su genio, la escuela de los castores.

Estas admirables criaturas buscan un valle donde corra un riachuelo, que atajan con una calzada: el agua, encontrando aquel obstáculo, se eleva y llena bien pronto el intervalo comprendido entre las dos colinas, y en este depósito construyen los castores sus habitaciones. Detallemos la construccion de la calzada.

Por cada uno de los lados opuestos de las colinas que forman el valle, empieza una serie de empalizadas entrelazadas con ramaje y revestidas con una especie de mortero. Esta primera serie de trabajos está resguardada por otra, colocada á quince piés mas atrás de la primera, y el espacio que media entre ambas está colmado de tierra.

El dique continúa avanzando con igualdad por ambos lados del valle, hasta que no queda ya mas que una abertura de unos veinte piés de largo en el centro; pero como en este punto la corriente obra con energía, los ingenieros cambian los materiales, y para evitar una catástrofe, refuerzan por el centro estas construcciones hidráulicas con troncos de árboles apilados unos sobre otros, y ligados en conjunto por un cemento parecido al de las empalizadas. Este dique, que con mucha frecuencia tiene cien piés de largo, por quince de alto y doce de ancho en su base, disminuye de espesor en una proporcion matemática á medida que se eleva, terminando en un plano horizontal de tres piés superficiales.

La parte de la calzada que está opuesta al agua, va bajando gradualmente en declive, mientras que la parte exterior conserva un perfecto aplomo.

Previsto todo esto, el castor calcula por la altura del dique, cuántos piés tendrá su habitacion futura, y sabe que pasado determinado número de piés, no debe temer los efectos de la inundacion, porque aunque la hubiese, pasaría sobre el dique. Por consecuencia, una morada que supere aquel dique le proporcionará un asilo en las grandes crecidas: algunas veces ademas practica una esclusa de seguridad que abre ó cierra segun las circunstancias.

El artificio de que se valen los castores para derribar los árboles, es sumamente curioso; debiéndose observar cuidan siempre de elegir los que se hallan á la orilla de algun río. Un número de trabajadores, proporcionado á la importancia de la obra que se trata de emprender, roe sin descanso las raíces, poniendo especial atencion en no cortar el árbol por

la parte de tierra, sino por la del agua, á fin de que cuando caiga lo verifique sobre la corriente. Un castor colorado á alguna distancia, advierte con un silbido á los leñadores el momento en que se inclina la copa del árbol atacado, á fin de que se preserven de la caída; y cuando esta se ha verificado, los obreros arrastran el tronco, á manera de balsas, hasta sus cuartas; no de otro modo hacían bajar los egipcios por el Nilo los obeliscos labrados en las canteras de la Elefantina, para embellecer sus metrópolis.

Los palacios de la Venecia del desierto, contruidos en el lago artificial, tienen dos, tres, cuatro y hasta cinco pisos, segun la profundidad del lago. El edificio, elevado sobre sólidas estacadas, queda descubierto en los dos tercios de su altura, sosteniendo las seis estacas clavadas en el cauce del rio, el primer pavimento formado de varetas de abedul, cruzadas unas con otras. Sobre este piso se eleva el vestíbulo del monumento, y las paredes de él, encorvadas y redondeadas en bóveda, se cubren con una arcilla pulida como el estuco. En el pavimento del pórtico hay practicada una trampa por la cual bajan los castores á bañarse ó á buscar las ramas de álamo que les sirven de alimento, y que se hallan amontonadas en un almacén común contruido debajo del agua, entre las estacas que forman el cimientó de las diversas habitaciones. El primer piso del palacio sustenta otros tres formados de la misma manera, pero divididos en tantos departamentos cuantos castores hay, no pasando generalmente de diez ó doce, divididos en tres familias; estas familias reunidas en el vestíbulo ya descrito, comen en compañía, observándose por do quiera el mayor orden y regularidad. Además del paso del baño hay otras dos salidas para las diversas necesidades de los habitantes: todas las habitaciones están tapizadas de retoños de abeto, y en ellas no se tolera la menor suciedad. Cuando los propietarios van á su casa de campo, edificada á la orilla del lago, y contruida como la de la ciudad, nadie se atreve á ocupar el lugar que les corresponde, quedando vacío su departamento hasta que vuelven. En la época en que se derriten las nieves, los ciudadanos se retiran á los bosques.

Así como hay una esclusa para los casos en que el rio viene con todo el lleno de las aguas, hay también un camino secreto para la evacuación de la ciudad, á semejanza de los subterráneos de los castillos góticos abiertos debajo de las rocas, que desembocaban en la campiña.

Hay además de todas estas construcciones, habitaciones destinadas á los enfermos. Y un animal débil é informe termina trabajos tan sorprendentes, y medida cálculos tan exactos!

Hácia el mes de julio, los castores celebran un consejo general, y en él examinan si convendrá mas reparar la antigua ciudad y la antigua calzada, ó si será mejor construir una ciudad nueva y un nuevo dique. Cuando faltan los viveres en la parte en que se habían establecido, ó cuando las obras han sido destruidas por la acción de las aguas ó las pesquisas de los cazadores, deciden formar otro establecimiento; pero si juzgan por el contrario que puede subsistir el primero, se sitúan de nuevo en las antiguas viviendas, y preparan las provisiones de invierno.

Los castores tienen un gobierno regular, y entre sus funcionarios, si así puede decirse, figuran los ediles, nombrados para vigilar por la conservación de la policía de la república. Durante el trabajo colectivo, se establecen centinelas para evitar toda sorpresa; y si algun ciudadano rehusa desempeñar la parte que le haya cabido en la distribución de las cargas públicas, se pronuncia contra él la sentencia de destierro, y mediante ella se ve obligado á arrastrar una existencia vergonzosa, metido en un agujero y retirado del resto de la especie. Los indios dicen que el cas-

tor perezoso, castigado de este modo, vive flaco y estenuado, llevando el lomo pelado como sello de ignominia. ¿De qué sirve á estos animales tanta inteligencia? El hombre respeta las bestias feroces y extermina los castores, como tolera los tiranos y persigue la inocencia y el genio.

La guerra no es desconocida por desgracia á los castores, pues con frecuencia se suscitan entre ellos discordias civiles, independientemente de las disidencias extranjerías que tienen con las ratas almisczladas. Cuentan los indios que si es sorprendido un castor merodeando en el territorio de una tribu que no es la suya, se le conduce inmediatamente á presencia del gefe de aquella tribu, donde es castigado por via de corrección; pero si reincide, se le corta aquella cola que tan útil le es como medio de transporte y de construcción, y vuelve mutilado al seno de la amistad que se arma para vengar su injuria. Esta diferencia suele con frecuencia dirimirse por un duelo entre los gefes de ambas tropas, ó por un combate singular de tres contra tres, ó treinta contra treinta, á manera del combate de los Curiaños y de los Horacios. ó de los treinta bretones contra los treinta ingleses. Las batallas son generalmente sangrientas, y los salvajes que acuden para despojar á los muertos, han encontrado tendidos en el campo del honor, mas de quince de aquellos valientes animales. Los castores que han conseguido la victoria, se apoderan de la ciudad de los vencidos, y segun lo exijan las circunstancias, ó establecen en ella una colonia ó dejan una guarnición.

La hembra del castor concibe dos, tres y hasta cuatro hijos, y los alimenta é instruye durante un año. Cuando la población se ha acrecentado demasiado, los castores de corta edad van á formar un nuevo establecimiento, á manera de un enjambre de abejas escapado de la colmena. El castor vive castamente con una sola hembra, y es tan celoso, que algunas veces mata á su compañera, lo mismo por causa que por sospecha de infidelidad.

La longitud media del castor es de dos pies y medio á tres, y el ancho, medido de un lado á otro, de cerca de catorce pulgadas; puede llegar á pesar cuarenta y cinco libras, y su cabeza se parece á la de la rata; sus ojos son pequeños, sus orejas cortas, desnudas por dentro y velludas por fuera; sus patas delanteras solo tienen tres pulgadas de largo, y están armadas de uñas cóncavas y agudas; sus patas traseras, palmeadas como las del cisne, le sirven para nadar; la cola es plana, de una pulgada de espesor, y cubierta de escamas exágonas y dispuestas en forma de de tejas como las de los peces, y usa de ella á modo de llaña y carretilla. Sus mandíbulas, extremadamente fuertes, se cruzan como las hojas de una tijera, y cada una de ellas está guarnecida de diez dientes, de los cuales los dos incisivos tienen dos pulgadas de longitud, y le sirven para cortar los árboles, cuadrar sus troncos, arrancar su corteza y triturar las maderas tiernas de que se alimenta.

El animal por lo regular es negro, y muy rara vez blanco ó moreno; tiene dos pieles, la primera larga, cóncava y lustrosa, y la segunda formando una especie de vello sumamente delicado, crece bajo la primera, y es la que se emplea en el fieltro. El castor vive veinte años. La hembra es mas gruesa que el macho, y su piel tira mas á gris por el vientre. No es cierto que el castor se mutila cuando cae vivo en manos de los cazadores, á fin de sustraer á su posteridad de la esclavitud. Necesario es, pues, buscar otra etimología á su nombre.

La carne de los castores nada vale, de cualquier modo que se la guise; pero á pesar de esto, los salvajes la conservan despues de haberla curado al humo, y usan de ella cuando les faltan los viveres.

La piel del castor es fina sin ser cálida, razon por

la que en otro tiempo no fue apreciada la caza del castor entre los indios, siendo la mas honrosa la de los osos, porque en ella hallaban utilidad y peligro. Contentábanse con matar algunos castores para llevar el despojo como adorno, pero no se inmolaban poblaciones enteras. El precio que los europeos han dado á este despojo, es el único que ha llevado al Canadá el exterminio de estos cuadrúpedos, que ocupan por su instinto el primer lugar entre los animales.

Al presente es preciso andar mucho en direccion á la bahía de Hudson para hallar castores, y aun allí no ofrecen la misma industria, porque el clima es muy frio; disminuidos en número, han perdido en inteligencia, y por lo tanto no se desarrollan las facultades, hijas de la asociacion. (1)

Estas repúblicas cantaban en otro tiempo ciento y ciento cincuenta ciudadanos, y algunas veces mas. Cerca de Quebec se veia un estanque formado por los castores, que sostenia con su caudal de agua un molino de sierra. Los depósitos de agua formados por estos anfibios eran sumamente útiles, puesto que proveian de agua á las piraguas que cruzaban los rios durante el estio. De este modo los castores hacian para los salvajes de la Nueva-Francia el mismo servicio, que lo que un talento ingenioso, un gran rey ó un gran ministro, hicieron en la antigua para los hombres civilizados.

OSOS.

Los osos son de tres especies en América: el oso moreno ó amarillo, el oso negro y el oso blanco. El primero es pequeño y frugívoro, y trepa á los árboles.

El oso negro es mayor y se alimenta de carne, de peces y de frutos, pescando con singular destreza. Sentado en la margen de un rio, agarra con su pata derecha el pez que ve pasar, y lo saca á tierra. Si despues de haber satisfecho el hambre le sobra algo de su comida, la oculta. Duerme una parte del invierno en los cubiles ó en los huecos de los árboles donde se retira; y cuando sale de su letargo, en los primeros dias de marzo, su principal cuidado es purgarse con simples:

Il vivait de regime et mangeait á ses heures.

El oso blanco ó marino, frecuenta las costas de la América Septentrional, desde las costas de Terranova hasta el fondo de la bahía de Baffin, y es el feroz guardian de aquellos helados desiertos.

CIERVO.

El ciervo del Canadá es una especie de reno que se puede domesticar. Su hembra, que carece de astas, es de forma agradable, y si tuviera las orejas mas cortas, se pareceria mucho á una ligera yegua inglesa.

DANTA.

Este animal tiene el hocico de camello, las astas aplastadas del gamo, y las piernas del ciervo. Su piel está mezclada de gris, blanco, rojo y negro; su carrera es rápida. Segun los salvajes, los dantas tienen

(1) Se han hallado castores entre el Misuri y el Misisipi; pero donde abundan de un modo extraordinario, es allende las montañas Roccalosas, en los brazos del Colombia. Ocupada esta region por los europeos, no tardarán en ser exterminados los castores que en ella viven, pues ya en el año último (1826), se han vendido en San Luis, en el Misisipi, cien fardos de piel de castor, de cien libras cada uno, á cinco *gourdes* la libra de tan preciosa mercancia.

un rey llamado el *gran danta*, y sus súbditos le rinden toda especie de homenajes. El gran danta tiene las piernas tan altas, que una nevada de ocho piés apenas le causa embarazo. Su piel es invulnerable: tiene un brazo que le sale de la espalda, y del que se sirve para los mismos usos que los hombres de los suyos.

Los juglares ó sacerdotes pretenden tiene el danta un hueso en el corazon que reducido á polvo, quita los dolores de parto, y dicen que la uña del pié izquierdo de este cuadrúpedo, aplicado al corazon de los epilépticos, los cura radicalmente. El danta, añaden, está sujeto á la epilepsia, y cuando presente el ataque, se sangra en la oreja izquierda con su pezuña izquierda y se alivia.

BISONTE.

El bisonte tiene unos cuernos bajos, negros y cortos, y ostenta una larga barba de crin, pendiéndole hasta los ojos un mechón de pelo semejante al de la barba, y que naciendo entre los cuernos le cae en descompuestas greñas. Su pecho es ancho, su grupa afilada; su cola espesa y corta; sus piernas gruesas y vueltas hácia fuera; una giba, de pelo bermejo y largo y semejante á la primera del dromedario, se eleva sobre sus espaldas. El resto de su cuerpo está cubierto de una lana negra que los indios hilan para hacer sacos para el trigo, y telas para cubiertas. Este animal tiene un aspecto feroz, y sin embargo es muy manso.

Entre los bisontes, ó mejor dicho entre los búfalos, palabra española inglesada, hay algunas variedades. Los mayores son los que se encuentran entre el Misuri y el Misisipi, y se acercan á la talla de un elefante de mediana alzada. Tienen el aspecto del leon por la crin, el del camello por la giba, el del hipopótamo ó del reinoceronte por la cola y la piel de los cuartos traseros, y el del toro por los cuernos y las patas.

En esta especie, el número de las hembras supera en mucho al de los machos. El toro enamora á la hembra galopando en círculo á su alrededor, mientras que ella inmóvil en el centro de la circunferencia trazada por el macho, muge con dulzura. Los salvajes imitan en sus juegos propiciatorios estos giros, que llaman la *danza del bisonte*.

Este no tiene período fijo de emigracion, y aunque se ignora donde va, parece agradecerle mucho la parte septentrional en el estio, puesto que se le ha hallado en las orillas del lago del Esclavo, y se le ha encontrado hasta en las islas del mar Polar, siendo probable visite tambien los valles de las montañas Roccalosas, por el Oeste, y las llanuras de Nuevo-Méjico, al Mediodia. Los bisontes son tan numerosos en las verdes estepas del Misuri, que cuando emigran, su conjunto tarda algunas veces muchos dias en desfilar, como si fuera un inmenso ejército: cuando marchan, el ruido que producen se oye á muchas millas de distancia, sintiéndose igualmente temblar la tierra hollada por sus pezuñas.

Los indios adoban con perfeccion la piel del bisonte con la corteza del abedul, y el hueso de la espalda de aquel les sirve de carda.

La carne del bisonte, cortada en trozos anchos y delgados y secada al sol ó al humo, es muy sabrosa, y se conserva muchos años como el jamon; las gibas y las lenguas de las vacas son las partes mas gustosas para comerlas en fresco. Quemado el estiércol del bisonte, produce una brasa fuerte, y es un gran recurso en las sábanas donde falta madera. Este útil animal proporciona á la vez los alimentos y el fuego del festin. Los sioux encuentran en sus despojos la cama y el vestido. El bisonte y el salvaje, situados en el mismo suelo, son el toro y el hombre en el estado natural, y parecen aguardar ambos mas que un surco, para hacerse el uno doméstico y el otro civilizado.

RAPOSA Ó FUINA.

La fuina americana tiene cerca de la vejiga un pequeño saco lleno de un licor bermejo, y cuando es perseguida, arroja aquel agua al huir; el olor de ella es tal, que los cazadores y los perros mismos abandonan la presa, y si el agua que lo produce llegan á alcanzar á los vestidos, los impregna y los hace perder su vista. Este olor es una especie de almizcle penetrante, que ocasiona vértigos, y los salvajes pretenden es un remedio eficaz para los dolores de cabeza.

ZORRO.

Los zorros del Canadá son de la especie comun, variando solo en que tienen teñida de un negro lustroso la extremidad del pelo. Sabido es el modo que tienen de apoderarse de las aves acuáticas, y La Fontaine, el primero de los naturalistas, no lo ha olvidado en sus inmortales cuadros.

El zorro canadiense, se situa en la orilla de un lago ó de un rio, y da mil saltos y brinco; el ánsar y los patos, encantados de aquellas gracias, se acercan para observarle mejor, y entonces sentado sobre sus piernas traseras menea dulcemente la cola. Las aves, cada vez mas satisfechas, saltan á la ribera y se acercan hácia el astuto cuadrúpedo, que afecta tanta tontería como ellas tienen en acercarse. Bien pronto la necia volátil toma confianza hasta el punto de ir á picar la cola del zorro, que se lanza sobre su presa.

LOBO.

Diversas son las especies de lobos que hay en América; pero el que se llama *cerval* va durante la noche á ladrar en torno de las habitaciones. Nunca suele ahullar mas que una vez en el mismo sitio, y su rapidez es tan grande, que en menos de algunos minutos se oye su ladrido á una distancia prodigiosa de la parte en que ha dado su primer grito.

RATA ALMIZCLADA.

La rata almizclada se alimenta en la primavera de los renuevos de los arbustos, y en estío de las fresas y frambuesas; en otoño come bayas de brezos, y en invierno raices de ortigas. Edifica y trabaja como el castor, y cuando los salvajes matan uno de estos animales, se entristecen extraordinariamente: hacen humaredas al rededor de su cuerpo que rodean de manitas deplorando su parricidio, pues entre ellos pasa la hembra de la rata almizclada por la madre del género humano.

CARCAJÚ.

El carcajú es una especie de tigre ó gato grande, y es célebre el modo con que caza al danta por medio de sus aliados los zorros. Sube á un árbol, se oculta agazapado en una rama cortada por junto al tronco, y se envuelve por decirlo así en su espesa cola, que le rodea tres veces el cuerpo. Poco despues se oyen ahullidos lejanos, y se ve aparecer al danta, acosado por tres zorros, que procuran dirigirse hácia la emboscada del carcajú. En el instante en que la bestia, lanzada al peligro, pasa por debajo del árbol fatal, el carcajú cae sobre ella, la oprime el cuello con su cola y procura cortarle con los dientes la vena yugular. El danta brinca, hiere al aire con sus astas, rompe la nieve con sus piés, se arrastra sobre sus rodillas, huye en línea recta, recula, se accrucca, anda á saltos, sacude su cabeza; pero sus fuerzas se agotan, sus costados

jadean, su sangre corre á lo largo de su cuello, sus rodillas tiemblan y se doblan por fin. Los tres zorros acuden á la matanza; y el carcajú, tirano equitativo, divide en partes iguales la presa entre él y sus satélites. Los salvajes no atacan nunca en tan crítico momento al carcajú y los zorros, porque dicen seria injusto arrebatár á aquellos cazadores el fruto de sus fatigas.

AVES.

Las aves en América son mucho mas numerosas y variadas de lo que á primera vista se creyó, habiendo sucedido lo mismo en Africa y Asia. Los primeros viajeros solo fijaron la atencion en aquellos grandes y brillantes volátiles que parecen flores en los árboles; pero despues se ha descubierto una multitud de pequeñas aves cantoras cuyo gorgceo es tan dulce como el de nuestra silvia.

PECES.

Los peces, en los lagos del Canadá, y sobre todo en los de la Florida, son de una hermosura y brillantez admirables.

SERPIENTES.

La América puede decirse que es la patria de las serpientes. La serpiente de agua, que se parece mucho á la de cascabel, carece sin embargo de este distintivo y del veneno, y se la encuentra por donde quiera.

Muchas veces he hablado en mis obras de la serpiente de cascabel, y sabido es que los dientes de que se sirve para esparcir su veneno, no son con los que come. Púedasele arrancar los primeros, y en este caso solo queda una hermosa serpiente llena de inteligencia, y que ama apasionadamente la música. En los ardores del medio dia, en el mas profundo silencio de las selvas, hace oír su cascabel para llamar á la hembra; signo de amor, y único ruido que hiere entonces el oído del viajero.

La hembra concibe algunas veces veinte hijos, y cuando son perseguidos, se refugian en la boca de su madre, como si se quisieran ocultarse en el seno materno.

Las serpientes en general, y especialmente la serpiente de cascabel, son muy veneradas por los indigenas de América, que les atribuyen un espíritu divino, y las domestican hasta el punto de hacerlas ir á pasar el invierno metidas en unas cajas al hogar de una cabaña. Estos singulares penates salen de sus habitaciones en la primavera, para tornarse á los bosques.

Una serpiente negra que tiene un anillo amarillo en el cuello, es bastante mala, y otra enteramente negra, sin ponzoña, sube á los árboles y caza las aves y las ardillas. Encanta al ave con sus miradas, ó por mejor decir, la espanta, pues este efecto del miedo, que se ha querido negar, es hoy indudable: si el miedo sujeta las piernas al hombre, ¿por qué no quebrará las alas al ave?

La serpiente leveris, la serpiente verde, y la serpiente manchada, toman sus nombres de sus colores y de los dibujos de su piel, y sobre ser completamente inocentes, tienen una hermosura extraordinaria.

La mas admirable de todas, es la serpiente llamada de vidrio, á causa de la fragilidad de su cuerpo, que se quiebra al menor contacto. Este reptil es casi transparente, y refleja los colores como un prisma. Vive de insectos y no hace daño alguno; su longitud es la de una culebra pequeña.

La serpiente espinosa es corta y gruesa, y tiene un dardo en la cola con el que hiere mortalmente.

La serpiente de dos cabezas es poco comun, y se

parece bastante á la víbora, pero sus cabezas no están comprimidas.

La serpiente silbadora se ha multiplicado mucho en la Georgia y las Floridas: tiene diez y ocho piés de longitud, y su piel está sembrada de manchas negras en un fondo verde. Cuando se acercan á ella, se aplasta, ofrece á la vista diferentes colores, y abre la boca silbando. Debe procurarse cuidadosamente no entrar en la atmósfera que la rodea, porque tiene el poder de descomponer el aire que la circunda, y este aire, aspirado imprudentemente, produce la languidez. El hombre atacado desfallece, sus pulmones se vician y al cabo de algunos meses muere de consunción: esta es la opinión de los habitantes del país.

ARBOLES Y PLANTAS.

Los árboles, arbustos, plantas y flores trasplantados á nuestros bosques, campos y jardines, anuncian la variedad y riqueza del reino vegetal en América. ¿Quién no conoce hoy el laurel coronado de rosas, llamado *magnolia*, el castaño que lleva un verdadero jacinto, el catalpa que reproduce la flor de naranjo, el tulipero que toma el nombre de su flor, el arce azucarero, el haya purpúrea, el sasafrás, y entre los árboles verdes y resinosos, el pino de lord Weymouth, el cedro de la Virginia, el balsamero de Gilead y el ciprés de la Luisiana de raíces nudosas, tronco enorme, y cuyas hojas se asemejan á un encaje de musgo? Las lilas, las azáleas y las pompaduras, han enriquecido nuestras primaveras; las aristolóquias, las asterias, las bigonias, las decumarias y los celustris han mezclado sus flores, sus frutos y sus perfumes á la verdura de nuestras yedras.

Las plantas floridas son innumerables: la efimera de Virginia, el helonias, el lirio del Canadá, el lirio llamado *soberbio*, la tigridia de penacho, la aquilea rosácea, la dalia, la helenia de otoño y los *phlox* de todas especies, se confunden hoy con nuestras flores nativas.

En fin, hemos exterminado casi por completo la población salvaje, y América nos ha dado la patata, que evita para siempre el hambre entre los pueblos destructores de los americanos.

ABEJAS.

Todos estos vejetales alimentan brillantes insectos. Estos han recibido en sus tribus nuestra mosca de miel que ha ido á descubrir aquellas sábanas y selvas embalsamadas, de que se contaban tantas maravillas. Háse observado que los colonos son frecuentemente precedidos en los bosques de Kentucky y de Tenesee por las abejas; vanguardia de los labradores, son el símbolo de la industria y de la civilización que anuncian. Extranjeros en la América, llegados en pos de las velas de Colon, estos conquistadores pacíficos no han arrebatado á un nuevo mundo de flores sino los tesoros, cuyo uso ignoraban los naturales, y no se han servido de aquellos tesoros, sino para enriquecer el suelo de que los habían extraído. ¡Cuánto no deberíamos felicitarnos, si todas las conquistas se pareciesen á las de aquellas hijas del cielo!

Las abejas empero han tenido que rechazar las miríadas de cinifes y mosquitos que atacaban sus cinifes en los troncos de los árboles; mas su genio ha triunfado de aquellos envidiosos, perversos y deformes enemigos. La abejas han sido reconocidas como reinas del desierto; y su monarquía administrativa se ha establecido en los bosques al lado de la república de Washington.

COSTUMBRES DE LOS SALVAJES.

De dos modos igualmente incompletos puede pintarse á los salvajes de la América Septentrional: el uno ocupándose solo de sus leyes y costumbres, sin entrar en el detalle de sus trajes caprichosos y de sus hábitos con frecuencia repugnantes para los hombres civilizados, y en este caso no se tendrán mas que griegos y romanos, porque las leyes indias son graves y las costumbres en muchos casos llenas de atractivos.

Y el otro modo, por el contrario, representando solo los usos y trajes de los salvajes, prescindiendo de sus leyes y costumbres; en este caso solo hallamos cabañas ahumadas é infectas, en las cuales viven retirados una especie de monos con palabra. Sidonio Apolinar se lamentaba de verse obligado á oír el ronco lenguaje del germano y á frecuentar la compañía del borgoñon que se frotaba con manteca los cabellos.

Ignoro si la rústica vivienda del viejo Caton, en el país de los Sabinos, era mucho mas aseada que la choza del iroqués. El maligno Horacio seria el único que podría sacarnos de dudas.

Si se pinta con los mismos caracteres á todos los salvajes de la América Septentrional, se alterará indudablemente el parecido, pues los salvajes de la Luisiana y de la Florida, difieren en muchas cosas de los del Canadá; y por lo tanto, sin pretensiones de trazar la historia particular de cada tribu, he resumido, cuanto he podido adquirir acerca de los indios bajo los títulos siguientes:

Matrimonios. hijos. funerales; cosechas. fiestas, danzas y juegos; año, division y cómputo del tiempo, calendario natural; Medicina; lenguas indias; caza; guerra; Religión; gobierno, y por último, en una conclusión que abraza la sociedad india bajo todos aspectos, presento la América tal como se ofrece hoy á la consideración del viajero y del observador.

MATRIMONIOS, HIJOS, FUNERALES.

Conócense dos especies de matrimonios entre los salvajes: el primero se verifica por la simple conformidad del hombre y la mujer, y en este caso, el compromiso es de mas ó menos duración, según el plazo que ha placido fijar á la pareja. Terminado este, los dos esposos se separan á imitación del concubinato legal europeo de los siglos octavo y noveno de nuestra era.

El segundo enlace se ejecuta tambien en virtud del mútuo consentimiento del hombre y la mujer, pero mediante la intervención de los parientes. Aunque este matrimonio carece de limite, puede romperse pasado un número determinado de años, y se ha observado que entre los indios se prefiere el segundo matrimonio, es decir, el legítimo, por las jóvenes y los viejos, y el primero por las viejas y los jóvenes.

Cuando un salvaje ha resuelto contraer matrimonio legal, va á hacer la petición á los parientes de la novia, acompañada de su padre. Este se adorna con un traje que estrena para esta solemnidad; engalana tambien su cabeza con plumas nuevas, se quita la antigua pintura de su rostro para reemplazarla con un nuevo afeite; muda el anillo que pende de su nariz ó de sus orejas; toma en su mano derecha un calumet forrado de blanco, y cuyo cañon azul está adornado con plumas de colas de aves, y en su mano izquierda sostiene el arco con la cuerda floja, á guisa de baston. Su hijo le sigue cargado de pieles de osos, de castores y dantas, y lleva dos cellares de porcelana de cuatro vueltas y una tórtola viva en una jaula.

Los pretendientes se dirigen primero á la casa del pariente mas anciano de la novia; entran en su cabaña, se sientan ante él en una estera, y el padre del joven guerrero, tomando la palabra, dice: «Hé aquí unas pieles; los dos collares, el calumet azul y la «törtola, piden tu hija en matrimonio.»

Si son aceptados los presentes, el matrimonio está concluido, porque el consentimiento del abuelo ó del saquem mas antiguo de la familia, implica el consentimiento paterno. La edad es la fuente de la autoridad entre los salvajes; y así cuanto mas anciano es un hombre, mas poder tiene. Estos pueblos derivan el poder divino de la eternidad del Gran Espíritu.

Algunas veces suele el viejo imponer ciertas restricciones á su consentimiento, aun cuando acepte los presentes, y esto se da á entender, cuando después de haber aspirado por tres veces el vapor del calumet, el fumador arroja la primera bocanada en lugar de tragársela como ejecuta cuando el consentimiento es pleno.

De la cabaña del viejo pariente, pasan al hogar de la madre y de la joven prometida, y cuando los sueños de esta han sido infaustos, su espanto es grande. Para ser favorables los sueños no han de haber representado espíritus, antepasados, ni patria, sino cunas, aves y ciervas blancas. Hay no obstante un medio infalible de conjurar los ensueños funestos, y es el suspender un collar rojo al cuello de un muñeco hecho de encina: la esperanza de los hombres civilizados ha colocado tambien collares rojos en sus muñecos.

Desde esta primera peticion hasta la conclusion del matrimonio, pasa un espacio de tiempo considerable, y durante él todo parece haberse concluido: la virtud predilecta del salvaje es la paciencia. En los peligros mas inminentes todo debe ofrecer el carácter ordinario, pues aunque el enemigo esté á las puertas, ningún guerrero dejará de fumar tranquilamente su calumet de paz, y sentado al sol con las piernas cruzadas, pasaria por una vieja.

Cualquiera que sea la pasion del joven, su deber le impone la obligacion de afectar la indiferencia mas fria y esperar las órdenes de la familia. Segun la costumbre establecida, los esposos deben vivir primero en la cabaña de su pariente mas anciano; pero con mucha frecuencia, disposiciones particulares se oponen á la observancia de esta costumbre. El futuro esposo construye entonces su cabaña, eligiendo casi siempre para situarla algun valle solitario, junto á un riachuelo ó una fuente, y bajo un bosque que la pueda ocultar.

Todos los salvajes son como los héroes de Homero, médicos, cocineros y carpinteros. Para construir la choza nupcial, se clavan en tierra cuatro palos de un pié de circunferencia y doce de altura, y que están destinados á marcar los cuatro ángulos de un paralelogramo de veinte piés de largo por diez y ocho de ancho. Unas mortajas abiertas en los palos, reciben unos travesaños que forman, llenando de tierra sus intervalos, las cuatro paredes de la cabaña.

En las dos murallas longitudinales se practican dos aberturas, una de las cuales sirve de entrada al edificio, y la otra conduce á una segunda pieza, semejante á la primera, pero mas pequeña.

Nadie debe ayudar al presunto esposo mientras sienta los cimientos de su morada; pero adelantado ya su trabajo, todos sus compañeros le auxilian en él. Estos llegan cantando y danzando, y conduciendo instrumentos de albañilería hechos de madera, sirviéndoles de llana el homoplato de algun gran cuadrúpedo. Agarran la mano de su amigo, saltan sobre sus espaldas, se chancan con él acerca de su matrimonio, y concluyen la cabaña. Subidos sobre los palos y las paredes empezadas, forman el techo con cortezas de abedul y rastrojos de maiz; y mezclando pelos de

bestias salvajes y paja de avena-locá cortada con arcilla roja, cubren con esta mezcla las paredes interiores y exteriores. En el centro ó en una de las extremidades de la sala principal, colocan los obreros cinco largas pérticas que rodean de yerba seca y mortero: esta especie de cono hace los oficios de chimenea, y da salida al humo por una abertura practicada en el techo. Todo este trabajo se ejecuta en medio de algazara y cantos satíricos, cuyo mayor número son groseros, sin que por eso dejen de carecer de gracia algunos de ellos.

«La luna oculta su frente en una nube; está avergonzada y sonrojada porque sale del lecho del sol. Así se ocultará y se sonrojará.... al día siguiente de sus bodas, y nosotros la diremos: dejáenos ver tus ojos.»

Los golpes del martillo, el ruido de las llanas, el chasquido de las ramas al romperse, las risas, los gritos y las canciones, se oyen á gran distancia, y las familias todas salen de sus aldeas para tomar parte en su regocijo.

Terminada la cabaña por la parte exterior, se la reviste con yeso por dentro si el país lo proporciona, y con greda en defecto del yeso; se arranca el césped que haya quedando dentro del edificio, y los obreros danzan en el suelo húmedo que bien pronto queda apisonado é igualado. Esteras de caña tapizan en seguida aquella área y las paredes de la habitacion, y en pocas horas se concluye una choza que con frecuencia encierra bajo su techo de corteza mas felicidad que la que se halla bajo las bóvedas de un palacio.

Al día siguiente se llena la nueva habitacion con todos los muebles y comestibles del propietario: esteras, escabeles, vasos de tierra y de madera, calderas, cubos, pernils de osos y dantas, tortas secas, gavillas de maiz y plantas para alimento ó remedios: estos diversos objetos se cuelgan en las paredes ó se colocan en tablas, y en un agujero guarnecido de cañas, se echa el maiz y la avena-locá. Los instrumentos de pesca, caza, guerra y agricultura, la esteva, los lazos, las redes hechas con la médula interior de la falsa palmera, los anzuelos, los dientes de castor, los arcos, las flechas, los rompe-cabezas, las hachas, los cuchillos, las armas de fuego, los cuernos para llevar la pólvora, los chichikues, los tambores, los pitos, los calumets, el hilo de nervio de cabra, la tela de morera ó abedul, las plumas, las perlas, los collares, el negro, el azul y el bermellon para el adorno, una multitud de pieles, unas adobadas y otras con pelo: tales son los tesoros con que se enriquece la cabaña.

Ocho dias antes de la celebracion del matrimonio, la joven se retira á la cabaña de las purificaciones, lugar retirado donde las mujeres entran y permanecen por espacio de tres ó cuatro dias por mes, y donde van á parir. Durante los ocho dias de retiro, el guerrero comprometido, caza: deja la caza en el punto donde la mató, y las mujeres la cogen y llevan á la cabaña de los parientes para el festin de las bodas. Si la caza ha sido buena, se saca de ella un augurio favorable.

Llegado por fin el gran día, los juglares y los principales saquems son invitados á la ceremonia. Muchos jóvenes guerreros van á buscar al desposado á su casa, mientras que otra porcion de doncellas van á buscar á la desposada á su cabaña. La pareja prometida se adorna con las plumas, collares y vestidos de pieles mas bellos, y de colores mas brillantes.

Ambas comitivas llegan al mismo tiempo, aunque por caminos distintos, á la choza del pariente mas anciano. Practicase una segunda puerta en aquella choza, en frente de la puerta ordinaria, y el esposo, rodeado de todos sus compañeros, se presenta por una de las puertas; la esposa rodeada de sus compañeras

se presenta por la otra. Los saquems de la fiesta están sentados en la cabaña con el calumet en la boca. La nuera y el yerno se colocan en rollos de pieles, á una extremidad de la cabaña.

Entonces comienza en la parte exterior la danza nupcial, entre los dos coros que han quedado á la

puerta. Las jóvenes armadas de un baston encorvado imitan las diversas operaciones de la labor, y los jóvenes guerreros hacen la centinela á su lado con el arco en la mano. Repentinamente sale de la selva un partido enemigo y se esfuerza en robar las mujeres, estas tiran su azada y huyen; sus hermanas vuelan



PETICIÓN MATRIMONIAL.

á socorrerlas. Empéñase un combate simulado, y los raptos son rechazados.

A esta pantomima suceden otros cuadros trazados con una viveza natural: esto es, la pintura de la vida doméstica, el cuidado de la casa, los quehaceres de la cabaña, los placeres y trabajos del hogar: dulces ocupaciones de una madre de familia. Este espec-

táculo termina por una rueda donde las jóvenes giran al revés de la carrera del sol, y los jóvenes guerreros segun el movimiento aparente de este astro.

La comida sigue despues, y se compone de sopa, caza, tortas de maíz y cañaleja, especie de legumbre, manzanas de mayo, especie de fruta dada por una yerba, pescado, viandas tostadas y aves asadas.

Se bebe en grandes calabazas el jugo del arce ó del zumaque, y en pequeñas tazas de haya una preparacion de casina, bebida cálida de que se sirven como del café, consistiendo la esplendidez de la comida en la profusion de los manjares.

Despues del festin, la multitud se retira quedando solo en la cabaña del viejo pariente doce personas, seis saquems de la familia del marido, y seis matronas de la familia de la mujer. Estas doce personas, sentadas en tierra, forman dos círculos concéntricos describiendo los hombres el círculo exterior. Los cónyuges se colocan en el centro de los dos círculos y tienen horizontalmente cada cual por un cabo una caña de seis piés de largo. El esposo alza en la mano derecha una pata de cabra, y la esposa, eleva en la mano

izquierda una gavilla de maiz. La caña tiene pintados diversos geroglíficos que marcan la edad de la pareja unida y la luna en que se celebra el matrimonio. Depositanse á los piés de la mujer los presentes del marido y de su familia, á saber: un adorno completo, el guardapiés de corteza de morera, el corsé de lo mismo, el manto de plumas de aves ó de piel de martha, las mocassinas bordadas de pelo de puerco-espín, brazaletes de conchas y anillos ó perlas para las narices y orejas.

A estos adornos para vestir se unen una cuna de junco, un trozo de agárico, pedernal para encender el fuego, el caldero para cocer las viandas, la correa de cuero para llevar las cosas de peso y la leña para el hogar. La cuna hace palpitir el corazon de la es-



FUNERALES.

posa; el caldero y el collar no la espantan, pues mira con sumision aquellas muestras de la esclavitud doméstica.

El marido no deja tambien de recibir su leccion: un rompe-cabezas, un arco y un remole anuncian sus deberes: combatir, cazar y navegar. En algunas tribus, un lagarto verde, de aquella especie cuyos movimientos son tan rápidos que apenas puede seguirlos la vista, y algunas hojas secas amontonadas en una cesta, dan á entender al nuevo esposo que el tiempo huye y el hombre cae. Estos pueblos enseñan la moral de la vida por emblemas, y recuerdan que la naturaleza ha distribuido á cada uno de sus hijos una parte de cuidados y deberes.

Encerrados los dos esposos en el doble círculo de los doce parientes, y declarando que quieren unirse, el mas viejo toma una caña de seis piés y dividida en doce pedazos entrega uno á cada uno de los doce testigos, los que están obligados á presentar su pedazo de caña, para reducirlo á cenizas, el dia que los esposos pidan el divorcio.

Las jóvenes que han llevado á la esposa á la cabaña

del mas viejo, terminan su acompañamiento con cánticos á la choza nupcial, y los guerreros á su vez conducen á ella al nuevo esposo. Los convidados á la fiesta vuelven á sus aldeas y echan pedazos de su vestido en los rios, en sacrificio á los manitús, quemando una parte de su alimento.

En Europa, los jóvenes se casan para huir el servicio militar; pero en la América Septentrional ninguno puede casarse como no haya combatido por la patria. No se juzga á un hombre digno de ser padre, sino cuando ha probado que sabe defender sus hijos. Por una consecuencia de esta varonil costumbre, un guerrero no comienza á gozar de consideracion pública, sino desde el dia de su matrimonio.

La pluralidad de las mujeres está admitida, pero solo un abuso contrario da muchos maridos á una mujer: las hordas mas groseras ofrecen sus mujeres é hijas á los extranjeros. No es una depravacion, sino el sentimiento profundo de su miseria, lo que conduce á los indios á esta especie de infamia, pues piensan hacer mas feliz su familia mudando la sangre paternal.

Los salvajes del Nor-Oeste pretenden descender de

la raza del primer negro que descubrieron : le tomaron por un genio malo, y connaturalizándole con ellos, creyeron proveerse de inteligencias y protectores entre los genios negros.

El adulterio en la mujer era en la antigüedad castigado entre los hurones por la mutilacion de la nariz, porque se queria que la falta permaneciese grabada en el rostro.

En caso de divorcio, los hijos son adjudicados á la mujer, porque entre los animales, dicen los salvajes, es la hembra la que alimenta á los hijos.

La mujer que se hace embarazada al primer año de su matrimonio, es vituperada como incontinente, y para evitar esta nota y destruir su fruto prematuro, toman algunas veces el jugo de una especie de ruda: empero ¡inconsecuencias inherentes al hombre! al paso que sus costumbres parecen tan rígidas en este punto, la mujer solo es estimada en el momento en que se hace madre, y como tal es llamada á las deliberaciones públicas, siendo mas respetada cuantos mas hijos tiene, y mucho mas si son varones.

Un marido que pierde su mujer, se desposa con la hermana de esta, si la tiene, así como la mujer que pierde á su marido, se desposa con el hermano de este; costumbre parecida al precepto establecido por la ley ateniense: una viuda muy sobrecargada de hijos, es muy buscada.

En el instante en que se declaran los primeros síntomas del embarazo, cesa toda clase de relaciones entre los esposos, y hácia el final del noveno mes se retira la mujer á la cabaña de las purificaciones, donde es asistida por las matronas. Mientras está en ella, ningun hombre, sin exceptuar el marido, puede entrar en la cabaña, donde permanece treinta ó cuarenta dias después del parto, segun haya dado á luz varon ó hembra.

Cuando el padre recibe la noticia del nacimiento de su hijo, toma un calumet de paz, cuyo tubo rodea con pámpanos de vid vírgen, y corre á anunciar la feliz nueva á los diversos miembros de la familia. Perteneciendo el hijo exclusivamente á la madre, se dirige primero á los parientes maternos, y acercándose al saquem mas anciano le presenta su pipa después de haber fumado él en direccion de los cuatro puntos cardinales, y le dice: «Mi mujer es madre.» El saquem toma la pipa, fuma á su vez, y responde quitándose el calumet de la boca: «¿Es un guerrero?»

Si la respuesta es afirmativa, el saquem fuma tres veces mirando al sol; pero si es negativa, no fuma mas que una vez. El padre, concluidas estas ceremonias, es conducido en triunfo á mayor ó menor distancia, segun el sexo del recién-nacido. Cuando un salvaje es padre, adquiere nueva autoridad en la nacion, pudiendo decirse que su dignidad de hombre empieza con su paternidad.

A los treinta ó cuarenta dias de purificacion, la parida se dispone á volver á su cabaña, y reunidos los parientes, se pone nombre al niño : apágase el fuego; arrojase al viento las antiguas cenizas del hogar; prepárase una hoguera compuesta de maderas aromáticas; el sacerdote ó juglar, con una mecha en la mano, se dispone á encender el nuevo fuego; y por último, se purifican los lugares del contorno, rociándolos con agua de fuente.

No tarda en aparecer la jóven madre, que avanza sola hácia la cabaña vestida con un traje enteramente nuevo, pues nada de lo que la haya pertenecido la es permitido usar en este caso. Descubierta la mama izquierda, suspende de ella á su hijo, completamente desnudo, y al llegar á los lares, se queda en el umbral de la puerta.

El sacerdote pone fuego al hogar, y adelantándose el marido, recibe á su hijo de las manos de su mujer. Reconocido por él, le proclama en alta voz, asistiendo á estas ceremonias, en algunas tribus, solo los

parientes del mismo sexo que el niño. Después de haber besado los labios de su hijo, el padre le entrega al saquem mas anciano, y de las manos de este pasa el recién-nacido á los brazos de toda la familia, concluyendo por recibir la bendicion del sacerdote y los votos de las matronas.

Terminado este acto, se pasa á elegir el nombre con que se le ha de distinguir, sin que en ninguna de estas ceremonias intervenga la mujer, que permanece en el dintel de la cabaña. Cada familia tiene por lo comun tres ó cuatro nombres, que se renuevan alternativamente; pero nunca recae la eleccion en los extraños á la línea materna. Segun la opinion de los salvajes, es el padre el que crea el alma del niño, y la madre la que la engendra en su cuerpo (1), y así nada mas justo que el cuerpo reciba un nombre que emane de la madre.

Cuando se quiere honrar al niño se le confiere el nombre del mas antiguo de la familia, el de su abuelo por ejemplo; y desde este momento el niño ocupa el sitio de la mujer cuyo nombre ha recibido; dáselo en el trato el grado de parentesco que recuerda su nombre, y así un tio puede saludar á un sobrino con el título de *abuela*; uso que haria reir, sino fuera en extremo tierno. Esta costumbre vuelve por decirlo así la vida á los abuelos; reproduce en la debilidad de los primeros años la debilidad de la vejez, une y acerca las dos extremidades de la vida, el principio y el fin de la familia; comunica una especie de inmortalidad á los antepasados, suponiéndolos presentes en medio de su posteridad; aumenta los cuidados que la madre debe á la infancia, recordando los cuidados que se han tomado por la suya; en una palabra, la ternura filial aumenta el amor maternal.

Después de la imposicion del nombre, la madre entra en la cabaña y se la devuelve su hijo, que ya no debe pertenecer á nadie sino á ella. Colócale cariñosamente en la cuna, formada de una pequeña plancha de madera sumamente ligera y de un lecho de musgo y de algodón en bruto, y el infante depositado desnudo en aquella cama, queda sostenido y á cubierto de los accidentes de una caída por dos tiras de piel flexible, que dejan libre el movimiento. Sobre la cabeza del recién-nacido hay un aro que sostiene un velo que tiene la doble aplicacion de alejar los insectos y dar fresco y sombra á la criatura. Ya he hablado en otra parte (2) de la madre india, y he contado también cómo lleva los hijos; cómo los suspende de las ramas de los árboles; cómo les canta; cómo los adorna; cómo los duerme y los despierta; y cómo en fin después de su muerte los llora; cómo va á repartir su leche sobre el césped de su tumba, ó recoge su alma en las flores (3).

Después del matrimonio y el nacimiento, incumbe hablar de la muerte, término fatal de las escenas de la vida; pero he descrito tantas veces los funerales de los salvajes, que casi está agotado este asunto.

No repetiré, pues, lo que he dicho en la *Atala* y los *Natchez*, relativamente al modo de vestir al difunto, cómo se le pinta y cómo se conversa con él, etc. Añadiré solamente, que es uso admitido en todas las tribus, reunirse en los casos de defuncion para que la familia distribuya lo que poseia el muerto entre todos los convidados á la comida fúnebre, pues es obligatorio comer y beber todo lo que se halla en la cabaña. Al amanecer se exhalan fuertes gemidos sobre el ataúd de corteza donde yace el cadáver, volviendo á comenzar al anochecer; esta ceremonia dura tres dias, y en el último se entierra el difunto. Cúbrese su sepultura con un montoncillo de tierra; y si sus hazañas guerreras le han

(1) Véanse los *Natchez*.

(2) *Atala*, Genio del Cristianismo, *Natchez*, etc.

(3) Véase en cuanto á la educacion de los hijos, la carta que antecede, pág. 52.

hecho célebre, un palo pinrado de encarnado marca su sepultura.

En muchas tribus los parientes del muerto se hacen heridas en las piernas y en los brazos, y un mes despues todavía se continuan los gritos de dolor al ponerse y salir el sol, recordándose aun durante muchos años el aniversario de la pérdida sufrida, por gritos semejantes.

Cuando muere un salvaje en el invierno, cazando, su cuerpo permanece en las ramas de los árboles, y no se le rinden los últimos honores, sino cuando han vuelto los guerreros á su tribu, costumbre que se practicaba tambien en otro tiempo entre los moscovitas.

No solamente los indios tienen oraciones y ceremonias diferentes segun el grado de parentesco, dignidad, edad y sexo de la persona finada, sino que tienen tambien tiempos de exhumacion pública (1) ó conmemoracion general.

¿Por qué los salvajes de América son los que mas veneracion tributan á los muertos? En las calamidades nacionales lo primero en que se piensa es en salvar los tesoros de la tumba, y parece no reconocerse la propiedad legal sino allí donde están enterrados sus antepasados. Siempre que los indios han defendido sus derechos de posesion, se han servido de este argumento que les parecia incontestable: «Díremos á los huesos de nuestros padres: «Levantaos y seguidnos á una tierra extraña.» Y cuando este argumento no ha producido el eficaz resultado que apetecian, ¿qué han hecho? han llevado consigo las osamentas que no podian seguirlos.

Los motivos de esta adhesion extraordinaria á sus queridas reliquias se adivinan fácilmente. Los pueblos civilizados tienen, para conservar el recuerdo de su patria, los monumentos de las letras y de las artes; tienen ciudades, palacios, torres, columnas, obeliscos; tienen la huella del arado en los campos por ellos cultivados; sus nombres están grabados en metal ó mármol, y sus acciones son conservadas en las crónicas.

Los salvajes nada de esto tienen: su nombre solo se halla escrito en los árboles de sus selvas; su choza, edificada en algunas horas, perece en cortos instantes; la simple laya de labor que solo desflora la tierra no ha podido aun formar un surco; sus canciones tradicionales desaparecen con la última memoria que las retenga, con la última voz que las repita. No hay pues para las tribus del Nuevo-Mundo mas que un solo momento: la tumba. Arrebatada á los salvajes los huesos de sus padres, y los arrancareis su historia, su ley y hasta sus dioses: arrebatareis á la posteridad de aquellos hombres la prueba de su existencia, y tambien la de su nada.

COSECHAS, FIESTAS, RECOLECCION DEL

AZUCAR DE ARCE, PESCA, DANZAS Y JUEGOS.

COSECHAS.

Se ha creído y se ha dicho que los salvajes no sacan partido de la tierra, y esto es un error. Dedicándose es verdad, con especialidad á la caza, pero todos se entregan á alguna especie de cultivo, todos saben aplicar las plantas y los árboles á las necesidades de la vida, y los que ocupaban el hermoso país que forma hoy los Estados de la Georgia, del Teneseo, de la Alabama y del Misisipi, eran bajo este punto de vista mas civilizados que los naturales del Canadá.

Entre los salvajes, todos los trabajos públicos son fiestas: pasados los últimos frios, las mujeres siminolas, chicasesas y natchez se arman de una laya deño-

gal, y colocándose en la cabeza, cestas divididas con varios compartimentos, llenos de semillas de maiz, pipas de sandia, habas y girasoles, se trasladan al campo comun, situado generalmente en una posicion fácil de defender, como en una lengua de tierra entre dos rios ó en un círculo de colinas.

Colócanse en línea á una de las extremidades del campo, y comienzan á remover la tierra con su laya, marchando hácia atrás.

Mientras que remueven así la labor antigua sin formar surco, otras indias las siguen, sembrando el espacio preparado por sus compañeras. Echanse mezcladas en el barbecho las habas y el maiz; y cuando este ha crecido, sus cañas sirven de tutores ó sustentáculo á las legumbres trepadoras.

Entretanto, las doncellas se ocupan en formar capas de una tierra negra y lavada en las que distribuyen pipas de calabaza y girasol, y alrededor de estos lechos de tierra se encienden hogueras de madera verde, con el objeto de activar la germinacion por medio de la humareda.

Los saquems y los juglares presiden los trabajos, y los muchachos, vagando alrededor del campo comun, espantan á los pájaros con sus gritos.

FIESTAS.

La fiesta del trigo verde se celebra en el mes de junio: cógese cierta cantidad de maiz cuando está aun en leche, y de este grano, esquisito en este estado, se amasa el *tassomanony*, especie de torta que sirve de provision de guerra y de caza.

Las mazoras de maiz puestas á hervir en agua de fuente, se sacan á medio cocer, y se someten á un fuego lento. Cuando han adquirido un color rojizo, se las desgrana en un *poutagan* ó mortero de madera. Se machaca el grano en él, humedeciéndole, y esta masa cortada en trozos y secada al sol, se conserva por un tiempo ilimitado. Cuando se quiere usar de ella basta meterla en agua, leche de nuez ó jugo de arce, y así remojada ofrece un alimento sano y agradable.

La fiesta principal de los Natchez era la del fuego nuevo, especie de jubileo en honor del sol, en la época de la gran cosecha: el sol era la divinidad principal de todos los pueblos vecinos al imperio mejicano.

Un especie de pregonero público recorría las aldeas, anunciando la ceremonia al son de una gran concha, y diciendo estas palabras: «Que cada familia prepare vasos nuevos y vestidos sin estrenar; que se laven las cabañas; que los granos, trajes y utensilios viejos sean desechados y quemados en una hoguera comun, en medio de cada aldea; que los malhechores vuelvan á sus hogares pues los saquems olvidan sus crímenes.»

Esta amnistia de los hombres, concedida á los hombres en el momento en que la tierra les prodiga sus tesoros; aquella llamada general de los felices y de los infortunados, de los inocentes y de los culpables al gran banquete de la naturaleza, eran un resto tierno de la sencillez primitiva de la raza humana.

Al segundo dia volvía á aparecer el pregonero: prescribía un ayuno de sesenta y dos horas acompañado de una abstinencia rigorosa de todo placer, y ordenaba al mismo tiempo la *medicina de las purificaciones*. Todos los natchez tomaban inmediatamente algunas gotas de una raiz que llamaban la *raiz de sangre*, raiz perteneciente á una especie de *plantin* y que destila un licor rojo que tiene las cualidades de un violento emético. Durante los tres dias de abstinencia y de oracion, se guardaba un profundo silencio poniéndose un especial cuidado en separarse de las cosas terrestres para ocuparse únicamente de aquel que madura el fruto en el árbol y el trigo en la espiga.

(1) *Atala*.

Al final del día tercero, el pregonero proclamaba la apertura de la fiesta, que fijaba para el siguiente.

Iluminado apenas el cielo con la blanca luz de la aurora, se veía avanzar por los caminos brillantes de rocío á los jóvenes, matronas y saquems. El templo del Sol, gran cabaña alumbrada solo por la luz que penetraba por sus dos puertas, una por la parte de Occidente y otra por la del Oriente, era el sitio de la cita: abierta la puerta oriental, el pavimento y las paredes interiores del templo aparecían cubiertas de esteras finas, pintadas y ornadas con diferentes geroglíficos. Varios cestos colocados con orden en el santuario, encerraban las osamentas de los antiguos gefes de la nación, como las tumbas en nuestras iglesias góticas.

Sobre un ara colocada al frente de la puerta oriental para que recibiera los primeros rayos del sol saliente, se elevaba un ídolo que representaba un chuchucha. Este animal, del tamaño de un lechoncillo, tiene el pelo de tejon, la cola de rata y las patas de mono: la hembra tiene en el vientre una bolsa donde alimenta á sus hijuelos. A la derecha de la imagen del chuchucha se veía la figura de una serpiente de cascabel, y á la izquierda, un muñeco groseramente esculpido. Ante estos símbolos ardía en un vaso de piedra un fuego de corteza de encina, que por ningún concepto debía extinguirse, exceptuando la víspera de la fiesta del fuego nuevo ó la de la cosecha; las primicias de los frutos estaban suspendidas alrededor del ara, y los asistentes colocados en el templo por el orden siguiente:

El Gran-Gefe ó el Sol á la derecha del ara; á la izquierda la Mujer-Gefe única mujer que tenía derecho á penetrar en el santuario; al lado del Sol se situaban sucesivamente los dos Gefes guerreros, los dos oficiales para los tratados, y los principales saquems; al lado de la Mujer-Gefe se sentaban el edil ó inspector de los trabajos públicos, los cuatro heraldos de los festines, y en seguida los jóvenes guerreros. En tierra, delante del ara, algunos trozos de cañas secas echadas oblicuamente unas encima de otras hasta la altura de diez y ocho pulgadas, trazaban círculos concéntricos cuyas diferentes circunferencias abrazaban, apartándose del centro, un diámetro de doce á trece pies.

El gran sacerdote, en pie en el umbral del templo, tenía la vista fija en el Oriente, y antes de presidir á la fiesta se había bañado tres veces en el Misisipi. Una túnica blanca de corteza de abedul le cubría, ciñendosela por los riñones con una piel de serpiente. El antiguo buho lleno de paja, que acostumbra á llevar en la cabeza, había sido reemplazado por el pellejo de un ave joven de la misma especie. Este sacerdote frotaba con lentitud, uno contra otro, dos pedazos de madera seca, pronunciando en voz baja palabras mágicas. A su lado, dos acólitos levantaban por las asas dos copas llenas de una especie de sorbete negro. Todas las mujeres, con la espalda vuelta al Oriente, y apoyando una mano sobre su laya y llevando de la otra á sus hijos, describían, en la parte exterior, un círculo á la puerta del templo.

Esta ceremonia tenía cierto carácter angusto; porque la grandeza del verdadero Dios se deja sentir hasta en las supersticiones de las falsas religiones; el hombre que ora es respetable; la súplica que se dirige á la Divinidad es tan santa por su naturaleza, que imprime un carácter sagrado al que la pronuncia, ya sea inocente, culpable, ó desgraciado. Era por cierto un espectáculo tierno el que ofrecía una nación reunida en un desierto en la época de la cosecha para dar gracias al Todopoderoso por sus beneficios, para cantar al Creador que perpetúa el recuerdo de la Creación, mandando al sol se eleve todas las mañanas sobre el mundo.

Un profundo silencio reinaba en la multitud. El gran sacerdote observaba atentamente las variaciones que presentaba el cielo. Cuando los colores de la au-

rosa, trocados de rosa en púrpura, comenzaban á ser atravesados por los rayos de un fuego puro y se hacían cada vez mas vivos, el sacerdote aceleraba la colisión de los dos trozos de madera seca. Una mecha azufrada, formada de inécula de caña estaba preparada para recibir la chispa. Los dos maestros de ceremonias se adelantaban con paso mesurado, el uno hacia el Gran-Gefe y el otro hacia la Mujer-Gefe. De cuando en cuando se inclinaban, y por último se detenían ante el Gran-Gefe y la Mujer-Gefe, y permanecían completamente inmóviles.

Vivos torrentes de llamas se escapaban del Oriente, y la parte superior del disco del sol se mostraba en el horizonte. En aquel mismo instante el gran sacerdote oprime el oah sagrado; el fuego surge de la madera calentada por el frotamiento, la mecha azufrada se enciende, las mujeres que se hallan en la parte exterior del templo se vuelven súbitamente y levantan todas á la vez hacia el astro del día, sus recién-nacidos y sus layas.

Los dos gefes de la nación beben el sorbete negro que les presentan los maestros de ceremonias, el juglar comunica el fuego á los círculos de cañas, y la llama serpentea siguiendo su espiral. Muchas cortezas de encina arden en el ara, y aquel fuego nuevo da pábulo á los fuegos apagados de la aldea. El Gran-Gefe entona el himno al sol.

Consumidos los círculos de cañas y terminado el himno, la Mujer-Gefe sale del templo, y poniéndose á la cabeza de las mujeres, colocadas en fila se trasladan al campo común de la cosecha. No siendo permitido á los hombres seguir las, son las primeras que cogen las gavillas de maíz para ofrecerlas en el templo, y amasan con lo sobrante los panes ázimos del banquete nocturno.

Llegadas á los campos, arrancan en el cuadrado correspondiente á su familia cierto número de las gavillas mas hermosas de maíz, soberbia planta cuyas cañas de siete pies de altura, rodeadas de hojas verdes y coronada de un rollo de granos dorados, se parecen á aquellos tallos rodeados de cintas que consagran á las iglesias de aldea nuestros campesinos. Millares de zarzales azules, de pequeñas palomas del grueso de un mirlo, de pájaros de los arrozales, cuyo plumaje gris tiene matices oscuros, se posan sobre el tallo de las gavillas y levantan el vuelo al aproximarse las segadoras americanas, enteramente ocultas en las espesuras de los grandes espinos. Los zorros negros hacen algunas veces estragos considerables en estos campos.

Las mujeres vuelven al templo llevando sobre la cabeza las primicias encerradas en fardos, y el gran sacerdote, recibiendo la ofrenda, la deposita en el ara. Se cierra la puerta oriental del santuario, y se abre la occidental.

Reunida la multitud á esta puerta cuando el día va á cerrar, designaba una media luna cuyas extremidades estaban vueltas hacia el sol, y los asistentes, con el brazo derecho levantado presentaban los panes ázimos al astro de la luz. El juglar cantaba el himno de la tarde, que era un elogio del sol poniente: sus rayos nacierentes habían hecho crecer el maíz, y sus rayos moribundos habían santificado las tortas formadas del grano de la gavilla cosechada.

Al llegar la noche se encendían fuegos, se asaban oseznos que cebados con raíces silvestres, ofrecían en aquella época del año un manjar excelente. Se ponían á tostar sobre los carbones, pavos de las sábanas, perdices negras y una especie de faisanes mas gordos que los de Europa. Estas aves así preparadas se llamaban el alimento de los hombres blancos. Las bebidas y frutos servidos en esta comida eran el agua de arce, de zarzaparrilla, de plane, de nogal blanco, las manzanas de mayo, los plankmines, y las nueces. Los llanos resplandecían con la llama de las hogueras, y

por todas partes se oía el sonido del chichikué, del tamboril y del pito, mezclados con las voces de los bailarines y los aplausos de la muchedumbre.

Si en estas fiestas, algun infortunado, extraño á aquella alegría, pasease sus miradas por los juegos del llano, un saquem iria á buscarle y se infortunaria de la causa de su tristeza: él curaria sus males si eran remediables, ó se los aliviaria al menos si no podian tener término.

La cosecha de mayo se hace arrancando las gavillas ó cortándolas á dos piés de altura del tallo. El grano se conserva en odres ó en fosos guarnecidos de cañas. Guárdanse tambien gavillas enteras desgranándolas á medida que se van necesitando. Para reducir el maiz á harina se le machaca en un mortero ó se le estruja entre dos piedras. Los salvajes usan tambien de molinos de mano comprados á los europeos.

La cosecha de la avena-locá ó del arroz silvestre sigue inmediatamente á la del maiz, y ya he hablado de ella en otra parte (1).

RECOLECCION DEL AZUCAR DE ARCE.

La recoleccion del suco del arce se hacia y se hace aun hoy entre los salvajes, dos veces al año. La primera recoleccion tiene lugar hácia el fin de febrero, de marzo ó de abril, segun la latitud del país donde crece el arce azucarero. El agua recogida despues de las ligeras heladas de la noche, se convierte en azúcar haciéndola hervir á fuego vivo. La cantidad de azúcar obtenida por este procedimiento varia segun las calidades del árbol. Esta azúcar, fácil de digerir, tiene un color verduzco y es de un gusto agradable, aunque un poco ácido.

La segunda recoleccion se verifica cuando la savia del árbol no tiene bastante consistencia para cambiarse en suco. Esta savia se condensa en una especie de melaza, que, disuelta en el agua de fuente, ofrece un licor fresco durante los calores del estio.

Cultívase con gran cuidado la madera del arce de la especie roja y blanca, y son los mas productivos aquellos cuya corteza parece negra y como sarnosa. Los salvajes han creído observar que estos accidentes son ocasionados por el pico-verde de cabeza roja, que horada el arce, cuya savia es mas abundante, y la respetan como un ave inteligente y un genio bueno.

A cuatro piés de tierra próximamente, se abren dos agujeros de tres cuartos de pulgada de profundidad, en el tronco del arce, que se perforan de alto á bajo para facilitar la salida de la savia.

Estas dos incisiones primitivas están hechas por la parte que mira al Sur, y corresponden paralelamente á otras dos semejantes practicadas en la parte Norte, abondándose despues estas cuatro cortaduras á medida que el árbol va dando su savia hasta dos pulgadas y media de profundidad.

Dos artesas de madera, colocadas en las dos faces del árbol, que están horadadas, reciben la savia que se dirige á ellas por dos tubos de caña introducidos en las cortaduras.

Cada veinte y cuatro horas se extrae el suco destilado, y conducido á unos tinglados cubiertos de cortezas de árboles, se le hace hervir en una vasija de piedra hasta que espuma. Cuando se ha reducido á la mitad por la accion del fuego, se le trasiega á otra vasija donde continua hirviendo hasta que toma el punto de jarabe. En este estado se le saca del fuego y se le deja reposar por espacio de doce horas, pasadas las cuales se le decanta en una tercera vasija, cuidando no se remueva el sedimento que haya producido la clarificacion.

(1) *Natchez.*

Este tercer recipiente se somete á su vez á la accion de un fuego lento, cuidando de echar un poco de grasa al jarabe para impedirle rebase los bordes. En el momento en que se nota que empieza á tomar punto, se pasa con presteza á un cuarto y último recipiente llamado *refrigerante*; entonces una mujer vigorosa meneá el liquido sin parar con un trozo de palo de cedro, hasta que tome el grano del azúcar. Ya en esta consistencia, se le pasa á unos moldes de corteza que dan al fluido coagulado la forma de pequeños panes cónicos, terminando con esto la operacion.

Cuando solo se trata de hacer melazas, el procedimiento concluye con el segundo fuego.

La extraccion de la savia del arce dura quince dias, y todos ellos, puede decirse, son una fiesta continua. Todas las mañanas van los salvajes al bosque de arces, generalmente regado por una corriente y animado con los bulliciosos grupos de indios é indias dispersos á los piés de los árboles: los jóvenes danzan y se entretienen en diferentes juegos, mientras los niños se bañan en los arroyuelos, vigilados por los saquems. Por la alegría de aquellos salvajes, su semi-desnudez, la vivacidad de sus bailes, las luchas no menos bulliciosas de los bañistas, la movilidad y frescura de las aguas y la vejez de las enramadas, se creeria asistir á una de aquellas escenas de los Faunos y Driadas descritas por los poetas:

Tum vero in numerum Faunosque ferasque videres
Ludere.

PESCA.

Los salvajes son tan hábiles en la pesca, como diestros en la caza: apresan al pez con el anzuelo y la red y agotan los vivares. Pero además, tienen pescas públicas, y la mas célebre de todas es la del esturion en el Misisipi y sus afluentes.

Esta fiesta empezaba por el matrimonio de la red. Seis guerreros acompañados de seis matronas, llevaban esta, y adelantando por en medio de los espectadores, agrupados en la plaza pública, pedian en matrimonio para sus hijos, esto es, la red, dos doncellas que designaban.

Los parientes de las jóvenes daban su consentimiento, y estas y la red, eran casadas por el juglar con las ceremonias acostumbradas: así tambien el dux de Venecia se desposaba con el mar.

Las danzas alegóricas seguan inmediatamente al matrimonio; y despues de las bodas de la red el concurso pasaba al rio, en cuya márgen estaban reunidas las canoas y piraguas. Las desposadas, envueltas en la red, marchaban á la cabeza del cortejo, pasando á ocupar los brcos despues de haberse provisto de hachones de pino y piedras para encender lumbre. La red, sus mujeres, el juglar, el Gran-Gefe, cuatro saquems y ocho guerreros para manejar los remos, se embarcaban en una gran piragua que precedia la flota.

Esta marchaba á alguna bahía frecuentada por el esturion, y durante la travesía se pescaban los demás peces que se ofrecian al paso, como la trucha y el pez armado, aquella con la red, y este con el anzuelo. Al esturion se le hiere con un dardo atado á una cuerda anudada en lo interior de la canoa. El pez herido, huye arrastrando tras sí la canoa; pero debilitándose poco á poco su huida, acaba por espirar en la superficie del agua. Las diferentes actitudes de los pescadores, el juego de los remos, el movimiento de las velas, la posicion de las piraguas agrupadas ó dispersas mostrando ora un costado, ora la popa ó la proa, todo contribuye á ofrecer un espectáculo sumamente pintoresco, formando los paisajes terrestres el fondo inmóvil de aquel movable cuadro.

A la entrada de la noche, se encienden hachones

en las piraguas, y su resplandor se reproducía en la superficie del agua. Las canoas apiñadas proyectaban á su vez masas de sombras sobre las olas enrojecidas; y se hubiera podido tomar á los pescadores indios que se agitaban en aquellas embarcaciones, por sus manitús, seres fantásticos, creacion de la supersticion y de las visiones del salvaje.

El juglar daba la media de retirada á la media noche, diciendo que la red queria retirarse con sus dos esposas. Ordenadas las piraguas en dos filas, y colocado simétrica y horizontalmente un hachon entre remero y remero á los costados de las piraguas, las líneas que formaban, paralelas á la superficie del rio, aparecian y desaparecian á la vista por el balance de las ondas, y se asemejaban á remos inflamados que se sumergian en ellas para hacer vogar las canoas.

En tan solemne momento se cantaba el epitalamio de la red, la que con toda la gloria de un esposo era declarada vencedora del esturion, que ostenta una corona y tiene doce piés de largo. Se pintaba la derrota del ejército entero de los pescados; el *lancornet*, cuyas barbas le sirven para envolver á su enemigo; el *chaousaron* provisto de una lanza dentellada, concava y vaguerada por la punta: el *artimegue*, que desplega un pabellon blanco; los cangrejos que preceden á los peces guerreros para trazarles el camino: todos son vencidos por la red.

Al canto de estos triunfos seguian estrofas que pintaban el dolor de las viudas de los peces: «En vano estas viudas aprenden á nadar, pues ya nunca verán consigo á aquellos con quienes se complacian en vagar por las selvas sub-marinas; no reposarán ya con ellos en los lechos de musgo, que cubria una bóveda transparente.» La red, despues de tantas preezas, es invitada por último, á dormir en los brazos de sus dos esposas.

DANZAS.

El baile entre los salvajes, como entre los antiguos griegos y la mayor parte de los pueblos en su infancia, se une á todas las acciones de la vida. Se baila en las bodas, y las mujeres forman parte de aquella danza; se baila para recibir un huésped, para fumar un calumet; se baila en las recolecciones; se baila en el nacimiento de un hijo, y se baila, sobre todo, en las defunciones. Cada caza tiene su baile especial, y consiste en la imitacion de los movimientos, de los hábitos y de los gritos del animal cuya persecucion está decidida: se trepa como el oso, se construye como el castor, se galopa en círculo como el bisonte, se brinca como la cabra; se abulla como el lobo, y se ladra como el zorro.

En la danza de los valientes ó de la guerra, los guerreros, completamente armados, se colocan en dos filas; un niño marcha entre ellos con el *chichikué* en la mano: es el *niño de los sueños*, el niño que ha soñado, inspirado por los buenos ó malos manitús. Detrás de los guerreros va el juglar, profeta ó augur intérprete de los sueños del niño.

Los bailarines forman luego un doble círculo, mugiendo sordamente, mientras el niño, inmóvil en el centro de él, pronuncia con los ojos bajos, algunas palabras ininteligibles. Cuando el niño levanta la cabeza, los guerreros saltan y mugen con mas fuerza, invocando á *Ataensia*, manitú de la ira y la venganza. Un especie de corifeo marca el compás dando golpes en un tamboril, y los bailarines se acompañan con campanillas compradas á los europeos y sujetas á los piés.

Si se está en el caso de partir para alguna expedicion, un gefe militar ocupa el lugar del niño, y despues de arengar á los guerreros, da un golpe con su maza á una figura de hombre ó manitú enemigo, di-

bujados groseramente en la tierra. Los guerreros, volviendo á empezar el baile, acometen con igual furor la figura hollada por su gefe, é imitando las actitudes del combate, blanden sus mazas ó sus hachas, maniobran con sus mosquetes ó sus arcos, y agitan sus cuchillos convulsivamente, prorumpiendo en feroces ahullidos.

A la vuelta de la expedicion, la danza guerrera es aun mas espantosa; cabezas, corazones, miembros mutilados, y cráneos con cabelleras ensangrentadas, se ven suspendidas en picas ó clavadas en tierra, siendo presenciada la danza pavorosa que ejecutan al rededor de aquellos trofeos, por los infelices prisioneros sentenciados á la hoguera, que miran aterrorizados aquella escena de horrible alegría. Ya tendré ocasion de hablar de algunas otras danzas de esta naturaleza, en el artículo de la guerra.

JUEGOS.

El juego es una accion comun al hombre, y este sentimiento universal, emana de tres fuentes: la naturaleza, la sociedad y las pasiones. De aquí resulta naturalmente que haya tres clases de juegos: los de la infancia, los de la virilidad, y los de la ociosidad ó las pasiones.

Los juegos de la infancia, inventados por los niños mismos, se observan en todo el ámbito de la tierra. Yo he visto al muchacho salvaje, beduino, negro, francés, inglés, alemán, italiano, español, griego oprimido, y turco opresor, lanzar la pelota y hacer rodar el arco. ¿Quién ha enseñado á estos niños, tan diferentes por sus lenguas, tan distintos por sus razas, sus costumbres y su país, quien, repito, les ha enseñado unos mismos juegos? El maestro de los hombres, el Padre de la grande y única familia: él enseña á la inocencia sus entretenimientos, que son á la vez el desarrollo de las fuerzas físicas y una necesidad de la naturaleza.

La segunda clase de juegos es la que, sirviendo para aprender un arte, es al mismo tiempo una necesidad de la sociedad, y en ella se colocan los juegos gimnásticos, las carreras de carros, la naumaquia entre los antiguos, las justas, los castillos, los pasos de armas, los torneos de la edad media, la pelota, la esgrima, las carreras de caballos y los juegos de destreza entre los modernos. El teatro con sus pompas, forma una diversion á parte, y el genio le reclama como uno de sus pasatiempos, hallándose en el mismo caso los juegos de combinacion en donde obra el talento, como el juego de las damas y el ajedrez.

La tercera clase de juegos son los de azar, aquellos donde el hombre expone en fortuna, su honor y algunas veces su libertad y su vida, con un frenesí que raya en el delirio; estos juegos son una necesidad de las pasiones. Los dados entre los antiguos, los naipes entre los modernos, y los huesecillos entre los salvajes de la América Septentrional, pueden entrar con razon en el número de esos pasatiempos funestos.

Estas tres clases de juegos de que acabo de hablar se hallan entre los indios.

Los juegos de sus hijos son los de los nuestros: ellos tienen el globo y la pelota (1), la carrera, el tiro de arco para la juventud, y ademas el *juego de las plumas*, que recuerda uno muy antiguo de la caballería.

Los guerreros y las jóvenes bailan alrededor de cuatro postes sobre los cuales hay colocadas plumas de diferentes colores: de cuando en cuando sale de la cuadrilla un jóven, y coge una pluma del color que lleva la señora de sus pensamientos; enlaza aquella

(1) Véase los *Natchez*.

pluma á sus cabellos y entra en la comparsa de baile. Por la disposicion de la pluma y la forma de los pasos adivina el indio el lugar que su amante le indica para verse, y cuando un guerrero toma plumas de un color con que no se adorna ninguna de las bailarinas, es señal de que, ó no ama ó no es correspondido. Las mujeres casadas solo son admitidas á este juego como simples espectadores.

Entre los juegos de tercera especie ó sean los de la ociosidad y las pasiones, solo citaré el de los huesecillos.

En este juego los salvajes pierden sus mujeres, sus hijos y su libertad, y cuando se ha jugado sobre la palabra y se ha perdido, es obligatorio cumplirla. ¡Cosa extraña! el hombre que con frecuencia falta á los juramentos mas sagrados, que se burla de las leyes, que engaña sin escrúpulo á su vecino, y algunas veces á su amigo, y que se vanagloria de la astucia y la duplicidad, cifra su honor en cumplir los compromisos de sus pasiones, en prestar su palabra al crimen y ser sincero con los autores, muchas veces culpables, de su ruina, y los cómplices de su depravacion.

En el juego de los huesecillos, llamado tambien *del plato*, dos jugadores son los únicos que hacen la partida, pues los demás van en pro ó en contra. Ambos adversarios tienen cada uno su marcador, y la partida se juega sobre una mesa ó simplemente sobre el césped.

Los dos jugadores que hacen la partida tienen cada uno seis ó ocho dados ó huesecillos parecidos á los huesos de los albaricoques, cortados en seis faces desiguales: las mas largas están pintadas, una de blanco y otra de negro.

Los huesecillos se menean en un plato de madera un poco cóncavo; el jugador hace dar vueltas á este plato, y dando en la mesa ó el césped, se hacen saltar al aire.

Si al caer presentan todos el mismo color, el que ha jugado gana cinco puntos; si de seis ó ocho solo cinco son de un color, el jugador no gana mas que un punto por la primera vez; pero si el mismo jugador repite el mismo golpe, gana la partida, que es de cuarenta.

A medida que se pierden tantos, se aumenta en igual proporcion la parte del adversario.

El que gana continúa sosteniendo la partida, y el que pierde, cede el sitio á uno de los que han apuntado á su favor, y cuya eleccion es libre al marcador de su parte: los marcadores son los personajes principales de este juego, y por lo tanto, se les elige con mucha precaucion, prefiriendo á aquellos cuyo manitú se cree mas fuerte y hábil.

La designacion de los marcadores conduce muchas veces á violentos debates: si un partido ha nombrado á un marcador cuyo manitú, es decir la fortuna, pasa por formidable, el partido opuesto rechaza el nombramiento: tiense algunas veces una alta idea del poder del manitú de un hombre que se detesta, y en este caso el interés se sobrepone á la pasion, y se adopta á aquel hombre por marcador, á pesar del encono que se le profesa.

El marcador tiene en la mano una pequeña plancha en la que anota con yeso rojo los golpes que da su compañero, mientras los salvajes se apiñan en tropel alrededor de los jugadores; todas las miradas están fijas en el plato y los huesecillos, y todos ofrecen votos y hacen promesas á los buenos genios. Los valores empeñados en el golpe de los dados son muchas veces inmensos para los indios, pues unos ponen su cabaña, otros se despojan de sus vestidos y los juegan contra los de los casadores del partido opuesto; y otros en fin que han perdido todo lo que poseian, proponen contra una débil puesta su libertad, ofreciendo servir durante un número determinado de meses ó años, al que gane el golpe contra ellos.

Los jugadores se preparan á su ruina con actos religiosos, tales como el ayuno, la vigilia y la oracion; los mancebos se separan de sus amadas, y los casados de sus mujeres, siendo examinados con exquisito cuidado los sueños. Los interesados se proveen de unos taleguillos donde meten las cosas con que han soñado; pedazos de madera, hojas de árboles, dientes de pescados y otros cien manitús tenidos por de buen agüero. La ansiedad está pintada en los rostros durante la partida, y ciertamente no se mostraria mas conmovido el concurso si se tratase de la suerte de la nacion. Todos se agrupan en torno del marcador, y como si de él emanase una virtud superior, procuran tocarle y ponerse bajo su influencia; es una escena de verdadero frenesí, y cada golpe que se da va precedido de un profundo silencio, y seguido de una viva aclamacion. Los aplausos de los que ganan y las imprecaciones de los que pierden, recaen sobre los marcadores, y hombres ordinariamente castos y moderados en sus acciones, vomitan ultrajes de una groseria y atrocidad increíbles.

Cuando el golpe que se va á dar es decisivo, frecuentemente se detiene por reclamacion de los interesados en uno y otro partido, que habiendo equilibrado el juego con sus puestas, declaran fatal tan crítico momento, y por lo tanto, digno de que se dilate la suerte comprometida en el salto de los huesecillos. Un jugador, apostrofando á los dados, les atribuye su desgracia y los amenaza con el fuego, mientras otro declara que se opone á la decision del negocio en tanto no se le permita echar un pedazo de nicotiana en el rio; otros muchos piden á voces el salto de los huesecillos; pero basta que haya una sola voz que se oponga á ello, para que el golpe se detenga por derecho. Cuando se cree llegado por fin el instante decisivo, se oye de improviso una voz que exclama: «¡Deteneos! ¡deteneos! ¡los muebles de mi cabaña son los que me hacen desgraciado!» Y corriendo á su vivienda rompe los trastos y los arroja á la puerta, despues de hecho lo cual vuelve diciendo: «¡Jugad! ¡jugad!»

Otras veces uno de los que casan, se figura que tal ó cual hombre de los que presencian el juego le hace desgraciado, y en este caso, el interpelado debe alejarse de aquel sitio, si no está interesado en el juego, ó buscarse otro hombre cuyo manitú, á juicio del que casa, pueda vencer al del hombre que lleva consigo la desgracia. Algunas veces ha sucedido tenerse que retirar del juego los comandantes franceses del Canadá que presenciaban aquellas escenas deplorables, para satisfacer los caprichos de un indio, pues si se tratase, aunque no fuese mas que de contrariar ligeramente sus aprensiones, la nacion entera haria causa comun con el jugador, y mezclándose la religion en el asunto, correria la sangre.

Ultimamente, cuando se tira el golpe decisivo, pocos indios tienen valor para presenciarlo, y la mayor parte se precipitan á tierra, cierran los ojos y se tapan los oidos, esperando el decreto de la fortuna como una sentencia de vida ó muerte.

AÑO, DIVISION Y COMPUTO DEL TIEMPO,

CALENDARIO NATURAL.

AÑO.

Los salvajes dividen el año en doce lunas, division que alcanza á todos los hombres, porque apareciendo y desapareciendo la luna doce veces, divide visiblemente el año en doce partes, mientras que el año solar, que es el verdadero, no está indicado por variaciones en el disco del sol.

DIVISION DEL TIEMPO.

Estas doce lunas toman sus nombres de las labores, bienes y males de los salvajes, y de los dones y accidentes de la naturaleza; y de aquí que varíen los nombres segun el pais y los usos de los diversos pueblos. Charlevoix cita un gran número de ellos; pero un viajero moderno (1) designa así los meses de los sioux y de los cipawais.

MESES DE LOS SIOUX.

LENGUA SIOUSA.

Marzo,	la luna del mal de ojos.	Wisthociasia-oni.
Abril,	la luna de la caza.	Mograhochandi-oni.
Mayo,	la luna de los nidos.	Mograhochandi-oni.
Junio,	la luna de las fresas.	Wojusticiasia-oni.
Julio,	la luna de las cerezas.	Champascia-oni.
Agosto,	la luna de los búfalos.	Tantankakiocu-oni.
Setiembre,	la luna de la avena-loc.	Wasipi-oni.
Octubre,	la luna del fin de la avena-loc.	Sciwestapi-oni.
Noviembre,	la luna de la cabra.	Takiouka-oni.
Diciembre,	la luna en que la cabra echa sus cuernos.	Ahesciakiouska-oni.
Enero,	la luna del valor.	Ouwikari-oni.
Febrero,	la luna del gato montés.	Owiciata-oni.

MESES DE LOS CIPAWAIS.

LENGUA ALGONQUINA.

Junio,	la luna de las fresas.	Hode I min-quisis.
Julio,	la luna de los frutos quemados.	Mikin-quisis.
Agosto,	la luna de las hojas amarillas.	Wathebaqui-quisis.
Setiembre,	la luna de la caída de las hojas.	Inaqui-quisis.
Octubre,	la luna de la caza pasajera.	Bina-hamo-quisis.
Noviembre,	la luna de la nieve.	Kaskadino-quisis.
Diciembre,	la luna del Pequeño-Espíritu.	Manito-quisis.
Enero,	la luna del Gran-Espíritu.	Kitci-manito-quisis.
Febrero,	la luna de la llegada de las águilas.	Wamebinni-quisis.
Marzo,	la luna de la nieve endurecida.	Oua banni-quisis.
Abril,	la luna del calzado de la raqueta.	Pokaadaquimi-quisis.
Mayo,	la luna de las flores.	Wabigon-quisis.

Los años se cuentan por nieves ó por flores, y tanto el anciano como la joven tienen en el número de sus años el símbolo de sus edades.

CALENDARIO NATURAL.

Los indios solo conocen en astronomia la estrella polar, á la que llaman *estrella inmóvil*, y les sirve para guiarse durante la noche. Los osagos han observado y dado nombre á algunas constelaciones. De dia no tienen los salvajes necesidad de brújula, pues en las sábanas la punta de la yerba se inclina al Sur, y en los bosques, el musgo que se pega al tronco de los árboles por la parte Norte, les indican el Septentrion y el Mediodia. Para los viajes nocturnos tienen diseñadas cartas geográficas en las cortezas de los árboles con la designacion de las distancias.

Los diversos límites de su territorio son rios, montañas, una roca donde se ha concluido un tratado, una tumba á la orilla de una selva, ó una gruta del Gran-Espíritu en un valle.

Las aves, los cuadrúpedos y los peces, sirven de barómetro, de termómetro y de calendario á los salvajes, y dicen que el castor les enseña á edificar y gobernarse, el carcajú á cazar con los perros como él lo ejecuta con los lobos, y el gavilan de agua á pescar con un aceite que atrae al pez.

Los pichones, cuyas bandadas son innumerables, y las becadas americanas de pico de marfil, anuncian el otoño á los indios, al paso que los papagayos y pico-verdes predicen la lluvia con silbidos tembloresos.

Cuando el *maukawis*, especie de codorniz, canta sin cesar desde la madrugada hasta la puesta del sol en el mes de abril, el siminol considera pasados los frios, y las

mujeres siembran las semillas propias del estío; pero cuando se sitúa en una cabaña por la noche, el que la ocupa se prepara á morir.

Si el pájaro blanco juguetea en la region superior del aire, anuncia infaliblemente una tormenta; pero si llegada la tarde revolotea delante del viajero batiendo un ala con otra, como asustado, predice algun peligro.

En los grandes acontecimientos pátrios, los juglares afirman que Kitchi-Manitú se remonta mas allá de las nubes en alas de su ave favorita, el *walkon*, especie de ave del paraíso de alas oscuras, y cuya cola está adornada de cuatro largas plumas verdes y rojas.

Las cosechas, los juegos, las cacerías, las danzas, las reuniones de los saquems, las ceremonias del matrimonio, del nacimiento y de la muerte, todo se ordena por observaciones sacadas de la historia natural, y fácil será comprender cuánta gracia y poesía prestarán al lenguaje de aquellos pueblos, usos tan sencillos. Nuestras gentes van á divertirse á la Grenouillère, trepan por la caña, siegan á la mitad del mes de agosto, plantan cebollas por Saint-Fiacre y se casan por San Nicolás.

MEDICINA.

La ciencia médica es una especie de iniciación entre los salvajes, y se llama la *gran medicina*: afilianse en ella como en una francmasonería, pues tiene sus secretos, sus dogmas y sus ritos.

Si los indios pudiesen desterrar del tratamiento de las enfermedades las costumbres supersticiosas y la charlataneria de los sacerdotes, conocerian todo lo que constituye la esencia del arte de curar, pudiéndose casi afirmar ha adelantado tanto, como en los pueblos civilizados.

Conocen una multitud de simples á propósito para cerrar las heridas, y usan oportunamente del *garentoguen*, que llaman *abasout-chenza*, á causa de su forma y es el *ginseng* de los chinos ó panax. Con la segunda corteza del sasafrás, cortan las fiebres intermitentes, y las raíces del *lychnis* de hojas de yedra, les sirven para curar las inflamaciones de vientre; emplean tambien el *bellis* del Canadá, que se eleva á seis piés de altura, y produce unas hojas carnosas y estriadas, para combatir la gangrena, limpiando completamente las úlceras, ya se la reduzca á polvo, ya se aplique cruda y triturada.

El pipirigallo trifolio, de flores rojas, dispuestas en forma de espiga, tiene la misma virtud que el *bellis*.

Segun los indios, la forma de las plantas tiene analogías y semejanzas con las diferentes formas del cuerpo humano que están destinadas á curar, ó con los animales maléficis, cuyo veneno neutralizan. Estas observaciones no deberian despreciarse, pues los pueblos sencillos que aprecian mas que nosotros las indicaciones de la naturaleza, están menos sujetos á errores que nosotros.

Uno de los grandes medios empleados por los salvajes en muchas enfermedades, son los baños de vapor. Construyen con este objeto una *cabaña* que llaman de los sudores, y está formada con ramas de árboles plantadas en círculo y unidas por la copa, formando un cono; por la parte exterior se las cubre con pieles de animales, dejando solo una pequeña abertura junto al suelo, por la cual se entra apoyado sobre las rodillas y las manos. En medio de aquella estufa hay un recipiente lleno de agua, que se hace hervir echando guijarros enrojecidos al fuego; el vapor que se eleva de aquel baño es abrasador, y en pocos minutos el enfermo se cubre de sudor.

(1) Beltrami.

La cirugía no está ni con mucho, tan adelantada como la medicina; pero esto no obstante han logrado suplir nuestros instrumentos con invenciones ingeniosas. Entienden muy bien el mecanismo de los vendages, aplicados á las fracturas simples, y tienen huesos tan puntiagudos como lancetas para sangrar y escarificar los miembros reumatizados. Para sacar la cantidad de sangre prescrita, la chupan con un cuerno, y en lugar de ventosas usan de unas calabazas llenas de materias combustibles, á las que ponen fuego cuando hay necesidad de aplicarlas. Abren moxas con nervios de cabra, y en vez de sifones usan de las vejigas de ciertos animales.

Los principios de la caja fumigatoria, empleada por algun tiempo en Europa, en el tratamiento de los ahogados, son conocidos de los indios, y se sirven al efecto de una ancha tripa cerrada en una de las extremidades, y abierta en la otra por un pequeño tubo de madera: esta tripa se infla con humo y este se hace penetrar en los intestinos del ahogado.

Todas las familias tienen lo que se llama *saco de medicina*, y consiste en un saco lleno de manitús y de diferentes simples de gran poder, que se transporta también á la guerra; en los campamentos es un *paladium*, y en las cabañas, sus dioses Lares.

Las mujeres, como hemos dicho, se retiran durante el parto á la cabaña de las purificaciones, donde son asistidas por matronas, que en los partos ordinarios tienen los conocimientos necesarios, pero en los difíciles carecen de instrumentos. Cuando la criatura se presenta mal, y no la pueden volver, sofocan á la madre la que debatiéndose con la muerte, arroja el fruto de sus entrañas por el esfuerzo de la última convulsion. Advertida siempre la madre antes de recurrir á este medio, nunca vacila en sacrificarse: algunas veces la sofocacion no es completa, y en este caso se salvan á la vez el hijo y la heroica madre.

La práctica mas comun en estos casos desesperados es causar á la paciente un gran susto, y para esto, se acercan en silencio á la cabaña de las purificaciones, algunos de jóvenes y de repente dan un grito de guerra. Estos clamores suelen producir buen efecto; pero tambien se estrellan frecuentemente contra la serenidad de las mujeres animosas, de las que hay muchas entre las indias.

Cuando un salvaje cae enfermo, todos sus parientes van á su choza, pero tienen especial cuidado en no pronunciar nunca la palabra *muerte* estando presente algun amigo del enfermo, pues el ultraje mas sangriento que podria hacerse á un hombre, seria decirle: «Tu padre ha muerto.»

Hemos visto la parte seria de la medicina de los salvajes, y vamos á ver ahora la parte grotesca, la que hubiera pintado un Moliere indio, si lo que dice relacion con las enfermedades morales y físicas de nuestra naturaleza, no encerrara alguna tristeza.

Si el enfermo experimenta desmayos, en los intervalos en que se le puede suponer muerto, los parientes, sentados en torno de la estera del moribundo, segun su grado de parentesco, prorrumpen en tan descomunales ahullidos, que se oiran á media legua de distancia. Cuando el enfermo recobra el uso de sus sentidos, los ahullidos cesan para volver á empezar á la primera crisis.

Entretanto llega el juglar, y el enfermo le pregunta si recobrará la vida, á lo que aquel le responde que solo él puede darle la salud. Entonces el enfermo, que se creia próximo á espirar, arenga á sus parientes, los consuela y los excita á desterrar la tristeza y á comer bien.

Cúbrese al paciente de yerbas, de raices y de pedazos de cortezas. Sópasele con un tubo de pipa en las partes de su cuerpo donde se cree reside el mal, hablándole el juglar en la boca para conjurar, si es tiempo aun, al espíritu infernal.

El enfermo mismo dispone el banquete fúnebre, puesto que deben consumirse todos los viveres que queden en la cabaña, y las ceremonias empiezan degollando los perros, para que vayan á advertir al Gran Espíritu de la próxima llegada de su amo. A pesar de estas puerilidades, hay alguna grandeza de alma en la sencillez con que el salvaje cumple el último acto de su vida.

Cuando el enfermo no tiene remedio, el juglar pone su ciencia al abrigo de los acontecimientos, y hace admirar su arte si el enfermo recobra la salud.

Así que el peligro ha pasado, no dice una palabra, y comienza sus invocaciones.

Empieza pronunciando palabras que nadie comprende, y despues exclama: «Yo descubriré el maleficio; yo obligaré á Kitchi-Manitú á huir de mi presencia.»

Dichas estas palabras, sale de la choza; los parientes le siguen, y corre á precipitarse en la *cabaña de los sudores* para recibir la inspiracion divina. Colocados al rededor de la estufa, y poseídos de un mudo terror, los parientes oyen al sacerdote que ahulla, canta y grita, acompañándose con un chichikué. De repente sale desnudo por el respiradero de la choza, cubiertos de espuma los labios y con los ojos torcidos; se abisma destilándole el sudor en un estanque helado, y despues se revuelca en la tierra, se hace el muerto y resucita, y volando á la cabaña manda á los parientes le vayan á esperar en la choza del enfermo.

A poco, se le ve venir con un carbon medio encendido en la boca, y una serpiente en la mano.

Despues de nuevas contorsiones al rededor del enfermo, deja caer el carbon y exclama: «Despiértate, yo te prometo la vida; el Gran Espíritu me ha revelado lo que te producía la muerte.» El poseído del espíritu divino se echa sobre su crédula víctima, y desgarrándola con los dientes arroja de su boca un huesecillo que llevaba oculto: «Hé aquí exclama, el maleficio que he arrancado de tu carne.» Entonces el sacerdote pide una cabra y truchas para hacer con ellos un banquete, sin lo cual el enfermo no podria sanar; y para llenar este deber religioso, los parientes están obligados á ir inmediatamente á cazar y pescar los manjares propuestos para el sacrificio.

El médico devora la comida; pero esto no basta. El enfermo está amenazado de una recaída si dentro de una hora aquel no obtiene el manto de un gefe que reside á dos ó tres jornadas del lugar de la escena. El juglar sabe la imposibilidad de cumplir el mandato; pero como prescribe á la vez la regla y la dispensa, mediante cuatro ó cinco mantos profanos, proporcionados por los parientes, los releva de la adquisicion del manto sagrado reclamado por el cielo.

Las aprehensiones del enfermo, que naturalmente vuelve á la vida, aumentan lo maravilloso de aquella cura: el enfermo se sale del lecho, se arrastra á gatas por detrás de los muebles de la cabaña, y si se le pregunta, nada responde, continuando solo en sus vueltas al rededor de la habitacion, acompañadas de gritos extraños. Agárrasele por fin y se le vuelve á colocar en su estera; creyéndosele presa de un nuevo acceso de su mal, permanece un instante tranquilo; pero de improviso se vuelve á levantar, y se sumerge en un estanque, de donde se le extrae solo á fuerza de trabajo: preséntasele una pocion, y dice con gravedad señalando á uno de sus parientes: «Dásele á ese danta.»

El médico procura penetrar la causa del nuevo delirio del enfermo, y este le responde seriamente: «Me he dormido y he soñado que tenia un bisonte en el estómago.» La familia parece consternada; pero de repente todos los circunstantes exclaman á voz en grito diciendo que están tambien poseídos de un animal, y el uno imita el grito del caribú, el otro el ladrido del perro, y un tercero por fin el ahullido del lobo; el enfermo procura remedar á su vez los mugidos de su bisonte, y aquello es un laberinto espantoso. Há-

cese transpirar al visionario mediante una infusión de salvia y ramas de abeto, y curada ya su imaginación, por la complacencia de sus amigos, declara que el bisonte le ha salido ya del cuerpo. Estas locuras, mencionadas por Charlevoix, se renuevan diariamente entre los indios.

¿Cómo aquel hombre que se elevaba tan alto cuando se creía próximo á la muerte, se ofrece tan bajo cuando está seguro de vivir? ¿Cómo, sabios ancianos, jóvenes razonables y mujeres sensatas, se someten á los caprichos de una mente exaltada? Hé aquí los misterios del hombre, la doble prueba de su grandeza y su miseria.

LENGUAS INDIAS.

Cuatro lenguas principales parecen haberse distribuido la América Septentrional: la algonquina y el huron al Norte y al Este; la siouesa al Oeste, y la chicasesa al Mediodía; pero los dialectos difieren por decirlo así, en cada tribu. Los creeks actuales hablan el chicases mezclado de algonquino.

El antiguo natchez era un dialecto mas dulce del chicases.

El natchez, como el huron y el algonquin, no conocia mas que dos géneros: el masculino y el femenino desechando el neutro. Nada tiene de extraño esta clasificación en pueblos que á todo conceden pensamiento, que creen escuchar voces en todos los murmullos, y atribuyen las pasiones de la ira y del amor á las plantas; de los deseos á las ondas; espíritu inmortal á los animales, y almas á las rocas. Los nombres carecen de declinación en el natchez, y en el plural solamente toman la letra *kó* el monosílabo *ki*, si terminan en consonante.

Los verbos se distinguían por la característica, la terminación y el aumento: así los natchez dicen, *T-i-ja*, yo marché; *ni Tjaban*, yo marchaba; *ni-ga Tija*, yo marcharé; *ni-ki Tija* yo marché ó he marchado.

Tenían tantos verbos como sustantivos expuestos á su acción; y así *comer* maiz era un verbo distinto del de *comer* cabra; *pasearse* en una selva, se decía de distinto modo que *pasearse* por una colina; *amará su amigo* se trasladaba por el verbo *napitilima*, que significa yo estimo; *amar á su dueño*, se expresaba por el verbo *nisikia*, que se puede traducir por *yo soy feliz*. En las lenguas de los pueblos cercanos á la naturaleza, los verbos se multiplican excesivamente ó son excasísimos, pero sobrecargados de una multitud de letras que varían su significación: el padre, la madre, el hijo, la mujer, el marido, todos han buscado expresiones diversas para manifestar sus diversos sentimientos; las pasiones humanas han modificado la primitiva palabra que dió Dios al hombre al concederle la existencia. El verbo era uno y lo encerraba todo; mas el hombre ha sacado de él las lenguas con sus variaciones y riquezas: lenguas en que se hallan sin embargo algunas palabras radicales que han quedado como tipo ó prueba de su comun origen.

El chicases, raíz del natchez, carece de la letra *r*, excepto en las palabras derivadas del algonquin, como *arrego*, *yo hago la guerra*, que se pronuncia con una especie de desgarramiento del sonido. El chicases tiene aspiraciones frecuentes para el lenguaje de las pasiones, tales como la ira, la cólera, los zelos; pero en los sentimientos tiernos, y en las descripciones de la naturaleza, sus expresiones están llenas de encanto y de magestad.

Los sioux, á quienes su tradición hace originarios de Méjico en el alto Misisipí, han extendido el imperio de su lengua desde aquel río á las montañas Rocallosas por la parte del Poniente, y hasta el río Rojo por

la del Norte: allí se hallan los cipawais, que hablan un dialecto del algonquin, y son enemigos de los sioux.

La lengua siouesa ofrece en su pronunciación un silbido bastante desagradable al oído, y á ella se deben los nombres de casi todos los ríos y lugares al Oeste del Canadá, tales como el Misisipí, el Misuri, el Osago, etc. En cuanto á su gramática, nada ó poco menos es lo que se sabe.

El algonquin y el huron son las lenguas madres de todos los pueblos de la parte de la América Septentrional comprendida entre las fuentes del Misisipí, la bahía de Hudson y el Atlántico, hasta la costa de la Carolina. Un viajero que supiera estas dos lenguas, podría recorrer sin intérprete mas de mil ochocientas leguas en este país, y hacerse entender de mas de cien pueblos.

La lengua algonquina comenzaba en la Acadia y en el golfo de San Lorenzo, y dirigiéndose de Sud-Este á Sud-Oeste, por el Norte, abrazaba una extensión de mil doscientas leguas. Los indígenas de la Virginia la hablaban también; pero en la parte allá de las Carolinas, hacia el Mediodía, dominaba la lengua chicasesa. El idioma algonquin terminaba por el Norte en los Cypawais. Mas hacia el Septentrion aparecía la lengua de los esquimales; al Oeste y orilla izquierda del Misisipí se habla la lengua algonquina, y en la orilla derecha del mismo río la lengua siouesa.

El algonquin no tiene tanta energía como el huron, pero es mas dulce, mas elegante, mas claro; empleáse comunmente en los tratados, y pasa por la lengua culta ó clásica del desierto. El huron lo hablaba el pueblo á quien debe su nombre, y el de los Iroqueses, colonia suya.

El huron es una lengua completa con verbos, nombres, pronombres y adverbios, teniendo los verbos simples una doble conjugación, una absoluta y otra reciproca; las terceras personas tienen dos géneros, y los nombres y los tiempos siguen el mecanismo de la lengua griega. Los verbos activos se multiplican hasta el infinito, como en la lengua chicasesa.

El huron carece de letras labiales; se le habla con pronunciación nasal, y casi todas las sílabas son aspiradas. El diptongo *uo* forma un sonido extraordinario que se expresa sin mover los labios, y los misioneros no sabiendo como indicarlo, lo han escrito con la cifra 8.

El genio de aquella noble lengua consiste principalmente en personificar la acción, es decir, en volver la pasiva por la activa; para probar lo cual el padre Rasle cita el ejemplo siguiente: «Si preguntáis á un europeo para qué le ha criado Dios, os dirá que para conocerle, amarle y servirle, y por este medio merecer la gloria eterna.» Un salvaje os responderá en lengua hurona: «El Gran-Espíritu ha dicho de nosotros: Que me conozcan, que me amen, que me sirvan y los haré entrar en mi ilustre felicidad.»

La lengua hurona ó iroquesa tiene cinco dialectos principales.

Esta lengua tiene solamente cuatro vocales *a, e, i, o* y el diptongo *u*, que participa de consonante y del valor de la *w* inglesa: sus consonantes son seis, *h, k, n, r, s, t*.

En el huron casi todos los nombres son verbos; no hay infinitivo, y la raíz del verbo es la primera persona del presente de indicativo.

Hay tres tiempos primitivos, de los cuales se forman los demás, y son: el presente de indicativo, el pretérito indefinido, y el futuro simple afirmativo.

Apenas hay sustantivos abstractos, y si se encuentran algunos, desde luego se descubre han sido formados fuera de tiempo del verbo concreto, modificando una de sus personas.

El huron tiene un número dual como el griego, y dos primeras personas plurales y duales. Carece de auxiliares para conjugar los verbos, así como de parti-

cipios y verbos pasivos, pues estos se forman por el activo ó se vuelven por él: *Yo soy amado*, se dice: *Se me ama*, etc. Tampoco hay pronombres para expresar las relaciones en los verbos, pues se conocen solamente por la inicial del verbo, que se modifica tantas veces y de tantas maneras, cuantas relaciones hay posibles entre las diferentes personas de los tres números, lo que es absurdo. Estas relaciones por lo tanto son la clave de la lengua, y una vez comprendidas, pues tiene reglas fijas, ya no hay obstáculo.

Una de las singularidades de esta lengua es que los imperativos de los verbos tengan primera persona.

Todas las palabras de la lengua hurona pueden componerse entre sí; y en general, exceptuando solo algunos casos, el objeto del verbo, cuando no es un nombre propio, se incluye en el verbo mismo, no formando mas que una sola palabra, y entonces el verbo toma la conjugacion del nombre, porque todos estos pertenecen á una de sus cinco conjugaciones.

Esta lengua tiene un gran número de partículas expletivas, que aisladas no significan nada, pero que colocadas en el discurso, le dan gran fuerza y claridad. Estas partículas no son comunes al género masculino y femenino, sino que por el contrario cada uno tiene las que le son propias.

Estos géneros son dos: el noble para los hombres, y el innoble para las mujeres y los animales machos ó hembras. Cuando se dice de un cobarde que es una mujer, se hace masculina la palabra *mujer*; y cuando de una mujer se dice por el contrario que es un hombre se hace femenina la palabra *hombre*.

La señal del género noble é innoble, y la del singular, dual y plural, es la misma en los nombres y en los verbos, los cuales tienen todos en sus tiempos y número dos terceras personas, noble é innoble.

Cada conjugacion es absoluta, reflexiva, recíproca y relativa, sirviendo de ejemplo la siguiente.

CONJUGACION ABSOLUTA.

Singular, presente de indicativo.

Iks8ens. . . . Yo aborrezco.

Dual.

Tenis8ens. . . Tu y yo, etc.

Plural.

Te8as8ens. . . Vosotros y nosotros, etc.

CONJUGACION REFLEXIVA.

Singular.

Katats8ens. . . Yo me aborrezco, etc.

Dual.

Tiatats8ens. . . Nosotros nos, etc.

Plural.

Te8atats8ens. . Vosotros y nosotros, etc.

Para la conjugacion recíproca se añade *te* á la conjugacion reflexiva, cambiando la *r* en *h* en las tres personas del singular y del plural.

Así pues se dirá:

Tekatats8ens. . Yo me aborrezco, *mutuo*, con alguno.

CONJUGACION RELATIVA DEL MISMO VERBO Y DEL MISMO NOMBRE.

Singular.

Relacion de la primera persona á las otras.

Kous8ens. . . Ego te odi, etc.

Relacion de la segunda persona á las otras.

Taks8ens. . . Tu me.

Relacion de la tercera masculina á las otras.

Raks8ens. . . Ille me.

Relacion de la tercera persona femenina á las otras.

Saks8ens. . . Illa me, etc.

Relacion de la tercera persona indefinida *se*.

Ionks8ens. . . Se me aborrece.

Dual.

La relacion del dual al dual y al plural, se hace plural: solo me ocuparé de la relacion del dual al singular.

Relacion del dual á las demás personas.

Keis8ens. . . Nos 2, te etc.

Las tres personas duales á las otras, son las mismas que las plurales.

Plural.

Relacion de la primera plural á las otras.

K8as8ens. . . Nos te, etc.

Relacion de la segunda plural á las otras.

Tak8as8ens. . Vos me.

Relacion de la tercera plural masculina á las otras.

Ronks8ens. . . Ille me.

Relacion de la tercera plural femenina á las otras.

Iousks8ens. . . Illæ me.

CONJUGACION DE UN NOMBRE.

Singular.

Hieronke. . . Mi cuerpo.

Tsieronke. . . Tu cuerpo.

Raieronkè. . . Su—á él.

Raieronke. . . Su—á ella.

Ieronke. . . El cuerpo de alguno.

Dual.

Tenieronke. . Nuestro (*meum et tuum*).

Iakenieronke. . Nuestra (*meum et illum*).

Seniieronke. . Vuestro 2.

Niieronke. . . Su 2 á ellos.

Kaniieronke. . Su 2 á ellas.

Plural.

Te8aieronke. . Nuestros (*nost. et vest.*)

Iak8aieronke. . Nuestras (*nost. et illor.*)

Y así de todos los nombres. Comparando la conjugacion de este nombre con la conjugacion absoluta del verbo *iks8ens*, yo aborrezco, se ve que tienen absolutamente las mismas modificaciones en los tres números: *k* para la primera persona *s* para la segunda, *r* para la tercera noble, *ka* para la tercera innoble, y *ni* para el dual. Para el plural, se redobla *te8a*, *se8a* *ra* en *ra*, *konti*, cambiando *k* en *te8a*, *s* en *se8a*, *ra* en *ra*, *ka* en *konti*, etc.

La relacion en el parentesco va siempre de mayor á menor; ejemplo:

Mi padre, *rakenika*, el que me tiene por hijo. (Relacion de la tercera persona á la primera.)

Mi hijo, *rienha*, el que yo tengo por hijo. (Relacion de la primera á la tercera persona).

Mi tío, *rakenchaa*, *rak...* (Relacion de la tercera persona á la primera).

Mi sobrino, *rion8atenna*, *ri...* (Relacion de la primera á la tercera persona, como en el verbo precedente).

El verbo *querer* no tiene traduccion en iroqués, y se sustituye con *ikire*, *pensar*, de este modo:

Yo quiero ir allá.

Ikere etho iake.

Yo pienso ir allá.

Los verbos que expresan una cosa que no existe ya



MUJERES IROQUESAS

en el momento en que se habla, carecen de perfecto, conservando solamente un imperfecto, como *ronnhkeh8e*, imperfecto, él ha vivido, él no vive ya. En esta regla: si yo he amado á alguno, y si yo le amo aun, me serviría por analogia del perfecto *kenon8ehon*. Si no le amo ya, me serviría del imperfecto *kenon8esk8e*; yo le amaba, pero yo no le amo ya: esto en cuanto á los tiempos.

Respecto á las personas, los verbos que expresan una cosa que se hace por fuerza carecen de primeras personas, y solo tienen una tercera relativa á las demás. Así, en yo estornudo, *te8akitsionh8a*, hay relacion de la tercera á la primera: esto me estornuda ó me hace estornudar.

Yo hostezo, *te8akskara8ata*, igual relacion de la tercera innoble á la primera *8ak*, esto me abre la bo-

ca. La segunda persona, *tu bostezas, tu estornudas*, será la relación de la misma tercera persona innoble, á la segunda *tesatsionk8a, tesaskara8ata*, etc.

Para los términos del verbo ó régimen directo hay una variedad suficiente de modificaciones á los finales que las expresan inteligiblemente, modificaciones que están sometidas á reglas fijas.

Kninons, yo compro. *Kehninoñse*, yo compro para alguno. *Kehninoñ* yo compro de alguno. — *Katenniet-ha*, yo envío. *Kehniet-a*, yo envío por alguno. *Keiatennietennis*, yo envío á alguno.

Por solo el exámen de estas lenguas, resulta, que pueblos llamados por nosotros *salvajes*, estaban muy adelantados en esa civilización que consiste en la combinación de las ideas: verdad que se confirmará mas y mas por los detalles de su gobierno (1).

CAZA.

Inmediatamente que los ancianos han acordado la caza del castor ó del oso, un guerrero va de puerta en puerta por todas las aldeas, diciendo: «Los gefes van á partir; todos los que quieran seguirlos que se pinten de negro y ayunen, para conseguir del Espíritu los sueños que les manifiesten el sitio en que reposan este año los castores y los osos.

Al oír esta advertencia todos los guerreros se pintarajan de hollín disuelto con manteca de oso, y empieza el ayuno de ocho noches, ayuno tan riguroso que no se debe tragar ni una gota de agua; cantando entretando incesantemente para hacer propicios los sueños.

Cumplido el ayuno, los guerreros se bañan, y des-



LA PESCA.

pues se sirve un gran festin, durante el cual cada indio cuenta los sueños que ha tenido; si la mayoría de éstos determina un sitio para la caza, la reunión resuelve trasladarse á él definitivamente.

Ofrécese un sacrificio expiatorio á las almas de los osos muertos en las cazas anteriores, y se las conjura se muestran favorables á los nuevos cazadores, es decir, que se suplica á los osos muertos permitan se ani-

(1) He tomado la mayor parte de las curiosas noticias que acabo de dar acerca de la lengua hurona, en una pequeña gramática iroquesa manuscrita que tuvo la bondad de enviarme M. Marcoux, misionero en San Luis, distrito de Montréal, en el Bajo-Canadá. Además, los jesuitas han dejado trabajos importantes acerca de las lenguas salvajes del Canadá. El P. Chaumont que pasó cincuenta años entre los hurones, ha compuesto una gramática de su lengua, y debemos tambien al P. Hasle, encerrado diez años en una aldea de Abenakis, preciosos documentos. Háse concluido un diccionario francés-iroqués, nuevo tesoro para los filólogos, y se posee tambien el manuscrito de un diccionario iroqués é inglés del cual se ha extraviado desgraciadamente el primer tomo que abrazaba desde la letra A hasta la L.

quile á los vivos. En estas solemnidades, cada guerrero canta sus antiguas hazañas contra las fieras.

Terminados los cánticos, emprenden la marcha completamente armados, y cuando llegan á la margen de un río, los guerreros se sientan de dos en dos en el fondo de las canoas, cada uno con un remo en la mano. A la señal dada por el gefe, las canoas se colocan en fila y la que marcha á la cabeza arrostra la violencia de las aguas, cuando se navega contra corriente. A estas expediciones se llevan traillas de perros, lazos, trampas y calzado á propósito para andar sobre la nieve.

Llegados al sitio determinado, se sacan las canoas á tierra y se rodean con una empalizada revestida de césped. El gefe divide la gente en cuadrillas, cada una de igual número de individuos, y despues de la distribución de los cazadores, se procede á la del terreno donde se ha de cazar, construyendo cada cuadrilla una choza en el centro del lote que le ha tocado.

Apartada la nieve, se clavan en tierra unas estacas, y apoyando en ellas cortezas de abedul quedan formadas las paredes de la cabaña: otras cortezas inclinadas

unas á otras, y elevándose sobre las primeras, forman el techo del edificio, saliendo el humo del hogar por un agujero practicado en el mismo. La nieve cubriendo, por la parte anterior los vacíos de la construcción, la sirve de revestimiento ó blanqueo. Una hoguera está encendida en el centro de la cabaña, y algunas pieles tapizan su suelo: los perros duermen al pié de sus amos, y lejos de sufrir el frío se ven sofocados, pues el humo lo invade todo, y los cazadores ya sentados, ya echados, procuran colocarse debajo de él. Para empezar la caza de el castor se espera por lo regular á que las nieves hayan caído, y que el viento del Nord-Este, serenando el cielo, produzca un frío seco, ocupando los días anteriores en algunas cazas intermedias, tales como las de las nutrias, los zorros y las ratas almizcladas.

Las trampas usadas contra estos animales son, tablas mas ó menos gruesas y de mayor ó menor anchura. Practicase un agujero en la nieve, y una de las extremidades de las tablas está posada en tierra mientras la otra se eleva sostenida por tres pedazos de madera, ajustados de modo que parecen formar el número 4. El cebo se sujeta á una de las patas de esta cifra, y el animal que se quiere coger, introducido debajo de la tabla, tira hácia sí el cebo, y cayendo la trampa, queda prisionero.

El cebo difiere segun el animal á que se destina; al castor se presenta un trozo de madera de álamo; al zorro y al lobo un pedazo de carne; y á la rata almizclada nueces y frutos secos.

Las trampas para los lobos se colocan á la entrada de los sitios por donde acostumbra pasar, y á la desembocadura de los sitios llenos de malezas; para los zorros en la pendiente de las colinas á alguna distancia de los solos; para las ratas almizcladas en los montes tallares de fresnos; y para las nutrias en las hondonadas de las praderas y en las junqueras de los estanques.

Estas trampas se reconocen por la mañana, saliendo de la choza dos horas antes que luzca el día.

Los cazadores, para andar por la nieve usan de un calzado especial, que tiene diez y ocho pulgadas de largo por ocho de ancho, y es de forma oval por delante y terminado en punta por detrás; la curva de la elipse es de madera de abeto, doblada y endurecida al fuego. Las cuerdas transversales y longitudinales están hechas de correas de cuero de seis líneas en todos sentidos, reforzadas con mimbres verdes. La raqueta está sujeta al pié por tres abrazaderas; y sin estas máquinas ingeniosas, sería imposible dar un paso por aquellos climas, en invierno: esto no obstante al principio lastiman y fatigan, pues obligan á volver las rodillas hácia dentro y abrir las piernas.

Cuando se procede á reconocer y levantar los lazos ó trampas en los meses de noviembre y diciembre, generalmente se hace en medio de torbellinos de nieve, de granizo y de viento, ventiscas tan espesas y peligrosas que apenas se ve á medio pié de distancia. Los cazadores marchan en silencio; pero los perros dan fuertes ahullidos al sentir la presa, y se necesita toda la sagacidad del salvaje para encontrar las trampas y senderos enterrados bajo los carámbanos.

El cazador se detiene á un tiro de piedra de las trampas hasta que desapunta el día, y allí permanece en pié, inmóvil en medio de la tempestad, con la espalda vuelta al viento y los dedos metidos en la boca: de cada pelo de la piel que le cubre sale un hilo escarchado, y el mechón de cabellos que corona su cabeza, se convierte en un penacho de hielo.

Al primer rayo de la luz del día, cuando se ven caídas las trampas, corren á dar fin de la bestia. Entonces un lobo ó un zorro, con los lomos medio espachurados, enseña á los cazadores sus dientes blancos y su cola negra; pero los perros toman pronto por su cuenta al herido.

Barrida la nieve reciente, se levanta la máquina, y despues de poner un pasto fresco, se cuida de co-

locar el artifició á cubierto del aire. Las trampas algunas veces se hallan derribadas sin que la caza haya caído, y este accidente es efecto de la astucia de los zorros, que asaltan el cebo alargando la pata por un costado de la tabla, en lugar de colocarse bajo la trampa, y de este modo se apoderan sanos y salvos de la comida.

Si el primer resultado que han ofrecido los lazos satisface á los cazadores, estos vuelven triunfantes á su choza, y en este caso es increíble el ruido que hacen: cuentan las capturas hechas al salir el sol, invocan los manitús, gritan sin entenderse, desvarian impresionados por su júbilo, y los perros les acompañan con su algazara. De este primer resultado se sacan los presagios mas favorables para el porvenir.

Así que han cesado las nevadas, y el sol brilla en aquella superficie endurecida, se dispone la caza del castor. Empiézase por dirigir al Gran-Castor una súplica solemne, presentándole una ofrenda de nicotiana. Cada uno de los indios se arma de una maza para romper el hielo, y de una red para coger la presa; pero sea cual fuere el rigor del invierno, algunos estanques pequeños no se hielan nunca en el Alto-Canada: fenómeno debido á la abundancia de las termas ó á la exposición particular del suelo.

Estos depósitos de agua no congelable, están formados muchas veces por los mismos castores, como he dicho en el artículo de historia natural, y hé aquí cómo se destruye á estas pacíficas criaturas de Dios.

Practicase un agujero bastante ancho en la calzada del estanque donde viven los castores, y pasando por él el agua, la maravillosa ciudad queda en seco. Los cazadores, colocados en pié sobre la calzada con una maza en la mano, y los perros á su espalda, ven aparecer las habitaciones á medida que las aguas van bajando: alarmado el pueblo anfibio de aquella filtración rápida, y juzgando aunque sin conocer la causa, se ha abierto una brecha en la calzada, se ocupa inmediatamente en cerrarla. Todos nadan á porfía; los unos se adelantan para examinar la naturaleza del daño; los otros abordan á la ribera para buscar materiales, y otros por último se trasladan á las casas de campo para advertir del peligro á sus conciudadanos. En tan crítico momento los desgraciados son perseguidos por todas partes: en la calzada, la maza da dura muerte al obrero que se esfuerza en reparar la avería; el habitante refugiado en su casa campestre, no está seguro ya en ella; porque el cazador le echa á los ojos un puñado de polvo que le ciega, y los perros le estrangulan. Los gritos de los vencedores hacen retremblar los bosques; el agua se agota, y entonces se da el asalto de la ciudad.

El modo de apoderarse de los castores en los vivares helados, es distinto: practicadas algunas aberturas en el hielo, los castores aprisionados bajo su bóveda de cristal se apresuran á salir á respirar á aquellas aberturas; pero á pesar de todo los castores descubrirían la emboscada, que les oculta la médula del junco echada en el agua, si los cazadores no tuvieran la precaucion de cubrir con borra de caña todos los puntos en que se ha quebrado el hielo. Al aproximarse al respiradero, los descubre el remolino que forman, y el cazador metiendo el brazo en la salida, agarra al animal por la pata, y echándole sobre el hielo es rodeado de un círculo de asesinos, perros y hombres. Atado inmediatamente á un árbol, un salvaje le desuella medio vivo para que su pelo vaya á cubrir, mas allá de los mares, la cabeza de un habitante de Londres ó París.

Terminada la expedicion contra los castores, los indios vuelven á la cabaña de la cacería cantando himnos al Gran-Castor, al ruido del tambor y del chichikúe.

La desolladura se hace en comun. Plantados dos postes, se coloca en cada uno de ellos un cazador,

teniendo suspendidos por las patas traseras dos castores. Al mandato del jefe se abre el vientre de los animales muertos, y se les despoja. Si se encuentra alguna hembra entre las víctimas, la consternación es grande, pues no solo es un crimen religioso matar las hembras del castor, sino que se reputa como un delito político, y una ocasión de guerra entre las tribus. Esto no obstante, el estímulo de la ganancia, la pasión por los licores fuertes, y la necesidad de las armas de fuego, se han sobrepuesto á la fuerza de la superstición y al derecho establecido y ha muerto gran cantidad de hembras, práctica que mas ó menos tarde producirá la extinción de su raza.

La caza termina por una comida compuesta de carne de castores, y un orador pronuncia el elogio de los cuadrúpedos muertos, como si no hubiera contribuido á su muerte: recuerda cuanto he dicho de sus costumbres, y alaba su inteligencia y sabiduría: «No oireis ya, dice, la voz de los gefes que os mandaban y que habiais escogido entre todos los castores guerreros para que os dieran leyes. No hablareis ya en el fondo del lago el lenguaje que saben perfectamente los juglares, y no dareis ya mas batallas á las nutrias que tan cruelmente os persiguen. ¡No, castores! pero vuestras pieles servirán para comprar armas, llevaremos vuestros jamones ahumados á nuestros hijos, é impediremos que nuestros perros rompan vuestros duros huesos.»

Todos los discursos, todas las canciones de los indios, prueban que se asocian á los animales, que les conceden un carácter y un lenguaje, que los consideran como institutores y seres dotados de un alma inteligente. La Escritura muchas veces ofrece al hombre como ejemplo el instinto de los animales.

La caza de los osos, que es la mas celebrada entre los indios, comienza por largos ayunos, penitencias sagradas y festines, y se verifica en invierno. Los cazadores atraviesan caminos espantosos, á lo largo de los lagos y por montañas cubiertas de nieve que oculta completamente sus precipicios. En los desfiladeros peligrosos ofrecen el sacrificio que consideran mas acepto al genio del gran desierto, y consiste en colgar vivo un perro en las ramas de un árbol, y dejarle morir rabiando. Chozas construidas á la ligera les preservan tan malamente del rigor de los hielos, que el que se guarece en ellas se quema por un lado y se hiel por el otro, no teniendo mas recurso para preservarse del humo, que echarse boca abajo con el rostro metido entre las pieles. Los perros hambrientos ahullan desesperadamente pasando y repasando sobre el cuerpo de sus amos, y cuando estos creen tomar un mezquino alimento, algo mas listos que ellos, lo han devorado.

Después de fatigas inauditas llegan por fin á las llanuras cubiertas de pinares, que sirven de guarida á los osos, y olvidando las fatigas y los peligros, empieza la acción.

Los cazadores, divididos en grupos, abrazan un gran espacio circular colocándose á alguna distancia unos de otros. Situados en los diferentes puntos del círculo, marchan á la hora convenida, en dirección de un radio que se dirige al centro, examinando cuidadosamente los añosos árboles que en aquel radio ocultan á los osos, pues el animal es descubierto por la huella que deja su aliento en la nieve.

Así que el indio ha descubierto las huellas que busca, llama á sus compañeros, trepa por el pino, y á diez ó doce pies de altura halla la entrada por la cual ha penetrado el solitario en su celda: si el oso está dormido se le parte la cabeza, y subiéndolo al árbol otros dos cazadores, ayudan al primero á sacar de su especie de nicho al animal ya muerto, que arrojan á tierra.

El guerrero explorador y vencedor, se apresura á bajar: enciende su pipa, la mete en la boca del oso y

soplando por la chimenea del calumet, llena de humo la garganta del cuadrúpedo. Dirige en seguida algunas palabras al alma del finado, y le suplica le perdone su muerte, pidiéndole no le sea adverso en las demás cazas que pueda emprender. Después de esta arenga, corta la punta de la lengua del oso para quemarla en la aldea, y descubrir por el modo de chisporrotear en la llama, si el alma del oso está ó no aplacada.

El oso no siempre se encierra en el tronco de un pino, pues habita frecuentemente en un cubil, cuya entrada cierra él mismo, estando algunas veces tan repleto este eremita, que á penas puede andar aunque haya vivido sin alimento una parte del invierno.

Los guerreros, partiendo de diferentes partes del círculo, y dirigiéndose al centro, se encuentran en él por fin, llevando arrastrando ó persiguiendo su presa, viéndose algunas veces llegar jóvenes salvajes que arrian con una varita un formidable oso, que trota pesadamente por la nieve. Cuando están fatigados de este juego, hunden un cuchillo en el corazón del pobre animal.

La caza del oso, como todas las demás, acaba por un convite sagrado, y la costumbre es asar un oso entero y servirle á los convidados sentados en rueda sobre la nieve al abrigo de los pinos, cuyas ramas están tambien cubiertas de ella. La cabeza de la víctima, pintada de rojo y azul, se coloca en lo alto de un poste, y los oradores la dirigen la palabra, prodigando elogios al muerto mientras devoran sus miembros. «¡Cómo subías á lo alto de los árboles! ¡qué fuerza en tu musculatura! ¡qué constancia en tus empresas! ¡qué sobriedad en tus ayunos! Guerrero de la poblada piel, en la primavera los oseznos se abrasaban de amor por tí. Hoy ya no existes, pero tus despojos constituyen ahora las delicias de los que los poseen.»

Frecuentemente se ven sentados en aquellos festines en amable compañía con los salvajes, perros, osos y nutrias domesticadas.

Los indios contraen, durante esta caza, compromisos que se toman la molestia de cumplir. Juran por ejemplo, no comer hasta haber llevado la pata del primer oso que matarán á su madre ó su mujer, y muchas veces estos objetos queridos se hallan á trescientas ó cuatrocientas millas de la selva donde han cazado la bestia. En este caso se consulta al juglar, el cual por medio de un presente, arregla el negocio, y los imprudentes que pronuncian estos votos, están libres de ellos, quemando en honor del Gran-Liebre la parte del animal que habian reservado á sus parientes.

La caza del oso termina hácia fines de febrero, empezando en esta época la del danta, del cual se encuentran grandes manadas en los viveros de abetos.

Para cogerlos se cierra un terreno considerable en dos triángulos de igual medida, formados por estacas altas y apiñadas. Estos dos triángulos se comunican por uno de sus ángulos, y en la abertura se ponen lazos. La base del triángulo mayor queda abierta, y los guerreros se colocan en ella formando una sola línea. Empiezan la batida avanzando y dando grandes gritos, y tocando una especie de tambor. Los dantas huyen hácia el cercado cerrado por las estacas, y buscando en vano una salida, llegan al sitio fatal donde quedan envueltos en las redes. Los que logran saltarlas se precipitan en el pequeño triángulo, donde fácilmente son atravesados á flechazos.

La caza del bisonte se verifica durante el estío en las sábanas que costean el Misuri ó sus afluentes. Los indios baten la llanura echando los ganados hácia la corriente del agua. Cuando los bisontes resisten la huida, los salvajes prenden fuego á las yerbas, y los animales quedan encerrados entre el incendio y el río: en este caso millares de estas pesadas bestias atra-

viesan las llamas ó las ondas, mugiendo á un tiempo; pero caen al fin alcanzados por la bala ó el venablo, ofreciendo un espectáculo admirable.

Los salvajes emplean aun otros medios de ataque contra los bisontes, pues ora se disfrazan de lobos con el fin de reunirlos, ora atraen las vacas imitando el mugido del toro. En los últimos dias de otoño, cuando los rios apenas se han helado, dos ó tres tribus reunidas dirigen los ganados hácia aquellos rios. Un sioux, vestido con la piel de un bisonte, atraviesa el rio por el delgado hielo; los bisontes engañados le siguen, y roto el frágil puente, por el peso enorme de las bestias, se matan unos á otros en medio de aquellas ruinas flotantes. En estos criticos momentos los cazadores hacen uso de la flecha: el tiro mudo de esta arma tiene la ventaja de no espantar la caza, y la saeta es lanzada por el arquero cuando el animal está abatido. El mosquito no ofrecería resultado, pues hay pérdida y ruido en el uso del plomo y la pólvora.

Uno de los cuidados mas especiales del cazador es atacar al bisonte por la parte que no toma viento, pues de no hacerlo así percibiría la aproximacion del hombre á larga distancia. El toro herido suele volverse contra el que le hiere, y defiende con tal empeño á la becerria, que muere muchas veces por ella.

Los sioux errantes en las sábanas situadas en la orilla derecha del Misisipi, desde las fuentes de este rio hasta la cascada S. Antonio, crían caballos de raza española, con los cuales hacen salir á los bisontes de sus madrigueras.

Algunas veces tienen singulares compañeros en esta caza, y son los lobos, que colocados á retaguardia de los indios, se aprovechan de sus restos, apoderándose de las terneras extraviadas á favor de la confusion.

Con mucha frecuencia cazan estos lobos por su propia cuenta, y en este caso, tres de ellos entretienen á la vaca con sus juegos; mientras esta, sencillamente atenta, observa las truhanerías de aquellos traidores, un lobo oculto en la yerba la agarra por las mamas; al sentirse asida vuelve la cabeza para desembarazarse de aquella molestia, y entonces los tres cómplices del brigante se la cuelgan á su garganta.

En el teatro de aquella cacería se ejecuta algunos meses despues una caza no menos cruel, pero mas pacífica: la de las palomas, que se cogen durante la noche á la luz de un hachon en los árboles aislados donde reposan durante su emigracion de Norte á Mediodia.

La vuelta de los guerreros por la primavera es una fiesta solemne cuando la caza ha sido buena. Buscándose entonces las canoas, adobáse las con grasa de oso y resina de terebinto; se embarcan las peleterías, las viandas ahumadas, y los bagages, y se entregan á las corrientes de los rios, cuyas vertientes rápidas y cataratas, desaparecen por la crecida de las aguas.

Cuando los cazadores se aproximan á las poblaciones, un indio, saltando á tierra, corre á advertir á la nacion de la proximidad de los guerreros, y entonces las mujeres, los niños, los viejos y los guerreros que habian quedado en las cabañas, se trasladan al rio. Al descubrir la flota, todos la saludan con un grito de alegría, que es repetido por la tripulacion, y las piraguas cambiando el orden de marcha, deshacen la fila en que venian marchando y uniendo bordo con bordo presentan la proa. Los cazadores saltan á la ribera, y entran en las aldeas en el mismo orden observado á su salida, cantando cada indio en el lenguaje que le es propio: «Es necesario ser hombre para atacar á los osos, como yo lo he hecho; es necesario ser hombre para traer pieles como las que traigo y viveres en tanta abundancia.» Las tribus aplauden, y las mujeres les siguen conduciendo el producto de la caza.

Las pieles y las viandas se distribuyen en la plaza pública, y encendido el fuego del retorno, se arrojan á él los picos de las lenguas de los osos: si son carnosas y chascan bien, es el augurio mas favorable; pero si son secas y se queman sin producir el menor ruido, la nacion está amenazada de alguna desgracia.

Despues de la danza del calumet, se sirve el último convite de la caza, que consiste en un oso traído vivo de la selva: ponésele á cocer entero con la piel y las entrañas en una enorme caldera, siendo de rigor no dejar nada de él, pero tampoco romper sus huesos, costumbre tomada de los judios. Tambien es preciso beber hasta la última gota del agua en que ha hervido, y si el estómago de algun salvaje rechaza el alimento, está obligado á llamar en su auxilio á sus compañeros. Este festin dura ocho ó diez horas, y los comensales salen de él en un estado lamentable, pagando algunos con su vida el horrible placer que impone la supersticion. Un saquem cierra la ceremonia, diciendo:

»Guerreros, el Gran-Liebre ha mirado nuestras flechas; habeis mostrado la sabiduría del castor, la prudencia del oso, la fuerza del bisonte y la viveza del danta. Retiraos y pasad la luna de fuego en la pesca y los juegos.» Este discurso se termina por un oah! grito religioso repetido tres veces.

Las bestias que proporcionan á los salvajes las peleterías son: el tejón, el zorro gris amarillo y rojo, el pecan, el gopher, el racoon, la liebre gris y blanca, el castor, el armiño, la marta, la rata almiscorada, el gato montés ó carcajú, la nutria, el lobo cervical, la bestia fétida, la ardilla negra, gris y rayada, el oso, y el lobo de muchas especies.

Las pieles curtidas se extraen del danta, llama, oveja de la montaña, cabra, gamo, ciervo y bisonte.

LA GUERRA.

Entre los salvajes todos llevan las armas, hombres, mujeres y niños: pero la masa de los combatientes se forma del quinto de cada tribu.

La edad legal del servicio militar es de quince años, y la guerra es el gran negocio de los salvajes y el fondo completo de su política; esto no obstante, la guerra es algo mas legítima que entre los pueblos civilizados, puesto que casi siempre es declarada en pro de la existencia misma del pueblo que la emprende, y por su medio se trata de conservar países de caza ó terrenos propios para el cultivo. Pero, por la misma razon de que el indio no se aplica al arte que le da la muerte, sino para vivir, resultan fueros implacables entre las tribus, porque es el alimento de la familia el que se disputa. Los odios concluyen por ser individuales, y como los ejércitos son cortos y cada enemigo conoce el nombre y el rostro de su contrario, el encarnizamiento de la lucha es aun mayor, porque el combate se encona por las antipatías de carácter y por los resentimientos particulares, descubriéndose en las querellas de estos hijos del desierto, algo del carácter de animosidad que distingue las turbulencias civiles.

A esta primitiva y general causa de guerra, entre los salvajes, se suelen mezclar otras razones de alarma producidas por algun motivo supersticioso, algunas disensiones domésticas ó algun interés comercial de los europeos. Así pues llegó á ser motivo legítimo de guerra entre las hordas americanas del Norte, la muerte de las hembras de los castores.

La guerra se anuncia de una manera extraordinaria y terrible. Cuatro guerreros pintados de negro desde la cabeza á los pies, se deslizan en medio de las mas profundas tinieblas en el pueblo amenazado; llegados á las puertas de las cabañas, arrojan en el hogar un

rompe-cabezas pintado de rojo, y en cuyo mango están marcados con signos conocidos de los saquems, los motivos de las hostilidades: los primeros romanos lanzaban una javalina hacia el terreno enemigo.

Estos heraldos de las armas indias desaparecen inmediatamente en la oscuridad de la noche á manera de fantasmas, dando el famoso grito de guerra *woop*, que se forma apoyando una mano en la boca y golpeando los labios, de modo que el sonido tembloroso que de ellos se escapa, ora sordo, ora agudo, termina por una especie de rugido de que es imposible formarse idea.

Denunciada la guerra, si el enemigo es demasiado débil para sostenerla, huye, y si se siente fuerte la acepta, comenzando inmediatamente los preparativos y ceremonias acostumbradas.

Enciéndese un gran fuego en la plaza pública, y la caldera guerrera colocada sobre la hoguera, es la marmita del genízaro. Cada combatiente echa en ella algo de lo que le pertenece, plantándose además dos postes donde se suspenden flechas, rompe-cabezas y plumas, todo pintado de encarnado. Los postes se colocan al septentrion, al oriente, al mediodía ó al occidente de la plaza pública, segun el punto geográfico de donde ha de venir la guerra.

Hecho esto, se presenta á los guerreros la *medicina* de la guerra, vomitivo violento desleído en dos azumbres de agua, que es forzoso beber de un trago. Los jóvenes se dispersan por la cercanías, pero sin apartarse demasiado, y el gefe que debe mandarlos, despues de haberse frotado el cuello y el rostro con grasa de oso y carbon molido, se retira á la estufa donde pasa dos dias enteros sudando, ayunando y observando los sueños. Durante estos dos dias es prohibido á las mujeres acercarse á los guerreros; pero si pueden hablar con el gefe de la expedicion, á quien visitan con el objeto de obtener una parte del botin hecho al enemigo; porque los salvajes nunca dudan del éxito feliz de sus empresas.

Las mujeres llevan diferentes presentes que depositan á los pies del gefe, quien cuenta con granos ó conchas las súplicas particulares: una hermana reclama un prisionero que reemplace á un hermano muerto en los combates; una matrona exige cabelleras para consolarse de la pérdida de sus parientes; una viuda requiere á un cautivo por marido, ó á una viuda extranjera para esclava; y una madre pide un huérfano que sustituya al hijo que ha perdido.

Pasados los dos dias de retiro, los jóvenes van á ver á su vez al gefe de la guerra, y le declaran el designio de tomar parte en la expedicion; porque aunque el consejo haya resuelto la guerra, esta resolucion no obliga á nadie, siendo el compromiso puramente voluntario.

Todos los guerreros se pintarrajean de negro y encarnado, y del modo mas á propósito, á su juicio, para espantar al enemigo. Unos se pintan barras longitudinales ó transversales en las mejillas; otros manchas redondas ó triangulares; y otros en fin, se trazan figuras de serpientes. El pecho descubierto y los brazos desnudos de un guerrero ofrecen la historia de sus hazañas; ciertas cifras particulares expresan el número de cabelleras que ha arrebatado, los combates en que se ha hallado, y los peligros que ha corrido. Los geroglíficos impresos en la piel con puntos azules, se perpetúan eternamente, quemando las picaduras finisimas que los constituyen con la goma del pino.

Los combatientes, completamente desnudos ó cubiertos solo con una túnica sin mangas, adornan con plumas el único mechon de pelo que conservan en la parte superior de la cabeza. Su cinturón de cuero ostenta el cuchillo para cortar los cráneos, y el formidable rompe-cabezas; y en la mano derecha llevan el arco ó la carabina; en el costado izquierdo de la espalda ostentan el carcaj guarnecido de flechas ó el cuerno

lleno de pólvora y balas: no de otro modo los cimbras, teutones y francos, procuraban aparecer formidables á los ojos de los romanos.

El gefe guerrero sale por fin de la estufa con un collar de porcelana roja en la mano, y dirige este discurso á sus hermanos de armas: «El Gran-Espíritu abre mi boca. La sangre de nuestros deudos muertos en la última guerra, no se ha enjugado aun; sus cuerpos permanecen todavía insepultos; necesario es preservarlos de los insectos. Yo he resuelto marchar por la senda de la guerra: he visto osos en mis sueños; los buenos manitús me han prometido asistencia, y los malos no me serán contrarios; iré pues á comer los enemigos, á beber su sangre y á hacerlos prisioneros. Si perezo, ó alguno de los que consienten seguirme pierde la vida, nuestras almas serán recibidas en la mansion de los espíritus; nuestros cuerpos no permanecerán tendidos en el polvo ó en el lodo, porque este collar rojo será el premio del que cubrirá á los muertos.»

El gefe tira el collar al suelo, y los guerreros mas afamados se apresuran á levantarlo; los que no han combatido aun ó no se han distinguido sobre los demás, no se atreven á disputar el collar; pero el guerrero que consigue levantarlo ocupa el puesto de lugarteniente general del gefe, y le reemplaza en el mando, si este perece en la expedicion.

El guerrero poseedor del collar pronuncia un discurso, y despues traen agua caliente en un vaso. Los jóvenes lavan con ella á su gefe y le quitan el color negro de que está cubierto, para pintarle las mejillas, la frente y el pecho con gredas y arcillas de diferentes colores, revistiéndole con las mejores ropas.

Durante esta ovacion, el gefe canta á media voz aquella famosa cancion de muerte que se entona cuando se va á sufrir el suplicio del fuego:

«Yo soy bravo é intrépido, y no temo la muerte; me rio de los tormentos; ¡cuán cobardes son los que los temen! ¡son mujeres, menos que mujeres! ¡que la rabia ahogue á mis enemigos! ¡pueda devorarlos y beber hasta la última gota de su sangre!»

Cuando el gefe concluye la cancion de muerte, su lugarteniente general empieza la cancion guerrera:

«Combatiré por la patria; arrebataré cabelleras; beberé en el cráneo de mis enemigos, etc.»

Cada guerrero añade á su cancion detalles mas ó menos atroces, segun su carácter. Los unos dicen: «Cortaré los dedos de mis enemigos con los dientes; les quemaré los pies y en seguida las piernas.» Otros dicen: «Dejaré que los gusanos se introduzcan en sus llagas; les quitaré la piel del cráneo; les arrancaré el corazon y se lo introduciré en la boca.»

Estas canciones infernales solo eran pronunciadas por las hordas septentrionales, pues las tribus del Mediodía se contentaban con ahogar en humo á los prisioneros.

Repetida por el guerrero su cancion bélica, entonces su cancion de familia, que consistia en el elogio de sus antepasados. Los jóvenes que van al combate por la primera vez guardan silencio.

Terminadas estas primeras ceremonias, el gefe pasa al consejo de los saquems, que están sentados en rueda con una pipa roja en la boca, y les pregunta si persisten en querer levantar el hacha. Desde este momento empieza la deliberacion, y casi siempre se confirma la primera resolucion. Entonces el gefe de guerra vuelve á la plaza pública y anuncia á los jóvenes la decision de los ancianos que es acogida por un grito de los primeros.

Desátase el perro sagrado que se habia atado á un poste, y se le ofrece en sacrificio á Areskouei, dios de la guerra. Las naciones canadienses deguelan un perro, y despues de haberle hecho hervir en una caldera, se sirve á los guerreros. La asistencia de las mujeres está prohibida á este festin misterioso, y al final del

convite declara el gefe el día en que emprenderá la marcha, al salir ó ponerse el sol.

La indolencia natural de los salvajes se convierte súbitamente en una actividad extraordinaria; el júbilo y ardor marcial de la juventud se comunica á la nación, y repentinamente se establece una especie de talleres para la construccion de trineos y canoas.

Los trineos, destinados al transporte de bagajes, enfermos y heridos, se hacen de dos tablas muy finas de pié y medio del largo por siete pulgadas de ancho, levantadas por la parte anterior; además tienen rebordes donde se fijan unas correas para sujetar los costados. Los salvajes tiran de este carro sin ruedas merced á una doble correa de cuero, llamada *metump*, que cruza el pecho, y cuyos cabos están atados á la parte delantera del trineo.

Las canoas son de dos especies, unas mas grandes y otras mas pequeñas, y se las construye de la manera siguiente:

Unas piezas corvas se unen por su extremidad, formando una elipse de cerca de ocho piés y medio en el diámetro mas corto, y de veinte en el mas largo. A estas piezas maestras se unen unos costados delgados de madera de cedro rojo, reforzados por un enrejado de mimbre. Este esqueleto de la canoa se cubre con corteza de olmo ó abeto arrancada en invierno, mediante una operacion sencilla, que es echar agua hirviendo en el tronco de estos árboles. Estas cortezas se ensamblan con raices de abeto, extraordinariamente blandas y que con dificultad se secan, tapando las juntas por dentro y por fuera con una resina, cuyo secreto guardan los salvajes. Cuando la canoa está concluida y guarnecida de sus remos de arce, se asemeja á una araña acuática, elegante y ligero insecto que marcha con rapidez por la superficie de los lagos y rios.

Cada combatiente debe llevar consigo diez libras de maiz ú otros granos, su estera, su manitú y su saco de medicina.

El día que precede al de la partida y que se llama el día de las despedidas, está consagrado á una tierna ceremonia entre las naciones de las lenguas hurona y alonguina. Los guerreros que hasta entonces han acampado en la plaza pública ó en una especie de campo de Marte, se dispersan por las aldeas y van despidiéndose, cabaña por cabaña. Recíbeseles con muestras del mas vivo interés, y todos desean poseer alguna cosa que les haya pertenecido; quítaseles su manto para darles otro mejor, se cambia con ellos el calumet, y todos se ven obligados á comer algun manjar ó por lo menos beber una copa de cualquiera de las bebidas que usan. Cada choza expresa por ellos un voto particular, y los guerreros responden á sus huéspedes con un deseo semejante.

Cuando el guerrero se despidе de su propia cabaña, se detiene en pié en el dintel de la puerta. Si tiene madre, esta es la primera que se adelanta, y él la besa los ojos, la boca y los pechos. Despues de la madre aparecen las hermanas, á quienes toca la frente; su mujer es la postrera que viene á su presencia, y la encomienda á los buenos genios. De todos los hijos que tiene, solo le son presentados los varones, y al verlos, extiende sobre ellos su hacha ó su rompe-cabezas, sin pronunciar una palabra. Su padre es el último que se deja ver, y el saquem, despues de darle un espaldarazo, pronuncia un discurso excitándole á honrar á sus antepasados, diciéndole: «Yo estoy detrás de tí, como tú estás detrás de tu hijo; si soy vencido, el enemigo hará caldo de mi carne, insultando tu memoria.»

El día que sigue al de la despedida, es el de la marcha, y apenas despunta el alba, el gefe guerrero saliendo de su cabaña, da el grito de muerte. Si la nube mas ligera oscurece el cielo, si ha sobrevenido un sueño funesto, si se ha descubierto una ave ó ani-

mal de mal agüero, la partida se difiere; pero si no es así, el campamento, despertado por el grito de muerte se levanta y se arma.

Alzanse por los gefes de las tribus estandartes hechos de trozos redondos de cortezas de árbol, atados á la punta de un largo dardo, y en los cuales se ven groseramente dibujados manitús, tortugas, osos, castores, etc. Estos gefes de las tribus representan el grado de mariscales de campo, sometidos al mando del general y su lugar-teniente, habiendo además capitanes que no entran á formar cuerpo en la masa del ejército: son partidarios que siguen á los aventureros.

Hecha la enumeracion del ejército, cada guerrero entrega al gefe al pasar por delante de él, un pedacito de madera marcado con un sello particular, y hasta que se le devuelve aquel símbolo, ningun guerrero puede retirarse de la expedicion, siendo declarado infame el que retroceda despues de este compromiso.

Inmediatamente despues se presenta el supremo sacerdote, acompañado del colegio de los juglares ó médicos, que llevan cestas de juncos en forma de embudo y sacos de piel llenos de raices y plantas. Los guerreros se sientan en tierra con las piernas cruzadas formando un círculo, y los sacerdotes quedan en pié en el centro de él.

El Gran juglar llama á cada uno de los combatientes por su nombre, y levantándose el guerrero apostrofado entrega su manitú al juglar, que le pone en una de las cestas de junco, cantando aquellas palabras alonguinas: *jAyuh-oyah-alluya!*

Los manitús varían hasta lo infinito, puesto que representan los caprichos y sueños de los salvajes: ora son pieles de raton rellenas con heno ó algodón, ora piedrecillas blancas, aves empajadas, dientes de cuadrúpedos ó de pescados, pedazos de tela roja, ramas de árboles, abalorios ó algunos adornos europeos, y por último, todas las formas que creen ellos han tomado los buenos genios al manifestarse á los poseedores de aquellos manitús: ¡dichosos ellos que se creen seguros á tan poco precio y puestos al abrigo de los golpes de la fortuna por tales bagatelas! En tiempo del feudalismo se tomaba acta del derecho adquirido por la donacion de una varita, una paja, un anillo, un cuchillo, etc.

Distribuidos los manitús en tres cestas, se confia su custodia al gefe guerrero y á los de las tribus.

De la recoleccion de los manitús se pasa á la bendicion de las plantas medicinales y de los instrumentos de cirugía. El gran juglar los saca alternativamente del fondo de un saco de cuero ó de pelo de búfalo, y colocándolos en tierra danza alrededor de ellos, acompañado de los demás juglares, golpeándose los muslos, haciendo gestos, ahullando y pronunciando palabras desconocidas. Terminado este baile, declara que ha comunicado á los simples una virtud sobrenatural, y que tiene poder para restituir á la vida á los guerreros muertos. Se abre los labios con los dientes, aplica una clase de polvo á la herida, cuya sangre chupa con destreza y aparece curado repentinamente. Algunas veces le presentan un perro que se cree muerto; pero á la aplicacion de un instrumento el perro se pone en pié, y semejante astucia se atribuye á milagro. ¡Y los que se dejan engañar por apariencias tan groseras, son hombres intrépidos! El salvaje solo ve en la charlataneria de sus sacerdotes la intervencion del Gran-Espíritu, y no se sonroja de invocar en su ayuda al que ha hecho la llaga y puede curarla.

Entretanto, las mujeres disponen el festin de marcha, que como el primero se compone de carne de perro; pero antes de tocar al manjar sagrado, el gefe dirige á la reunion estas palabras.

HERMANOS MIOS:

«No soy aun hombre, lo sé, empero nadie ignora que he visto algunas veces al enemigo. Hemos tenido

»muertos en la última guerra; pero los huesos de nuestros compañeros no han sido aun preservados de los insectos; por lo tanto, necesario es cubrirlos. ¿Cómo hemos podido permanecer tanto tiempo en las esteras? El manitú de mi valor me ordena vengar al hombre. Juventud, ten corazón.»

Terminadas estas palabras, el gefe entona la canción del manitú de los combates (1), y los jóvenes repiten el estribillo. Despues del cántico, el gefe se retira á la cima de una eminencia y se echa en una piel teniendo en la mano un calumet rojo, cuya chimenea está vuelta hácia el lado del país enemigo. Ejecútanse las danzas y pantomimas de la guerra, empezando por la de la *danza del descubrimiento*.

Un indio que adelanta solo con paso mesurado hasta el medio de los espectadores; representa la partida de los guerreros: vésele marchar y despues acampar al declinar el dia, y descubierto el enemigo, se arrastra sobre las manos para llegar hasta él: ataca; se mezcla en la confusion, se apodera de uno, mata á otro, y se retira precipitada ó tranquilamente, volviendo lleno de dolor ó alegre con el triunfo.

El guerrero que ejecuta esta pantomima, la termina con un canto en honor suyo y gloria de su familia.

«Hace veinte nieves que hice doce prisioneros, y hace diez que salvé al gefe. Mis antepasados eran bravos y famosos. Mi abuelo era el mas sabio de la tribu y el rugido de la batalla; mi padre era un monstruo de fuerza. Mi bisabuela fue madre de cinco guerreros; mi abuela valia tanto como un consejo de saquems; mi madre hace una sagamita excelente. Yo soy mas fuerte y sabio que todos mis antepasados. La canción de Esparta era esta: *Hemos sido en otro tiempo jóvenes, valientes y arrojados*.

Así que ha concluido este guerrero, los demás se levantan y cantan igualmente sus hechos gloriosos, y cuanto mas se lisonjean mas se les felicita: nada hay mas noble ni mas digno que ellos, pues reunen todas las cualidades buenas y las virtudes mas eminentes. El que se decía superior á todo el mundo, aplaude al que declara sobrepujarle en mérito. Los espartanos tenian tambien esta costumbre, porque pensaban que el hombre que se alababa en público, se comprometia á merecer aquellas alabanzas. Poco á poco todos los guerreros dejan su sitio para tomar parte en las danzas, y se ejecutan marchas al son del tambor, del pífano y del chichikué. A medida que el baile adelanta, crece el movimiento, y se imitan los trabajos de un sitio ó el ataque de una empalizada, unos saltan como para franquear un foso; otros parecen echarse á nado; y otros ofrecen la mano á sus compañeros para ayudarles á subir al asalto. Los rompe-cabezas chocan contra los rompe-cabezas; el chichikué precipita la marcha, los guerreros sacan sus puñales y empiezan á dar vueltas sobre si mismos: primero lentamente, despues con mas ligereza, y bien pronto con tal rapidez que los hace desaparecer en el círculo que describen, hiriendo la bóveda celeste con horribles gritos. El puñal que aquellos hombres se dirigen á la garganta con una viveza que hace estremecer su rostro negro ó abigarrado, sus trajes fantásticos, sus prolongados ahullidos, y todo aquel cuadro de una guerra salvaje, inspiran terror.

Fatigados, jadeantes y cubiertos de sudor terminan la danza, y los actores pasan despues á la prueba de los mancebos. Insultaseles, dirígenseles reproches deprimentes, échaseles ceniza ardiendo en los cabellos, azotaseles y arrojaseles tizones en la cabeza, siendo indispensable, soportar, todos estos ultrajes con la mas completa insensibilidad, pues el que dejara traslucir la señal mas insignificante de impaciencia, seria declarado indigno de levantar el hacha.

El tercero y último banquete del perro sagrado corona estas diversas ceremonias, y no debe durar mas que media hora. Los guerreros comen silenciosos, y el gefe que los preside abandona el festin muy pronto. A esta señal los convidados corren á los bagajes y toman las armas. Los parientes y amigos los rodean sin decir una palabra, y por las mejillas de la madre, que sigue con la vista á su hijo ocupado en cargar los paquetes de los trineos, se ven correr mudas pero elocuentes lágrimas. Las familias están sentadas en tierra, y aun cuando algunas permanecen en pié, todas tienen fijas sus miradas en los preparativos de la partida, leyéndose escrita en todas las frentes aquella pregunta que interiormente se hacen los corazones tiernos: «¿Le volveré á ver?»

El gefe guerrero sale por fin completamente armado de su cabaña; la tropa se forma en órden militar, y el gran juglar, llevando consigo los manitús, marcha á la cabeza, siguiéndole inmediatamente el gefe guerrero; despues va el porta-estandarte de la primera tribu, ostentando en el aire su enseña, y detrás de él marchan los hombres de la tribu. Otras desfilan junto á la primera, y tiran de los trineos cargados de calderas, esteras y sacos de maiz; otros guerreros conducen sobre sus espaldas, cuatro en cuatro ú ocho en ocho, así las canoas chicas como las grandes: las *jóvenes pintadas* ó cortesanias acompañan al ejército. Estas suelen tambien uncirse á los trineos, y en lugar de tener el *metump* cruzado por el pecho, se le aplican á la frente. El lugar-teniente marcha solo en el flanco de la columna.

El gefe guerrero, despues de dar algunos pasos por el camino, detiene á los guerreros y les dice:

«Desterremos la tristeza: cuando se va á morir se debe estar contento; sed dóciles á mis órdenes. El que se distinga recibirá mucha nicociana. Yo doy mi estera para que me la lleve á... poderoso guerrero. Si yo y mi lugar-teniente somos puestos en la caldera, este..... será quien os conducirá. Vamos! golpead vuestros muslos y ahullad tres veces.»

Dicho esto, el gefe entrega al guerrero designado su saco de maiz y su estera, distinción que le da derecho á mandar la tropa si el gefe ó su lugar-teniente pereciesen.

Empezada la marcha, el ejército va generalmente acompañado de todos los habitantes de la aldea hasta el río ó lago donde se deben lanzar las canoas. Entonces se renueva la escena de la despedida, y los guerreros se desnudan y reparten sus vestidos entre los miembros de su familia. En este momento supremo es permitido expresar sin temor su dolor, y cada combatiente es rodeado de todos sus parientes que le colman de caricias y le estrechan entre sus brazos, apellidándole con los nombres mas dulces que existen entre los hombres. Antes de separarse, tal vez para siempre, se perdonan los agravios que recíprocamente se hayan podido hacer; y los que quedan, suplican á los manitús abrevien el tiempo de la ausencia, mientras que los que parten piden al cielo descienda el rocío sobre la choza natal, no olvidando en sus deseos de felicidad á los animales domésticos, huéspedes del hogar paterno. Lanzadas las canoas al río, y embarcados los guerreros, la flota se aleja, y las esposas y padres permaneciendo en la orilla, dirigen desde ella á sus esposos é hijos las últimas demostraciones de cariño.

Para llegar al país enemigo no siempre se sigue el camino derecho, sino que muchas veces se toma el mas largo como el mas seguro. La marcha está dirigida por el juglar, y sometida á los buenos ó malos presagios, y se detiene si durante ella se ha visto un rapaz *strix*. Entrada la flota en el puerto, desembarca la tripulación, y lo primero que se hace es construir una empalizada, haciendo cocer las calderas á la llama de las hogueras encendidas en la costa. Terminada la comida, el campo se pone bajo la custodia de

(1) Véanse los *Natchez*.

los espíritus; y despues de encargarles el gefe no aparten de sí el rompe-cabezas, les recomienda no ronen demasiado fuerte. Suspendense en las empalizadas los manitús, es decir, los ratones empajados, los guijarros blancos, los fragmentos de paja y los pedazos de tela roja, y el juglar comienza la oracion:

«Manitús, estad vigilantes; abrid los ojos y los oídos. Si los guerreros fueran sorprendidos, esta ocurrencia redundaria en deshonor vuestro. ¡Cómo! dirán los saqueus, se han dejado batir los manitús de nuestra nacion por los del enemigo! Ya conocereis cuán vergonzoso seria esto, nadie os daria de comer; los guerreros soñarán para conseguir otros espíritus mas poderosos que vosotros; por lo tanto interesados estais en hacer bien la guardia, pues si se nos arrebatase nuestra cabellera durante el sueño, nosotros no seremos vituperados, sino vosotros.»

Despues de esta admonicion á los manitús, cada cual se retira en la mas completa seguridad, convencido de que no tendria la menor cosa que temer.

Los europeos que han hecho la guerra con los salvajes preguntaron á sus compañeros de estera, admirados de tan extraña confianza, sino habian sido nunca sorprendidos en sus campamentos: «Frecuentemente», respondian estos. «¿No hariais mejor en ese caso, decian los extranjeros, en poner centinelas?»—«Seguramente seria eso muy conveniente», respondió el salvaje volviéndose para dormir. El indio hace una virtud de su imprevisión y pereza, encomendándose solo á la proteccion del cielo.

Los indios no tienen hora fija para el reposo, ni para el movimiento, pues basta que diga el juglar á media noche que ha visto una araña en una hoja de sauce, para partir.

Cuando se hallan en un país abundante en caza, la tropa se dispersa, y los bagajes y los que los conducen quedan á merced del primer partido hostil; pero dos horas antes de ocultarse el sol todos los cazadores vuelven al campo con una puntualidad y precision de que solo son capaces los indios.

Si se da en el *sendero blazé* ó en el del *comercio*, la dispersion de los guerreros es aun mayor; este sendero está señalado en las selvas y en el tronco de los árboles, marcados todos á la misma altura. Este es el camino que siguen las diversas naciones en su mútuo tráfico ó con las naciones blancas. El derecho público de estos pueblos tiene establecido sea neutral este camino, y así no se molesta á ninguno de los que se hallan en el.

Igual neutralidad hay establecida para el *sendero de la sangre*, trazado por el fuego que se pone para incendiar los matorrales, y en él no se erige ninguna cabaña por estar destinado aquel camino al paso de las tribus en sus expediciones lejanas, llegando á tal punto la observancia de esta ley, que aun cuando los partidos enemigos se encuentren en él, jamás se atacan. Violar el *sendero del comercio* ó el de la *sangre* es una causa inmediata de guerra contra la nacion culpable de tal sacrilegio.

Si una tropa halla dormida á otra con la cual está aliada, permanece en pié fuera de las empalizadas del campo, hasta que se despiertan los guerreros. Vueltos estos de su sueño, su gefe se acerca á los viajeros, y presentándoles cabelleras destinadas para estas ocasiones les dice: «*Teneis golpe aqui*»; que quiere decir «Podeis pasar, sois nuestros hermanos, vuestro honor está á cubierto.» Los aliados responden: «Tenemos golpe aqui»; y prosiguen su camino. El que tomara por enemiga una tribu amiga y la despertara, se expondria á una acusacion de ignorancia ó de cobardia.

Si hay que atravesar el territorio de una nacion neutral, es indispensable solicitar el paso, y con este objeto se traslada una diputacion con el calumet á la aldea principal de la nacion. El orador declara que el

árbol de paz ha sido plantado por los antepasados, y que su sombra se extiende á los dos pueblos; que el hacha está enterrada al pié del árbol; que es necesario estrechar la cadena de la amistad y fumar la pipa sagrada. Si el gefe de la nacion neutral recibe el calumet y fuma, está concedido el paso, y el embajador vuelve á unirse con su gente bailando por el camino.

Cuando se avanza hácia la comarca á cuyo suelo se lleva la guerra, se marcha sin plan, sin precaucion y sin temor, siendo la casualidad generalmente la que anuncia la presencia del enemigo; en este caso un cazador va apresuradamente á contar que ha visto pisadas de hombre impresas en la tierra. Oído esto, inmediatamente se mandan cesar todos los trabajos con el objeto de que no se perciba el menor ruido. El gefe parte con los guerreros mas experimentados á reconocer las huellas, y los salvajes que oyen los sonidos á distancias infinitas, reconocen las pisadas en los áridos brezos ó en las desnudas rocas donde otro ojo que el suyo nada advertiria. No solo descubren aquellos vestigios, sino que pueden decir qué tribu los ha dejado y cuánto tiempo há. Si la separation de los pies es considerable, son illineses los que por allí han pasado; si la señal del talon es profunda, y aucha la impresion del pulgar, los pesquisidores reconocen á los utchiponeses; si el pié está marcado de costado pueden asegurar sin temor de equivocacion han pasado corriendo los pontonetamis; si la yerba ha conservado apenas el rastro de los caminantes, y la señal se halla en la parte superior de la planta y no cerca de la tierra, aquellas huellas fugitivas pertenecen á los hurones; si los pasos están vueltos hácia fuera y caen á treinta seis pulgadas unos de otros, los europeos han marchado por aquel camino; los indios andan con la punta del pié hácia dentro y con los dos piés en la misma línea. El juicio que se forma de la edad de los guerreros, se calcula por la pesadez ó ligereza, y por lo corto ó largo de los pasos.

Cuando el musgo ó la yerba pisada no se conserva húmeda, las huellas son antiguas; y cuentan cuatro ó cinco dias cuando ya pululan los insectos en la yerba ó musgo hollado; tienen ocho ó doce cuando la fuerza vegetal del suelo ha reaparecido y brotan nuevas hojas: así borran los pasos del hombre y de su gloria, algunos insectos, algunos retoños de yerba y algunos dias.

Bien reconocidas las huellas, los indios aplican el oído á la tierra y juzgan por murmullos que el oído europeo no podria percibir, la distancia á que se encuentra el enemigo.

Entrado en el campo, el gefe hace apagar los fuegos; prohíbe hablar y cazar, y sacando las canoas á tierra, se ocultan entre los matorrales. Dase una gran comida, acompañada del silencio mas profundo, y despues todos se acuestan.

La noche que sigue al primer descubrimiento del enemigo, se llama la *noche de los sueños*. Todos los guerreros están obligados á delirar y á contar al dia inmediato su delirio, para poder juzgar del mérito de la empresa.

El campo ofrece entonces un singular espectáculo: los salvajes se levantan y marchan en la tinieblas murmurando la cancion de muerte, á la cual añaden algunas palabras nuevas, tales como estas: «Yo me engulliré cuatro serpientes blancas y arrancaré las alas á un águila roja.» Este es el sueño que el guerrero acaba de tener y que une á la cancion. Sus compañeros están obligados á adivinar el sueño, y de no hacerlo, el soñador queda exento del servicio. En este caso las cuatro serpientes blancas pueden representar cuatro europeos que debe matar el que sueña, y el águila roja un indio al cual arrebatará la cabellera.

Otro guerrero añade á su cancion de muerte en la

noche de los sueños la historia de un perro que tenía orejas de fuego, y no pudiendo obtener la explicación de su sueño, parte para su cabaña. Estos usos que tienen el carácter infantil, podrían favorecer la cobardía entre los europeos; pero entre los salvajes del Norte de América no ofrecen este inconveniente, y en ellos no se debe reconocer sino un acto de aquella voluntad libre y enérgica que el indio no desmiente jamás cualquiera que sea el hombre á que le someta un momento, por razón ó por capricho.

En la *noche de los sueños*, los jóvenes tienen gran temor de que el jugador no sueñe mal, es decir, que tenga miedo; porque este, por solo su sueño, puede hacer retroceder al ejército aunque hubiese andado doscientas leguas. Si algun guerrero ha creído ver los espíritus de sus padres ó se ha figurado oír su voz, esto solo basta para hacer levantar el campo. La independencia absoluta y la religión sin luces son las que gobiernan las acciones de los salvajes.

Cuando no contraria la expedición ningun sueño, se pone en marcha. Las *mujeres pintadas* quedan á retaguardia con las canoas, enviándose delante una veintena de guerreros elegidos entre los que han hecho el juramento de los amigos (1). El órden mas completo y el silencio mas profundo reinan en la tropa, y los guerreros marchando en fila guardan tan bien las distancias, que el que va detrás pone el pié en el sitio en que ha pisado el que le precede, evitando así la multiplicación de las pisadas. Para mayor precaución, el guerrero que cierra la marcha hecha hojas secas y polvo en el camino recorrido, y el gefe marcha á la cabeza de la columna. Guiado por los vestigios del enemigo, recorre sus sinuosidades á través de los matorrales como un sabueso sagaz, y de cuando en cuando se detiene para escuchar atentamente. Si la caza es la imagen de la guerra entre los europeos, entre los salvajes la guerra es la imagen de la caza, y el indio aprende, persiguiendo á los hombres, á descubrir los osos. El mejor general en el estado natural es el cazador mas vigoroso y fuerte; así como las cualidades intelectuales, las sabias combinaciones y el uso perfeccionado del juicio, forman en el estado social los grandes capitanes.

Los corredores enviados de descubierta traen consigo algunas veces paquetes de cañas recientemente cortadas, que representan desafíos ó carteles; y contadas, su número indica el de los enemigos. Si las tribus que llevaban antiguamente aquellos desafíos, eran reputadas por su franqueza militar, como la de los hurones, los paquetes de juncos decían exactamente la verdad; pero si por el contrario eran famosas por su genio político, como la de los iroqueses, las cañas aumentaban ó disminuían la fuerza numérica de los combatientes.

Si se ofrece á la vista el sitio de un campamento ocupado el día antes por el enemigo, se examina con cuidado, y por la construcción de las chozas conocen los gefes las diferentes tribus de una nación y sus diferentes aliados. Las chozas que no tienen mas que un solo palo á la entrada, son las de los illineses, sirviendo de indicio para conocer los pueblos que las han construido, la sola adición de una pértica y su inclinación mas ó menos pronunciada. Las ajoupas redondas pertenecen á los utuses, y las de techo plano y elevado anuncian las gentes de las *carnes blancas*. Sucede algunas veces que los enemigos, antes de ser hallados por la nación que los busca, baten á un partido aliado de aquella nación, y para intimidar á los que los persiguen, dejan á sus espaldas un monumento de su victoria. Hállase unas veces un corpulento abeto descortezado, y otras se ven trazadas en la epidermis blanca desnuda de los árboles las figuras siguientes: un oso, y una hoja de abeto roída por una mariposa, diez círcu-

los y cuatro esteras, un ave volando, una luna sobre gavillas de maiz, una canoa y tres ajoupas, un pié humano y veinte chozas, un buho y un sol en su ocaso, un buho, tres círculos y un hombre echado, un rompe-cabezas y treinta cabezas cortadas colocadas en línea recta, dos hombres en pié en un pequeño círculo, y tres cabezas en un arco con tres líneas.

El óvalo con geroglíficos designaba un gefe illinés llamado Atabou, que se reconocía por las señales particulares que tenía en el rostro; el oso era el manitú de aquel gefe; la hoja de abeto roída por la mariposa representaba el símbolo nacional de los illineses; los diez círculos representaban mil guerreros, pues cada uno de ellos suponía ciento; las cuatro esteras designaban cuatro ventajas obtenidas; el ave volando marcaba la partida de los illineses; la luna sobre las gavillas de maiz significaba que aquella partida había tenido lugar en la luna del trigo verde; la canoa y las tres ajoupas contaba que los mil guerreros habían viajado tres días por agua; el pié de hombre y las veinte chozas denotaban veinte días de marcha por tierra; el buho era el símbolo de los chicassas; el sol en su ocaso manifestaba que los illineses habían llegado al oeste del campo de los chicassas; el buho, los tres círculos y el hombre echado, decían que trescientos chicassas habían sido sorprendidos durante la noche; el rompe-cabezas y las treinta cabezas colocadas en fila declaraban que los illineses habían matado treinta chicassas; los dos hombres en pié sobre un pequeño círculo anunciaban que llevaban veinte prisioneros; las tres cabezas en el arco decían habían muerto tres illineses, indicando las tres líneas tres heridos.

Un gefe guerrero debe saber explicar con rapidez y precisión estos emblemas; y por el conocimiento que tenga de la fuerza y alianzas del enemigo, debe juzgar de la mayor ó menor exactitud histórica de aquellos trofeos. Si despues de todo se decide avanzar á pesar de las victorias, verdaderas ó pretendidas del enemigo, se prepara el combate.

Despáchanse nuevos investigadores que se adelantan encorvándose á lo largo de las malezas, y algunas veces arrastrándose sobre las manos. Descubiertas las chozas hostiles se suben á los árboles mas altos, y apresurándose á volver al campo, dan cuenta al gefe de la posición del enemigo, y si es fuerte se examina la estratagemas que podrá hacérsela abandonar.

Una de las mas comunes es imitar el grito de las fieras. Los jóvenes se dispersan por los montes y braman como los ciervos, mugen como los búfalos ó ahullan como los zorros; y aun cuando los salvajes están acostumbrados á esta astucia, es tal su pasión por la caza y tal la perfección con que imitan la voz de los animales, que caen continuamente en aquella ariagaza. Atraídos por aquella voz, salen de su campo y caen en la emboscada, y si pueden rehacerse, ocupan un terreno defendido por obstáculos naturales, tales como una calzada en un pantano, ó una lengua de tierra entre dos lagos.

Sitiados en aquel puesto, en lugar de procurar abrirse paso, se ocupan pacíficamente en diferentes juegos como si estuvieran en el seno de sus aldeas, pues nunca se determinan dos pelotones indios á atacarse á viva fuerza, sino en la última extremidad: gústales mas emplear la paciencia y la astucia, y como ni otro tienen provisiones, ó los que bloquean un desfiladero se ven obligados á retirarse, ó los que están encerrados á abrirse paso.

La confusión en este caso es espantosa, porque se reproducen los grandes duelos de los combates antiguos: el hombre ve al hombre, y hay en la mirada humana animada por la cólera, cierta especie de contagio y de aspecto terrible, que involuntariamente se comunica. Los gritos de muerte, las canciones guerreras, los ultrajes mútuos hacen retemblar el campo de batalla: los guerreros se insultan como los héroes de Ho-

(1) Véase los *Natchez*.

mero, pues se conocen todos por su nombre propio: «¿No te acuerdas ya, se dicen, del día en que deseabas que tus piés tuviesen la velocidad del viento, para «huir ante mi flecha? ¡Vieja! te haré traer la sagami- «ta nueva y la casina abrasadora en el nudo de la ca- «ña?—¡Gefe charlatan de mucha boca! responden los «otros, bien se conoce que estás acostumbrado á llevar «el guardapiés; tu lengua es como la hoja del álamo, «que se agita sin cesar.»

Los combatientes se echan tambien en cara sus imperfecciones naturales, llamándose cojos, vizcos y pequeños; estas heridas al amor propio aumentan su rabia, acrecentando la ferocidad del combate la espantosa costumbre de arrancar la cabellera al enemigo. Pónese el pié en el cuello del vencido, y mientras se agarra con la mano izquierda el mechón de cabellos que llevan los indios en la parte superior de la cabeza, se traza un círculo en el cráneo con la mano derecha, alrededor de los cabellos, auxiliado de un cuchillo estrecho: este trofeo es arrebatado muchas veces con tal destreza, que el cerebro queda á descubierto sin haber sufrido lesión por la punta del instrumento.

Cuando se presentan dos partidos enemigos en campo raso, y el uno es mas débil que el otro, el mas inferior abre agujeros en la tierra, y metiéndose en ellos se bate desde allí como en esas plazas de armas cuyas fortificaciones, casi al nivel del suelo, presentan poca superficie á la bala. Pero esto sirve de poco, porque los sitiadores lanzan sus flechas á manera de bombas, con tal exactitud que caen en la cabeza de los sitiados.

Concédense honores militares á los que han muerto mayor número de enemigos, y uno de ellos es permitirles llevar plumas de *killion*. Para evitar injusticias, las flechas de cada guerrero llevan una marca particular, y extrayéndolas del cuerpo de la víctima, se premia la mano que las ha lanzado.

El arma de fuego no puede atestiguar la gloria de su amo; y así, cuando se mata con la flecha, con el rompe-cátezas ó el hacha, se cuentan las hazañas por el número de cabelleras arrebatadas.

Durante el combate es muy raro que se obedezca al gefe de la guerra, quien por otra parte solo desea distinguirse personalmente. Tambien es raro que los vencedores persigan á los vencidos, pues quedan en el campo de batalla para despojar á los muertos, atar á los prisioneros, y celebrar el triunfo con danzas y cánticos: llórase á los amigos que se ha perdido, y sus cuerpos son expuestos en las ramas de los árboles con grandes lamentaciones, al paso que los cuerpos de los contrarios quedan tendidos en el polvo.

Un guerrero destacado del campo lleva á la nacion la noticia de la victoria y la vuelta del ejército (1), y reunidos los ancianos, el gefe militar cuenta al consejo los detalles de la expedicion, y mediante ella se determina continuar la guerra ó negociar la paz.

Si se decide esta, los prisioneros se conservan como medio de concluir la, y si se persiste en la guerra, son entregados al suplicio, para cuyos detalles me será permitido remitir al lector al episodio de la *Atala* y á los *Natchez*. Las mujeres son las que comunmente se muestran mas crueles en sus venganzas; y por lo mismo desgarran á los prisioneros con su uñas, los pinchan con los instrumentos de los trabajos domésticos, y guisan la comida con su carne. Estas carnes se comen tostadas ó hervidas, y los canibales conocen las partes mas suculentas de la víctima. Los que no devoran á sus enemigos, beben por lo menos su sangre, y embadurnan con ella su pecho y rostro.

Pero á pesar de todo, las mujeres tienen un precioso privilegio, que consiste en poder salvar á los prisioneros, adoptándolos por hermanos ó maridos, sobre todo, si han perdido los suyos en el combate. La adopcion confiere los derechos de la naturaleza, y no hay ejem-

plo de que un prisionero adoptado haya hecho traicion á la familia de que se ha hecho miembro, y no muestre menor ardor que sus nuevos compatriotas en tomar las armas contra su antigua nacion: de lo que nacen las aventuras mas patéticas. Un padre se halla muchas veces frente á frente con su hijo, y si este le vence, le deja marchar por la primera vez, diciéndole: «Tú me has dado la vida, yo te la devuelvo: estamos pagados. No te presentes ya mas ante mí, porque te «arrebataré la cabellera.»

Esto no obstante, los prisioneros adoptados no gozan de una seguridad completa. Si acontece que la tribu donde sirven hace algun daño, se les extermina; y tal mujer que se habia encargado de un niño, á lo mejor le divide de un hachazo.

Los iroqueses, célebres por su crueldad hacia los prisioneros de guerra, tenían una costumbre que parecia tomada de los romanos y que anunciaba el genio de un gran pueblo: era incorporar á la nacion vencida en la suya, sin hacerla esclava; de este modo, sino la obligaban á adoptar sus leyes, la sometían por sus costumbres.

No todas las tribus quemaban sus prisioneros, pues algunas se contentaban con reducirlos á la servidumbre. Los saquems, rígidos partidarios de las costumbres antiguas, deploraban aquella humanidad, degeneracion, segun ellos, de la antigua virtud. El Cristianismo, difundiendo entre los indios, contribuyó á dulcificar los caracteres feroces, pues en nombre del Dios sacrificado por los hombres, obtenían los misioneros la abolición de los sacrificios humanos: ellos plantaban la cruz en el sitio que ocupara el poste del sacrificio, y la sangre de Jesucristo rescataba la sangre del prisionero.

RELIGION.

Cuando los europeos llegaron á América, hallaron entre los salvajes creencias religiosas, casi borradas hoy. Los pueblos de la Florida y de la Luisiana adoraban casi todos al sol, como los peruanos y mejicanos. Habia templos, sacerdotes ó juglares, y sacrificios, mezclando solamente á este culto del Mediodia el culto y las tradiciones de alguna divinidad del Norte.

Los sacrificios públicos tenían lugar á la orilla de los rios, y se verificaban en los cambios de estacion ó con motivo de la paz ó de la guerra; los sacrificios particulares se hacían en las chozas. Arrojábanse al viento las cenizas profanas y se encendía un fuego nuevo. La ofrenda á los buenos y malos genios consistía en pieles, utensilios de menaje, armas y collares, todo de poco valor.

Pero una supersticion comun á todos los indios, y por decirlo así, la única que han conservado es la de los *manitús*. Cada salvaje tiene el suyo, como cada negro su ídolo, y ya es un ave, un pez, un cuadrúpedo, un reptil, una piedra, un trozo de madera, un pedazo de tela, un objeto pintado, ó ya un adorno americano ó europeo. El cazador cuida de no matar ó herir al animal que ha elegido por manitú; y cuando ocurre esta desgracia procura apaciguar por todos los medios posibles los manes del dios muerto, no sintiéndose completamente tranquilo sino cuando haya soñado otro manitú.

Los sueños representan un gran papel en la religion del salvaje: su interpretacion es una ciencia, y sus ilusiones se tienen por realidades. En los pueblos civilizados sucede frecuentemente lo contrario; las realidades son ilusiones.

Entre las naciones indígenas del Nuevo-Mundo, el dogma de la inmortalidad del alma no está expresado distintamente, pero todos tienen de él una idea con-

(1) Esta vuelta es á descrita en el libro XI de los *Natchez*.

fusa, como lo atestiguan sus usos, fábulas, ceremonias fúnebres, y su piedad para con los muertos. Los salvajes, lejos de negar la inmortalidad del alma, la reproducen y parecen concederla hasta á las de las bestias, desde el insecto, el reptil, el pez y el ave, hasta el cuadrúpedo de mayor corpulencia. En efecto, pueblos que ven y oyen *espíritus* por todas partes, deben suponer naturalmente que se encierra uno en ellas mismas, y que los seres animados, compañeros de su soledad, tienen tambien sus inteligencias divinas.

Las naciones del Canadá poseen un sistema completo de fábulas religiosas, observándose en ellas, no sin admiracion, restos de las ficciones griegas y de las verdades bíblicas.

El Gran-Liebre reunió un día sobre las aguas su corte, compuesta del danta, la cabra, el oso y otros cuadrúpedos, y sacando un grano de arena del fondo del gran lago, formó de él la tierra. Despues creó los hombres de los cuerpos muertos de los diversos animales.

Otra tradicion hace á Areskouí ó Agresgoué, dios de la guerra, y Ser supremo ó Gran-Espíritu.

El Gran-Liebre fue contrariado en sus designios, pues Michabú, dios de las aguas, apellidado el Gran-Gato-Tigre, se opuso á la empresa del Gran-Liebre, y este, teniendo que combatir á Michabú, no pudo crear mas que seis hombres, uno de los cuales subió al cielo y tuvo comercio con la bella Athaénsia, divinidad de las venganzas. El Gran-Liebre, conociendo que estaba en cinta, la precipitó de un puntapié á la tierra, y cayó sobre la espalda de una tortuga.

Algunos juglares pretenden que Athaénsia tuvo dos hijos, uno de los cuales mató al otro; pero generalmente se cree que no dió á luz mas que una hija, la cual á su vez fue madre de Tahouet-Saron y de Jouskeka, que mató á su hermano.

Athaénsia se toma algunas veces por la luna, y Jouskeka por el sol, que tambien es representado por Areskouí, dios de la guerra. Entre los *natchez*, Athaénsia, diosa de la venganza, era la *mujer-gefe* de los malos manitús, y Jouskeka de los buenos.

La raza de este se extinguió casi por completo en la tercera generacion, á consecuencia de un diluvio enviado por el Gran-Espíritu. Mesou, llamado tambien Saketchak, viendo aquel desbordamiento, encargó al cuervo inquiriese el estado de las cosas, pero el cuervo desempeñó mal su comision: viiendo esto Mesou soltó á la rata almizclada, que le llevó un poco de limo. Mesou restableció la tierra á su primitivo estado, y lanzando flechas contra los troncos de los árboles que quedaban aun en pié, aquéllas se convirtieron en ramas. Reconocido á los buenos oficios de la rata almizclada, se desposó con una de sus hembras, y de aquel matrimonio nacieron todos los hombres que pueblan hoy el mundo.

En estas fábulas hay, como no puede menos, algunas variantes, y segun otras autoridades, no fue Mesou el que hizo cesar la inundacion, sino la tortuga sobre la cual cayó Athaénsia, arrojada del cielo: esta tortuga apartó nadando, las aguas con sus patas y descubrió la tierra. Por lo tanto, la venganza es la madre de la nueva raza de los hombres.

El Gran-Castor es despues del Gran-Liebre el manitú mas poderoso. El es el que ha formado el lago Nipissingó y las cataratas que se hallan en el rio de los ontañeses que sale del Nipissingó, con los restos de la calzada que el Gran-Castor construyó para formar aquel lago; pero murió á la mitad de su empresa. Enterrósele en lo alto de una montaña á la que dió su forma, y desde entonces ninguna nacion ha pasado por el pié de su tumba, que no haya fumado en su honor.

Michabú, dios de las aguas, nació en Mechillina-kinac en el estrecho que une el lago Huron con el lago Michigan. De allí se transportó al estrecho, puso un di-

que en el salto Santa Maria, y conteniendo las aguas del lago Alimpigon formó el lago Superior, para cazar los castores. Michabú aprendió de la araña á tejer las redes, y despues enseñó el mismo arte á los hombres.

Hay lugares especiales donde los genios moran con particular predileccion, y uno de ellos es el gran Wakon-Teche (la caverna del Gran-Espíritu), situada á dos jornadas mas abajo del salto San Antonio; esta caverna encierra un lago subterráneo de profundidad desconocida, siendo tradicion admitida que cuando se arroja á él una piedra, el Gran-Liebre deja oír una voz formidable. Créese tambien que los caracteres que se hallan grabados en la bóveda de la caverna, han sido trazados por los espíritus.

Al occidente del lago Superior se descubren algunas montañas formadas de piedras, que brillan como el hielo que adorna las cataratas en el invierno, y detrás de ellas se extiende un lago mucho mayor que el Superior. Michabú gusta muy particularmente de este lago y de estas montañas (1); pero donde ha fijado su residencia el Gran-Espíritu ha sido en el lago Superior, en el cual se le ve pasearse á la claridad de la luna, complaciéndose en coger el fruto de un grosellero que cubre la orilla meridional del lago. Vésele con frecuencia sentado en la punta de una roca, desde la cual desencadena las tempestades, y habita una isla del mismo lago que lleva su nombre, y que, segun las creencias de los salvajes, está habitada por las almas de los guerreros muertos en el campo de batalla, que pasan á ella para gozar del placer de la caza.

En otro tiempo surgia del centro del lago Sagrado una montaña de cobre que el Gran-Espíritu arrebató y transportó allí de otros países en los tiempos mas remotos; pero en la actualidad ha sembrado la orilla de piedras del mismo metal, habiéndolas dotado de la virtud singular de hacer invisibles á los que las llevan consigo. El Gran Espíritu no quiere que se toque á estas piedras, y un día que los algonquines fueron bastante temerarios para arrancar una, apenas entraron en las canoas cuando fueron perseguidos por un manitú de mas de sesenta codos de altura, que salió del fondo de una selva: llegábale el agua escasamente á la cintura, y hubo de ser tan tenaz su persecucion, que obligó á los algonquines á arrojar al agua el tesoro que habian robado.

En las márgenes del lago Huron, el Gran-Espíritu ha hecho cantar á la liebre blanca como un ave, mientras que el ave azul dió el maullido del gato.

Athaénsia ha plantado en las islas del lago Erié la *yerba para las pulgas*; yerba que mirada por un guerrero le comunica la fiebre, y si la toca, adquiere su piel un calor sutil que le atormenta. Athaénsia plantó tambien en los bordes del lago Erié el cedro blanco para destruir la raza de los hombres, y el vapor que de él se desprende hace perecer al niño en el seno de la jóven madre, como la lluvia desprende el racimo de la vid.

El Gran-Liebre ha concedido la sabiduría al rapaz strix del lago Erié, porque esta ave caza los ratones en el estío, y despues de mutilados los conduce vivos á su morada, donde cuida de cebarlos para el invierno: costumbre que no disgusta á los árbitros de los pueblos.

En la catarata del Niágara habita el Genio formidable de los iroqueses.

Cerca del lago Ontario los machos de las palomas torcaces se precipitan por la mañana en el rio Genesee; y por la tarde, seguidos de igual número de hembras, van á buscar á la bella Endaé, que fue sacada de la comarca de las almas por el canto de su esposo.

(1) Esta antigua tradicion de una cadena de montañas y de un inmenso lago situado al Nor-Oeste del lago Superior indica con bastante exactitud las montañas Rocallasas y el Océano Pacifico.

El ave pequeña del lago Ontario hace la guerra á la serpiente negra; y hé aquí lo que dió lugar á este combate.

Hondiun, famoso gefe de los iroqueses, constructores de cabañas, vió á la joven Almilao, y quedó prendado de su hermosura. Bailó tres veces de cólera, porque Almilao era de la nacion de los hurones, enemigos de los iroqueses, y volvió á su choza diciendo: «¡Me es indiferente!» pero el alma del guerrero no hablaba así.

Levantóse, tomó sus armas, atravesó las selvas, y llegó á la choza de Almilao, situada en el país enemigo. Era de noche.

Almilao oyó andar en su cabaña y dijo: «Akouessan, siéntate en mi estera.» Hondiun se sentó en la estera sin hablar una palabra, pues Athaensia y toda su rabia ocupaban su corazón. Almilao rodeó su brazo al guerrero iroqués, sin conocerle, y buscó sus labios. Hondiun la amó como á la luna.

Akouessan el abenauquis, aliado de los hurones, llegó en tan crítico momento, y se acercó en medio de las tinieblas: los amantes dormían. Deslizóse al lado de Almilao, sin descubrir á Hondiun, arrollado en las pieles que los cubrían. Akouessan encantó el sueño de su amada.

Hondiun se despertó, extendió la mano, tocó la cabellera de un guerrero, y un grito de guerraretumbó en la cabaña. Los saquems de los hurones acudieron; pero Akouessan el abenauquis ya no existía.

Hondiun, gefe iroqués, fue atado al poste de los prisioneros, y entonó su canción de muerte; llamó á Almilao en medio del fuego, é invitó á la joven hurona á que le devorase el corazón. Estalloraba y sonreía: la vida y la muerte estaban en sus labios.

El Gran-Liebre hizo entrar el alma de Hondiun en la serpiente negra, y la de Almilao en la ave pequeña del lago Ontario. Desde entonces esta ataca á aquella, y la da muerte de un solo picotazo. Akouessan fue transformado en hombre marino.

El Gran-Liebre construyó una gruta de mármol negro y verde en el país de los Abenauquis, y plantó un árbol en el lago salado (el mar), á la entrada de la gruta. Todos los esfuerzos de los hombres de las carnes blancas no han bastado á arrancar este árbol; y cuando la tempestad silba en el lago sin orillas, el Gran-Liebre desciende de la roca azul, y llora bajo el árbol á Hondiun, Almilao y á Akouessan.

Así entretienen al viajero las fábulas de los salvajes, desde el fondo de los lagos del Canadá hasta las costas del Atlántico. Moisés, Lucrecio y Ovidio parecen haber llegado á estos pueblos, el primero su tradición, el segundo su mal físico, y el tercero sus metamorfosis. Hay en todo esto bastante religion, mentira, y poesía, para instruirse, extraviarse y consolarse.

GOBIERNO.

LOS NATCHEZ.

DESPOTISMO EN EL ESTADO NATURAL.

Háse confundido casi siempre el estado natural con el salvaje, y de esta confusion ha resultado figurarse que los salvajes no tenían gobierno, y que cada familia era regida sencillamente por su gefe ó por su padre; que una cacería ó una guerra reunían ocasionalmente las familias por un interés común; pero que satisfecho este, las familias volvían á su aislamiento é independencia.

Estos son errores notables, pues entre los salvajes se halla el tipo de todos los gobiernos conocidos por los pueblos civilizados, desde el despotismo hasta la república, pasando por la monarquía limitada ó absoluta, electiva ó hereditaria.

Los indios de la América Septentrional, conocen las monarquías y repúblicas representativas, siendo el federalismo una de las formas políticas mas comúnmente empleadas por ellas, pues la extension de su desierto produjo para la ciencia y sus gobiernos, lo que el exceso de poblacion ha motivado en los nuestros. El error en que se ha caído relativamente á la existencia política del gobierno salvaje, es tanto mas singular, cuanto que debiéramos estar ilustrados respecto á este punto por la historia de los griegos y romanos, cuyo imperio poseía á su nacimiento instituciones complicadísimas.

Las leyes políticas nacen en los hombres antes que las leyes civiles, sin embargo de que parecería debían preceder estas á aquellas; pero es un hecho harto sabido, que el poder se ha organizado antes que el derecho, y la razon ha sido, que los hombres han tenido necesidad de defenderse contra la arbitrariedad, antes de fijar sus relaciones entre sí.

Las leyes políticas nacen espontáneamente con el hombre, y se establecen sin antecedentes, ó se las encuentra entre las hordas mas bárbaras.

Las leyes civiles por el contrario, se forman por los hábitos, pues lo que era una costumbre religiosa para el matrimonio de una joven y un mancebo, para el nacimiento de un niño ó para la muerte de un cabeza de familia, se transforma en ley con el trascurso del tiempo. La propiedad particular, desconocida de los pueblos cazadores, es tambien otra fuente de las leyes civiles, que no se halla en el estado natural; y así es que no existía entre los indios de la América Septentrional código alguno de delitos ni penas. Los crímenes contra las cosas y las personas eran castigados por la familia, y no por la ley. La venganza era la justicia; así, el derecho natural perseguía, entre el hombre salvaje, lo que el derecho público alcanza entre el hombre culto.

Resumamos primero los rasgos comunes á todos los gobiernos de los salvajes, y despues entraremos en el detalle de cada uno de ellos.

Las naciones indias están divididas en tribus, y cada una de estas tiene un gefe hereditario, diferente del militar, que adquiere su derecho por la eleccion, como entre los antiguos germanos.

Las tribus llevan un nombre particular, tal como la tribu del Aguila, del Oso, del Castor, etc.; y los emblemas que las distinguen se convierten en enseñas guerreras ó sellos para los tratados.

Los gefes de las tribus y de las divisiones de estas, toman sus nombres de algunas cualidades que les son propias, de algun defecto de su espíritu ó de su persona, ó de alguna circunstancia de su vida. De aquí que uno se llame *bisonte blanco*, otro *la piedra coja*, la *boca chata*, el *día sombrío*, el *vibrador de dardos*, la *hermosa voz*, el *matador de castores*, el *corazon de fuego*, etc.

Otro tanto sucedía en Grecia: en Roma, Cocles debió su nombre á la proximidad de sus ojos ó á la pérdida de uno de ellos, y Ciceron á la berruga ó á la industria de su abuelo. La historia moderna cuenta á sus reyes y guerreros por los nombres de *Calvo*, *Tartamudo*, *Bermejo*, *Cojo*, *Martel* ó *Martillo*, *Capeto* ó *Cabeza gorda*, etc.

Los consejos de las naciones indias se componen de los gefes de las tribus, de los militares, de las matronas, de los oradores, de los profetas ó juglares, y de los médicos, variando solo segun la constitucion de los pueblos.

El espectáculo que presenta un consejo de salvajes es en extremo pintoresco. Terminada la ceremonia del calumet, toma la palabra un orador. Los miembros del consejo están sentados ó tendidos en tierra, en diferentes actitudes: los unos, completamente desnudos, solo tienen para cubrirse una piel de búfalo; los otros, pintarrajeados desde los pies á la ca-

beza, parecen estatuas egipcias; y otros, por último, unen á los adornos salvajes, plumas, picos de aves, garras de osos, cuernos de búfalo, huesos de castor, dientes de pescado, y algunos diges europeos. Los rostros están pintados de diferentes colores, ó teñidos de blanco y negro. Escúchase atentamente al orador, y cada una de sus pausas es acogida por el grito de aplauso, *oah! oah!*

Naciones tan sencillas nada deberían tener que debatiir en política; y sin embargo, es lo cierto que ningún pueblo civilizado trata de mas cosas á la vez: ya de enviar una embajada á una tribu para felicitarla por sus victorias; ya de renovar ó concluir un tratado de alianza; ya de pedir una explicacion sobre la violacion de un territorio; ya de mandar una diputacion para lamentar la muerte de un gefe; ya de soli-



DANZA GUERRERA.

citar un voto en una asamblea; ya de elegir un gefe; ya de inutilizar un competidor, ya de ofrecer una mediacion ó aceptarla para hacer deponer las armas á dos pueblos; ya de mantener el equilibrio para que tal nacion no se haga demasiado fuerte y amenace la libertad de las otras. Todos estos asuntos se discuten

con órden, y las razones en pro y en contra se deducen con claridad, habiéndose conocido saquems que poseian á fondo todas estas materias, y hablaban con una profundidad de miras y de juicio, de que serian capaces pocos hombres de Estado europeos.

Las deliberaciones del Consejo se marcan en colla-

res de diversos colores, archivos del Estado que encierran los tratados de guerra, de paz y de alianza, con todas las condiciones y cláusulas necesarias. Otros collares contienen las arengas pronunciadas en los diversos consejos, y ya he hecho mencion en otra parte de la memoria artificial de que usan los iroqueses para retener un largo discurso. El trabajo se dividía entre guerreros, que por medio de algunos huesecillos aprendían de memoria, ó mejor dicho, escribían en su memoria la parte del discurso que estaban encargados de reproducir (1).

Las dererminaciones de los saquems se graban algunas veces en los árboles con signos enigmáticos, y aunque el tiempo que roe nuestras vetustas crónicas destruye igualmente las de los salvajes, lo hace de distinta manera; extiende una nueva corteza sobre el *papyrus* que conserva la historia india, y al cabo de un corto número de años, el indio y su historia han desaparecido á la sombra del mismo árbol.

Pasemos ahora á la historia de las instituciones particulares de los gobiernos indios, empezando por el despotismo.

Necesario es ante todo observar que allí donde se ha establecido el despotismo, reina una especie de civilizacion *física*, tal y como se la encuentra en la mayor parte de los pueblos asiáticos, y tal como existe en el Perú y en Méjico. El hombre que no puede mezclarse en los negocios públicos, y que entrega su vida á un señor, como un bruto ó un niño, emplea todo el tiempo en ocuparse de su bienestar material. El sistema de esclavitud, sometiendo á este hombre á otros brazos que los suyos, lo convierte en una máquina que labra su campo, embellece su vivienda, fabrica sus vestidos y prepara su comida. Pero llegando á cierto grado, aquella civilizacion del despotismo permanece estacionaria, porque el tirano superior que quiere permitir algunas tiranías particulares, conserva siempre el derecho de vida y muerte sobre sus súbditos, cuidando estos de encerrarse en una medianía que no excita ni la avaricia ni los zelos del poder.

Bajo el imperio del despotismo hay, pues, un principio de lujo y de administracion; pero con una medida que no permite á la industria desarrollarse, ni llegar el genio á la libertad, por el influjo de las luces.

Fernando de Soto halló pueblos de esta naturaleza en las Floridas, y fué á morir á la márgen del Misisipi, rio en que se extendia la dominacion de los natchez, pueblos originarios de Méjico, cuyo país habitaron hasta después de la caída del trono de Motezuma. La época de la emigracion de los natchez coincide con la de los chicasas, que vinieron del Perú expulsados igualmente de su tierra natal por la invasion de los españoles.

Un gefe llamado el *Sol*, gobernaba los Natchez, y se suponía descendiente del astro del dia. La sucesion al trono se verificaba por la línea femenina, y al Sol no le sucedía su propio hijo; sino el de su hermana ó el de su pariente mas próximo. Aquella *Mujer-Gefe*, que así se llamaba, tenía como el Sol una guarda de jóvenes llamados *Allouez*.

Los dignatarios inferiores al Sol eran los dos gefes de guerra, los dos sacerdotes, los dos oficiales para los tratados, el inspector de las obras y graneros públicos, hombre poderoso, llamado *gefe de la harina*, y los cuatro maestros de ceremonias.

La recoleccion hecha en comun y puesta bajo la custodia del Sol, fue en su origen la causa principal del establecimiento de la tiranía. Unico depositario de la fortuna pública, el monarca se aprovechó de ella para hacerse favoritos, y enalteció á unos á expensas de los otros, inventando esa gerarquía de empleos que

interesan á una multitud de hombres en el poder, por la complicidad de la opresion. El Sol se rodeó de satélites prontos á ejecutar sus órdenes, y al cabo de algunas generaciones se formaron clases en el Estado; porque pretendiendo ser nobles los que descendían de los generales ó oficiales de los *Allouez*, se les dió asenso. Entonces fue inventada multitud de leyes, y cada individuo se vió obligado á llevar al Sol una parte de su caza y de su pesca. Si este mandaba tal ó cual trabajo, se suponía la obligacion de ejecutarlo, sin recibir por él el menor salario. Imponiendo la servidumbre, el Sol se apoderó del derecho de juzgar. «¡Deshacedme de ese perro!» decia, y sus guardias obedecian.

El despotismo del Sol produjo el de la *Mujer-Gefe*, y despues el de los nobles. Cuando una nacion se hace esclava, se forma una serie de tiranos, desde la primera clase hasta la última. La arbitrariedad del poder de la *Mujer-Gefe* tomó el carácter del sexo de esta soberana, y se inclinó á la parte de las costumbres. La *Mujer-Gefe* se creyó con derecho de tomar tantos maridos y amantes cuantos la placia, haciendo en seguida extrangular á los objetos de sus caprichos. Al poco tiempo se admitió que el jóven Sol, ascendido al trono, pudiese hacer extrangular á su padre, cuando este no fuese noble.

Esta corrupcion de la madre del heredero del trono cundió á las demás mujeres, y los nobles podian abusar de las vírgenes y aun de las jóvenes esposas en toda la nacion, habiendo llegado el Sol á mandar una prostitucion general de las mujeres, como se habia practicado en ciertas iniciaciones babilónicas.

A todos estos males faltaba solo uno, la supersticion, y los natchez se vieron abrumados por ella. Los sacerdotes buscaron los medios de robustecer la tiranía, por la degradacion de la razon del pueblo. Hizose un honor insigne y una accion meritoria para el cielo, matarse sobre la tumba de un noble, habiendo gefes cuyos funerales llevaban consigo la matanza de mas de cien víctimas. Aquellos opresores parecian no abandonar el poder absoluto en la vida, sino para heredar la tiranía de la muerte: aun á los cadáveres obedecian: ¡tan avezados estaban á la esclavitud! Mas aun: solicitábase algunas veces el honor de acompañar al Sol al país de las almas, aun diez años antes de su muerte; pero el cielo permitia una justicia, pues aquellos mismos *allouez* para los que habia sido fundada la esclavitud, eran obligados por la opinion á herirse con su puñal en obsequio de su amo, siendo el suicidio el digno ornamento de la pompa fúnebre del despotismo. Pero; ¿de qué servia al soberano de los Natchez llevar consigo su guardia mas allá de la vida? ¿podia defenderle del eterno vengador de los oprimidos?

Muerta una *Mujer-Gefe*, su marido que no era noble fue ahogado, y la hija mayor que le sucedió en aquella dignidad, mandó la extranguelacion de doce niños, cuyos cuerpos se colocaron alrededor de los de la antigua *Mujer-Gefe* y su marido; y los torce fueron depositados en una especie de andas, pomposamente decoradas.

Catorce *allouez* llevaban el lecho fúnebre, y puesto el convoy en marcha, la abrian los padres y las madres de los niños extranguelados, marchando lentamente de dos en dos, y llevando sus hijos muertos en sus brazos. Catorce víctimas que se habian ofrecido voluntariamente á la muerte, seguian el lecho fúnebre, llevando en sus manos el cordon fatal que ellas mismas habian hilado. Los parientes mas cercanos de aquellas víctimas los rodeaban, y la familia de la *Mujer-Gefe* cerraba la comitiva.

De diez en diez pasos los padres y las madres que precedian á la *Teoria*, dejaban caer los cuerpos de sus hijos, y los hombres que llevaban las andas pasaban sobre ellos, de suerte que cuando se llegaba al templo,

(1) Puede verse en los *Natchez* la descripción de un consejo desalvajes, celebrado en la Roca del Lago, pues los detalles son rigurosamente históricos.

la carne de aquellas tiernas hostias caía á pedazos.

El convoy se detuvo en el lugar destinado á la sepultura. Desnudáronse las catorce personas *devotas*, y se sentaron en tierra: un *allouez* agarró las rodillas de cada una de ellas, y otro las sujetó las manos por detrás; hizoseles luego tragar tres pedazos de tabaco y beber un poco de agua, y echándoles el lazo al cuello, los parientes de la Mujer-Gefe tiraron de los cabos de él, cantando.

Apenas se puede comprender cómo un pueblo en el cual era desconocida la propiedad individual, y que ignoraba la mayor parte de las necesidades de la sociedad, pudo caer bajo semejante yugo. Por una parte hombres desnudos, representando la libertad natural; por otra, exacciones sin ejemplo y un despotismo que sobrepuja á lo mas formidable que se ha visto entre los pueblos civilizados; la inocencia y las virtudes primitivas del estado político en su cuna, á la par de la corrupcion y los crímenes de un gobierno decrepito: ¡qué monstruoso conjunto!

Una revolucion sencilla, natural y casi sin esfuerzo, libró en parte á los *natchez* de sus cadenas. Abruñados por el yugo de los nobles y del Sol, se contentaron con retirarse á los bosques, y la soledad les dió la libertad. El Sol, abandonado en la *gran aldea*, y no teniendo ya nada que dar á los *allouez* por haber quedado inculco el campo comun, fue abandonado de aquellos mercenarios; habiéndole sucedido un príncipe razonable, no restableció los guardias, abolió los usos tiránicos, llamó á sus súbditos y les hizo amar su gobierno. Un consejo de ancianos formado por él destruyó el principio de la tiranía, organizando bajo nuevas bases la propiedad comun.

Las naciones salvajes, sometidas al imperio de las ideas primitivas, tienen una repugnancia invencible hácia la propiedad particular, reconocida como el fundamento del órden social, naciendo de aquí se vea entre algunos indios esa propiedad comun, ese campo público de las mieses, y esas recolecciones depositadas en graneros de los cuales cada uno saca la cantidad proporcionada á sus necesidades; pero de aquí tambien procede el poder de los gefes que vigilan aquellos tesoros, y que acaban por distribuirlos en provecho de su ambicion.

Regenerados los *natchez*, hallaron medio de ponerse al abrigo de la propiedad particular, sin caer en el inconveniente de la propiedad comun. El campo público fue dividido en tantos lotes cuantas familias habia, y cada una de estas llevaba á su casa la mies contenida en uno de aquellos lotes. De este modo se destruyó el granero público, conservando empero el campo comun; y como cada familia no recogia precisamente sino el producto del cuadrado que habia labrado y sembrado, no podia atribuirse el goce del derecho particular, sino á lo que habia recibido, resultando que no fue ya la comunidad de la tierra, sino la comunidad de trabajo la que constituyó la propiedad comun.

Los *natchez*, conservaron el exterior y las formas de sus antiguas instituciones, manteniendo siempre una monarquía absoluta, un Sol, una Mujer-Gefe y diferentes órdenes ó diferentes clases de hombres; pero esto solo eran una reminiscencia del pasado; recuerdos útiles á los pueblos, para los cuales, nunca es bueno destruir la autoridad de sus mayores. Mantúvose siempre encendido el fuego perpetuo en el templo, y las cenizas de los antiguos gefes, depositadas en aquel edificio, permanecieron en reposo, no solo porque era un crimen violar el asilo de los muertos, sino tambien porque el polvo de los tiranos da lecciones tan elocuentes como el de los demás hombres.

LOS MUSCOGULGOS.

MONARQUÍA LIMITADA EN EL ESTADO NATURAL.

Al Oriente del país de los *Natchez*, abatidos por el despotismo, los muscogulgos ofrecian en la escala de los gobiernos de los salvajes la monarquía constitucional ó limitada. Este pueblo unido á los *siminoles* forma con ellos la Confederacion de los *Creeks* en la antigua Florida y tiene un gefe llamado Mico, que desempeña las funciones de rey ó magistrado.

Este, reconocido como el primer hombre de la nacion, recibe de sus súbditos toda clase de muestras de respeto; y cuando preside el consejo se le rinden homenajes que rayan casi en la abyeccion, permaneciendo vacio su asiento cuando se halla ausente.

El Mico convoca el consejo para deliberar acerca de la paz y de la guerra, dirigiéndose á él los embajadores y extranjeros que llegan á visitar la nacion.

La potestad regia del Mico es electiva é inamovable; y la eleccion, verificada por los ancianos, se confirma por el cuerpo ó clase de los guerreros. Para ocupar tan elevado puesto es preciso haber vertido su sangre en los combates, ó haberse distinguido por su razon, su genio, ó su elocuencia. Este soberano, que debe exclusivamente su poder á su mérito, se eleva como el Sol sobre la Confederacion de los *Creeks*, para animar y fecundar la tierra.

El Mico no lleva sobre sí señal alguna que le distinga, y fuera del consejo es un simple saquem que se mezcla entre la muchedumbre; habla familiarmente con todos, y fuma y bebe en la copa plebeya con los guerreros: á un extraño le seria imposible reconocer en él la primera autoridad de aquel pueblo. En el consejo mismo donde recibe tantos honores, solo tiene voz; pero su influencia, debida únicamente á su saber, es decisiva, pues se sigue generalmente su opinion por reputarla casi siempre como la mejor.

La veneracion de los muscogulgos hácia el Mico, es extrema, llegando á tal punto, que cuando un joven intenta hacer una accion deshonrosa, su compañero le dice: «Ten cuidado, que el Mico te vé,» y el joven se detiene; obsérvese aquí la accion invisible del despotismo de la virtud.

El Mico, no obstante, goza de una prerogativa peligrosa. Las cosechas se hacen entre los muscogulgos en comun, y cada familia está obligada despues de haber recibido su lote, á llevar una parte de ella á un granero público del que el Mico puede extraer cantidades á su voluntad; y sabido es, como acabamos de ver, que semejante privilegio produjo la tirania de los Soles de los *Natchez*.

La autoridad mayor del Estado, despues del Mico, reside en el consejo de los ancianos, que decide la paz y la guerra, y aplica las órdenes del Mico; institucion política verdaderamente singular. En la monarquía de los pueblos civilizados, el rey es el poder ejecutivo, y el consejo ó la asamblea nacional, el poder legislativo; aquí es al contrario: el monarca hace las leyes, y el consejo las ejecuta. Tal vez hayan creído estos salvajes que existe menos peligro en investir á un consejo de ancianos del poder ejecutivo, que en entregar este en manos de un solo hombre. Por otra parte, habiendo probado la experiencia que un solo hombre de edad madura y de talento reflexivo, elabora mejor las leyes que un cuerpo deliberante, los muscogulgos no han tenido reparo en colocar el poder legislativo en el rey.

Pero el consejo de los muscogulgos tiene un vicio capital, y es, el estar bajo la inmediata direccion del gran juglar que lo dirige por el temor de los sortilegios, y por la adivinacion de los sueños. Los sacerdotes forman en esta nacion un colegio formidable, que amenaza apoderarse de los demás poderes. El gefe de la guerra, independiente del Mico, ejerce un poder

absoluto en la juventud armada. Pero esto no obstante, si la nacion está en un peligro inminente, el Mico se convierte por un tiempo limitado en general, para las relaciones exteriores, conservando el carácter de magistrado para el interior.

Tal es, ó mejor dicho, tal era el gobierno muscogulgo, considerado en sí mismo y á parte, pues además tiene otras relaciones como gobierno federativo.

Los muscogulgos, nacion activa y ambiciosa, vinieron del Oeste, y se apoderaron de la Florida despues de haber exterminado á los Yamases, sus habitantes primitivos (1). Poco despues hicieron alianza con ellos los siminoles, que vinieron del Este.

Los muscogulgos, como mas fuertes, obligaron á aquellos á entrar en una confederacion, en virtud de la cual los siminoles enviaron diputados á la gran ciudad de los muscogulgos, hallándose así gobernados en parte por el Mico de estos últimos.

Estas dos naciones reunidas, fueron llamadas por los europeos, la nacion de los creeks, dividiéndose en creeks superiores, los muscogulgos, y en creeks inferiores, los siminoles. No satisfecha aun la ambicion de los muscogulgos, llevaron la guerra al país de los Queroques y al de los Chicassas, y los obligaron á entrar en la alianza comun; confederacion tan célebre en el Mediodia de la América septentrional, como la de los iroqueses en el Norte. Singular es ciertamente ver á los salvajes intentar la reunion de los indios en una república federativa, en el mismo sitio en que los europeos debían establecer un gobierno de la misma naturaleza.

Los muscogulgos, al celebrar tratados con los blancos, han estipulado que estos no venderian aguardiente á las naciones aliadas, contratando además que en las naciones de los creeks no se toleraria mas que un mercader europeo que residiria bajo la salvaguardia pública. Jamás se violaban por su parte las leyes de la mas exacta probidad y transitaba seguro por el país, asegurada su fortuna y su vida.

Los muscogulgos son inclinados á la ociosidad y á las fiestas, cultivan la tierra y crían ganados y caballos de raza española, teniendo tambien esclavos. El siervo labra los campos, cultiva en los jardines las frutas y las flores, cuida del aseo de la cabaña, y prepara la comida. Está alojado, vestido y alimentado como sus amos, y si se casa, sus hijos son libres, entrando á gozar del derecho natural por el mero nacimiento. La desgracia del padre y de la madre no pasa á su posteridad, pues los muscogulgos no han querido que la servidumbre fuera hereditaria: ¡leccion sublime que los salvajes han dado á los hombres civilizados!

Tal es sin embargo la esclavitud, que por mas que se dulcifique degrada las virtudes. El muscogulgo, atrevido, bullicioso é impetuoso, que apenas tolera la menor contradiccion, es servido por el yamasa tímido, silencioso, paciente y abyecto; por aquel yamasa antiguo señor de las Floridas, de raza india que combatió heroicamente para salvar á su país de la invasion muscogulga, pero que al fin tuvo que ceder á la fortuna contraria. ¿Qué cosa ha podido establecer entre el yamasa de los antiguos tiempos y el de hoy, entre aquel yamasa vencido y aquel muscogulgo vencedor, tan gran diferencia? dos palabras: libertad y servidumbre.

Las ciudades muscogulgas están edificadas de una manera particular. Cada familia tiene casi siempre cuatro casas ó cuatro cabañas iguales, las que, colo-

cadass las unas en frente de las otras, forman un patio cuadrado de cerca de media yugada, practicable por los cuatro ángulos. Las cabañas, construidas de madera, están revestidas por dentro y por fuera de un mortero rojo parecido á la tierra de los ladrillos, sirviendo de techumbre á estas viviendas, pedazos de corteza de ciprés dispuestos como las conchas de la tortuga.

En el centro de la ciudad principal, y en la parte mas elevada de ella, hay una plaza pública rodeada por cuatro espaciosas galerías; en una de ellas está situada la sala del consejo, que se reúne diariamente para la expedicion de los negocios. Esta sala está dividida en dos por un tabique longitudinal, y la pieza ó departamento del fondo carece de luz, pues solo la recibe por una abertura elíptica, practicada en la parte inferior del tabique. En este santuario se depositan los tesoros de la religion y de la política; los rosarios de asta de ciervo, la copa de la medicina, los chichikués, el calumet de paz y el estandarte nacional, hecho de cola de águila. El Mico, el gefe guerrero y el gran-sacerdote, son los únicos que pueden entrar en este lugar formidable.

El departamento exterior, que es la sala del consejo, está dividido en tres partes por tres pequeños tabiques transversales á la altura del pecho; y sobre estos tres repechos se elevan tres órdenes de graderías que se apoyan en la pared del santuario. En estos bancos cubiertos de esteras, se sientan los saquems y los guerreros.

Las otras tres galerías, que forman con la del consejo, el circuito de la plaza pública, están igualmente divididas en tres partes, pero no tienen tabique longitudinal; y en estas galerías, llamadas *galerías del banquete*, se halla siempre una multitud bulliciosa ocupada en diferentes juegos.

Las paredes, los tabiques y las columnas de madera de aquellas galerías, están sobrecargadas de adornos geroglíficos que encierran los secretos sacerdotales y políticos de la nacion. Estas pinturas representan hombres en diversas actitudes, aves y cuadrúpedos con cabeza de hombres, y hombres con cabeza de animales. El dibujo de estos monumentos está trazado con valentía, guardando las proporciones naturales; el colorido es vivo, pero aplicado sin arte; el órden arquitectónico de las columnas; varía en las ciudades segun la tribu que las habita; en los otases las columnas son espirales, porque los muscogulgos y los otases son de la tribu de la Serpiente.

En esta nacion hay una ciudad de paz y otra de sangre. La ciudad de paz es la capital de la Confederacion de los Creeks, y se llama *Apalachuela*, y en ella jamás se vierte sangre, siendo convocados allí los diputados creeks cuando se trata de establecer una paz general.

La ciudad de sangre se titula *Coweta*, y está situada á doce millas de Apalachuela, siendo en ella donde se delibera la guerra.

En la Confederacion de los Creeks son dignos de atencion los salvajes que habitan la hermosa ciudad de Uche, compuesta de dos mil habitantes, y que puede armar hasta quinientos guerreros. Estos salvajes hablan la lengua *savanna* ó *savantica*, lengua radical distinta de la muscogulga. Los aliados de la ciudad de Uche opinan generalmente de diferente modo que los demás aliados en el consejo, emanando de aquí la rivalidad que los profesan, pero son bastante prudentes unos y otros para no producir nunca un rompimiento.

Los siminoles, inferiores en número á los muscogulgos, solo cuentan nueve ciudades situadas todas en las orillas del Flint, y no se da un paso en su país sin que se descubran sábanas, lagos, fuentes y rios, cuyas corrientes arrastran el agua mas cristalina.

El siminol respira alegría, contento y amor; su

(1) Estas tradiciones de las emigraciones indias son oscuras y contradictorias. Algunas personas instruidas consideran á las tribus de las Floridas como un resto de la gran nacion de los allighevis, que habitaban los valles del Misisipi y del Ohio, y que echaron hácia los siglos xii y xiii á los jennilenapos (iroqueses y salvajes delawarees) horda nómada y belicosa, venida del Norte y del Oeste, es decir, de las costas vecinas al estrecho de Behring.

marcha es ligera; su continente franco y sereno; sus gestos revelan la actividad de la vida; hablan mucho y con viveza, y su lenguaje es armonioso y fácil. Su carácter amable y voluble es tan pronunciado en este pueblo, que apenas puede mantener una actitud digna en las asambleas políticas de la Confederación.

Los siminoles y los muscogulos tienen una talla bastante elevada, y por un contraste extraordinario sus mujeres son la raza mas pequeña de las mujeres conocidas en América, pues rara vez llegan á cuatro piés y dos ó tres pulgadas, y sus piés y manos parecen los de una europea de nueve ó diez años. La naturaleza sin embargo las ha indemnizado de esa especie de injusticia con un talle elegante y gracioso, y unos hermosos ojos negros extremadamente rasgados, llenos de languidez y modestia. La caída natural de sus párpados tiene una especie de pudor voluptuoso que encanta; y cuando hablan, á no verlas, se creeria escuchar la voz de tiernos infantes que pronuncian palabras á medio formar.

Las mujeres creeks trabajan menos que las otras indias, ocupándose solo en bordados, tintes y otros trabajos mas inferiores. Las esclavas las evitan el cuidado de cultivar la tierra, ayudándolas sin embargo á recoger las cosechas, acompañadas de los guerreros.

Los muscogulos son dados á la poesía y á la música, y en la tercera noche de la fiesta del maiz nuevo, se reunen en la galería del consejo para disputar el premio del canto, premio que es concedido á pluralidad de votos por el Mico, y que consiste en una rama de encina verde: los helenos se disputaban una rama de olivo. Las mujeres concurren tambien á este certámen, y frecuentemente obtienen la corona: una de aquellas odas se ha hecho célebre á la posteridad.

CANCION DE LA CARNE BLANCA.

«La carne blanca vino de la Virginia. Era rica, tenia telas azules, pólvora y veneno francés (1): La carne blanca vió á Tibeima la ikouessen (2).

»Yo te amo, dijo á la joven pintada; cuando me acerco á tí, siento liquidárseme la médula de mis huesos; mis ojos se turban, y me siento morir.

»La joven pintada, que ansiabala riquezas de la carne blanca, la respondió: Déjame grabar mi nombre en tus labios; estrecha mi seno contra el tuyo.

»Tibeima y la carne blanca edificaron una cabaña. La ikouessen dispó las grandes riquezas del extranjero, y fue infiel. La carne blanca lo supo, pero no pudo dejar de amar. Iba de puerta en puerta mendigando granos de maiz para sostener la vida de Tibeima. Cuando la carne blanca podia obtener un poco de fuego líquido (3), bebia para olvidar su dolor.

»Siempre amando á Tibeima, y siempre engañado por ella, el hombre blanco perdió la razón y corrió desenfrenado por los bosques. El padre de la joven pintada, ilustre saquem, la reprendió; pero el corazón de una mujer que ha dejado de amar es mas duro que el fruto del papaya.

»La carne blanca volvió á su cabaña. Estaba desnuda; tenia una larga barba erizada; sus ojos estaban hundidos y sus labios pálidos; sentóse sobre una estera para pedir hospitalidad en su propia cabaña. El hombre blanco tenia hambre, y como estaba enajenado, se creia un niño y juzgaba ver en Tibeima á su madre.

»Tibeima que habia hallado nuevas riquezas con otro guerrero en la antigua cabaña de la carne blanca,

se horrorizó de aquél á quien habia amado, y le espulsó. La carne blanca se sentó en un monton de hojas á la puerta, y murió. Tibeima murió tambien. Cuando el siminol pregunta cuyas son las ruinas de aquella cabaña, cubierta de crecidas yerbas, nada se le responde.»

Los españoles colocaron en los bellos desiertos de la Florida una fuente de juventud. ¿No estaba yo autorizado á elegir aquellos desiertos para que fueran el país de algunas otras ilusiones?

Pronto veremos lo que ha sido de los creeks, y qué suerte amenaza á aquel pueblo que marchaba á grandes pasos hácia la civilización.

LOS HURONES Y LOS IROQUESES.

REPÚBLICA EN EL ESTADO NATURAL.

Si los Natchez ofrecen el tipo del despotismo en e estado natural, y los Creeks el primer destello de la monarquía limitada, los Hurones y los Iroqueses presentaban en el mismo estado natural, la forma del gobierno republicano. Estos, como los Creeks, tenían además de la constitucion peculiar á la nacion propiamente dicha, una asamblea general representativa y un pacto federativo.

El gobierno de los hurones diferia poco del de los iroqueses, pues al lado del consejo de las tribus se alzaba un gefe hereditario, cuya sucesion continuaba por la línea femenina como entre los Natchez. Si se extinguía la línea de este gefe, la matrona mas noble de la tribu elegia un nuevo gefe, deduciéndose de aquí que la influencia de las mujeres debia ser considerable en una nacion en que la política y la naturaleza les daban tantos derechos. Los historiadores atribuyen á esta influencia una parte de las buenas y malas cualidades del huron.

En las naciones asiáticas, las mujeres son esclavas, y por lo tanto no tienen participacion alguna en el gobierno; pero encargadas de los cuidados domésticos, están por lo general exentas de los rudos trabajos del campo.

En las naciones de origen germánico, las mujeres eran libres, pero completamente extrañas á los actos políticos, como no fuera aquellos que decian relacion con el valor y el honor.

En las tribus del Norte de America las mujeres tenían participacion en los negocios de Estado, pero se empleaban en esos penosos trabajos anejos al hombre en la Europa civilizada. Esclavas y bestias de carga en los campos y en la caza, eran libres y reinas en las asambleas de la familia y en los consejos de la nacion, siendo preciso remontarse á la época de los galos para hallar algo que se parezca á la condicion social de estas mujeres.

Los Iroqueses ó las cinco naciones (4), llamados en la lengua algonquina los *Agannonsioni*, eran una colonia de los hurones; pero separados de estos en una época ignorada, abandonaron las orillas del lago Huron y se fijaron en la margen meridional del rio Hochelaga (el San Lorenzo), no lejos del lago Champlain. Andando el tiempo, llegaron hasta el lago Ontario y ocuparon el país situado entre el lago Erié y las fuentes del rio Albany.

Los iroqueses son un ejemplo palpable del cambio que pueden obrar en el carácter de los hombres la opresion y la independencia, pues despues de haberse separado de los hurones se entregaron al cultivo de la tierra, constituyendo una nacion agrícola y pacífica, que les valió el nombre de *agannonsioni*.

Sus vecinos los *adirondacs*, que conocemos con el

(1) Aguardiente.

(2) Cortesana.

(3) Aguardiente.

(4) Seis, segun la division de los ingleses.

nombre de *algonquines*, pueblo guerrero y cazador á la vez, cuya dominación se extendía por un inmenso país, despreciaron á los hurones, nacion viajera, cuyas cosechas compraban. Sucedió que los algonquines invitaron á una cacería á algunos jóvenes iroqueses, y estos se distinguieron de tal suerte que celosos los algonquines los destruyeron.

Los iroqueses corrieron á las armas por la primera vez, para vengar á sus compañeros, y aunque sufrieron una derrota, resolvieron perecer todos ó conquistar su libertad. Ungenio guerrero, hasta entonces para ellos desconocido, se desplegó repentinamente, y desafiando á su vez á los algonquines, estos se aliaron con los hurones de cuya raza eran originarios los iroqueses. Precisamente en el momento mas rudo de aquella querrela, fue cuando Jacobo Cartier y en seguida Champlain, abordaron al Canadá, y unidos los algonquines á los extranjeros, los iroqueses tuvieron que luchar con los franceses, los algonquines y los hurones.

No tardaron en llegar los holandeses á Manhatte (Nueva-York), y los iroqueses, que solicitaron la amistad de aquellos nuevos europeos, se procuraron armas de fuego, y al poco tiempo se hicieron tan hábiles en el manejo de ellas como los blancos mismos. No hay ejemplo entre los pueblos civilizados de una guerra tan larga y tan implacable como la que hicieron los iroqueses á los algonquines y á los hurones; esta lucha, que duró mas de tres siglos, concluyó con el exterminio de los algonquines, y los hurones reducidos á una pequeña tribu, tuvieron que acogerse á la protección del cañon de Quebec. La colonia francesa del Canadá, en el momento mismo de sucumbir á los ataques de los iroqueses, debió únicamente su salvación á un cálculo político de estos salvajes extraordinarios (1).

Probable es que los indios del Norte de América fuesen gobernados primeramente por reyes, como los habitantes de Roma y Atenas, y que estas monarquías se cambiaran á poco en repúblicas aristocráticas, hallándose en las principales poblaciones huronas é iroquesas, familias nobles ordinariamente en número de tres. Estas familias eran el tronco de las tres tribus principales, una de las cuales gozaba de una especie de preeminencia, llamándose *hermanos* los miembros de esta primera tribu, cuando los de las otras dos se llamaban *primos*.

Estas tres tribus llevaban el nombre de tribus huronas, y se distinguían con el título de tribu de la Cabra, tribu del Lobo, y tribu de la Tortuga: esta se subdividía en dos ramas, la grande y la pequeña Tortuga.

El gobierno, extremadamente complicado, se componía de tres consejos, á saber: el consejo de los asistentes, el de los ancianos, y el de los guerreros en estado de llevar las armas; es decir, el grueso de la nacion.

Cada familia enviaba un diputado al colegio de los asistentes, y era nombrado por las mujeres, que frecuentemente elegían una de ellas para representarlas. El consejo de los asistentes era el supremo, y en su consecuencia, el primer poder pertenecía á las mujeres de las que los hombres solo eran lugar-tenientes. Esto no obstante, el consejo de los ancianos pronunciaba en definitiva, y ante él se presentaban en apelación las deliberaciones del consejo de los asistentes.

(1) Ya hemos visto que otras tradiciones consideran á los iroqueses como una columna de aquella emigración de los lenníenapos venidos de las costas del Océano Pacifico; y en este caso, esta columna de los iroqueses y de los hurones, habria expulsado á las poblaciones del Norte del Canadá, entre las cuales se hallaban los algonquines, al paso que los indios delaware, inclinandose mas al Sur, descendieran hasta el Atlántico, dispersando los pueblos primitivos establecidos el Este y Oeste de los Alleghany.

Los iroqueses habian imaginado no debían privarse de la asistencia de un sexo, cuyo talento sutil é ingenioso es fecundo en recursos, y sabe obrar sobre el corazón humano; pero habian calculado tambien que las determinaciones de un consejo de mujeres podrían ser apasionadas; y para evitar este inconveniente, determinaron fuesen templadas y como atenuadas aquellos acuerdos por el juicio de los ancianos. Este consejo femenino se hallaba tambien entre los galos.

El segundo consejo, ó sea el de los ancianos, era el moderador entre el consejo de los asistentes y el compuesto de la masa de los guerreros jóvenes.

No todos los miembros de estos tres consejos gozaban del derecho de tomar la palabra, pues ciertos oradores elegidos por cada tribu y que hacían un estudio particular de la política y la elocuencia, discutían en los consejos los asuntos de Estado.

Esta costumbre, que sería un obstáculo á la libertad en los pueblos civilizados de Europa, era una medida de orden para los iroqueses, que no sacrificaban la libertad particular á la general; y tanto era así, que ninguno de los miembros de estos tres consejos se creía comprometido individualmente por la deliberación de los mismos, no habiéndose sin embargo verificado un caso en que un guerrero hubiera rehusado someterse.

La nacion iroquesa se dividía en cinco cantones, independientes unos de otros. Estos cantones podían por lo tanto contratar la paz ó la guerra separadamente; y en semejantes circunstancias los cantones que permanecían neutrales les ofrecían sus buenos servicios.

Los cinco cantones nombraban de tiempo en tiempo diputados, que renovaban la alianza general, y en aquella dieta, celebrada en medio de los bosques, se trataban algunas veces grandes empresas para el honor y seguridad de toda la nacion. Cada diputado pronunciaba un discurso relativo al canton que representaba, y se deliberaba sobre los medios de prosperidad comun.

Los iroqueses eran tan famosos por su política como por sus armas. Colocados entre los ingleses y los franceses, descubrieron bien pronto la rivalidad de estos dos pueblos, y comprendieron que serían buscados por el uno ó por el otro. En esta persuasión se aliaron con los ingleses, no porque los apreciaran, mas que á los franceses, sino porque estos se habian unido, como ya hemos dicho, á los algonquines y hurones. Esto no obstante, los iroqueses no deseaban el completo triunfo de uno de los dos partidos extranjeros; y así fue, que cuando se preparaban á dispersar la colonia francesa del Canadá, una orden del consejo de los saquems detuvo al ejército y le obligó á retroceder, al paso que cuando los franceses vieron el momento oportuno de conquistar la Nueva-Jersey, y echar de ella á los ingleses, los iroqueses hicieron marchar á sus cinco naciones en auxilio de los ingleses, y los salvaron.

El iroqués nada tenía de comun con el huron mas que la lengua: el huron era alegre, de talento, voluble, de un valor brillante y temerario, y de una talla elevada y elegante.

El iroqués, por el contrario, era de vigorosa estatura, pecho ancho, piernas musculares y brazos nervudos. En los grandes ojos redondos del iroqués brillaba la independencia, y su aspecto era el de un héroe, resplandeciendo en su frente las elevadas concepciones del pensamiento y los nobles sentimientos del alma. Aquel hombre intrépido no se admiró de las armas de fuego, cuando las vió usadas contra él la primera vez, y firme al silbido de las balas y al estruendo del cañon, como si estuviera acostumbrado á oírlos toda su vida, no hizo mas aprecio de él que del rumor de la borrasca. Tan pronto como pudo procurarse un mosquete, se sirvió de él mejor que el europeo, y sin abandonar

por eso el rompe-cabezas, el cuchillo, el arco y la flecha, agregó á estas armas la carabina, la pistola, el puñal y el hacha, pareciendo no haber nunca bastantes armas para su valor. Doblemente adornado con los instrumentos mortíferos de la Europa y de la América, con su cabeza adornada de penachos, con sus orejas recortadas, su rostro pintarrajeado de negro y sus brazos tintos en sangre, aquel noble campeón del Nuevo-Mundo, se mostró tan formidable á la vista como en el combate, en el terreno que defendió palmo á palmo contra el extranjero.

La virtud del iroqués se cifraba en la educacion; un jóven jamás se sentaba en presencia de la ancianidad, pues el respeto á la edad era semejante al que Licurgo creó en Lacedemonia. La juventud se acostumbraba á sufrir las mayores privaciones y á arrostrar los mas iminentes peligros; y largos ayunos ordenados por la política en nombre de la Religion, cacerías peligrosas, continuos ejercicios de armas, y varoniles juegos dieron al iroqués un carácter que tenía mucho de indomable. Veíase reunirse con frecuencia á los mancebos, y juntando sus brazos, que sujetaban con ligaduras, ponian sobre ellos un carbon encendido para ver quien resistia mas tiempo el dolor.

Si una jóven cometia una falta y su madre la arrojaba agua al rostro, esta sola reprension bastaba para que la castigada se estrangulase.

El iroqués despreciaba el dolor como la vida, y mas de una vez se vió arrostrar el furor de las llamas de la hoguera á un saquem de cien años y excitar á los enemigos á redoblar su crueldad, desafiándoles á que le hicieran exhalar un suspiro. Esta magnanimidad de la vejez tenia por objeto dar nobles ejemplos á los guerreros jóvenes, y enseñarles á ser dignos de sus padres.

Todo participaba de la grandeza de aquel pueblo, y hasta su lengua, casi toda aspirada, encantaba el oido. Cuando un iroqués hablaba, se hubiera creído escuchar un hombre que expresándose con esfuerzo, pasaba sucesivamente de las entonaciones mas graves á las mas agudas.

Tal era el iroqués, antes que la sombra y la destruccion de la civilizacion europea se hubiesen extendido sobre él.

Aunque he dicho que el derecho civil y criminal son casi desconocidos á los indios, el uso ha suplido en algunos lugares á la ley.

El asesinato, que entre los francos se rescataba mediante una compensacion pecuniaria, relativa al estado de las personas, entre los salvajes no se compensaba sino con la muerte del matador. En la Italia de la edad media, las familias tomaban á su cargo los hechos y causas de cuanto concernia á sus miembros: y de aquí aquellas venganzas hereditarias que dividian la nacion cuando las familias eran poderosas.

En los pueblos del Norte de la América, la familia del homicida no toma á su cargo el defenderle, mientras que los parientes del muerto, creen un deber vengarle. El criminal á quien la ley no amenaza, pero á quien tampoco defiende la naturaleza; no encontrando asilo ni en los bosques donde los aliados del muerto le persiguen, ni en las tribus extrañas que le entregarían, ni en su hogar doméstico, que no le salvaria, se hace tan miserable, que un tribunal vengador seria un bien para él. Allí á lo menos habria una forma, una manera de condenarle ó de satisfacerle, porque si la ley hiere, conserva, como el tiempo que sieembra y siega. El matador indio, decaido á consecuencia de su vida errante, y no hallando familia pública que le castigase, se entrega en manos de una familia particular que le inmola: en defecto de la fuerza armada, el crimen conduce al criminal á los piés del juez y del verdugo.

El asesinato involuntario se expiaba algunas veces con presentes. Entre los abenakis la ley ordenaba se pusiese el cuerpo del hombre asesinado en una especie

de zarzos al aire libre, y que el asesino atado á un poste fuese condenado á tomar su alimento y á pasar muchos dias en aquel pilar de la muerte.

ESTADO ACTUAL DE LOS SALVAJES

DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL.

Si presentase al lector este cuadro de la América salvaje como la imagen fiel de lo que existe hoy, le enganaria; he pintado lo que fue, mas bien que lo que es. Hállanse sin duda aun muchos rasgos del carácter indio en las tribus errantes del Nuevo-Mundo, pero el conjunto de las costumbres, la originalidad de los trajes, la forma primitiva de los gobiernos, el genio americano en fin, ha desaparecido. Despues de haber contado lo pasado, me resta, para completar mi trabajo, trazar lo presente.

Aun despues de cercenado el relato de los primeros navegantes y colonos que reconocieron y desmontaron la Luisiana, la Florida, la Georgia, las dos Carolinas, la Virginia, el Maryland, la Delaware, la Pensilvania, la Nueva-Jersey, la Nueva-York, y todo lo que se llama Nueva-Inglaterra, la Acadia y el Canadá, no se podria evaluar la poblacion salvaje, comprendida entre el Misisipí y el rio San Lorenzo en el momento del descubrimiento de aquellas comarcas, en menos de tres millones de hombres.

Hoy la poblacion india de toda la América Septentrional, no comprendiendo en ella ni los mejicanos, ni los esquimales, apenas se eleva á cuatrocientas mil almas. La rectificacion del censo de los pueblos indígenas de aquella parte del Nuevo-Mundo no se ha hecho todavía, y voy á hacerla. Muchos hombres y muchas tribus no responderán á mi llamada; pero, último historiador de aquellos pueblos, voy á abrir su registro mortuario.

En 1534, á la llegada de Jacobo Cartier al Canadá, y en la época de la fundacion de Quebec por Champlain en 1608, los algonquines, los iroqueses y los hurones con sus tribus aliadas ó dependientes, á saber los etcheminos, los suriqueses, los bersiamitas, los papinacletas, los montañeses, los atikamegas, los nipisingos, los temiscaminos, los amikués, los cristinales, los asiniboles, los puteuatamis, los nokais, los otchagras, y los miamis, armaron cerca de cincuenta mil guerreros, lo que supone una poblacion salvaje de cerca de doscientas cincuenta mil almas. Al decir de Laboutan, cada una de las cinco grandes ciudades iroquesas encerraba catorce mil habitantes. Hoy no se encuentran en el Bajo-Canadá mas que seis aldeas de salvajes convertidos al Cristianismo: los hurones de Corette, los abenakis de San Francisco, los algonquines, los nipisingos, los iroqueses dellago de las Dos-Montañas, y los osuecaguas, débiles restos de muchas razas que no existen, y que han sido recogidos por la Religion, ofrecen la doble prueba de su poder, que tiende á conservar, y del de los hombres, que tiende á destruir.

El resto de las cinco naciones iroquesas está enclavado en las posesiones inglesas y americanas; y el número total de los salvajes que acabo de nombrar asciende á mas de dos mil quinientas ó tres mil almas.

Los abenakis, que en 1587 ocupaban la Acadia (hoy la Nueva-Brunswick y la Nueva-Escocia); los salvajes del Maine, que destruyeron todos los establecimientos de los blancos en 1575, y que continuaron sus devastaciones hasta 1748; las mismas hordas que hicieron sufrir igual suerte á Nueva-Hampshire, los wampanoagas y los nipmucks que presentaron una especie de batallas en buen orden á los ingleses, sitiaron á Hadley y asaltaron á Brokfield, en el Massachusetts; los indios que en los mismos años de 1673 y 1675 combatieron á los europeos; los pe-

quots del Connecticut; los indios que negociaron la cesion de una parte de sus tierras con los Estados de Nueva-York, de Nueva-Jersey, de la Pensilvania y de la Delaware; los piscataways del Maryland; las tribus que obedecian á Powhatan en la Virginia; y los paraustis, en las Carolinas, todos han desaparecido (1).

De las numerosas naciones que encontró Fernando de Soto en las Floridas (comprendiendo bajo este nombre todo el territorio que constituye hoy los Estados de la Georgia, de la Alabama, del Misisipí y del Teneseo), no quedan ya mas que los creeks, los queroqueses y los chicasas (2).

Los creeks, cuyas antiguas costumbres he pintado, escasamente podrian poner en pié de guerra, en este momento, dos mil guerreros; y de los vastos países que les pertenecian no poseen ya mas que unas ocho mil millas cuadradas en el Estado de Georgia, y un territorio próximamente igual en la Alabama. Los queroqueses y los chicasas, reducidos á un puñado de hombres, viven en un ángulo de los Estados de Georgia y de Teneseo, ocupando los últimos las dos riberas del río Hiwaseo.

A pesar de su debilidad, los creeks han combatido valerosamente á los americanos en los años 1813 y 1814, habiéndoles hecho experimentar grandes pérdidas los generales Jackson, Wite, Clayborne y Floyd en Talladega, Hillabes, Autosea, Bacanachaca, y sobre todo en Entonopeka. Estos salvajes hicieron progresos en la civilizacion y especialmente en el arte de la guerra, empleando y dirigiendo muy bien la artillería; y hace algunos años que juzgaron y dieron muerte á uno de sus Micos, por haber vendido tierras á los blancos sin participacion del consejo nacional.

Los americanos, que codician el rico territorio donde viven aun los muscogulgos y siminoles, han querido forzarles á cedérselos por una suma determinada, proponiéndoles transportarlos en seguida al Occidente del Misuri. El Estado de Georgia ha pretendido haber comprado aquel territorio, y aun cuando el congreso americano ha puesto algun obstáculo á aquella pretension, tarde ó temprano los creeks, los queroqueses y los chicasas, estrechados entre la poblacion blanca del Misisipí, del Teneseo, de la Alabama y de la Georgia, se verán obligados á sufrir el destierro ó el exterminio.

Las naciones que vagaban todavía en el valle del Ohio á lo largo de este río y sus afluentes, se sublevaron en 1810 contra los americanos, poniendo á su cabeza un juglar ó profeta que anunciaba la victoria, mientras su hermano, el famoso Thécumseh, combatía: tres mil salvajes se reunieron para recobrar su independencia. El general americano Harrison marchó contra ellos con sus tropas, y los encontró al fin el 6 de noviembre de 1811 en la confluencia del Tipacanoé y del Wabash. Los indios animados por su jefe Thécumseh, que desplegó un habilidad extraordinaria, mostraron el mayor valor; pero apesar de sus esfuerzos quedaron vencidos.

La guerra de 1812 entre americanos é ingleses, renovó las hostilidades en las fronteras del desierto, y los salvajes haciendo casi todos causa comun con los ingleses, vieron á su jefe Thécumseh pasar á su ser-

vicio y ponerse á las órdenes del coronel inglés, Proctor, que dirigia las operaciones. Las bárbaras escenas de los antropófagos se repitieron en Cikago y en los fuertes de Meigs y Milden, habiéndose llegado á devorar el corazon del capitan Wells en un banquete de carne humana. El general Harrison se apresuró á castigar tales desórdenes, y batió á los salvajes en la pelea del Thames, donde pereció Thécumseh y de cuya carnicería se salvó el coronel Proctor, merced á la velocidad de su cabalgadura.

Concluida la paz entre los Estados-Unidos y la Inglaterra en 1814, quedaron determinados definitivamente los límites de ambos imperios, habiendo asegurado su dominio los americanos sobre los salvajes con una linea de puestos militares.

Desde la embocadura del Ohio hasta el salto de San Antonio, en el Misisipí, se hallan situados los saukis en toda la márgen occidental de este último río, elevándose su poblacion á cuatro mil ochocientas almas; las de los *renards* y *winebegs* ascienden á mil seiscientas; cada una; y la de los menomones á mil doscientas. Los illineses son el tronco de estas tribus.

Despues de estos vienen los sioux, de raza mejicana, divididos en seis naciones, de las cuales la primera habita en la parte alta del Misisipí, y la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta ocupan las orillas del río San Pedro, extendiéndose la sexta hácia el Misuri. La poblacion de estas seis naciones siouesas se evalua en cerca de cuarenta y cinco mil almas.

Detrás de los sioux y acercándose al Nuevo-Méjico, se hallan algunos restos de los osagos, de los cansas, de los octotatas, de los mactotatas, de los ajoués y de los panis.

Los assiboinos andan errantes bajo diferentes nombres, desde las fuentes septentrionales del Misuri al gran río Rojo, que se precipita en la bahía de Hudson: su poblacion asciende á veinte y cinco mil almas.

Los cipawaís, de raza algonquina, y enemigos de los sioux, cazan, en número de tres ó cuatro mil guerreros, en los desiertos que separan los grandes lagos del Canadá, del lago Winnipeg.

Estas son las noticias mas positivas que se tienen de la poblacion de los salvajes de la América septentrional; y aun cuando se unan á estas tribus conocidas, las menos frecuentadas que viven en la parte mas allá de las montañas Rocallosas, con dificultad tendrán los cuatrocientos mil individuos mencionados al principio del censo, habiendo viajeros que no dan mas que cien mil almas á la poblacion india del lado aquende de las citadas montañas, y cincuenta mil á la del lado allende de las mismas, incluso los salvajes de la California.

Empujados por las poblaciones europeas hácia el Nor-Oeste de la América Septentrional, las poblaciones salvajes fueron á espirar impulsadas tal vez por un destino singular, en la playa misma en que desembarcaron en siglos desconocidos, para tomar posesion de la América. En la lengua iroquesa los indios se daban el nombre de *hombres de siempre* ONGUE-ONGUE. Estos *hombres de siempre* han pasado, y el extranjero no dejará bien pronto á los legítimos herederos de todo un mundo, mas que la tierra de su sepulcro.

Conocidas son las razones de esta horrible despolucion: el uso de los licores fuertes, los vicios, las enfermedades, y las guerras que hemos multiplicado entre los indios, han precipitado la destruccion de estos pueblos; pero no es enteramente cierto que el estado social, estableciendo sus reales en las selvas, haya sido una causa eficiente de esta destruccion.

El indio no era *salvaje*: la civilizacion europea no ha obrado sobre el *puro estado de naturaleza*, sino que ha obrado sobre la *civilizacion americana que empezaba*; si nada hubiese encontrado, hubiese creado alguna cosa; pero ha hallado costumbres, y las ha

(1) La mayor parte de estos pueblos pertenecian á la gran nacion de Ienilenapos, cuyas ramas principales eran los iroqueses y los hurones, al Norte, y los indios delaware, al Mediodía.

(2) Puede consultarse con éxito para todo lo relativo á la Florida, una obra titulada: *Vista de la Florida occidental, conteniendo su geografia, su topografia, etc., seguida de un apéndice acerca de sus antigüedades, los títulos de concesion de las tierras y de los canales, y acompañada de un mapa de la costa y de los planos de Pensacola y de la entrada del puerto*. Filadelfia, 1817.

destruido, y porque era mas fuerte no ha creído deberse mezclar á estas costumbres.

Preguntar qué se hubiera hecho de los habitantes de la América, si esta region hubiese escapado á las velas de nuestros navegantes, sería sin duda una cuestion inútil, pero altamente curiosa de examinar. ¿Habrian perecido en secreto, como aquellas naciones mas adelantadas en las artes, que, segun todas las probabilidades, florecieron antiguamente en las comarcas que riegan el Ohio, el Muskingum, el Tennessee, el Misisipi inferior y el Tumbec-bee?

Prescindiendo por un momento de los grandes principios del Cristianismo, y dejando aparte los intereses de Europa, un genio filosófico hubiera debido desear que los pueblos del Nuevo-Mundo hubieran tenido tiempo de desarrollarse fuera del círculo de nuestras instituciones.

Estamos reducidos por do quiera á las gastadas formas de una civilizacion ya vieja (no hablo de las poblaciones de Asia, sumidas hace cuatro mil años en un despotismo que las perpetúa en la infancia). Háase hallado entre los salvajes del Canadá, de Nueva-Inglaterra, y de las Floridas los principios de todas las costumbres y de todas las leyes de los griegos, romanos y hebreos: una civilizacion de naturaleza diversa de la nuestra, hubiera podido reproducir los hombres de la antigüedad ó hacer brillar luces desconocidas de un foco ignorado todavía. ¿Quién sabe si hubiéramos visto llegar un día á nuestras costas algun otro Colon americano, que viniese á descubrir el Antiguo-Mundo?

La degradacion de las costumbres indias, ha marchado al par de la despoblacion de las tribus. Las tradiciones religiosas se han hecho cada vez mas confusas: la instruccion, difundida primero por los misioneros del Canadá, ha mezclado ideas extrañas á las ideas nativas de los indígenas, y se descubren hoy á través de mil fábulas groseras, las creencias cristianas desfiguradas. La mayor parte de los salvajes llevan cruces por adorno, y los mercaderes protestantes les venden lo que les daban los misioneros católicos. Digamos para honra de nuestra patria y gloria de nuestra religion, que los indios se habian aficionado extraordinariamente á los franceses, á quienes recuerdan sin cesar, y que un *ropaje negro* (un misionero), es venerado aun en las selvas americanas. Si los ingleses, en sus guerras con los Estados-Unidos, han visto alistarse bajo la bandera británica á casi todos los salvajes, es porque los ingleses del Quebec conservan aun entre ellos, algunos descendientes de los franceses y porque ocupan el país que *Onon-thio* (1) ha gobernado. El salvaje continúa temiendonos en el suelo que hemos hollado, en la tierra en que fuimos sus primeros huéspedes, y donde hemos dejado sepulcros: sirviéndose de ella los nuevos poseedores del Canadá, permanece fiel á la Francia en los enemigos de los franceses.

Hé aquí lo que se lee en un *Viaje* hecho recientemente á las fuentes del Misisipi. La autoridad de este pasaje es tanto mayor, cuanto que el autor, en otra parte de su viaje, se detiene para argumentar contra los jesuitas de nuestros días.

«En realidad los misioneros franceses, en general, se han distinguido siempre en todas partes por una vida ejemplar y conforme con su estado. Su buena fe religiosa, su caridad apostólica, su dulzura insinuante, su paciencia heroica y su ausencia de fanatismo y de rigorismo, determinan en estas comarcas, épocas edificantes en los fastos del Cristianismo; y al paso que los nombres de los Vilde, de los Vodi-lla, etc., serán siempre execrados por los corazones verdaderamente cristianos, el de los Daniel, los Bre-

»beuf, etc., no decaerán nunca de la veneracion que la historia de los descubrimientos y de las misiones les consagró con justo motivo. De ahí esa predileccion que manifiestan los salvajes hácia los franceses; »predileccion que naturalmente hallan en el fondo de »su alma, alimentada por las tradiciones que sus padres han dejado en pró de los primeros apóstoles del »Canadá, entonces la Nueva-Francia (2).»

Esto confirma lo que he escrito ya otras veces acerca de las misiones del Canadá. El carácter brillante del valor francés, nuestro desinterés, nuestra jovialidad, nuestro espíritu aventurero, simpatizan con el genio de los indios; pero es necesario convenir tambien, que la religion católica es mas á propósito para la educacion del salvaje, que la protestante.

Cuando el Cristianismo apareció en medio de un mundo civilizado, y de los espectáculos del paganismo, fue sencillo en su exterior, severo en su moral, metafísico en sus argumentos, porque se trataba de arrancar al error pueblos seducidos por los sentidos ó extraviados por sistemas filosóficos. Cuando el Cristianismo pasó de las delicias de Roma y de las escuelas de Atenas á las selvas de la Germania, se rodeó de pompas y de imágenes á fin de encantar la sencillez del bárbaro. Los gobiernos protestantes de América se han ocupado poco de la civilizacion de los salvajes, y no han pensado mas que en traficar con ellos; ahora bien: el comercio que acrecienta la civilizacion en los pueblos ya civilizados, y en los que la inteligencia ha prevalecido sobre las costumbres, produce la corrupcion en los pueblos cuyas costumbres son superiores á la inteligencia. La Religion es evidentemente la ley primitiva, y los padres Jogues, Lalle-mant y Brebeuf eran legisladores de una especie bien diversa de la de los contratantes ingleses y americanos.

Del mismo modo que se han confundido las nociones religiosas de los salvajes, se han alterado por la irrupcion de los europeos las instituciones políticas de estos pueblos. Los resortes del gobierno indio eran sutiles y delicados; el tiempo no los habia aun consolidado, y la política extranjera los ha roto fácilmente al tocarlos. Aquellos diferentes consejos equilibrando sus autoridades respectivas; aquellos contrapesos formados por los asistentes, los saquems, las matronas y los guerreros jóvenes, todo aquella máquina ha sido desordenada; nuestros presentes, nuestros vicios y nuestras armas, han comprado, corrompido ó muerto los personajes de que se componian aquellos distintos poderes.

Hoy las tribus indias son conducidas simplemente por un gefe; las que se han confederado, se reúnen algunas veces en dietas generales; pero ninguna ley arregla aquellas asambleas, y se separan casi siempre sin haber resuelto nada; tienen en sí mismas el sentimiento de su nulidad y el desaliento que acompaña á la debilidad.

Otra causa ha contribuido á degradar el gobierno de los salvajes, y ha sido el establecimiento de puestos militares americanos é ingleses en medio de los bosques. Allí un comandante se constituye el protector de los indios en el desierto; merced á algunos presentes hace comparecer á las tribus á su presencia; se declara su padre y el enviado de uno de los *tres mundos blancos*, pues los salvajes designan así á los españoles, franceses é ingleses. El comandante enseña á sus *hijos rojos* que va á fijar tales límites, á desmontar tal terreno, etc. y el salvaje acaba por creer que no es él el verdadero poseedor de la tierra de que se dispone sin su consentimiento; se acostumbra á mirarse como de una especie inferior al blanco, y consiente en recibir órdenes, y cazar y combatir por

(1) *La gran montaña*. Nombre salvaje de los gobernadores franceses en el Canadá.

(2) *Viaje de Beltrami*. 1825.

sus señores. ¿Qué necesidad hay de gobierno cuando no queda más que la obediencia?

Natural es que las costumbres y los trajes se hayan perdido con la religión y la política, y que todo haya sido arrebatado á la vez.

Cuando los europeos penetraron en América, los salvajes vivían y se vestían del producto de la caza, y no hacían entre sí ningún negocio. Bien pronto les enseñaron los extranjeros á cambiarlas por armas, licores fuertes, diversos utensilios de menaje, telas groseras y adornos, algunos franceses, llamados *corredores de bosques*, acompañaron al principio á los indios en sus escursiones. Poco á poco se formaron compañías de comerciantes, que establecieron puestos avanzados y factorías en medio de los desiertos. Perseguidos por la avidez europea y la corrupción de los pueblos civilizados hasta el fondo de sus bosques, los indios cambian en aquellos almacenes ricos peleterías por objetos de poco valor, pero que se han hecho para ellos de primera necesidad. No solamente trafican con la caza ya hecha, sino que disponen de la caza futura, como se vende una cosecha al pié de la era.

Estos anticipos acordados por los contratantes, sumen á los indios en un abismo de deudas, y desde entonces tienen todas las calamidades del hombre de nuestras ciudades, y todas las penurias del salvaje. Sus cacerías, cuyos resultados procuran exagerar, se transforman en una fatiga espantosa: llevan consigo á sus mujeres; y estas desgraciadas, empleadas en todos los ejercicios del campo, tiran de los trineos, van á buscar las reses muertas, adoban las pieles y curan las viandas. Véseles llevar á sus tiernos infantes, asidos al pecho y colocados sobre las espaldas, cargadas con pesados fardos. Cuando están en cinta y próximas al parto, para activarle y volver á emprender mas pronto su faena, aplican el vientre á una barra de madera elevada á algunos piés del suelo, y dejando caer sus piernas y cabeza, dan á luz una miserable criatura con todo el rigor de la maldición: *In dolore paries filios!*

Resulta, pues, que habiendo entrado la civilización con el comercio, las tribus indias en lugar de desarrollar su inteligencia se han embrutecido. El indio se ha hecho péfido, interesado, falso y disoluto; y su cabaña es un receptáculo de inmundicias y de basura. Cuando estaba desnudo, se cubría con pieles de bestias y tenía un aspecto arrogante é imponente; hoy los harapos europeos, sin cubrir su desnudez, atestiguan solamente su miseria; es un mendigo á la puerta de una tesorería, no un salvaje en sus selvas.

Por último, se ha formado una especie de pueblo mestizo, hijo del comercio de los aventureros europeos y de las mujeres salvajes. Estos hombres, llamados *bosques quemados*, á causa del color de su piel, son agentes de negocios ó corredores de cambio entre los pueblos á quienes deben su doble origen, y hablando á la vez la lengua de sus padres y de sus madres, son los intérpretes de los traficantes con los indios y de estos con aquellos, participando de los vicios de ambas razas. Estos bastardos de la naturaleza civilizada y de la naturaleza salvaje, se venden tan pronto á los americanos como á los ingleses, para entregarles el monopolio de las peleterías: ellos sostienen las rivalidades de las Compañías inglesas de la bahía de Hudson, del Nor-Oeste y de las compañías americanas; *Fur Colombian American company*, *Missouri's fur company*, y otras; además cazan por cuenta de los traficantes con cazadores asalariados por las compañías.

El espectáculo es entonces enteramente diferente del que presentan las cacerías indias: los hombres van á caballo, y hay furgones que transportan las viandas secas y las pieles: las mujeres y los niños son conducidos en una especie de carritos tirados por perros. Estos, tan útiles en las comarcas septentrionales,

son sin embargo una carga para sus amos, que no pudiendo alimentarlos durante el estío, los ponen á pension fijando el importe sus guardianes, contrayendo así nuevas deudas. Los perros afamados salen algunas veces de su perrera, y cuando no pueden ir á caza van á pesca, viéndoseles abismarse en los ríos y perseguir al pez hasta el fondo del agua.

En Europa no se conoce mas que aquella gran guerra de América que produjo la libertad de un pueblo; pero se ignora que ha corrido la sangre muchas veces por mezquinos intereses de mercaderes de pieles. La Compañía de la bahía de Hudson vendió en 1811 á lord Selkirk un dilatado terreno á la orilla del río Rojo, y en 1812 se hizo el establecimiento. La Compañía del Nor-Oeste ó del Canadá sospechó de ella, y las dos compañías, aliadas á diferentes tribus indias, y secundadas por los *bosques quemados*, vinieron á las manos. Esta pequeña guerra doméstica, que fue horrible, tuvo lugar en los desiertos helados de la bahía de Hudson, y la colonia de lord Selkirk fue destruida en el mes de junio de 1815, precisamente en el momento en que se daba la batalla de Waterloo. En estos dos teatros, tan diferentes por el brillo y la oscuridad, las desgracias de la especie humana eran las mismas. Las dos compañías aniquiladas han conocido que valía mas unirse que desgarrarse, y dirigen hoy de acuerdo sus operaciones por el Oeste hasta Colombia, y por el Norte hasta los ríos que entran en el mar polar.

Reasumiendo: las naciones mas altivas de la América Septentrional solo han conservado de su raza la lengua y el vestido, y aun este se ha alterado bastante. Lo único que han aprendido ha sido á cultivar un poco la tierra, y criar los ganados. El salvaje del Canadá se ha convertido en oscuro pastor de afamado guerrero; pero, pastor extraordinario, conduce sus yeguas con un rompe-cabezas, y sus carneros con flechas. Felipe, sucesor de Alejandro, murió de escribano en Roma; un iroqués canta y baila por algunas monedas en París; desvíese la vista del día siguiente al de la gloria.

Al trazar este cuadro de un mundo salvaje, al hablar incesantemente del Canadá y de la Luisiana, al examinar en los mapas antiguos la extensión de las antiguas colonias francesas en la América, me acoaba una idea penosa y me preguntaba cómo había podido dejar perecer el gobierno de mi país aquellas colonias, que en la actualidad serían para nosotros un manantial inagotable de prosperidad.

De la Acadia y del Canadá á la Luisiana, de la embocadura del S. Lorenzo á la del Misisipi, se extendía el territorio de la Nueva-Francia, lo que formó en su origen la Confederación de los trece primeros Estados Unidos. Los otros once, el distrito de la Colombia, los territorios de Michigan, del Nor-Oeste, del Misuri, del Oregon, y de la Arkansas, nos pertenecían ó nos pertenecerían como pertenecen hoy á los Estados-Unidos, por la cesión de los ingleses y españoles, nuestros primeros herederos en el Canadá y la Luisiana.

Tómese como punto de partida entre los 43° y 44° de latitud Norte, en el Atlántico, al cabo Arena de la Nueva-Escocia, antiguamente la Acadia; y desde este punto tirese una línea que pasando por detrás de los primeros Estados-Unidos, Maine, Vernon, Nueva-York, Pensilvania, Virginia, Carolina y Georgia, vaya por el Teneseo á buscar el Misisipi y Nueva Orleans, y remontándose después á los 29° (latitud de las bocas del Misisipi) suba por el territorio de Arkansas al del Oregon, y atravesando las montañas Rocallosas termine en la punta San-Jorge, en la costa del Océano Pacífico, hacia los 42° de latitud Norte: el inmenso país comprendido en esta línea, el mar Atlántico al Nord-Este, el mar polar al Norte, el Océano Pacífico y las posesiones rusas al Nor-Oeste, y el

golfo Mejicano al Sur, es decir mas de dos tercios de la América Septentrional, reconocieran las leyes de la Francia.

¿Qué habria sucedido si estas colonias hubiesen estado aun en nuestras manos en el momento de la emancipacion de los Estados-Unidos? ¿Se hubiera verificado? ¿nuestra presencia en el suelo americano la habria precipitado ó retardado? ¿La Nueva-Francia misma se hubiese declarado independiente? ¿Porqué no? ¿Qué mal hubiera habido para la madre-patria en ver florecer un inmenso imperio salido de su seno, imperio que extenderia la gloria de nuestro nombre y de nuestra lengua en otro hemisferio?

Poseeríamos en la parte allá de los mares vastas comarcas que podrian ofrecer un asilo al excedente de nuestra poblacion, mercados considerables á nuestro comercio, y un fomento á nuestra marina; al paso que hoy nos vemos obligados á enterrar en nuestras prisiones criminales condenados por los tribunales, por no poseer un pedazo de tierra para trasladar á ella á esos desgraciados. Estamos excluidos del nuevo universo donde empieza el género humano. Las lenguas inglesa y española sirven en Africa, en Asia, en las islas del mar del Sur, y en el continente de ambas Américas, para la interpretacion del pensamiento de muchos millones de hombres; y nosotros, desheredados de la conquista de nuestro valor y de nuestro genio, apenas oímos hablar en algunos pueblos de la Luisiana y del Canadá, sometidos á una dominacion extranjera, la lengua de Racine, de Colbert y de Luis XIV; habiendo quedado solo como un testimonio de los reveses de nuestra fortuna y de las faltas de nuestra política.

Así ha desaparecido la Francia de la América Septentrional, como aquellas tribus indias con las cuales simpatizaba, y de las cuales he descubierto algunos restos. ¿Qué ha acontecido en aquella América del Norte desde la época en que viajaba por ella? Necesario es decirlo: y para consolar á los lectores, voy en la conclusion de esta obra á hacer que fijen sus miradas en un cuadro milagroso, y á que aprendan lo que influye la libertad en la dicha y dignidad del hombre, cuando va acompañada de las ideas religiosas, y es á la vez inteligente y santa.

CONCLUSION.

ESTADOS-UNIDOS.

Si volviese hoy á los Estados-Unidos, no los conoceria, pues allí donde dejé bosques, hallaria campos cultivados, y allí donde me abrí un camino á través de las malezas, viajaria por soberbios caminos. El Misisipi, el Misuri y el Ohio, no corren ya por tristes soledades; grandes navíos de tres puentes los remontan; mas de doscientos barcos de vapor vivifican sus orillas, y en el país de los Natchez se eleva una ciudad encantadora, de cerca de cinco mil habitantes, en el mismo sitio que ocupaba la choza de Celuta. Chactas podria ser hoy diputado en el Congreso, y dirigirse á casa de Atala por dos distintos caminos, uno de los cuales conduce á San Estéban sobre el Tumbee-bee, y el otro á los Natchitochés: un libro de postas le indicaria las once paradas: Washington, Franklin, Homochitt, etc.

La Alabama y el Teneseo están divididos, el primero en treinta y tres condados con veinte y una ciudades, y el segundo en cincuenta y un condados con cuarenta y ocho ciudades. Algunas de estas, tales como Cahawba, capital de la Alabama, conservan su denominacion salvaje, pero están rodeadas de otras de muy diferentes nombres. Los muscogulgos, simi-

noles, queroqueses y chicascas tienen una Atenas, un Maraton, una Cartago, una Menfis, una Esparta, una Florencia, una Hampden y condados de Colombia y de Marengo: la gloria de todos los países ha cedido un nombre á aquellos mismos desiertos en que encontré al padre Aubry y á la oscura Atala.

El Kentucky posee un Versailles, y un condado llamado *Borbon* tiene por capital á Paris. Todos los desterrados, todos los oprimidos que se han retirado á América, han llevado á ella la memoria de su patria:

. Falsi Simoentis ad undam,
Libabat cineri Andromache.

Los Estados-Unidos ofrecen en su seno, bajo la proteccion de la libertad, una imagen y un recuerdo de la mayor parte de los lugares célebres de la antigua y de la moderna Europa, á semejanza de aquel jardin de la campiña de Roma donde Adriano habia hecho repetir los diversos monumentos de su imperio.

Debe observarse que apenas hay un condado que no encierre una ciudad, pueblo ó aldea de Washington; unanimidad tierna del reconocimiento de un pueblo.

El Ohio riega actualmente cuatro estados; el Kentucky, el Ohio propiamente dicho, el Indiana y el Illinés, todos los cuales envian al Congreso treinta diputados y ocho senadores: la Virginia y el Teneseo tocan al Ohio por dos puntos, y cuenta en sus riberas ciento noventa y un condado y doscientas ocho ciudades. Un canal que se abre no lejos de sus cascadas y que estará terminado dentro de tres años, lo hará navegable hasta Pittsburgo por navios de alto bordo.

Treinta y tres caminos reales parten de Washington, como en otro tiempo partian de Roma sus vías famosas, y terminan dividiéndose en otras mil en la circunferencia de los Estados-Unidos. Por este medio se va de Washington á Dover, en la Delaware; de Washington á la Providencia, en el Rhode-Island; de Washington á Robbinstown, en el distrito del Maine, frontera de los Estados Británicos hacia el Norte; de Washington á Concordia; de Washington á Montpelier, en el Connecticut; de Washington á Albany, y de allí á Montreal y á Quebec; de Washington al Havre de Sackets, en el lago Ontario; de Washington á la catarata y al fuerte del Niagara; de Washington por Pittsburg, al distrito de Michillinchinac, en el lago Erié; de Washington, por San Luis en el Misisipi, á Councile-Bluffs del Misuri; de Washington á la Nueva-Orleans y á la embocadura del Misisipi; de Washington á los Natchez; de Washington á Carlestown, á Savannah y á San Agustín, formando el total una circunlacion interior de caminos de veinte y cinco mil setecientas cuarenta y siete millas.

Vése por los puntos en donde se unen estas rutas, que recorren sitios anteriormente salvajes, y hoy cultivados y habitados; y en una gran parte de estas rutas hay montadas postas, conduciendo de un sitio á otro cómodos carruajes públicos á precios módicos. Tómase la diligencia para el Ohio ó para la catarata del Niagara, como en otro tiempo se tomaba un guia ó un intérprete indio.

Los caminos de travesia vienen á empalmar con las vías públicas, y como estos, están igualmente provistos de medios de transporte. Estos son casi siempre dobles, porque encontrándose lagos y rios por todas partes, puede viajarse en barcos de remo, de vela, ó de vapor.

Varias embarcaciones de esta última especie hacen travesías regulares de Boston y de Nueva-York á Nueva-Orleans, hallándose igualmente establecidas en los lagos del Canadá, Ontario, Erié, Michigan y Champlain; lagos donde apenas se veian hace treinta años

algunas piraguas de salvajes, y donde ahora sostienen reñidos combates los navíos de línea.

Los barcos de vapor en los Estados-Unidos sirven no solo para las necesidades del comercio y de los viajeros, sino para la defensa del país; y algunos de ellos, de inmensas dimensiones, colocados á la embocadura de los ríos, armados de cañones y de agua hirviendo, parecen á la vez ciudadelas modernas y fortalezas de la edad media.

A las veinte y cinco mil setecientas cuarenta y siete millas de caminos generales, deben añadirse la extension de cuatrocientos diez y nueve caminos cantonales, y la de cincuenta y ocho mil ciento treinta y siete millas de vías marítimas. Los canales aumentan el número de estas últimas; el canal de Middlesex une el puerto de Boston con el río Merrimack; el canal Champlain pone en comunicacion este lago con los mares canadienses; el famoso canal Erié á de Nueva-York une en la actualidad el lago Erié con el Atlántico; los canales Sautee, Chesapeake y Albemarle son debidos á los Estados de la Virginia y de la Carolina; y como los anchos ríos se aproximan por sus manantiales, á pesar de correr en diversas direcciones, nada es mas fácil que unirlos entre sí. Conócense ya cinco caminos para ir al Océano Pacífico, y de ellos solo uno atraviesa el territorio español.

Una ley de las sesiones del Congreso de 1824 á 1825 ordena el establecimiento de un puesto militar en el Oregon. Los americanos, que tienen un establecimiento en la Colombia, penetraron así hasta el gran Océano entre las Américas inglesa, rusa y española, por una zona de tierra de seis grados de ancho próximamente.

Hay, sin embargo, un límite natural á la colonización. La frontera de los bosques se detiene al Oeste y al Norte del Misuri en inmensas estepas que no ofrecen á la vista un solo árbol, y que parecen resistirse al cultivo aunque la yerba crece en ellas abundantemente. Esta Arabia verde sirve de paso á los colonos que van en caravanas á las montañas Rocallosas y á Nuevo-Méjico, y separa los Estados-Unidos del Atlántico de los Estados-Unidos del mar del Sur, como aquellos desiertos que en el Antiguo-Mundo separan regiones fértiles. Un americano ha propuesto abrir á su costa un gran camino férreo desde San Luis sobre el Misisipi hasta la embocadura de la Colombia, mediante una concesion de diez millas de profundidad, que le seria hecha por el Congreso, á ambos lados del camino: este gigantesca proposicion no ha sido aceptada.

En el año 1789 habia solamente setenta y cinco oficinas de postas en los Estados-Unidos, y ahora existen mas de cinco mil.

Desde 1790 á 1795 estas oficinas se aumentaron de setenta y cinco á cuatrocientas cincuenta y tres; en 1800 ascendieron al número de cuatrocientas tres; en 1805 se elevaban á mil quinientas cincuenta y ocho; en 1810 á dos mil trescientas; en 1815 á tres mil; en 1817 á tres mil cuatrocientas cincuenta y nueve; en 1820 á cuatro mil treinta, y en 1825 á cerca de cinco mil quinientas.

Las cartas y despachos son transportados por malas-correos que hacen cerca de ciento cincuenta millas por dia, y por correos á caballo y á pié.

Una gran línea de malas-postas se extiende desde Anson, en el Estado del Maine, por Washington á Nashville, en el Estado de Teneseo, y recorre una distancia de mil cuatrocientas ochenta y ocho millas. Otra línea une á Highgate, en el Estado de Vermont, á Santa Maria en Georgia, distante mil trescientas sesenta y nueve millas. Desde Washington á Pittsburgh hay montadas paradas de malas-postas, ó sea en una distancia de doscientas veinte y seis millas, y bien pronto se establecerán hasta San Luis del Misisipi por Vincennes, y hasta Nashville por Lexington y

Kentucky. Los albergues son buenos y aseados, y en algunos puntos, excelentes.

Las oficinas para la venta de las tierras públicas están abiertas en los Estados del Ohio y de Indiana, en el territorio del Michigan, del Misuri y de los Arkansas, en los Estados de la Luisiana, del Misisipi y de la Alabama. Se cree que quedan mas de mil ciento cincuenta millones de acres de tierra á propósito para el cultivo, sin contar el terreno ocupado por las grandes selvas, los cuales se evalúan en un mil ciento cincuenta millones de dollars, estimando cada acre uno con otro, en diez dollars, y no caleulando el dollar mas que en tres francos, cálculo extremadamente pequeño bajo todos conceptos.

En los Estados del Norte se hallan veinte y cinco puestos militares, y veinte y dos en los del Mediodia.

En 1790 la poblacion de los Estados-Unidos era de tres millones novecientos veinte y nueve mil trescientos veinte y seis habitantes; en 1800, de cinco millones trescientos cinco mil seiscientos sesenta y seis; en 1810 de siete millones doscientos treinta y nueve mil novecientos tres; en 1820, de nueve millones seiscientos nueve mil ochocientos veinte y siete, debiendo añadir á esta poblacion un millon quinientos treinta y un mil esclavos.

En 1790 el Ohio, el Indiana, el Illinés, la Alabama, el Misisipi y el Misuri no tenian suficiente número de colonos para que se los pudiera incluir en el censo. El Kentucky solo presentaba en 1800 setenta y tres mil seiscientos setenta y siete, y el Teneseo treinta y cinco mil seiscientos noventa y uno. El Ohio, sin habitantes en 1790, contaba cuarenta y cinco mil trescientos sesenta y cinco en 1800; doscientos treinta mil setecientos sesenta en 1810; y quinientos ochenta y un mil cuatrocientos treinta y cuatro en 1820; la Alabama desde 1810 á 1820, subió de diez mil habitantes á ciento veinte y siete mil novecientos uno.

Así la poblacion de los Estados-Unidos ha aumentado de diez en diez años desde 1790 á 1820, en la proporcion de treinta y cinco individuos por ciento. Seis años han pasado ya de los diez que se completarán en 1830, época en la cual se presume que la poblacion de los Estados-Unidos será próximamente de doce millones ciento setenta y cinco mil almas; la parte del Ohio será de ochocientos cincuenta mil habitantes, y la de Kentucky de setecientos cincuenta mil.

Si la poblacion continuase duplicándose cada veinte y cinco años, en 1835 los Estados-Unidos tendrian una poblacion de veinte y cinco millones setecientas cincuenta mil almas; y veinte y cinco años despues, es decir en 1880, esta poblacion se elevaria á mas de cincuenta millones.

El producto de las exportaciones de las producciones indígenas y extranjeras de los Estados-Unidos, ascendió en 1824 á la suma de 64.974,382 dollars, y la renta pública del mismo año á 44.264,000 dollars; el excedente de la recaudacion sobre el gasto, ha sido de 3.334,826 dollars, habiéndose reducido la deuda nacional en el mismo año á 89.204,236 dollars.

El ejército ha llegado algunas veces á cien mil hombres, componiendo la marina once navíos de línea, nueve fragatas y cincuenta navíos de guerra de diferentes portes.

En cuanto á las constituciones de los diversos Estados, es inútil hablar de ellas, bastando saber que todas son libres.

Allí no hay religion dominante, pero cada ciudadano cuida de practicar un culto cristiano, haciendo progresos considerables en los Estados del Oeste la religion católica.

Aun suponiendo, como creo, que el resumen estadístico publicado en los Estados-Unidos haya sido exagerado por el orgullo nacional, la prosperidad que quedará en el conjunto de los hechos, seria aun digna de nuestra admiracion.

Para terminar este cuadro sorprendente es preciso representarse las ciudades como Boston, Nueva-York, Filadelfia, Baltimore, Savannah y Nueva-Orleans, alumbradas por la luna, llenas de caballos y coches, y ofreciendo todos los goces del lujo que introducen en sus puertos millares de embarcaciones: es preciso representarse en la imaginación aquellos lagos del Canadá, en otro tiempo tan solitarios, cubiertos hoy

de fragatas, corbetas, cutters, barcas y barcos de vapor que se cruzan con las piraguas y las canoas de los indios, como los grandes navios y las galeras con los pinques, chalupas y caiques en las aguas del Bósforo. Muchos templos y casas embellecidas con columnas de arquitectura griega, se elevan en medio de aquellos bosques, á la orilla de aquellos rios, antiguo ornamento del desierto. Añádase á esto vastos colegios, observa-



ARRÁNCASE LA CABELLERA AL VENCIDO.

torios contruidos por la ciencia en la mansion de la ignorancia salvaje; todas las religiones, todas las opiniones viviendo en paz, trabajando de comun acuerdo en mejorar la especie humana y desarrollar su inteligencia, y contemplareis el cuadro de los prodigios de la libertad.

El abate Raynal habia propuesto un premio para el que resolviese esta cuestion: «¿Cuál será la influencia del descubrimiento del Nuevo-Mundo en el Antiguo?

Los escritores se perdieron en cálculos relativos á la importación y exportación de los metales, á la despoblación de España, al acrecentamiento del comercio

y á la perfeccion de la marina; pero nadie, á lo menos que yo sepa, buscó la influencia del descubrimiento de la América en Europa, en el establecimiento de las repúblicas americanas. No se veía nunca mas que las vetustas monarquías; poco mas ó menos tales cuales eran; la sociedad estacionaria, el espíritu humano permaneciendo inerte sin avanzar ni retroceder; no se tenía la menor idea de la revolucion que en el espacio de cuarenta años se ha obrado en los espíritus.

El tesoro mas precioso que encerraba la América en su seno era la libertad, y todos los pueblos están llamados á sacar fruto de esta mina inagotable. El descubrimiento de la república representativa en los Estados-Unidos, es uno de los acontecimientos políticos mas grandes que han tenido lugar en el mundo, y ha probado, como he dicho en otra parte, que pueden practicarse dos especies de libertad; la una pertenece á la infancia de los pueblos, hija de las costumbres y de la virtud, y esta fue la de los primeros griegos y romanos, y la de los salvajes de América; la otra, nacida de la vejez de los pueblos, é hija de las luces y de la razón, y esta es la libertad de los Estados-Unidos, que reemplazó la libertad del indio. ¡Tierra feliz, que en el espacio de menos de tres siglos ha pasado de una libertad á otra casi sin esfuerzo, y por una lucha que solo ha durado ocho años!

¿La América conservará su última clase de libertad?

¿Los Estados-Unidos no se dividirán? ¿No se descubren ya los gérmenes de esas divisiones? ¿Un representante de la Virginia no ha sostenido ya la tesis de la antigua libertad griega y romana con su sistema de esclavitud, contra un diputado del Massachusetts, que defendía la causa de la libertad moderna sin esclavos, tal como la ha hecho el Cristianismo?

¿Los Estados-Unidos del Oeste, extendiéndose cada vez mas, y demasiado apartados de los Estados del Atlántico, no acabarán por tener un gobierno propio?

En fin, ¿los americanos son hombres perfectos? ¿no tienen sus vicios peculiares, como los demás hombres? ¿son moralmente superiores á los ingleses, de quienes descienden? ¿Esa emigracion extranjera de todos los paises de Europa, que se introduce incesantemente en su poblacion, no destruirá andando el tiempo, la homogeneidad de su raza? ¿El espíritu mercantil no los dominará? ¿El interés no empieza á ser para ellos el defecto nacional dominante?

Necesario es decir con dolor que el establecimiento de las repúblicas de Méjico, de la Colombia, del Perú, de Chile y de Buenos-Aires, es peligroso para los Estados-Unidos. Cuando aquellos no eran mas que colonias de un reino transatlántico, no era probable la guerra; pero hoy, ¿no se suscitarán rivalidades entre las antiguas repúblicas de la América Septentrional, y las nuevas repúblicas de la América Española? ¿Aquellas no se prohibieron alianzas con las potestades europeas? Si de una y otra parte se corriera á las armas; si el espíritu militar se apoderase de los Estados-Unidos, podría aparecer un gran capitan; la gloria ama las coronas, y los soldados no son mas que brillantes fabricantes de cadenas, y la libertad no está segura de conservar su patrimonio bajo la tutela de la victoria.

Sea lo que quiera lo que acontezca en el porvenir, la libertad no desaparecerá nunca por completo de la América: esta es una de las grandes ventajas de la libertad, hija de las luces, sobre la libertad, hija de las costumbres.

La libertad nacida de estas, parece cuando su principio se altera, y es inherente á la naturaleza de las costumbres deteriorarse con el tiempo.

La libertad nacida de las costumbres, comienza antes que el despotismo en los dias de oscuridad y de pobreza, y se pierde en el despotismo y en los siglos en que dominan el esplendor y el lujo.

La libertad nacida del desarrollo de las luces brilla despues de las edades de opresion y de corrupcion, y marcha al par del principio que la conserva y la renueva; las luces de quees efecto, lejos de debilitarse con el tiempo como las costumbres que producen la primera libertad, las luces, digo, se fortifican por el contrario con el trascurso del tiempo, y por lo tanto no abandonan la libertad que han producido; que siempre unidas á esta libertad, son á su vez la virtud generadora y su inagotable fuente.

Por último, los Estados-Unidos tienen una salvaguardia mas, y es que su poblacion no ocupa mas que la décima octava parte de su territorio. La América habita aun la soledad, y por mucho tiempo mas, sus desiertos serán sus costumbres, y sus luces su libertad.

Otro tanto querría poder decir de las repúblicas españolas de la América. Gozan de independencia, están separadas de la Europa, es verdad; esto es un hecho realizado, un hecho inmenso sin duda en sus resultados; pero del que no emana inmediata y necesariamente la libertad.

REPUBLICAS ESPAÑOLAS.

Cuando la América Inglesa se sublevó contra la Gran-Bretaña, su posicion era muy diferente de la en que se halla la América Española. Las colonias que han formado los Estados-Unidos fueron pobladas en diferentes épocas por ingleses descontentos de su país natal, y que se alejaban de él á fin de gozar de la libertad civil y religiosa. Los que se establecieron principalmente en Nueva-Inglatera, pertenecían á esa secta republicana famosa bajo el segundo de los Estuardos.

El odio á la monarquía se conservó en el clima riguroso del Massachusetts, de Nueva-Hampshire y del Maine. Cuando estalló la revolucion en Boston, puede decirse que no fue una revolucion nueva, sino la de 1649 que reaparecia despues de un aplazamiento de poco mas de un siglo, y que iban á ejecutar los descendientes de los puritanos de Cromwell. Si Cromwell mismo, que se habia embarcado para Nueva-Inglatera, y á quien una orden de Carlos I obligó á desembarcar; si Cromwell hubiera pasado á América, hubiera vivido oscurecido; pero sus hijos hubieran gozado de aquella libertad republicana que buscó en un crimen y que solo le dió un trono.

Los soldados realistas hechos prisioneros en el mismo campo de batalla, vendidos como esclavos por la faccion parlamentaria, y á quienes no reclamó Carlos II, dejaron tambien en la América Septentrional hijos indiferentes á la causa de los reyes.

Como ingleses, los colonos de los Estados-Unidos estaban ya acostumbrados á la discusion pública de los intereses populares, á los derechos de ciudadanía y al lenguaje y forma del gobierno constitucional. Instruidos en las artes, las letras y las ciencias, participaban de todas las luces de su madre-patria, y no solo gozaban de la institucion del jurado, sino que tenían mas, pues en cada uno de sus establecimientos habia Cartas en virtud de las cuales se administraban y gobernaban. Estas Cartas estaban fundadas en principios tan generales, que sirven aun hoy de constituciones particulares á los diferentes Estados-Unidos. Resulta de estos hechos que los Estados-Unidos no cambiaron, por decirlo así, de existencia en el momento de su revolucion: un congreso americano substituyó á un parlamento inglés; un presidente á un rey; la cadena del feudatario fue reemplazada por el lazo del federalismo, y se halló por casualidad un gran hombre que estrechó este lazo.

¿Los herederos de Pizarro y de Hernan Cortés se

parecen á los hijos de los *hermanos* de Penn y á los hijos de los *independientes*? ¿Han sido educados en la escuela de la libertad en la vieja España? ¿Han hallado en su antiguo país las instituciones, las lecciones, los ejemplos y las luces que forman un pueblo en el gobierno constitucional? ¿Tenían Cartas en aquellas colonias sometidas á la autoridad militar, donde la andrajosa miseria se habia sentado sobre minas de oro? ¿No ha llevado la España al Nuevo-Mundo, su religion, sus costumbres, sus trajes, sus ideas, sus principios y hasta sus preocupaciones? Una poblacion católica, sometida á un clero numeroso, rica y poderosa; una poblacion de dos millones novecientos treinta y siete mil blancos, mezclados con cinco millones quinientos diez y ocho mil negros y mulatos libres y esclavos; y siete millones quinientos treinta mil indios; una poblacion dividida en clase noble y plebea; una poblacion diseminada en inmensas selvas, en una variedad infinita de climas, en dos Américas, y á lo largo de las costas de dos Océanos; una poblacion casi sin relaciones nacionales y sin intereses comunes, es tan á propósito para las instituciones democráticas como la poblacion homogénea, sin distincion de rango, y protestante en las tres cuartas partes y media de los diez millones de ciudadanos de los Estados-Unidos? En estos la instruccion es general, al paso que en las repúblicas españolas la casi totalidad de la poblacion no sabe ni aun leer; el cura es el sabio de las aldeas, y estas son tan escasas, que para ir de una ciudad á otra no se tarda menos de tres ó cuatro meses. Ciudades y aldeas han sido devastadas por la guerra; allí no se encuentran caminos ni canales; y los rios inmensos que llevaron un dia la civilizacion á los puntos mas recónditos de aquellas comarcas, no riegan aun mas que desiertos.

De todos aquellos negros, indios y europeos ha salido una poblacion mixta, entorpecida en esa esclavitud templada que las costumbres españolas establecen por do quiera que reinan. En la Colombia existe una raza nacida del africano y del indio, que no tiene otro instinto que vivir y servir. Háse proclamado el principio de la libertad de los esclavos, y todos ellos han querido permanecer con sus amos.

En algunas de estas colonias, olvidadas aun de España, y oprimidas por pequeños déspotas llamados gobernadores, se introdujo una gran corrupcion, pues nada era mas comun que encontrar eclesiásticos rodeados de una familia, cuyo origen no ocultaban. Háse conocido un habitante que especulaba con su comercio con las negras, y que se enriquecia vendiendo los hijos que tenia de aquellas esclavas.

Las formas democráticas eran tan ignoradas; el nombre mismo de república era tan extraño en aquellos países, que sin un volumen de la historia de Rollin no se habria sabido en el Paraguay lo que era un dictador, cónsules y senado. En Guatemala, dos ó tres jóvenes extranjeros han hecho la constitucion. Naciones, cuya educacion política está tan atrasada, inspiran siempre temores á la libertad.

Las clases superiores en Méjico son instruidas y distinguidas; pero como Méjico carece de puertos, la generalidad de la poblacion no se ha puesto en contacto con las luces de Europa.

La Colombia tiene por el contrario, por la excelente disposicion de sus costas, mas comunicacion con el extranjero; y un hombre digno de atencion se ha elevado en su seno. ¿Pero es cierto que un soldado generoso pueda lograr imponer la libertad con tanta facilidad como podria establecer la esclavitud? La fuerza no reemplaza al tiempo, y cuando falta á un pueblo la primera educacion política, esta educacion solo puede adquirirse por los años. Por lo tanto, la libertad se robustecia mal al abrigo de la dictadura, y seria de temer que una dictadura prolongada aficionase á la persona revestida de este poder á ejercer la arbitrarie-

dad perpétuamente. Esto es agitarse en un círculo vicioso. Una guerra civil existe en la república de la América Central.

La república Boliviana y la de Chile han sido atormentadas por revoluciones, y situadas en el Océano Pacífico, parecen excluidas de la parte mas civilizada del mundo (1).

Buenos-Aires tiene los inconvenientes de su latitud, pues nada es mas cierto que la temperatura de tal ó cual region puede ser un obstáculo al movimiento y marcha del gobierno popular. Un país donde las fuerzas físicas del hombre se abaten por el ardor del sol; donde es necesario ocultarse durante el día y estar tendido casi sin movimiento en una estera; un país de esta naturaleza no favorece las deliberaciones de la tribuna. Inútil es sin duda exagerar la influencia de los climas, pues se ha visto alternativamente en un mismo sitio, en las zonas templadas, pueblos libres y pueblos esclavos; pero, bajo el círculo polar y bajo la Línea, hay exigencias de clima incontestables, y que deben producir efectos permanentes. Los negros, en virtud de esta sola necesidad, serán siempre poderosos, sino consiguen hacerse dueños de la América Meridional.

Los Estados-Unidos se sublevaron por la laxitud del yugo y el amor á la independencia, y cuando quebraron sus trabas hallaron en sí las luces suficientes para conducirse. Una civilizacion muy avanzada, una educacion política de antigua fecha y una industria desarrollada, los condujeron á ese grado de prosperidad en que se muestran hoy, sin que se viesen obligados á recurrir al dinero y á la inteligencia del extranjero.

En las repúblicas españolas los hechos son de otra naturaleza.

Aunque miserablemente administrados por la madre-patria, el primer movimiento de aquellas colonias fue mas bien efecto de un impulso extranjero que de un instinto de libertad. La guerra de la revolucion francesa lo produjo. Los ingleses, que desde el reinado de la reina Isabel no cesaron de dirigir sus miradas hácia las Américas Españolas, enviaron en 1804 una expedicion á Buenos-Aires, expedicion que hizo fracasar la bravura de un solo francés, el capitán Liniers.

La cuestion para las colonias españolas era en aquellos momentos, saber si querian la política del gabinete español, aliado entonces á Bonaparte, ó si, mirando aquella alianza como forzada y contra la naturaleza, se apartarian del *gobierno español* para conservarse en el respeto al *rey de España*.

Desde el año 1790, Miranda habia empezado á negociar con la Inglaterra el asunto de la emancipacion; pero volvió á emprenderse en 1797, 1801, 1804 y 1807, época en la cual se preparaba una gran expedicion en Coreck para Tierra-Firme.

Por fin, Miranda pasó en 1809 á las colonias españolas; pero la expedicion no fue afortunada, pues tomando consistencia la insurreccion de Venezuela, Bolívar la extendió.

La cuestion cambió desde entonces para las colonias y para Inglaterra; la España se habia sublevado contra Bonaparte; el régimen constitucional habia comenzado en Cádiz, bajo la direccion de las Cortes, y aquellas ideas de libertad llegaron necesariamente á América por la autoridad de las Cortes mismas.

La Inglaterra por su parte no podia ya atacar ostensiblemente las colonias españolas, puesto que el rey de España, prisionero en Francia, se habia hecho su aliado, y por lo tanto publicó bills en los que prohibia auxiliares los súbditos de S. M. B. á los americanos; pero al mismo tiempo, seis ó siete mil hombres alistados, á

(1) En el momento en que escribo, los papeles públicos de todas opiniones anuncian las turbulencias, divisiones y bancarrotas de estas diversas repúblicas.

pesar de aquellos bills diplomáticos, pasaron á sostener la insurreccion de Colombia.

Restablecido el antiguo gobierno á consecuencia de la restauracion de Fernando, la España cometió grandes faltas; reinstalado el gobierno constitucional por la insurreccion de las tropas de la isla de Leon, no se mostró mas hábil; las Cortes fueron aun menos favorables á la emancipacion de las colonias españolas que lo habia sido el gobierno absoluto. Bolívar, por su actividad y sus victorias, acabó de romper los lazos que desde el principio querian desatarse, y los ingleses que se hallaban en Méjico, en la Colombia, en el Perú y en Chile con lord Cochrane, acabaron por reconocer públicamente lo que era en gran parte efecto de sus maquinaciones secretas.

Véase, pues, que las colonias españolas no han sido como los Estados-Unidos inducidas á la emancipacion por un principio poderoso de libertad; que este principio no ha producido al plantearse ninguna clase de turbulencias, ni aquella vitalidad, aquella fuerza que anuncian la firme voluntad de las naciones. Un impulso exterior, intereses políticos y acontecimientos extraordinariamente complicados: hé aquí lo que se descubre á la primera ojeada. Las colonias se desunieron de la España porque la España estaba invadida, y en seguida se dieron constituciones como las que las Cortes daban á la madre-patria; en fin no proponiéndoles nada razonable, se resistieron á volver á someterse al yugo. No era esto sin embargo todo: el oro y las especulaciones del extranjero tendian tambien á arrebatarles cuanto pudiera quedarles de nativo y nacional en su libertad.

De 1822 á 1826 se hicieron diez empréstitos en Inglaterra para las colonias españolas, ascendiendo á la suma de 20.978,000 libras esterlinas. Estos empréstitos fueron contratados uno con otro á 75 c. Despues se ha descontado, sobre estos empréstitos, dos años de interés al 6 por 100, y además se han retenido por fornitureas 7.000,000 de libras esterlinas, resultando que la Inglaterra ha desembolsado una suma efectiva de 7.000,000 de libras esterlinas, ó 175.000,000 de francos; pero las repúblicas españolas no quedaron gravadas en menos de 20.978,000 libras esterlinas de deuda.

A estos empréstitos, ya excesivos, se unieron una multitud de asociaciones ó de Compañías destinadas á explotar las minas, pescar las perlas, construir canoas, abrir caminos, y desmontar las tierras de aquel nuevo mundo, que parecia descubierto por la primera vez. Estas Compañías se elevaron hasta el número de veinte y nueve, y el capital nominal de las sumas empleadas por ellas, fue de 14.767,500 libras esterlinas. Los accionistas formaban solo casi la cuarta parte de esta suma, es decir 3.000,000 de esterlinas (ó 75 millones de francos) que es forzoso añadir á los 7.000,000 de libras esterlinas (ó 175.000,000 de francos) de los empréstitos, formando un total de 250.000,000 de francos adelantados por Inglaterra á las colonias españolas, y por los cuales pesa una suma nominal de 35.745,500 libras esterlinas, tanto sobre los gobiernos como sobre los particulares.

La Inglaterra tiene vice-cónsules en las bahías pequeñas, cónsules en los puertos de alguna importancia, cónsules generales y ministros plenipotenciarios en la Colombia y en Méjico. Todo el país está cubierto de casas de comercio inglesas, de comisionados ingleses, de agentes de las Compañías inglesas para la explotacion de las minas, de mineralogistas ingleses, de militares ingleses, de fabricantes de fornitureas inglesas, de colonos ingleses á quienes se ha vendido á 3 schellings el acre de tierra que rentaba 12 sueldos y medio al poseedor de la accion. El pabellon inglés flota en todas las costas del Atlántico y el mar del Sur; los barcos suben y bajan por todos los rios navegables cargados con los productos de las de las manufac-

turas inglesas ó con el cambio de aquellos productos, y muchos paquebots provistos por el Almirantazgo parten regularmente todos los meses de la Gran-Bretaña para los diferentes puntos de las colonias españolas.

Numerosas quiebras han sido la consecuencia de aquellas empresas inconsideradas; y el pueblo en muchas partes ha roto las máquinas para la explotacion de las minas; las minas vendidas no se han hallado, y de aquí que se haya procedido á pleitear la propiedad entre los negociantes ibero-americanos y los ingleses, habiéndose tambien suscitado serias discusiones entre los gobiernos, relativamente á los empréstitos.

Resulta de estos hechos que las antiguas colonias de España, en el momento de su emancipacion, se han hecho una especie de colonias inglesas. Los nuevos amos no son queridos, porque no se quiere nunca á los amos, y porque en general el orgullo británico humilla á los mismos que protege; no siendo menos cierto, que esa especie de supremacía extranjera compromete en las repúblicas españolas el entusiasmo del genio nacional.

La independencia de los Estados-Unidos no se combinó con intereses tan diversos: la Inglaterra no habia experimentado como España una invasion y una revolucion política, mientras que sus colonias se separaban de ella. Los Estados-Unidos fueron socorridos militarmente por la Francia, que los trató como aliados, y no se hicieron por una multitud de impréstitos, especulaciones é intrigas, los deudores y el mercado del extranjero.

En fin, la independencia de las colonias españolas no está aun reconocida por la madre-patria, y esta resistencia pasiva del gabinete de Madrid tiene mucha mas fuerza é inconvenientes de lo que se imagina: el derecho es un poder que sirve de contrapeso al hecho, aun cuando los acontecimientos no estén en favor del derecho; y cuán cierta sea esta verdad, lo prueba nuestra restauracion. Si la Inglaterra, sin hacer la guerra á los Estados-Unidos, se hubiera contentado con no reconocer su independencia, los Estados-Unidos serian lo que son hoy á pesar de todo.

Cuanto mas obstáculos han encontrado y encuentran aun las repúblicas españolas en la nueva carrera que han emprendido, tanto mas mérito tendrán en superarlos. Ellas encierran en sus vastos límites todos los elementos necesarios de prosperidad: variedad en el clima y en el suelo; montes para la marina y un doble océano para la navegacion que les abre el camino al comercio del mundo. La naturaleza que ha prodigado todo género de producciones en aquellas repúblicas, es rica dentro y fuera de la tierra, que las produce: los rios fecundan la superficie de aquella tierra, y el oro fertiliza su seno. A la América Española se ofrece un porvenir propicio; pero decirle que puede conseguirlo sin esfuerzo, seria engañarla y adormecerla en una seguridad falaz: los aduladores de los pueblos son tan peligrosos como los aduladores de los reyes. Cuando se cree una utopia, ni se tiene en cuenta el pasado, ni la historia, ni los hechos, ni las costumbres, ni el carácter, ni las preocupaciones, ni las pasiones; y encantados con sus propios ensueños no se precaven contra los acontecimientos, y se vician los mas bellos destinos.

He expuesto con franqueza las dificultades que pueden detener la libertad de las repúblicas españolas; y debo indicar con igual verdad las garantías de su independencia.

La influencia del clima, la falta de caminos y cultivo harian infructuosos desde luego los esfuerzos que se intentasen para conquistar estas repúblicas. Podria ocuparse por un momento el litoral, pero seria imposible avanzar en el interior.

La Colombia no tiene ya en su territorio aquellos españoles propiamente dichos, que tomaron el nombre de *godos*, pues ó han perecido ó han sido expulsados.

En Méjico acaban de tomarse varias medidas contra los naturales de la antigua madre-patria.

Todo el clero en la Colombia es americano, y muchos sacerdotes, infringiendo culpablemente la disciplina de la Iglesia, son padres de familia como los demás ciudadanos, y no llevan ni aun el hábito de su estado. Las costumbres sufren sin duda alteraciones notables con este estado de cosas, resultando tambien de aquí que el clero, á pesar de ser católico, temiendo mantener relaciones íntimas con la corte de Roma, favorece la emancipación. Los frailes por efecto de las turbulencias acaecidas, son mas bien soldados que religiosos. Además, veinte años de revolucion han creado derechos, propiedades y gerarquias que no es fácil destruir, y la nueva generacion nacida en el curso de la revolucion de las colonias, está poseida del ardor de la independencia. La España se lisonjeaba un dia de que el sol no se ponía en sus Estados; confiemos en que la libertad no cesará ya de alumbrar á los hombres.

¿Pero podia establecerse esa libertad en la América Española por un medio mas fácil y seguro del que se ha servido; medio que aplicado en tiempo útil, cuando los acontecimientos no habian aun decidido nada, habia hecho desaparecer una multitud de obstáculos? Así lo creo.

Segun mi modo de pensar, las colonias españolas hubieran ganado mucho constituyéndose en monarquias constitucionales, pues la monarquía representativa es á mi juicio un gobierno muy superior al republicano, porque destruyela las pretensiones individuales al poder ejecutivo, y reúne el orden y la libertad.

Paréceme tambien que la monarquía representativa hubiera sido mas adecuada al genio español, y al estado de las personas y las cosas en un país donde la gran propiedad territorial domina; donde el número de los europeos es pequeño, y el de los negros ó indios considerable; donde la esclavitud es una costumbre pública; donde la religion del Estado es la católica, y donde la instrucción falta totalmente en las clases populares.

Las colonias españolas independientes de la madre-patria, constituidas en grandes monarquias representativas, hubieran terminado su educacion política al abrigo de las borrascas que pueden trastornar aun las nacientes repúblicas. Un pueblo que saliendo repentinamente de la esclavitud, se precipita en la libertad, puede caer en la anarquía; y esta produce casi siempre el despotismo.

Pero si existia un sistema capaz de prevenir estas divisiones, se me dirá sin duda: «Habeis ocupado el poder y os habeis contentado con desear la paz, la dicha y la libertad de la América Española. Os habeis limitado á estériles votos.»

Para contestar, anticiparé algunas ideas de mis *Memorias*, y haré una confesion.

Cuando Fernando fue librado en Cádiz y Luis XVIII escribió al monarca español para inducirle á dar un gobierno libre á sus pueblos, mi mision me pareció terminada, y creí deber poner en manos del rey la cartera de Negocios Extranjeros, suplicando á su magestad se la entregará al virtuoso duque de Montmorency. ¡Qué de disgustos me hubiera evitado! ¡De cuántas divisiones habria tal vez librado á la opinion pública! La amistad y el poder no hubieran dado un triste ejemplo, y hubiese salido del ministerio coronado con el éxito mas feliz y del modo mas brillante, para entregarme al reposo durante el resto de mi vida.

Los intereses de las colonias españolas de las cuales me he conducido á hablar el objeto de esta obra, son los que han producido el último golpe de mi caprichosa fortuna, y puedo decir que me he sacrificado á la esperanza de asegurar el reposo y la independencia de un gran pueblo.

Cuando pensaba en retirarme, ciertas negociaciones importantes habian llevado las cosas muy lejos, y ha-

biendo formado y teniendo los cabos de un plan que me habia forjado y que creia útil á ambos mundos, me lisonjeaba de haber sentado una base donde cabrian la fe y los derechos de las naciones, y el interés de mi patria y de los demás países. No puedo explicar los detalles de este plan, y lo siento bastante.

En diplomacia, un proyecto concebido no es un proyecto ejecutado, pues los gobiernos tienen su rutina y su modo especial de dirigirse, y es necesario paciencia. A los gabinetes extranjeros no se puede dar asaltos, como Mr. el Delfin tomaba ciudades, y la política no marcha tan ligera como la gloria á la cabeza de nuestros soldados. Resistiendo por desgracia á mi primera inspiracion permanecí en el ministerio, con el fin de realizar mi obra. Figurábame que habiéndola preparado, la conoceria mejor que mi sucesor, y además temia no fuese entregada la cartera á Mr. Montmorency, y que otro ministro no adoptase un sistema prescrito para las posesiones españolas. Me dejé seducir por la idea de unir mi nombre á la libertad de la segunda América sin comprometer la suya en las colonias emancipadas, ni exponer el principio monárquico de los Estados europeos.

Asegurado de la benevolencia de los diversos gabinetes del continente, exceptuando uno solo, no desesperé de vencer la resistencia que me oponia en Inglaterra el hombre de Estado que acaba de morir; resistencia que se debia menos á él que al espíritu mercantil mal entendido de su nacion. Quizá conozca el porvenir la correspondencia privada que tuvo lugar acerca de este gran asunto entre mi amigo y yo. Como todo se encadena en los destinos de un hombre, es muy posible que Mr. Canning, asociándose ó proyectos, por otra parte poco diferentes de los suyos, hubiese hallado mas reposo y hubiese evitado las inquietudes políticas que han fatigado sus últimos dias. Los talentos desaparecen con rapidez, y como la Europa se dirige hoy por medianías, es preciso atravesar mi desierto para llegar á las generaciones nuevas.

De cualquier modo que sea, yo pensaba que la administracion de que era miembro me dejaria concluir un edificio que la honraria; tenia el candor de creer que llevándome al exterior los asuntos de mi ministerio hallaria un camino virgen; pero como el astrólogo miraba al cielo y caí en un pozo. La Inglaterra aplaudió á mi caída. Verdad es que teniamos guarnicion en Cádiz bajo la bandera blanca, y que la emancipacion monárquica de las colonias españolas por la generosa influencia del primogénito de los Borbones, hubiera elevado la Francia al mas alto grado de prosperidad y gloria.

Tal ha sido el último sueño de mi edad madura: yo me creia en América y desperté en Europa. Réstame decir cómo he vuelto otra vez de aquella misma América, despues de haber visto desvanecerse igualmente el primer ensueño de mi juventud.

FIN DEL VIAJE.

Vagando de selva en selva me aproximé á los desmontes americanos. Una tarde encontré á la márgen de un arroyuelo una heredad, cuya casa estaba edificada con troncos de árboles; pedí hospitalidad y me fue concedida.

Llegada la noche, la habitacion solo se alumbró por la claridad de la llama del hogar, y yo ocupé un rincón de la chimenea. Mientras mi huésped preparaba la cena, me entretuve en leer á la luz del fuego, bajando bastante la cabeza, un periódico inglés que rodaba por el suelo. Descubrí escritas con letras gordas, estas palabras: *FLIGHT OF THE KING, huida del rey*. Era el relato de la evasion de Luis XVI, y el arresto del infortunado monarca en Varennes.

El periódico contaba también los progresos de la emigración, y la reunión de casi todos los oficiales del ejército bajo la bandera de los príncipes franceses. Yo creí oír la voz del honor, y abandoné mis proyectos.

Vuelto á Filadelfia, me embarqué allí. Una tempestad me arrojó en diez y ocho días á la costa de Francia, donde semi-naufragué en las islas de Guernesey y de Origny. Tomé tierra en el Havre, y en el mes de julio de 1792 emigraba con mi hermano. El ejército de los príncipes estaba ya en campaña, y sin la intercesión de mi desgraciado primo Armando de Chateaubriand, no hubiera sido recibido en él. Creí conveniente decir que llegaba ex-profeso de la catarata del Niagara, pero nada se quería oír, y tuve necesidad de batirme para obtener el honor de llevar una mochila. Mis camaradas, los oficiales del regimiento de Navarra, formaban una compañía en el campo de los príncipes; pero yo entré en una de las compañías bretonas. Puede verse lo que me aconteció, en el nuevo prefacio de mi *Ensayo histórico*.

A consecuencia de esto, lo que me pareció un deber, destruyó los primeros designios que había concebido, y marcó la primera de esas peripecias que han señalado mi carrera. Los Borbones no necesitaban sin duda que un segundón de Bretaña viniese de Ultramar á ofrecerles su oscuro afecto, así como no han echado menos sus servicios cuando salió de su oscuridad: si, continuando mi viaje, hubiese encendido la lámpara de mi huésped con el periódico que cambió mi vida, nadie hubiera echado menos mi ausencia porque nadie sabía que existía. Una breve lucha entre mi conciencia y yo, me llevó al teatro del mundo; yo hubiera podido hacerlo que hubiese querido, puesto que era el único testigo del debate; pero de todos los testigos, mi propia individualidad era ante la que más temía avergonzarme.

¿Porqué las soledades del Erié y del Ontario se

presentan hoy con mas encanto á mi pensamiento, que el brillante espectáculo del Bósforo?

En la época de mi viaje á los Estados-Unidos, estaba en el lleno de mis ilusiones: las turbulencias de la Francia empezaban al mismo tiempo que comenzaba mi vida, y nada se había consolidado ni en mí ni en mi país. Aquellos días me son de grato recuerdo, porque reproducen en mi memoria la inocencia de los sentimientos inspirados por la familia y por los placeres de la juventud.

Quince ó diez y seis años después de mi segundo viaje, la revolución había pasado, y entonces ya no me alimentaba de quimeras; mis recuerdos, hijos de la sociedad, habían perdido su hermosura. Engañado en dos peregrinaciones, no había encontrado el paso del Norte-Oeste; no pude arrebatar la gloria del centro de los bosques donde había ido á buscarla, y la dejé posada en las ruinas de Atenas.

Habiendo salido de Europa para ser viajero en América, volví de América para ser soldado en Europa, y ni una ni otra cosa conseguí: un genio fatal me arrebató el báculo y la espada, y me puso la pluma en la mano. Contemplando el cielo durante la noche en Esparta, recordaba los países que habían visto mi sueño, ora tranquilo, ora tumultuoso; había saludado en los caminos de Alemania, en los zarzales de Inglaterra, en los campos de Italia, en medio de los mares y en las selvas canadienses, las mismas estrellas que veía brillar en la patria de Helena y Menelao. ¿Pero de qué me servía quejarme á los astros, testigos innóviles de mis vagabundos destinos? Llegaré un día en que su mirada no se fatigue mas en perseguirme, y solo se fijará en mi tumba. Ahora, indiferente á mi suerte, no pido á esos astros malignos la hagan variar mediante una influencia mas placida, ni que me concedan lo único que de su vida puede dejar el viajero en los sitios que ha visitado.

FIN DEL VIAJE A AMERICA.

VIAJE A CLERMONT.

(AUVERNIA).

2, 3, 4, 5 y 6 de agosto de 1805.

HEME aquí en la cuna de Pascal, y en la tumba de Masillon. ¡Cuántos recuerdos se despiertan! los antiguos reyes de Auvernia y la invasión de los romanos, César y sus legiones, Vercingetorix, los últimos esfuerzos de la libertad de los galos contra un tirano extranjero, después los visigodos, mas tarde los francos, luego los obispos, los condes y los Delfines de Auvernia, etc.

Gergovia, *oppidum Gergovia*, no es Clermont, pues la verdadera Gergovia estaba en la colina de Gergoye que se descubría al Sud-Este. Aquí se halla *Mont-Rognon*, *Mons Rugosus*, de que se apoderó César para cortar los viveres á los galos encerrados en la Gergovia, ignorando hasta ahora qué Delfin edificó sobre el *Mons Rugosus* un castillo cuyas ruinas subsisten.

Clermont es la antigua *Nemossus*, suponiendo no haya error en Estrabon, se llamaba tambien *Nemetum*, *Augusto-Nemetum*, *Arverni urbs*, *civitas Arvernay oppidum Arvernum*, segun testimonio de Plinio, Tolomeo, el mapa de Pentinger, etc.

Pero ¿de dónde viene este nombre de *Clermont*, y cuándo lo ha tomado? Loup de Ferrières y Guillermo de Tiro dicen que en el siglo IX; pero hay otro parecer que resuelve mejor la cuestion. El Anónimo, autor de las hazañas de Pipin, ó Pepin, segun nuestra pronunciaci6n, dice: *Maximam parten Aquitanice vastans, usque urbem Arvernam, cum omni exercitu veniens (Pipinus) CLARE MONTEM castrum captum, atque succensum bellando cepit*.

Este pasaje es curioso porque distingue la ciudad *urben Arvenam*, del castillo *Clare Montem castrum*. Por lo tanto, la ciudad romana estaba á la falda de la montaña, defendida por un castillo, edificado en su cima: este castillo se llamaba *Clermont*. Los habitantes de la ciudad baja ó de la villa romana, *Arverni urbs*, cansados de verse continuamente acometidos por sus contrarios pues vivian en una ciudad abierta, se retiraron poco á poco hácia las cercanías del castillo poniéndose bajo su proteccion; y á mediados del siglo VIII se elevó una nueva ciudad llamada Clermont en la parte donde está hoy, es decir, un siglo antes de la época fijada por Guillermo de Tiro.

¿Será cierto que los antiguos arvernos y auvernios de hoy, invadieron la Italia antes de la llegada del piadoso Eneas, ó que, segun Lucano asegura, los arvernos descendian de los troyanos? En este caso no se hubieran inquietado por las imprecaciones de Dido puesto que se habian hecho aliados de Anibal y protegidos de Cartago. Segun los druidas, si es que podemos saber hoy lo que decian los druidas, Pluton fue padre de los arvernos; pero ¿esta fábula no habrá podido tener ori-

gen de los antiguos y tradicionales volcanes de la Auvernia?

¿Deberá creerse lo que dicen Ateneo y Estrabon de los espléndidos banquetes con que el rey Luerio obsequiaba á sus súbditos los arvernos, y de los paseos que daba en su elevado carro, desde el cual arrojaba á la multitud sacos de oro y plata? Empero, á pesar de este dicho los reyes galos (*Cæsar Comm.*) vivian en una especie de chozas de madera y tierra, como nuestros montañeses de Auvernia.

¿Deberá creerse que los arvernos habian disciplinado perros que maniobraban como tropas ligeras, y que Bituito tenia un número tan crecido de ellos, que podia alimentarse un ejército romano?

¿Deberá creerse que este mismo rey atacó con doscientos mil combatientes al c6nsul Fabio, que solo contaba treinta mil hombres? Esto no obstante, los treinta mil romanos mataron ó ahogaron en el Ródano á ciento cincuenta mil auverneses, ni mas ni menos. Contemos.

Cincuenta mil ahogados, es demasiado.

Cien mil muertos.

Ahora bien: no habiendo mas que treinta mil romanos, cada legionario debió matar tres auverneses, lo que da un total de noventa mil auverneses.

Quedan por dividir diez mil muertos entre los mas valientes ó las máquinas del ejército de Fabio.

Suponiendo que los auverneses no hiciesen una vigorosa defensa; que sus perros regimentados no hubiesen hecho mejor resistencia; que no se hubiera malogrado una sola estocada, picazo, flechazo ó pedrada, y que uno solo de estos golpes hubiese bastado para matar á un hombre; que los auverneses no hubiesen huido ni podido escapar; que los romanos no perdiesen un soldado; y en fin, que hubieran bastado *materialmente* algunas horas para matar con la *clava* cien mil hombres, el gigante Robastro seria un mirmidon al lado de estos portentos. En la época en que se verificó la victoria de Fabio, las legiones no llevaban consigo mas que diez máquinas de primera clase y cincuenta inferiores.

¿Podrá creerse que el reino de Auvernia, convertido en república, armó en tiempo de Vercingetorix cuatrocientos mil soldados contra César?

¿Podrá creerse igualmente que *Nemetum* fuese una ciudad inmensa, cuyo recinto contaba treinta puertas?

En puntos de historia me inclino á creer con mi compatriota el padre Hardouin, que la historia antigua

ha sido refundida por los monges del siglo xiii á imitación de las *Odas* de Horacio, las *Geórgicas* de Virgilio y las obras de Plinio y Ciceron. Este buen padre se mofaba de los que pretendían que el sol estaba lejos de la tierra: he aquí un hombre razonable.

La ciudad de los Auverneses, convertida en ciudad romana bajo el nombre de *Augusto-Nemetum*, tuvo un capitolio, un anfiteatro, un templo de Waso-Galatas, y un coloso casi igual al de Rodas, y Plinio nos habla de sus canteras y escultores. Tuvo también una célebre escuela de donde salió el retórico Fronton, maestro de Marco-Aurelio. *Augusto-Nemetum*, que se regía por el derecho romano, obedecía á un senado: sus ciudadanos, que lo eran romanos, podían ocupar los principales cargos del Estado; esto recordaba la política de Roma-republicana, que concedía el poder á los esclavos.

Las colinas que rodean á Clermont estaban cubiertas de bosques, distinguiéndose por los templos que en ellos descollaban: en Champturgues estaba el templo de Baco; en Montjuset el de Júpiter, servido por mujeres-hadas (*fatuae, fatidice*); en Puy de Montaudon el de Mercurio ó Teutatés (Montandon, *Mons Teutates*), etc.

Nemetum, como toda la Auvernia, cayó bajo el dominio de los visigodos por cesion del emperador Nepos; pero habiendo sido vencido Alarico en la batalla de Vouillé, la Auvernia pasó á poder de los francos. Vinieron después los tiempos feudales, y con ellos el gobierno frecuentemente independiente de los obispos, condes y Delfines.

El primer apóstol de Auvernia fue San Austremino, y desde este primer obispo de aquel país hasta Masillon, la *Gallia christiana* cuenta noventa y seis obispos, de los cuales treinta y uno ó treinta y dos han sido santos, habiendo sido uno papa bajo el nombre de Inocencio VI. El gobierno episcopal nada notable ha producido: hablaré de Caulin.

Chilping decía á Thierry que quería destruir á Clermont: «Los muros de aquella ciudad son fuertísimos, pues están defendidos por baluartes inexpugnables; y en fin, para que V. M. me entienda mejor, esos baluartes son los santos y las iglesias que rodean sus murallas.»

El papa Urbano II predicó en el concilio de Clermont la primera cruzada, y al escucharle, el auditorio exclamó: «¡*Dieu ex volt!*» Aymar, obispo del Puy, partió con los cruzados, y el Taso le presenta asesinado por Clorinda.

..... Fu del sangue sacro
Su l'arme femminili, ampio lavacro.

Los condes que reinaron en Auvernia ó fueron los primeros señores feudales de ella, produjeron hombres bastante singulares; y hacía la mitad del siglo x, Guillermo, séptimo conde de Auvernia, que descendía de los Delfines vieneses por la línea materna, tomó el título de Delfín y le extendió á sus tierras.

El hijo de este, llamado *Roberto*, nombre de aventuras y romances, favoreció los amores de un caballero pobre. Este segundo Delfín tenía una hermana, desposada con Bertran I, señor de Mercœur; un trovador llamado Perols, se enamoró de esta noble dama, y habiendo confesado su pasión á Roberto, este pareció no haber recibido del todo mal la confidencia: esta es la historia del Taso desfigurada. Roberto también era poeta, y trocaba *sirventes* con Ricardo Corazon de Leon.

El nieto de Roberto, comendador de los Templarios de Aquitania, fue quemado vivo en París, expiando con valor en medio de los tormentos su primer momento de debilidad. No halló en Felipe el Hermoso la tolerancia que había hallado un trovador; pero Felipe que quemaba á los Templarios, robaba y abofeteaba á los papas.

Una multitud de recuerdos históricos se unen á diferentes sitios de la Auvernia. La ciudad de la Torre recuerda un nombre siempre glorioso para Francia: la Torre de Auvernia.

Margarita de Valois, seduciendo al marqués de Canillac, que la custodiaba en el castillo de Usson, se consolaba placenteramente de la pérdida de sus grandezas y de las desgracias de su reino, aparentando al mismo tiempo estimar á la mujer de su alcaide: «Lo mejor del caso fue, dice d' Auvergné, que apenas volvió la espalda su marido (Canillac) para ir á París, Margarita la despojó de sus mejores alhajas, y echándola fuera con insolencia con todas sus guardias, se hizo señora de la plaza. El marqués se halló burlado y sirvió de hazme-reír al rey de Navarra.»

Margarita quería mucho á sus amantes mientras vivían; pero cuando dejaban de existir los lloraba, hacia versos á su memoria, y prometía serles siempre fiel: *Mentem Venus ipsa dedit*:

Atys, de qui la perte attriste mes années;
Atys, digne des vœux de tant d'âmes bien nées,
Que j'avais élevé pour montrer aux humains
Une œuvre de mes mains.

Si je cesse d'aimer, qu'on cesse de prétendre:
je ne veux désormais être pris, ni prendre.

Y aquella misma tarde Margarita era tomada, y desmentía su amor y su inspiración.

Margarita había amado á La Mole, decapitado con Coconas, y en el trascurso de la noche hizo que robaran la cabeza del joven, la perfumó, la enterró con sus propias manos, y contó, suspirando, sus pesares al bello *Jacinto*. «El pobre diablo, Aubiac, marchando á la horca, en vez de acordarse de su alma y de su salud, besaba un manguito de terciopelo azul, único resto de los beneficios de su amada.» Cuando Aubiac vió á Margarita por la primera vez, dijo: «Quería pasar una noche á su lado aunque fuera ahorcado poco después.» Martigues llevaba á los combates y á los asaltos un perrito que le había dado Margarita.

D' Aubigné pretende que Margarita había mandado hacer en Usson las camisas de las damas extremadamente altas, con el objeto de que no se desollasen las espaldas, como á ella solía suceder, metiéndose por debajo en cuatro pies para buscar á Pominy, hijo de un calderero de Auvernia, y que de monaguillo pasó á ser secretario de Margarita.

El mismo historiador la prostituye á la edad de once años á d' Antragues y á Charin y la entrega á sus hermanos Francisco de Alenzon y Enrique III; pero no debe darse asenso completo á las sátiras de d' Aubigné, hugonote mal intencionado, ambicioso, descontento y hombre de ingenio cáustico y mordaz; y con tanto mas motivo debe desconfiarse de sus palabras, cuanto que Pibrac y Brantôme nada de esto dicen.

Si Margarita no amó á Enrique IV por parecerle asqueroso, no despreció los obsequios de Champvallon á quien recibía «en un lecho alumbrado por hachones, y adornado con colgaduras de tafetan negro.» «Había escuchado las galanterías de Mayenne, hombre

»corpulento y voluptuoso como ella; al hombre tan »hondamente resentido con el vizconde de Turena; al »viejo rufian de Pibrac cuyas cartas enseñaba para reir- »se con Enrique IV; á aquel criaduelo de Provenza, »Dato, á quien ennobleció en Usson con solo seis varas »de tela, y á *pico-amarillo* de Bajamont,» el último de la larga lista de favoritos que habia empezado con Antragues y habia, continuado con los ya mencionados, el duque de Guisa, San Lucas y Bussy.

Segun el padre Lacoste, la sola *vista del hermoso brazo de Margarita* bastó para triunfar de Canillac.

Para terminar este *notable comentario, que me se ha escapado en un flujo de coqueteria*, como dice Monsieur Montagne, diré que si las dos líneas reales de Orleans y de Valois carecian de moralidad, en cambio tenian genio: ambas amaban las letras y las artes, y la sangre francesa y la italiana se confundieron en ellas con Valentina de Milan y Catalina de Médicis. Francisco I era poeta, como lo atestiguan sus encantadores versos sobre Ana Sorel; su hermana *la reina de Navarra* narraba á la manera de Boccacio; Carlos IX rivalizaba con Ronsard; los cantos de Margarita de Valois, tolerante y humana á pesar de sus debilidades (salvó muchas víctimas en Saint-Barthelemy), eran repetidos por la corte entera, y sus *Memorias* están llenas de dignidad, gracia ó interés.

El siglo de las artes en Francia es el de Francisco I y va descendiendo hasta Luis XIII, pero de ningun modo el siglo de Luis XIV, pues el pequeño palacio de las Tullerías, el antiguo Louvre, una parte de Fontainebleau y de Aynet y el palacio del Luxemburgo son ó eran muy superiores á los monumentos del gran rey.

Era un personaje muy distinto de Margarita de Valois, el canceller Hospital, nacido en Aigueperse á quince ó diez y seis leguas de Usson. «Aquel era otro censor Caton, dice Brantôme, que sabia corregir »y censurar perfectamente el mundo corrompido. Al »menos tenia toda la apariencia de tal con su gran »barba blanca, su rostro pálido y continente grave, de »tal suerte que al verle se hubiese dicho era un verda- »dero retrato de San Gerónimo.

»La severidad de este gran juez y severo magistra- »do no se burlaba fácilmente; pero esto no obstante era »transigente con la razon.... Las bellas-letras le dis- »traian mucho del rigor de la justicia, y era un orador »sumamente elocuente, gran historiador y sobre todo »muy buen poeta latino, como lo muestran muchas de »sus obras.»

El canceller Hospital, poco querido de la corte y por lo tanto desgraciado, se retiró á gozar de su pobreza en una casita de campo cerca de Etampes. Acusado de ideas moderadas en religion y política, sus enemigos enviaron asesinos que acabaran con su existencia en el mismo momento en que tenia lugar la horrible matanza de Saint-Barthelemy: sus criados quisieron como era natural, cerrar las puertas de su casa: «No, no, les dijo, sino es bastante á darles entrada la puerta pequeña, abrid la principal.»

La viuda del duque de Guisa, que debió su salvacion á las súplicas de la duquesa de Saboya, salvó á la hija del canceller ocultándola en su casa; y el testamento de aquella victima, traducido del latin al francés por Brantôme es sumamente curioso, así por sus disposiciones como por los detalles que encierra.

«Los que me han perseguido, dice Hospital, to- »maron un pretexto de religion cuando ellos eran im- »pios é irreligiosos; pero os puedo asegurar [que

»nada habia que les irritase mas que el pensar que mien- »tras yo estuviera en posesion de mi cargo no les se- »ria permitido infringir los edictos del rey, ni saquear »su propiedad y la de sus súbditos.»

«Por lo demás, hace cerca de cinco años que hago »aquí la vida de Laertes..., y no quiero traer á mi me- »moria lo que he sufrido en este alejamiento de la cór- »te.»

Las paredes de su casa se destruian, y le era penoso sostener á sus viejos criados y á su numerosa familia, y se consolaba como Ciceron con las Musas: deseaba ver á los pueblos restablecidos en su libertad, y murió cuando los cadáveres de las víctimas del fanatismo no habian sido aun roídos por los gusanos ó devorados por los peces y los buitres.

Desearia colocar á Châteauneuf de Randon en Auvernia ¡está tan cerca! Allí fue donde Du Guesclin recibió las llaves de la fortaleza sobre su ataud: mofa de los dos manuscritos que han hecho capitular la plaza algunas horas antes de la muerte del Condestable. »En la historia de ese breton se hallará un alma fuerte, nutrida en el hierro, formada con la victoria y »contra la cual se estrelló por mucho tiempo el furor de »Marte: en la Bretaña hizo su prueba de armas: la In- »glaterra le sirvió de palestra, y en Castilla completó »su carrera: allí las acciones no eran mas que los he- »raldos de su gloria; los disfavores; teatros elevados á »su constancia; y el féretro, el pedestal de un trofeo »inmortal.»

La Auvernia ha sufrido el yugo de los visigodos y de los francos, pero solo ha sido colonizada por los romanos; de suerte que si hay galos en Francia deben buscarse en Auvernia, *montes Celtorum*. Todos sus monumentos son célticos, y sus antiguas casas descenden ó de familias romanas consagradas al episcopado, ó de familias indígenas.

El feudalismo echó no obstante hondas raíces en Auvernia; y tanto fue así, que todas sus montañas se vieron erizadas de castillos, en los cuales se establecieron señores que ejercieron aquellas pequeñas tiranías, aquellos derechos singulares, hijos de la arbitrariedad, de la grosería de las costumbres y del tedio. En Langeac, el día de la fiesta de San Galo un señor de castillo, tiraba un millar de huevos á la cabeza de los paisanos, así como en Breña se llevaba á casa de otro señor un buey agarrotado en un gran carro tirado por seis bueyes.

Un señor de Tournemine, citado en su castillo de Auvernia por un ujfer llamado *Lobo*, le hizo cortar la mano diciendo que jamás se habia presentado un lobo en su castillo sin que hubiera dejado su pata clavada en la puerta. Así aconteció que en los *grandes días* celebrados en Clermont en 1665, aquellas insignificantes travesuras produjeron doce mil quejas criminales. Casi toda la nobleza tuvo que huir, no habiéndose olvidado aun el hombre de los *doce apóstoles*. El cardenal Richelieu hizo arrasar una parte de los castillos de Auvernia, y Luis XIV consumó la destruccion. De todos aquellos torreones arruinados, uno de los mas célebres fue el de Murat ó de Armagnac, y en él fue aprisionado el desgraciado Jacobo, duque de Nemours, amigo en otro tiempo de aquel Juan V, conde de Armagnac, que se desposó públicamente con su propia hermana. En vano el duque de Nemours dirigió una humildísima carta á Luis XI *escrita en la prision de la Bastilla* y firmada por el *pobre Jacobo*, pues fue decapitado en la plaza pública de Paris, y sus tres tiernos hijos colocados bajo el cadalso, se cubrieron de la sangre de su padre.

Carlos de Valois, duque de Angulema, hijo natural de Carlos IX y de Maria Touchet y hermano uterino de la marquesa de Verneuil, fue investido con el título y estados del condado de Clermont y Auvernia, y entró en los complotos de Biron cuya muerte se ha echado en cara justamente á Enrique IV. A la muerte de Enrique III, Enrique IV dijo á Armando de Gontaut, baron de Biron: *Ahora es preciso que pongais la mano derecha en mi corona; venid á servirme de padre y de amigo contra los que no quieren ni á vos ni á mí.* Enrique debiera haber conservado en la memoria sus palabras; hubiera debido recordar que Carlos de Gontaut, hijo de Armando, habia sido su compañero de armas; hubiera debido acordarse que la cabeza del que habia puesto *la mano derecha en su corona* habia sido arrebatada por una bala de cañon; no era pues justo unir en el Bearnés la cabeza del hijo á la del padre.

El conde de Auvernia fue arrestado en Clermont por nuevas intrigas, y aunque su amada la dama de Châteaugay amenazó matar con la pistola ó la espada á Eure y á Murat que se habian apoderado del conde, nadie murió. El conde de Auvernia fue llevado á la Bastilla de donde salió en tiempo de Luis XIII y vivió hasta 1650: era la última gota de sangre de los Valois.

El duque de Angulema era valiente, ligero ó ilustrado como todos los Valois. Sus memorias contienen una patética narracion de la muerte de Enrique III, y una noticia circunstanciada del combate de Arques al que se halló presente el duque de Angulema á la edad de diez y seis años. Cayendo sobre Sagonne, conspirador decidido, que le decia: «¡Látigo! látigo!» le atravesó el muslo de un pistoletazo y obtuvo las primicias de la victoria.

La Auvernia estuvo casi siempre sublevada en todo el tiempo de la segunda raza: dependa de la Aquitania, y la carta de Aalon probó que los primeros duques de este país descendian en línea recta de la raza de Clovis, y por lo tanto combatian á los Carlovings como usurpadores del trono. En tiempo de la tercera raza, cuando la Guyena, feudo de la corona de Francia, pasó por alianza y herencia á la corona de Inglaterra, la Auvernia fue en parte francesa, y se vió aislada por las numerosas compañías, los desolladores, etc. Cantábanse por todas partes lamentaciones latinas sobre las desgracias de Francia:

Plange regni respublica
Tua gens ut schismatica
Desolatur, etc.

Durante las guerras de la Liga, la Auvernia tuvo mucho que sufrir, habiendo sido famosos los sitios de Issoire: el capitán Merle, partidario protestante, hizo degollar vivos tres religiosos de la abadía de este nombre. No habia, pues, razon para gritar tanto contra las violencias de los católicos.

Háse citado mucho y con razon, la respuesta del gobernador de Bayona á Carlos IX que le mandaba destrozar á los protestantes; pero Montmorin, que mandaba en Auvernia en la misma época, manifestó igual generosidad. La noble familia que habia mostrado tan verdadera adhesión á su príncipe, no la ha desmentido aun en nuestros días, pues ha derramado su sangre por un monarca tan virtuoso, como Carlos IX fue criminal.

Voltaire nos ha conservado la carta de Montmorin.

«SEÑOR:

«He recibido una orden, sellada por V. M. para que dé muerte á todos los protestantes que se hallan en

»mi provincia. Respeto demasiado á V. M. para no »creer que estas cartas son supuestas; y si, lo que á »Dios no plazca, la orden emana verdaderamente de »V. M., la respeto tambien demasiado para obedecerla.»

Sildonio Apolinario y Gregorio de Tours, los dos historiadores mas antiguos de Francia, son naturales de Clermont. Sidonio, natural de Lion y obispo de Clermont, no es solamente un poeta: es un escritor que nos enseña cómo los reyes francos celebraban sus bodas en un furgon, cómo se vestian y cual era su lenguaje. Gregorio de Tours nos dice, sin contar lo demás, lo que pasaba en su tiempo en Clermont, y narra con una ingenuidad de detalles que hace estremecer, la espantosa historia del sacerdote Anastasio, encerrado por el obispo Caulin en un sepulcro con el cadáver de un viejo. La anécdota de los dos amantes es tambien muy célebre: las dos tumbas de Injurioso y Escolástica se acercaban demostrando la union de los castos esposos que no temian ya faltar á su juramento. Una cosa semejante se ha dicho después, de Abelardo y Eloisa, pero este hecho no merece la misma confianza. Gregorio de Tours, sencillo en sus pensamientos, y bárbaro en su lenguaje, no deja de ser florido y retórico en su estilo.

La Auvernia ha visto nacer al canceller Hospital, á Domat, Pascal, al cardenal de Polignac, al abate Gerard, y al padre Sirmond; y en nuestros días á La Fayette, Desaix, Estanig, Chamfort, Thomas, el abate Delille, Chabrol, Dulaure, Montlosier y Barante. Me olvidaba contar entre estos á aquel Lizet, firme en la prosperidad, cobarde en la desgracia, que hacia quemar á los protestantes, pedia la muerte para el condestable de Borbon y carecia de valor para perder un puesto.

Ahora, ya que mi memoria no me recuerda nada esencial de la historia de Auvernia, voy á hablar de la catedral de Clermont, del Limagne y del Puy de Dôme.

La catedral de Clermont es un monumento gótico, que como los demás, no se ha concluido aun. Hugo de Tours comenzó su fábrica al partir para la Tierra Santa segun un plano levantado por Juan de Campis. La mayor parte de estos grandes monumentos se hacian solo á fuerza de siglos, por las inmensas sumas que costaban. La cristiandad entera pagaba estas sumas con los productos de la colecta y la limosna.

La bóveda ojiva de la catedral de Clermont, sostenida por pilares tan sumamente delgados que espantan á la vista, parece que van á dejar desplomarse la bóveda sobre la cabeza del observador. La iglesia, sombría y religiosa, está bastante bien adornada para la pobreza actual del culto. En ella se veia en otro tiempo el cuadro de la *Conversion de San Pablo*, uno de los mejores de Lebrun, que se ha raspado con la hoja de un sable: *Turba ruit!* El sepulcro de Massillon estaba tambien en esta iglesia; pero se ha hecho desaparecer en un tiempo en que nada estaba en su sitio, ni aun la muerte.

Largo tiempo hace que el Limagne es célebre por su hermosura. Se cita siempre al rey Childebarto, á quien Gregorio de Tours hace decir: «Quisiera ver algún día el Limagne de Auvernia, cuyo país se dice »es sumamente agradable.» Salviano llama al Limagne la *médula de las Galias*. Sidonio, pintando el Limagne de otros días, parece retratar el de hoy: *Taceo territorii peculiarem jucunditatem, viatoribus molle, fructuosum iratoribus, venatoribus voluptuosum; quod montium cingunt dorsa pascuis, latera*

vinetis, terrena villis, saxosa castellis, opaca lustris, aperta culturis, concava fontibus, abrupta fluminibus; quod denique hujus, modi est, ut semel visum advenis, multis PATRIÆ TRIVITNEM SÆPE PERSUADEAT.

Creese que el Limagne ha sido un gran lago, y que su nombre viene del griego *λίμνη*: Gregorio de Tours escribió alternativamente *Limane* y *Limania*. Sea lo que quiera, Sidonio, jugando con la palabra, decía en el cuarto siglo: *Æquor agrorum in quo, sine periculo, quæstuosæ fluctuant in segetibus undæ*. En efecto, es un mar de mieses.

La posición de Clermont es una de las mas bellas del mundo.

Imagínese una cadena de montañas reunidas en semicírculo; en la parte cóncava de él, una montaña sobre la que se eleva Clermont, y al pié de este el Limagne formando un valle de veinte y ocho leguas de largo por seis, ocho y diez de ancho.

El valle mirado desde la plaza del (4)..... ofrece un punto de vista admirable. Vagando á la casualidad por la ciudad me detuve en esta plaza hácia las seis y media de la tarde. Los trigos maduros que cubrían la campiña se asemejaban á una playa inmensa cubierta de arena mas ó menos rubia. La sombra de las nubes sembraba aquella playa amarillenta de manchas oscuras á manera de capas de limo ó bancos de algas, imaginándose ver el fondo de un mar cuyas olas acababan de retirarse.

El recinto que forma el Limagne no está al mismo nivel, sino que por el contrario es un terreno desigual cuyas sinuosidades, de alturas diversas, parecen unidas cuando se las mira desde Clermont; pero en realidad ofrecen curvas numerosas y forman una porción de pequeños valles en el seno del gran valle. Aldeas blancas, casas de campo, blancas tambien, añosos castillos negros, colinas rojizas, viñedos, praderas enriquecidas con cascadas, nogales solitarios redondeados como los naranjos ó echando sus ramas en forma de candelabro dan una animación brillante con sus variados colores al fondo monótono del color de los trigos: esta perspectiva será aun mas magnífica iluminada por diversos tonos de luz.

A medida que el sol descendía al Occidente, la sombra se extendía por el Oriente é invadía la llanura. El sol no tardó en desaparecer; pero bajando siempre y marchando por detrás de las montañas del Oeste, encuentra algun desfiladero que desemboca en el Limagne; y en este caso, deslizándose sus rayos á través de la abertura, cortan repentinamente la uniforme oscuridad del llano con un río de oro. Los montes que bordean el Limagne por la parte de Levante, ofrecían todavía su cima alumbrada por la luz del día; y la línea que aquellos montes trazaban en el aire se quebraba en arcos cuya parte convexa miraba hácia la tierra. Todos estos arcos, uniéndose unos á otros por las extremidades, imitaban en el horizonte las sinuosidades de una guirnalda ó los festones de aquellos cortinajes que se suspenden en las paredes de los palacios por medio de rosetones de bronce. Dibujadas de esta suerte y pintadas como he dicho, con los reflejos del sol opuesto á ellas, las montañas de Levante parecían una cortina de moiré azul y púrpura: lejana y última decoracion del pomposo espectáculo que el Limagne desplegaba á mi vista.

(4) El nombre, escrito con lápiz en el original, está medio borrado.

Los dos grados de diferencia entre la latitud de Clermont y la de París son notables por la belleza de la luz que es mas delicada que en el valle del Sena, lo que hace que el verdor del campo se distinga desde mas lejos y parezca menos oscuro.

Adieu donc, Chamonax! adien, frais paysages!
Il semble qu'un autre air parfume vos rivages;
Il semble que leur rue ait ranimé le sens,
M'ait redonné la joie et rendu mon printemps.

Necesario es creer al poeta de Auvernia.

He observado en el estilo de la arquitectura ciertos recuerdos y tradiciones de Italia; los techos son planos y cubiertos de tejas acanaladas; las líneas de las paredes largas; las ventanas estrechas y practicadas en lo alto; los pórticos multiplicados; las fuentes frecuentes. Nada se parece mas á las ciudades y aldeas del Apenino que las ciudades y aldeas de las montañas de Thiers, al lado opuesto del Limagne y á la orilla de aquel Lignon donde Céladon fue salvado de la muerte por las tres ninfas Sylvia, Galatea y Leonida.

En Clermont no ha quedado una sola antigüedad romana, á no ser un sarcófago, un final de via romana y unas ruinas de un acueducto; ni un miserable fragmento de coloso y ni aun siquiera las huellas de las casas, de los baños y de los jardines de Sidoine. Nemetun y Clermont han sostenido por lo menos siete sitios, ó si se quiere han sido tomados y destruidos una veintena de veces.

Existe un contraste bastante marcado entre las mujeres y los hombres de esta provincia. Las primeras ostentan facciones delicadas y talle ligero y delgado, al paso que los hombres tienen una constitucion fuerte, siendo imposible no conocer á un verdadero auvernés por la forma de la mandíbula inferior. Una provincia, recordando solo los muertos, cuya sangre ha dado un Turén al ejército, un Hospital á la magistratura, y un Pascal á las ciencias y á las artes, ha probado que tiene una virtud superior.

Al Puy de Dôme fui por un asunto puramente de conciencia, y me ha sucedido lo que esperaba. El paisaje que se descubre desde lo alto de aquella montaña es mucho menos bello que el que se distingue desde Clermont. La perspectiva á vista de pájaro es plana y vaga, y los objetos disminuyen en la misma proporcion en que se extiende el espacio.

En otro tiempo hubo en el Puy de Dôme una capilla dedicada á San Bernabé, cuyos cimientos todavía se descubren, marcándose el sitio que ocupó con una pirámide de piedra de diez á doce piés. Allí hizo Pascal los primeros experimentos acerca de la pesantez del aire, y me representaba á aquel poderoso genio procurando descubrir en aquella cima solitaria, los secretos de la naturaleza que debían conducirle al conocimiento de los misterios del Creador y de la misma naturaleza. Pascal se abrió el camino á la ignorancia cristiana por medio de la ciencia: comenzó por ser un hombre sublime, para aprender á ser un niño sencillito.

El Puy de Dôme no se eleva mas que ochocientas veinte y cinco toesas sobre el nivel del mar; pero esto no obstante, experimenté en su cima una dificultad de respirar que no sentí ni en los Alleghanys en América, ni en los Alpes mas altos de la Saboya. He pisado el Puy de Dôme casi con tanto trabajo como el Vesuvio, é invertí cerca de una hora para subir desde su base á la cima por un camino escueto y resbaladizo, pero en cuyo penoso tránsito las flores y el verdor

acompañan al viajero. La niña que me servía de guía me cogió un ramillete de hermosísimos pensamientos, pisando yo mismo claveles rojos de una elegancia perfecta. En la cima del monte se veían por todas partes anchas hojas de una planta bulbosa bastante parecida al lirio; y allí encontré con gran sorpresa mía sobre un sitio más elevado, tres mujeres asidas de la mano y que cantaban una canción. A mis pies había algunas vacadas paciéndose entre las montañuelas que domina el Puy de Dôme; los ganados suben á la montaña en la primavera y bajan de ella con las nieves. En todo aquel terreno abundan las chozas de la Auvernia, malos abrigos de piedras sin cimiento, ó de madera cubierta con césped. Cantad vuestras chozas, pero no las habiteis.

El patoi de la montaña no es exactamente el de la llanura; y la *gaita*, de origen céltico, sirve para acompañar algunos aires romancescos que no carecen de melodía, y sobre los cuales se han hecho palabras francesas. Los auverneses, como los habitantes del Rouergue, van á vender mulos á Cataluña y Aragon, y traen de estos países cierto aire español en armonía con la soledad de sus montañas; hacen para el invierno grandes provisiones de sol y de cuantos, pues los viajeros y los viejos gustan mucho de contarlos, porque han visto mucho, caminando unos por la tierra y otros por el camino de la vida.

Los países montañosos son á propósito para conservar las costumbres, y así es que una familia de Auvernia llamada los *Guittard Pinon*, cultivaba tierras en comun como en los alrededores de Thiers, y se gobernaba por un gefe electivo que tenía mucha semejanza con el antiguo clan de Escocia. Esta especie de república campestre ha sobrevivido á la revolucion, pero está á punto de disolverse.

Dejo aparte las curiosidades naturales de la Auvernia: la gruta de Royat, encantadora no obstante por

sus aguas y verdura; las diversas fuentes minerales; la fuente petrificante de San Allyro con el puente de piedra que ha formado y que Carlos IX quiso ver; los pozos de pez, los volcanes extinguidos, etc.

Prescindiendo tambien de las maravillas de los siglos medios: los órganos y los relojes de campana con cabezas de moro que abrian bocas espantosas cuando acababa de dar la hora. Las grotescas procesiones, los juegos mezclados de supersticion é indecencia, y mil otras costumbres de aquellos tiempos, no pertenecen mas á la Auvernia que al resto de la Europa gótica.

He querido dirigir una mirada sobre la Auvernia antes de morir, en recuerdo de las impresiones de mi juventud. Cuando era niño y oía hablar de la Auvernia y de los muchachos auverneses, en los brezos de mi Bretaña, me imaginaba que la Auvernia era un país lejano donde se veían cosas extrañas, á donde no se podía ir sino exponiéndose á grandes peligros y caminando bajo la proteccion de la Madre de Dios.

Una cosa me ha llamado la atencion y encantado á la vez, y es que he encontrado en el traje del aldeano auvernés el del aldeano breton. ¿De qué procede esto? De que hubo en otro tiempo para este reino y aun para Europa entera un modo comun de vestir. Las provincias apartadas han guardado la usanza antigua mientras que los departamentos vecinos á Paris han perdido sus costumbres antiguas; naciendo de aqui esa semejanza entre ciertos aldeanos situados en las extremidades opuestas de la Francia, y á los que no han llegado las novedades, por su indigencia y aislamiento.

No veo nunca sin una especie de enternecimiento los muchachos auverneses que van á buscar fortuna en ese gran mundo, con una caja y algunos malos pares de tijeras. Pobres niños que bajan tristes de sus montañas, y que preferirán siempre el pan moreno y el haz de leña á los pretendidos goces de la llanura.

Ellos llevaban la esperanza en su caja al bajar de sus rocas: ¡felices si la vuelven á la choza paterna!

FIN